

FERNANDO SCHWARTZ



QUE VAYA
MENESES


ESPASA

Índice

Portada

Sinopsis

Que vaya Meneses

Dedicatoria

Cita

1. Viaje

2. Veinticuatro horas antes

3. Cinco años antes

4. Tiempo presente

5. St. Juste City

6. Póquer en la embajada

7. ¿Título?

8. La Tour Eiffel

9. Pequeñas escenas cotidianas

10. Haciendo negocios

11. El presidente vitalicio

12. Buyumbura

13. Inma

14. Bajando a la realidad

15. Quién dijo miedo

16. St. Juste es peligroso

17. Seriedad ante todo

18. El Nobel de la Paz

19. La confesión

20. Hablando de independencia

21. El regreso

22. Hockansmith

23. Estratagemas

24. París

25. Todos los caminos son malos (y sembrados de peligro)

26. El ministro

27. Aquí paz y después gloria

28. Y al final...

29. Coda

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

En un país del África Ecuatorial, Mazambezi, se produce un sangriento golpe de Estado durante el cual un hospital en plena selva es destruido y sus dos médicos, cuatro enfermeras y cinco monjas, todos españoles, pasados a cuchillo. En un ataque de dignidad ofendida, el Gobierno español rompe con Mazambezi.

Dos años después, se descubre que ese país nada sobre un mar de petróleo y en su interior, además, hay minas de coltán. Se hace necesario reanudar relaciones, y para ello mandan a Meneses, un diplomático resolutivo, con los escrúpulos justos y muy buenas relaciones con uno de los hombres más importantes de Mazambezi.

FERNANDO SCHWARTZ

QUE VAYA MENESES



Para todos los que me ayudaron con la novela, unos riendo, otros criticando la abundancia de adjetivos.

Unos puntualizando, otros dejándose seducir por Meneses y su descarado. Para Franco Mimmi y Teresa, con quienes tuve la primera idea; para Ana y José Ortega, tan minuciosos; para Elena Mena, que supo bucear en el alma del relato; o reírse con él, como Bea Laiglesia; para Ketty Ruiz que me animó en momentos de desfallecimiento y bloqueo.

Y, como siempre, para A. S.

Gracias.

Timeo danaos et dona ferentes.
[«Temo a los griegos incluso cuando traen regalos»].

VIRGILIO, *La Eneida*

1

VIAJE

De pie frente al aparador con todas las botellas de licores raros, «y destilados de patata», se dijo, Patricio Meneses preparó un vodka (cualquiera valía, los rusos lo bebían como si fuera agua) con una rodaja de lima previamente pasada por el borde de la copa y el contenido de una lata de agua tónica (esta sí, Fever Tree) congelada en la bandeja de la nevera para hacer cubitos de hielo. Era muy metódico, hacía estas cosas con parsimonia y con una atención al detalle que se le antojaba irritante, probablemente irritante en opinión de los demás. Aún no había decidido si se trataba de una virtud o un defecto, esta cosa suya de ser tan premioso con casi todos sus gestos. Le habría gustado saberlo; si era un hombre metódico o simplemente un pelmazo. No, pelmazo, no, ni hablar. No estando fuera de la parafernalia. Momento de debilidad. Por eso siempre andaba haciendo bromas.

Con la copa en la mano, se dio la vuelta y quedó apoyado contra el aparador, un delicado mueble Jorge III en caoba, de cuando estaba destinado en Londres. Contempló todo el salón paseando la mirada con lentitud de derecha a izquierda. Era un panorama que le encantaba, lleno de luz, cómodo, amplio, una pared repleta de libros y delante de ella, una vitrina con sus joyas más exóticas, piezas egipcias y oro de los hititas de procedencia más que dudosa. Enfrente, el gran óleo de Rothko, rojo, naranja y negro. A la derecha, el ventanal sobre la Castellana y, del otro lado del paseo abarrotado de coches, los Nuevos Ministerios.

Suspiró con contento.

—Nunca entiendo por qué estás tan satisfecho contigo mismo —dijo Fermina.

—Ni que fueras mi mujer. Sabes bien que soy una persona racional y que me encanta tener orden en mi vida.

—Racional te daba yo a ti.

—Fermina, ¿cuánto llevas en casa?

—Treinta y cinco años. Cuando llegué eras un mocoso que no levantaba un palmo del suelo.

—Pues no me des la lata. Mira, es sencillo aunque tú no lo entiendas. Seguridad, confianza en mí mismo. Y así puedo salir todas las mañanas con la tranquilidad de que no hay alteraciones, todo está bien. De este modo, puedo entregarme a hacer el bien a mi alrededor, que es a lo que me dedico y por lo que me pagan bastante bien. No te jode. ¿En el Barco de Ávila entendéis de estas cosas?

—Me estás diciendo que te vas otra vez.

—Pues sí, mañana.

—En qué líos andarás metido.

Meneses no contestó. Se limitó a encogerse de hombros. Luego, separándose del aparador, se encaminó hacia su habitación para hacer la maleta. Cosa sencilla: unas cuantas camisas de popelín ligero, dos guayaberas, tres pantalones de hilo en azul, blanco y beige, dos trajes de shantung azul noche, dos pares de bermudas (uno de dril por si el trópico), una corbata de seda de Hermès (no es que la fuera a utilizar, pero nunca se sabe), unos botines ligeros de ante, un par de zapatos de vestir (hechos a mano en Capri), ropa interior, calzoncillos, pijamas, cosas así, y un pequeño estuche de cuero negro conteniendo algunas herramientas de joyero, unas ganzúas de titanio y un par de cosillas electrónicas de tamaño microscópico. Algo que ver con la nanotecnología, creía Meneses, chorradas cuánticas de las que hacen en el MIT de Boston. Me han costado la hijuela de estraperlo, no están ni en el mercado. No sé si, para que funcionen, me las tengo que tragar como en las películas. Estás tonto, Meneses. Con esto no se juega.

—¿Y se puede saber a dónde vas? —preguntó Fermina desde la puerta.

—De verdad que pareces mi mujer. Voy a donde me parece. ¿Dónde has metido mis trajes de baño?

—En el otro armario. A ver si me traes algún regalo de esos que coges por ahí. ¿Cuándo vuelves?

—¿No me he ido y ya estás preguntando cuándo vuelvo?

2

VEINTICUATRO HORAS ANTES

—Cuéntame cómo está la cosa —dijo el ministro de Asuntos Exteriores.

—Bueno, ministro —contestó el subsecretario. Frunció el ceño—. La verdad es que bastante complicada.

—Conociéndote, debe de ser un desastre, pero me quieres evitar el disgusto.

—Claro. Para eso está el subsecretario del departamento.

Estaban sentados en el despacho del ministro en el palacio de Santa Cruz, en los dos butacones de terciopelo azul que había frente a la gran mesa de despacho. Dos de las paredes estaban cubiertas por sendos tapices de gran tamaño tejidos en la Real Fábrica sobre cartones de Goya que representaban escenas de la vida del Madrid de entonces. En una de las otras paredes colgaba un lienzo en el que aparecía el Peñón de Gibraltar rodeado por buques de guerra del XVIII, todos desproporcionadamente grandes para la escala del Peñón. En la pared de enfrente, dos ventanales se abrían sobre la plaza. Los dos viejos amigos siempre bromeaban sobre el despacho y bajaban la voz para hablar, señalando los tapices, seguros de que, detrás de ellos, las paredes estaban trufadas de micrófonos. «Uno para la embajada americana, otro para los ingleses, dos más para Moncloa y por lo menos tres para el CNI». A ninguno de los dos les parecía remotamente posible que fuera verdad y estuvieran siendo espiados por tanta gente. Regularmente pedían a un servicio privado el rastreo de las paredes detrás de los tapices. Por si las moscas.

—Venga, Pedro, cuéntame.

—Bueno... República Democrática de Matambezi.

—Otra vez dando la matraca con eso. Este tema no ha hecho más que darnos dolores de cabeza.

—Ya, ministro. Pues vuelta a empezar.

—No hace falta que me lo recuerdes. Ya lo sé.

—No, si te lo digo por decir. Ya comprendo que un ministro lo sabe todo y lo tiene todo discurrido. ¿Tú lo tienes todo discurrido?

—Oye, menos coña. Claro que sé todo, ¡si no hemos hablado de otra cosa desde que estoy sentado aquí! La República de Matambezi, ahora democrática además. Una garantía de respeto a los derechos humanos...

—Claro. Cuando llegamos aquí hace tres años, el follón nos pilló por sorpresa: Wa-TuTu, el general Wa-TuTu dio su golpe de Estado. Echó al presidente legítimo...

—... Lo mató en su dormitorio.

—Vale, lo mató en su dormitorio, tomó el poder y se declaró presidente provisional hasta tanto no se celebraran elecciones. Y no parece tener muchas ganas de convocarlas.

—Wa-TuTu, ¿eh? ¿Qué querrá decir Wa-TuTu? León que come en la selva y no perdona a su enemigo. Apuesto a que es algo así.

—Pues sí, un animal que no respeta nada y aún no ha viajado al extranjero por miedo a que sus propios conmlitones le den un golpe y lo maten al volver. —El subsecretario hizo una pausa—. El tipo no siempre fue así. Fue un líder de la independencia frente a Francia, popular entre su gente, muy querido, pero al final le pudo el dinero y, vaya, la ambición. Todo el poder para el padre del pueblo.

—Bueno, ¿y qué hay de diferente, salvo que han encontrado petróleo como todos los países de la zona? A la presidenta también le ha dado por preguntarme. Ya le he dicho que esto tiene poco remedio. Rompimos relaciones, ¿no?, justo antes de llegar nosotros. ¿A qué viene tanta historia?

—Resopló—. He pedido a mi jefe de gabinete una nota-resumen por si hay que mandársela, pero tal como ha quedado no me parece suficientemente explícita.

—¿A ver?

El ministro le pasó un documento que tenía encima de la mesa:

NOTA.

De: Ministro de Asuntos Exteriores

A: Presidenta del Gobierno.

Asunto: República Democrática de Matambezi.

La República (hoy Democrática) de Matambezi es una antigua colonia francesa de

enorme tamaño (1.000.000 km²) situada en el África ecuatorial, entre Gabón y el Congo Brazzaville. Arranca en el Golfo de Guinea, donde se encuentra la capital, St. Juste (2.000.000 de habitantes), en una estrecha franja de tierra que pronto se ensancha para seguir en paralelo al Congo Kinshasa hasta el Lago Kivu en Ruanda. Obtuvo la independencia en 1970 tras una guerra colonial breve y de poco fuste.

La estructura demográfica de Matambezi sigue las líneas habituales del continente: dividida en tribus, tiene poco que ver con la distribución poblacional de un país tradicional. Las dos tribus más poderosas son la Mwanga en el Golfo y la Buyumbura en el extremo este del país. No tendría mayor importancia si no fuera porque los Buyumbura son una tribu ferozmente guerrera, independiente y temida. Tampoco tendría mayor importancia si no fuera porque controlan un enorme yacimiento de coltán, el mineral que se usa en la industria de la telefonía y los ordenadores; en toda la electrónica. Son de hecho los principales competidores del Congo Kinshasa en la producción y exportación del mineral, causante de terribles batallas (las guerras del Congo) que se han cobrado millones de víctimas.

Los buyumburas son los grandes desconocidos del continente: una sociedad cerrada que rechaza la presencia de extranjeros y no digamos del hombre blanco.

Lo que hace de Matambezi una presa comercial irresistible es, además del citado coltán, el enorme yacimiento de petróleo descubierto hace dos años, tanto en el mar como en el subsuelo.

Meses antes de anunciarse el descubrimiento, el general Wa-TuTu, antiguo alumno de la academia de Saint-Cyr y héroe de la independencia, un hombre muy querido en el país, dio un golpe de Estado y tomó el poder. Durante una noche de cuchillos largos, asesinó al presidente y barrió a sangre y fuego a quienes se oponían a él: se habla de 200.000 víctimas someramente ejecutadas. Una víctima aparentemente casual de la revuelta fue el Secretario de la embajada de España. Y un suceso nunca satisfactoriamente aclarado fue la muerte violenta de dos médicos, cinco monjas y tres enfermeras, todos españoles, que regentaban desde años atrás un hospital en la selva. Como consecuencia de todo ello, el Gobierno español rompió relaciones con el de St. Juste.

Para terminar, parece difícil ignorar la presencia e influencia en los acontecimientos de las grandes empresas petrolíferas norteamericanas, siempre apoyadas por agencias oficiales de Washington.

—Pues sí, no me parece lo suficientemente detallada, qué te voy a decir.

—Bueno, Pedro, se trataba solo de un pequeño recordatorio para ver si la desanimábamos, pero me barrunto que nuestra amada líder no está contenta con que hayamos roto con Wa-TuTu. Como si hubiéramos podido hacer otra cosa. ¡Si hasta al rey nuestro no le pilló allí de milagro! ¿Y tú te crees que fue un comandante entusiasta de la guardia personal de Wa-TuTu el que mató al pobre secretario de nuestra embajada? Un chaval recién salido de la escuela

diplomática...

—Me acuerdo bien. Menuda putada. Estuvimos a un tris de mandar a los GEOS.

—Pues sí. Pero el generalote no es ningún tonto. El muy hijo de su madre enseguida le echó la culpa a uno de los policías supuestamente traidores de su escolta y lo ejecutó sobre la marcha. Vaya tipo. Nos pide perdón y nos manda al chico en una caja de cinc en avión. Y santas pascuas, aquí no ha pasado nada. Vaya semanita aquella: también se vino nuestro embajador. ¿Sabes que el ministro de entonces, mi predecesor, ni siquiera fue a recibirlo al aeropuerto? Esa no se me olvida.

—Ya.

—Y, con ser malo, no fue lo peor. Todavía me arde el estómago cada vez que lo pienso. No se me olvida, no. Esto nunca te lo he contado, pero, como era embajador en Washington, me dejaron seguirlo todo en el Pentágono, minuto a minuto. Un horror. ¡Nuestra pobre misión en el noreste de Matambezi! Un hospital que iba de miedo. A los diez se cargaron, médicos, enfermeras, monjitas... Y pretendieron que creyera que los médicos habían violado a cinco o seis nativas de la tribu buyumbura y que por eso... ¿Cómo me voy a creer semejante cosa? Para evitar el desastre y el derramamiento inútil de sangre, hice sobre la marcha una gestión urgente a través de los americanos. Wa-TuTu contestó que no podía hacer nada, que los ancianos de la tribu tenían su propia justicia y que él no podía entrometerse. Sin darnos tiempo a más, les cortaron el cuello a los diez. Así, zas, de la noche a la mañana.

El subsecretario había escuchado con la mirada fija en la alfombra.

—¿Te imaginas —dijo por fin— a dos médicos españoles metidos en la selva por pura generosidad violando a unas nativas enanas y más feas que Pichote? No sé lo que pasó, pero seguro que no fue eso. Qué sé yo, el brujo de la tribu que le tenía manía a la penicilina o al jarabe para la tos... ¿Cómo podría haberme olvidado de lo que pasó?

—Me da vergüenza no haber hecho nada. ¿Somos gente normal, tú y yo, o nos hemos hecho a la mierda?

—Bueno, rompimos relaciones. Hicimos bien. No quedaba otra —puntualizó el subsecretario.

—Bien mirado, dimos una imagen de firmeza que nos vino bien. ¿A quién más nos trajimos de vuelta?

—Al diplomático que quedaba allí, al consejero comercial y al canciller... Y echamos al embajador de ellos en Madrid. A él no le debió de importar mucho estando acreditado aquí y residiendo en París al mismo tiempo. La acreditación múltiple es lo que tiene.

—Y tres años después, vuelta a empezar: por lo que me huelo, nuestra líder quiere reanudar relaciones con estos bestias y yo me tengo que comer la tostada...

—Me temo que sí, ministro.

—Pues sí que nos hemos hecho a la mierda, sí. Me gustaría que esta broma le cayera encima a la presidenta. Se apunta todas las buenas. Para una que le saliera mal...

El subsecretario levantó la mirada hacia los tapices del despacho e hizo un gesto precavido hacia su jefe y amigo.

—Aquí las paredes oyen.

—Ya, ya. Bueno, bah, pues que oigan. No hay más remedio que reanudar relaciones con la muy democrática república de Matambezi, ¿eh?

—Pues sí. Porque lo que han descubierto allí es una animalada. Hombre, todavía no han empezado a extraerlo a lo bestia, pero ya tienen montada la infraestructura... Puertos, puntos de embarque del crudo... construidos como si no diera tiempo...

—Y, si lo entiendo bien, no podemos permitirnos quedar fuera de la tarta ahora que los saudíes, los iraníes y los demás íes han decidido limitar la producción para mantener los precios...

—La OPEP es así. Estaban peligrosamente cerca de bajar de los veinticinco dólares por barril y por una vez se han puesto de acuerdo. Van a subir a sesenta o sesenta y cinco, como sabes.

—¿Y cuándo se hará público?

—¿Lo de la OPEP? Ya mismo. Y lo de Matambezi tiene a los mercados a punto de correrse. Y no solo es petróleo, Nacho, es gas.

—No hace falta que me lo jures. Estamos ya embalados por lo que veo: esta mañana me ha llamado mi colega de Economía. Y, cinco minutos después, el de Industria. Y, dos minutos después, la presidenta. Ha convocado una reunión para después de comer. Esta Nota —dijo agitándola sin entusiasmo— no sirve de gran cosa. Demos por hecho que todos conocen las generales de la ley. Dile al director de relaciones económicas que me prepare para ayer un informe completo sobre las maniobras de la OPEP y

sobre las reservas de Matambezi, sobre los que se nos han adelantado en la explotación allí, nuestras posibilidades y lo que se supone que podemos hacer. Lo quiero sobre mi mesa dentro de un par de horas.

El subsecretario descolgó el teléfono y pidió que le pusieran con el director de económicas. Cuando lo tuvo en línea, le repitió las instrucciones del ministro.

—Te lo traerá enseguida. Con lo fuguillas que es, seguro que ya tiene escrito algo sesudo.

—Bien. No sé qué me dirá la presidenta. Bueno, sí sé, pero cuándo y cómo...

—Te dirá que adelante, que vayamos a lamerle el culo al generalote, pero sin que se nos note. ¿Te gustan los culos negros? Hay que quedar bien. —De pronto se dio una palmada en un muslo—. Cojones, ministro, ¡presidimos el Consejo de Derechos Humanos de la ONU! ¿Cómo vamos a darnos de besos con un asesino, así, de la noche a la mañana? Se nos va a notar muchísimo. Ya verás los periódicos. Quedaremos fatal: la sutileza es lo que es. Con el culo al aire. ¡Estupendo! —Bajó el tono—. Lo siento, ministro, es que estas cosas me cabrean de verdad. Pienso en cuando tú y yo corríamos en la universidad para que no nos sacudieran los antidisturbios. ¡Libertad! ¡Democracia! Corríamos por la Gran Vía y por la plaza de España acojonados. Pues sí. Vaya bajón de *look*. —Suspiró—. Bah, habrá que encontrar un modo de que sean ellos los que nos pidan volver a abrir nuestra embajada, que sean ellos los que nos pidan que vayan nuestros técnicos y nuestros capitales y que les perdonemos la vida. Y que nos vuelvan a pedir perdón, pero públicamente, por lo del secretario de embajada y lo de los médicos y las enfermeras.

—Y las monjitas..., no te olvides de las monjitas. Ya me dirás cómo se hace esto que propones. —Guardó silencio durante unos momentos con la cabeza agachada. Luego la alzó con decisión—. Bueno, tal vez ofreciéndoles bajo cuerda hacerlos miembros del Consejo de Derechos Humanos. Yo creo que venderían a su madre con tal de sentarse en él. La respetabilidad, Pedro, la respetabilidad. Es lo único que quieren. Vale, pero a cambio de ser ellos quienes nos pidan la reconciliación, ¿eh?

Sonrió.

—¿Por qué no, ministro? Ventajas de la *realpolitik*. Y las tiene, ya lo creo que las tiene. Si estás dispuesto a taparte la nariz para que te parezca que no

huele a podrido, te permite jugar con todo. Porque además, como sabes, en esta historia, lo del crudo y el gas no es lo más importante para nosotros.

El ministro levantó las cejas.

—Es el coltán.

—En la región llevan en guerra por el dichoso mineral desde hace unos años. ¡Su padre!: seis millones de muertos. Se dice pronto.

—Pues eso... Solo que hasta ahora, ministro, Matambezi no figuraba entre los poseedores de minas de coltán.

—Pero ahora sí.

—Pues sí. Y, como dice el memorándum este, en el interior de Matambezi, en lo que es Buyumbura, en el límite de la frontera con Zaire, es donde están las brutales reservas de coltán sin explotar... Parece que las condiciones geológicas son idénticas a las de las minas en el Zaire, en Uganda, en Burundi... Es inevitable que a subsuelos iguales, minerales iguales... En fin, eso creo. No estoy muy al tanto de estas cuestiones geológicas. Los americanos, los rusos y los franceses están intentando mandar a geólogos e ingenieros de minas para hacer prospecciones. Lo que pasa es que no tienen fácil llegar. La gente de Matambezi, además de muy bestia, es muy dura de pelar. No se avienen a nada...

—¿Y sabes quién financia esas guerras?

—El coltán. Sí, señor. La pescadilla que se muerde la cola. La guerra por el coltán se financia con la exportación de coltán. No me fastidies. Si Matambezi se suma a los explotadores, habrá más follón seguro. Parece que el Zaire es el principal productor de coltán, al menos del África central. Con un descubrimiento así, Matambezi se convertiría en su competidor directo en el mercado mundial. No les va a gustar nada. Menudos son los zaireños.

—Qué disparate —dijo el ministro.

—Pues sí, el que consiga los derechos de explotación en Matambezi acabará controlando el mercado del tantalio y, con eso, el principal componente en la industria electrónica. Si nos metemos ahí... Sería bonito, ¿eh? Dejarnos de petróleo y gas...

—Como que nos van a dejar los americanos. Pero, digo yo, los de Matambezi bastante tienen con el petróleo y el gas, ¿no?

—Pues no. Si con el petróleo se han convertido en el país más rico de la zona, añádele el coltán. No va a ser fácil para nadie, ministro, entre otras cosas porque Buyumbura, rodeada por los peores asesinos depredadores que

andan sueltos por ahí, guerrillas, bandidos, sátrapas, dictadores, es, según dicen, un remanso de paz rodeado de lobos y está en manos de esta única tribu, que integran además los guerreros más fieros de África. Nadie se atreve con ellos... Vaya, imagino que los gringos acabarán montando algún tipo de operación para llegar allí como salvadores de la patria; y luego se establecerán y los esquilmarán. Como ya están en el resto del país...

—No. Los gringos no quieren abrir esa zona de explotación del coltán. Prefieren sentarse encima y esperar a que desaparezca la tensión. Lo que quieren es estar preparados, que lo sé yo.

—Y España se va a meter, hale, sin encomendarse a Dios ni al diablo. Venga, hombre.

—Eso te dirá la presidenta: que te las ingenies.

—¡Pero es imposible! O sea que tengo que restablecer relaciones con esta gente, reabrir la embajada, encontrar a un tipo al que nombrar para que se siente allí jugándose la vida como embajador y que además sea capaz de encontrar un modo de colarse entre los grandes para llegar al mercado del crudo. Y eso es solo lo primero. Ni en sueños, Pedro. Y luego, además, tengo que hacerme con la minería del coltán de Matambezi antes que nadie. Estás de broma. Ni que fuera Bismark y tuviera cañoneras.

—No está fácil, no, ministro. Se me ocurren dos cosas, así, sobre la marcha. Una, que olvidemos el crudo y nos concentremos en el coltán para llegar antes que nadie...

—Si pudiéramos. Pero me parece que ya hemos perdido el tren.

—Hombre, supongo que sí, pero hay que intentarlo. ¿Y si sale? Si llegamos primero y acabamos asegurándonos la exclusiva... Sería bonito que un español se adelantara y se pusiera en medio a chulear. —Puso los ojos en blanco—. Con el animal que los yanquis han elegido de presidente... es capaz de cualquier cosa. Hay que meterse antes. Y, desde luego, tiene que ir alguien ya mismo a la república democrática —añadió levantando la mirada, no sin aprensión, hacia la enorme araña que iluminaba el despacho—, alguien, cómo te diría..., alguien expeditivo...

—Ya sé quién dices. Pero eso... Jodeer, Pedro.

—... Alguien capaz de resolver los problemas sin andarse con fruslerías, de sobornar a quien sea a cualquier precio, digo bien, a cualquier precio. Si es que los problemas se pueden resolver sin pecar de diletantes y sin que estalle un escándalo público de primera que nos deje con el proverbial culo al aire.

El ministro se echó para atrás en su butaca. Estuvo un rato en silencio, así, recostado, hinchando y deshinchando los carrillos como si resoplara alguna melodía wagneriana. Luego se incorporó de nuevo y dijo con resignación:
—Que vaya Meneses.

3

CINCO AÑOS ANTES

La carrera, digamos b, de Patricio Meneses empezó en Nueva York, en donde estaba destinado como secretario de embajada en la misión española ante Naciones Unidas. Acudía como delegado a la cuarta comisión, la de la descolonización y, aunque no quedaban muchas viejas colonias que descolonizar (el descolonizador que las descolonizare, buen descolonizador será, canturreaba Meneses mientras se dirigía a su escaño), trabajaba con entusiasmo en las labores de la cuarta. Apadrinaba resoluciones, asistía a todas las reuniones y a los grupos de trabajo, invitaba a los delegados más belicosos a su casa y esperaba secretamente, soñaba, que todo aquello estallara un día con un ejército colonial metido en una guerra de independencia (un buen follón, como el de Francia en Argelia, pero eso había sido décadas antes), aunque ya no quedaban o con dos facciones peleándose a muerte, para que el presidente de la comisión lo enviara a hacerse cargo en nombre de la ONU. Así, él podría ser el pacificador de la región y, de paso, echar una mano a los tesoros nacionales y volver con abalorios de plata y lapislázuli, joyas antiguas engarzadas de diamantes y rubíes, un collar de esmeraldas o pequeños tótems de incalculable valor. No quería venderlos en un mercado de traficantes y museos poco escrupulosos y ansiosos de tesoros robados. Ni siquiera le tentaba, aunque tal vez la aventura, sí. Tampoco le interesaba desde el punto de vista económico; era rico por su casa. Su familia era uno de los mayores productores de naranjas de Valencia. Meneses no necesitaba el dinero, solo la diversión mientras fuera de poco riesgo. El alijo que acumulara iría a parar a sus propias vitrinas. En su salón de Nueva York y, luego, en el de Madrid. Cosas con las que soñaba.

Al principio, es verdad, todo esto no pasaba de ser una tentación secreta, como si él fuera un Walter Mitty del siglo XXI, un futuro premio nobel de la paz o un ladrón de guante blanco. Pero hacia fuera era el mismo Meneses de

siempre, amable, bien educado, atento con las mujeres de sus compañeros, hasta incluso un poco demasiado bromista. Pero se lo perdonaban por su simpatía. Un clásico diplomático intelectual, vamos, amante de la ópera y de Dvorak, lector de Proust (seguro que quienes me conocen me consideran un pedante; no me han visto en Taskent). No se perdía una exposición de pintura, una subasta de Sotheby's y los domingos por la mañana paseaba por el MOMA o por el Metropolitan para después comer en algún restaurante del Village o de la Segunda avenida. Estas cosas extraprofesionales las hacía solo. Le gustaba la soledad. La misma que había llevado al CNI a empujarlo hacia el trabajillo especial en Kazajistán: lo tenían avistado desde algún tiempo atrás y les pareció llegado el momento de aprovechar su aire inocente y su arrojo algo cobardón, cosas ambas que hacían de él un desenredador único de madejas imposibles. Pero esa es otra historia. Y, además, les dije que lo haría una sola vez y que la condición era que lo supiera mi ministro, solo mi ministro. Vamos a dejarnos de tonterías, ¿no?

En la misión española en Nueva York hacía un buen trabajo e informaba escrupulosamente de los pasos que iba dando a mayor gloria de España. Por ejemplo, con habilidad había ido desviando, dándole un lavado de cara útil para todos, en el seno de la comisión y, por consiguiente, en el ánimo de los gobiernos del tercer mundo en ella representados, el engorroso tema del Sahara español y de la responsabilidad española frente a Marruecos. Hacía bien poco que había sido visto caminando por la Quinta avenida del brazo del embajador marroquí, un homosexual encantador, en animada y cómplice charla. Además, cenaba con alguna frecuencia en la embajada alauita. No, sus jefes estaban felices con él y con las confidencias, muchas veces inventadas cuando no mentirosas, de las que los hacía partícipes. ¿Pero quién no se aventuraba por la senda de la fantasía? ¿Qué político no arrimaba el ascua a su sardina? Pecadillos de vanidad. La primera piedra, ya se sabe. Y Meneses era cuidadoso con sus inventos: nunca lo pillarían en un renuncio.

Una de las primeras tardes en que acudió a sentarse detrás de su cartel, Spain, en el gran salón de la cuarta comisión, se fijó en un negro guapo, alto y delgado, que vestía impecablemente y que ocupaba su escaño recto como un huso, sin perder palabra de lo que allí se decía. Intervenía poco, pero se notaba que sus compañeros, sobre todo los no occidentales, lo observaban con deferencia y que, cuando pedía hablar, todos guardaban silencio y escuchaban con atención; hasta el delegado italiano, que en las sesiones de

tarde dormía la siesta amparado tras unas enormes gafas de sol. El cartel detrás del que se sentaba el diplomático negro indicaba que presidía la delegación de la Republic of Matambezi.

Cuando Meneses pasaba por delante del escaño de la república matambiceña, siempre hacía una inclinación de cabeza deferente hacia su colega, a la que este correspondía invariablemente con una sonrisa. Desconfiando siempre de la naturaleza humana, Meneses pensaba que tan buen porte, tanta elegancia, las manos manicuradas y la camisa blanca planchada con esmero no podían ser del todo verdad: tenía que haber alguna fisura en tanta perfección. Pero luego sacudía la cabeza y se reprendía; estás tonto, se decía: es de estos negratos finos a los que el papá manda a Nueva York para que se enteren de lo que es bueno y queden atrapados en el juego de los dólares para asegurar la acomodación de la familia. Un poco de corrupción cuando se pertenece a la élite de un país miserable no le viene mal a nadie. Pero el tío tiene buena planta.

Aquel 25 de mayo tenían lugar dos cosas incompatibles: en el Metropolitan estrenaban una nueva escenografía del *Nabucco* dirigido por Riccardo Muti y en el *lounge* de los delegados en el edificio de la Asamblea General de la ONU, el embajador de la República de Matambezi ofrecía una recepción con motivo de la fiesta nacional. En condiciones normales, una cosa no admitía comparación con la otra. Para Meneses, Verdi era el éxtasis, el *Nabucco*, su coronación y Muti, el arcángel San Gabriel. ¿Qué hacía él entonces andando por la mullida alfombra del *lounge* cuando debería estar cruzando Broadway hacia el Lincoln Plaza y el teatro de la Ópera?

El diplomático de Matambezi le intrigaba; sin más connotación que la curiosidad, se habría podido decir que le obsesionaba. Tanto que, postergando el deleite del *bel canto*, había decidido acudir a la recepción de la fiesta nacional de su colega africano, único modo, suponía, de entablar una conversación alejada del monotema de la descolonización (que a Meneses, por cierto, le importaba una higa), sin que la frivolidad implícita pudiera parecer chocante o injustificada.

Las recepciones de las fiestas nacionales en los salones de la Asamblea General eran muy cómodas. Como era inevitable acudir, sobre todo porque los embajadores distribuían las invitaciones entre sus colaboradores en

función de la importancia del país y eran de un aburrimiento colosal, los servicios de *catering* de la ONU ofrecían un precio adaptado a las circunstancias y a la economía de las embajadas celebrantes: un cóctel en uno de los salones, que tenía una entrada y, al fondo, una salida independiente por la que los invitados, sobre todo los occidentales, escapaban nada más haber saludado a la delegación anfitriona. Solo los africanos, los indios y algunos suramericanos se quedaban un buen rato y se ponían ciegos de canapés y whisky.

El embajador de Matambezi, primero en la fila de los saludos, era un tipo enorme. Vestía para la ocasión el ropaje nacional buyumbura, un gran camión blanco y verde (debe de ser por las esmeraldas, se dijo Meneses) y se tocaba con un turbante de raso también verde (¿raso en su tribu del centro del peor bosque tropical? Ya, seguro). Los destellos cegadores provenían del Rolex de oro y diamantes que llevaba en la muñeca.

A su lado, el segundo de a bordo, delegado en la cuarta comisión, Atumu Kokomo (Meneses había consultado la lista diplomática de la ONU hasta encontrar su nombre), iba impecable con su traje azul y su corbata de seda de Hermès. Parecía un figurín (un figurín occidental, vale, pero de todos modos). A su lado, casi tan alta como él, una bella mujer, de rasgos finísimos, con la nariz recta como si fuera la de una etíope, ojos color topacio almendrados y un cuello interminable que bajaba desde un moño francamente exagerado hasta el modesto escote de su traje de seda también blanco y verde (esto no lo llevan en la tribu, seguro). Meneses apreció con disimulo las piernas largas y finas, las caderas un poco demasiado voluminosas y el vientre que se le antojó redondo, casi discreto e irresistible.

—*Cher collègue* —dijo Meneses, estrechando la mano de Kokomo (nada de blanduras en esta mano). En la ONU era práctica habitual hablar en francés con los colegas africanos; una cursilada, pero al menos era la lengua común con todos ellos—. Querido colega —repitió—, tenía ganas de que pudiéramos charlar sin los rigores de la jerga diplomática.

—Querido colega, mucho gusto en saludarlo. ¿No conoce usted a mi esposa? *Madame* Kokomo —añadió, señalándola.

Patricio Meneses no se atrevió a besarle la mano: le pareció que el gesto sería excesivo, demasiada familiaridad con una mujer de una tribu centroafricana (por muy buena que estuviera). Extendió la mano y ella se la estrechó con la misma firmeza con que lo había hecho antes su marido.

—*Madame* —dijo.

Kokomo soltó una sonora carcajada.

—Ah, *ma chérie*, este es mi colega español, Patrice Meneses (pronunciado Patrís Menés). Nos vemos en la comisión en la que nos aburrimos a muerte todas las tardes. —(Anda este, va a resultar más civilizado de lo que creía. ¿Le gustará el arte tribal? ¿Engarzado?).

—Sé que es su día nacional y que por consiguiente tendrán ustedes algún festejo cuando acabe este y todos nos hayamos ido...

—No, no. Nos vamos a descansar —rio de nuevo.

—Ah. En ese caso, ¿me permite que los invite a cenar a usted y a su esposa?

—¡Qué ocurrencia más agradable! Acepto, acepto encantado. —Miró a su esposa—. Pero, lamentablemente, Merveille debe volver a casa. No podemos dejar a la niña sola. Lo siento.

—Más lo siento yo, señor Kokomo...

—Atumu.

—¿Perdón? ¡Ah, ya! Atumu. Yo soy Patricio, ¿eh? Más lo siento yo, Atumu, pero lo haremos otra vez sin excusas. Lo diremos con tiempo para que Merveille tenga ocasión de encontrar una *baby-sitter*.

—Claro que sí. Invito yo.

—De ninguna manera, la idea ha sido mía.

—Pero el de la fiesta nacional soy yo. No hay discusión posible. ¿Le apetece La Grenouille en la calle 52? —Caramba, no se anda con chiquitas. Y como si Kokomo le hubiera adivinado el pensamiento, continuó—: La comida es decididamente mejor que una sopa de corazón que hacemos en St. Juste, nuestra capital. —Sonrió—. Un gusto adquirido, claro.

La primera vez que Meneses entró en casa de Kokomo, una *brownstone* en la calle Este 72, se quedó inmóvil, paralizado de estupor, en el centro del salón al que lo había llevado una mujer gorda, vieja y encorvada, vestida con ropa tribal, que lo dejó allí con un gruñido. En una de las paredes colgaba un lienzo de Rothko, pastoso, suave, impactante y espiritual, hecho de tres franjas horizontales, una roja, naranja la de en medio y negra la de la base del cuadro; todas flotaban sobre un fondo gris y daban la sensación de abrazar al que lo contemplaba. Le pareció una obra de arte arrebatadora dentro de la que

le habría apetecido perderse.

Ni se dio cuenta de que se le había abierto la boca de puro asombro. Cuando reaccionó, no podía creer que una pintura de este porte pudiera estar en el salón de un hombre africano que se había puesto por primera vez un par de zapatos menos de una década antes. No era posible.

—Impresiona, ¿verdad? —dijo Kokomo desde el umbral—. Una verdadera maravilla; una Merveille, como mi mujer. —Rio—. Ah, Patrís, un salvaje de una tribu africana que tiene una obra maestra de este porte en su pared. Algún día le contaré cómo llegó hasta ahí. ¿Una copa?

Meneses carraspeó.

—Un vodka con tónica, por favor.

—Claro. —Volviéndose hacia el interior de la casa, gritó algo en un idioma gutural (un ladrido que acentuaba todavía más el doble rasero). A los pocos segundos, como si estuviera esperando escondida en el vestíbulo, apareció de nuevo la vieja que había abierto la puerta. En las manos traía una cubitera de plata (bueno, seguro que es de alpaca, aunque viendo lo que manejan, no me extrañaría) con hielo.

Un momento después apareció Merveille enfundada en un sencillo caftán rosa que le llegaba hasta los pies. Iba descalza. Meneses volvió a pensar que era seriamente atractiva. La precedía una niña de unos cinco años vestida con vaqueros y una camiseta de algodón. El calco de su madre con piel canela y tirabuzones.

—Es mi pequeño tesoro, Bijou. Bijou, saluda a este señor que es mi amigo. —La niña se puso delante de Meneses y le hizo una pequeña reverencia. Luego se dio la vuelta y fue a esconderse detrás de las faldas de su madre—. Mi padre compró esta casa —continuó Kokomo—. Vino a Nueva York en 1960 cuando ganamos la guerra de independencia contra los franceses. El presidente lo nombró representante de Matambezi ante la ONU porque era el único que hablaba correctamente el inglés que le habían enseñado las monjas en la selva. Él vino lleno de orgullo. El orgullo del neófito. Además, mi padre, que apenas sabía las primeras letras y las cuatro reglas, estaba decidido a licenciarse en la universidad de aquí en cualquier cosa, cualquier cosa... Acabó haciendo un máster en geografía. Mientras tanto, que nadie le dijera nada, porque era embajador de su país en Nueva York. Nada menos. Él pensaba que representaba a su tribu porque aún no se acostumbraba a que nuestra tierra se hubiera convertido en un país grande lleno de etnias. —

Kokomo se echó hacia atrás en el sofá y sacudió la cabeza.

—¿Ya tenía esta casa cuando llegó?

—No, no. Eso fue más tarde. Cuando llegó aquí tuvo que alquilar un apartamento minúsculo porque no había dinero para más. Simultaneaba la universidad de Columbia con la labor diplomática. Iba en metro a todos lados. —Se quedó pensativo un momento—. Y como era un hombre práctico, también estableció contactos comerciales con compañías de aquí. Y les empezó a vender plátano y yute y palma de sus colinas conquistadas en la guerra, encima del río. Firmó acuerdos y se puso a ganar mucho dinero. Pero me adelanto. Eso ocurrió años más tarde.

Cruzó las elegantes piernas, alargó la mano y cogió el brazo de Merveille por la muñeca.

—Hacía tantas cosas —dijo Merveille con una sonrisa traviesa— que todavía no sé cuándo tuvo tiempo de enamorar a la madre de Atumu, volver a St. Juste, comprarla, casarse con ella, volver aquí y tener dos hijos.

—Ah, ¿tiene usted un hermano?

—Sí, claro que tengo un hermano. Mi madre, para ahorrar tiempo, nos tuvo a los dos a la vez. Usama, sí. Un verdadero sinvergüenza —dijo con una gran sonrisa.

—Muy poco de fiar —añadió Merveille—, pero ¡tan simpático! ¡Tan divertido! Es como un niño grande.

—¿Vive aquí?

—¿Usama? No. Vive en Matambezi. Lleva los negocios de la familia allí.

—¿Cómo van las cosas en Matambezi?

Kokomo le miró con sorpresa ante este radical cambio de tema.

—¿Cómo? ¿Ha oído usted algo, Patrís? ¿Se dice algo en la comisión, algo de lo que no me haya enterado? —Se había puesto a la defensiva, como si no estuviera seguro de lo que podía estar pasando en su país.

—No, no, por Dios. Es pura curiosidad. No conozco su país... Bueno, la verdad es que conozco poco el África Ecuatorial.

—Debería visitarnos. Mejor aún: lo invitaré oficialmente como representante de la cuarta comisión.

—No me meta en líos, que estoy muy tranquilo en Nueva York.

—En fin. Las cosas no han ido mal desde la independencia. Hemos tenido que reconstruir mucho con los limitados medios de que disponemos. Somos un país pobre y la guerra de independencia nos arruinó. Solo mi tribu se

rehízo a los pocos años. Y, además, en nuestra frontera del este con el lago Kivu de por medio, hay un polvorín llamado Ruanda que tenemos que contener para que no se desborde y nos arrastre a la catástrofe. Somos un país pacífico y nuestra guerra de independencia fue muy dura. —Resopló—. Fue muy duro. Pero tenemos un presidente fuerte que se apoya en el ejército y en su jefe máximo, el general Wa-TuTu, que, encima es el héroe de la independencia. Todo tranquilo. De hecho, lo más complicado son nuestras relaciones con los vecinos. Pero los mantenemos alejados, detrás de un cinturón sanitario, para que nos dejen en paz. —Se levantó del sofá—. Vamos a comer, Patrís. Hay sopa de corazón de lagarto. Ya se lo dije: un gusto adquirido, como la cerveza.

—¿Qué depende de que yo coma la sopa o no la coma? Si son las relaciones entre nuestros dos países, francamente, Atumu, no sigamos adelante. En España tenemos muchos plátanos y no necesitamos comprar más. Si el acuerdo comercial depende del corazón de un lagarto...

Merveille rompió a reír. Tenía una risa profunda y pastosa, que le salía del fondo de la garganta. Y Kokomo:

—No, lo único que depende de sí o no es nuestra amistad.

Meneses puso cara de circunstancias. Suspiró.

—En tal caso..., cualquier cosa por la amistad. Si no hay más remedio, comamos.

Se sentaron a la mesa, un tablero de caoba sin pulir, espléndida, instalada sobre unas patas muy sencillas y rectas. Meneses pasó delicadamente una mano por la superficie que alcanzaba sin que se notara demasiado. Merveille no le perdió ojo. Sonreía.

—¡Está buena! —exclamó sorprendido, una vez que había probado la dichosa sopa haciendo de tripas corazón.

—Claro —dijo Kokomo—. No somos salvajes. En realidad, es de pollo, de modo que nuestra amistad está a salvo.

Y soltó una estruendosa carcajada, toda llena de dientes blanquísimos.

Con los meses fueron haciéndose íntimos amigos. Hasta a veces se apoyaban el uno al otro en las labores de la comisión. Kokomo se tomaba las cosas muy a pecho y a Meneses no le importaba alinearse con él, incluso a costa de hacer poco caso de las instrucciones de su propio Gobierno. Una cosa eran

los países no alineados y sus políticas, y otra, el mundo occidental al que España pertenecía. Pero le daba igual; en el fondo, no se tomaba muy en serio las labores de la ONU. Como decía el delegado italiano (el de la siesta cotidiana): «La ONU es un centro de trabajo interesante que te permite vivir *molto bene* en Nueva York sin trabajar».

Pero por fuera de la vida oficial hacían muchas cosas juntos, se recomendaban lecturas, iban al teatro y a exposiciones, comían *brunches* en el Plaza o pícnic en el Central Park mientras Bijou correteaba o montaba en bicicleta; o pasaban un fin de semana en el extremo de Long Island, en las playas de Montauk, durmiendo en hotelitos de *bed and breakfast*. Merveille los acompañaba y se llevaba a Bijou con ellos. Reía con las ocurrencias de Meneses, que se relajaba y dejaba traslucir un extraño sentido del humor, siempre medio en serio y medio en broma. En uno de aquellos fines de semana, Patricio intentó que su amigo empezara a leer la obra de Marcel Proust, *À la recherche du temps perdu*, que él, encandilado, releía en ese momento. Pero, a las pocas páginas, Atumu declaró que era interminablemente larga y que, aunque podía estar bien escrita, le aburría sobremanera, y la dejó. Meneses se sintió ofendido y ambos se enfrascaron en una larga discusión sobre los méritos de la novela y, claro, no se pusieron de acuerdo. Meneses acabó llamándolo «africano ignorante» y Kokomo decidió que su amigo era «un pedante insoportable». Y «un blanquito».

A Meneses, de aquellas excursiones y salidas, no le importaba la pérdida de su soledad. Al contrario: lo fascinaba esa pareja tan sexi, tan a caballo de las costumbres tribales y primitivas por un lado y de la sofisticación neoyorkina por otro. Los llamaba Sopa de Corazón y les decía que cuando fueran juntos a Madrid, les obligaría a tomar callos. Os vais a enterar.

Una vez, Meneses arrastró a Kokomo a una subasta en Sotheby's: salía a la venta la copia mecanografiada del manuscrito del *Du côté de chez Swann* de Proust, una joya de 1910. Por supuesto, el precio le resultó inalcanzable. «Te lo dije —aseguró Atumu riendo—. Además, ¿de qué te iba a servir un manuscrito aburrido?».

Pero en un viernes sonado, acudieron los tres de nuevo a Sotheby's a una subasta de pintura contemporánea. Subastaban un cuadro de De Kooning y otro de Mark Rothko. Por ver a cuánto se cotiza el cuadrado que tienes en tu salón. Kokomo se limitó a encogerse de hombros.

El De Kooning se remató por veintiséis millones de dólares. Bueno, casi

nada. Visto y no visto.

Cuando le llegó el turno al Rothko, Meneses notó que Kokomo se revolvía en el asiento. Nervios, tal vez. Vaya, tienes uno igual que este en tu casa y te tienes que poner nervioso. Un título largo que no ofrecía nada más que la descripción: *White center, yellow, pink and lavender on rose*. Ya está.

El que lo compró lo hizo por teléfono y la puja también fue de apenas un par de minutos. Setenta millones de dólares. S-e-t-e-n-t-a millones. Eso fue lo que pagó un tipo por un Rothko. Por teléfono. Mark Rothko, el letón (¿o era lituano? Bueno, qué más da) que se había suicidado unos años antes a un par de manzanas de aquí. Santo cielo. Kokomo se había puesto terriblemente pálido, tanto que a Meneses se le quitaron las ganas de hacer bromas.

—Patrís, vámonos ahora mismo.

—¿Cómo?

—Ahora, a casa.

—Bueno, bueno. ¿Te encuentras bien?

—No —dijo, ya de pie—. Vamos.

El edificio de Sotheby's está en York avenue, a dos pasos de la *brownstone* de Kokomo. Cinco minutos más tarde, plantados en el salón de la casa, contemplaban en silencio el cuadro de Rothko.

Señalándolo con la barbilla, Atumu dijo:

—Te voy a decir cómo llegó hasta aquí.

—No hace falta que me lo cuentes.

—Sí que hace falta. Solo así podremos hacer lo que me propongo, Patricio.

—Esta vez lo pronunció correctamente. Meneses apartó la mirada del cuadro y, frunciendo el ceño, se volvió hacia Kokomo. Entonces este prosiguió—: Hace un tiempo te conté que cuando mi padre vino como embajador a Manhattan nada más declararse la independencia de Matambezi, tuvo que instalarse en un sótano allá abajo en el Village. No había dinero para más. —Meneó la cabeza—. Parece mentira: mi padre, el rey de Buyumbura, aclamado en la Asamblea General al incorporarse como nuevo miembro, no tenía para costearse un coche y menos aún un piso decente. Bah.

—¿Y?

—Bueno. El piso alquilado por mi padre no ocupaba todo el sótano. Había otro cuchitril igual, puerta con puerta, en el que vivía otro desgraciado. Un pintor de Letonia con el que mi padre trabó amistad y que pintaba unos cuadros enormes; casi no le cabían en casa. Fue una amistad muy intensa, yo

creo que a base de pasar hambre juntos. Paseaban fumando hasta Washington Square y, cuando habían reunido unos pocos dólares, entraban en una de las *delis* de por allí y se compraban cartones de leche, *pretzels*, pan blanco de sándwich, pasta de cacahuete y, cuando les daba para tanto, jamón cocido y unos tomates. A veces, plátanos. Y en ocasiones extraordinarias iban a un chino. —Kokomo suspiró; debía de estarle doliendo el recuento—. Mi padre, rey en África, mendigo en Nueva York. Aj. En fin, Patrís, eran como hermanos. Se veían todos los días y, muchas veces, cuando Rothko, que era el amigo, pintaba, mi padre estaba allí horas contemplándolo sin decir nada.

—Ya veo lo que me quieres decir —dijo de pronto Meneses.

Kokomo levantó una mano para que no le interrumpiera.

—Un día —prosiguió—, Mark pintaba un cuadro cuyas enormes franjas de tres colores, rojo, naranja y negro, le recordaban a mi padre las pinturas con las que en Buyumbura se decoran los escudos de guerra. Se lo dijo riendo porque no había nada más pacífico en el mundo que este lienzo. —Señaló el cuadro del salón—. Y entonces, Rothko le dijo: quédatelo. Para ti. No, contestó mi padre, es tu trabajo. Te lo compraría si tuviera dinero, pero así, regalado, no lo quiero, no lo puedo querer. Quédatelo, insistió su amigo. No, no te lo puedo comprar. ¿Qué vale esto? ¿Dos, tres mil dólares? No te lo puedo comprar, Mark, hermano. No te lo estoy vendiendo. No, insistió mi padre. Hagamos una cosa, dijo entonces Rothko. Tú te lo quedas y cuando tengas el dinero del precio, me lo pagas. Pero quiero que lo tengas. Y mi padre: y esto ¿cuánto costará? ¡Y yo qué sé! Verás, embajador, que me hace reír que seas un embajador muerto de hambre, verás. El precio del primer cuadro que me compren será el precio de este. Es justo, ¿no? No sé, no sé, dijo mi padre. Y quiso la casualidad que, al cabo de unos días, David Rockefeller, el millonario, comprara en una galería de arte en los bajos del Rockefeller Center uno de los lienzos de Rothko.

—¿Y qué pagó por él?

—Ocho mil quinientos dólares.

—¿Qué?

—Exactamente eso, Patrís. De modo que, en cuanto padre tuvo el dinero, lo primero que hizo fue pagar a Rothko. El recibo está detrás del lienzo.

—¡Pero si vale setenta millones!

—Pues sí. Hoy los vale. Esta tarde. Pero hace cuarenta años, valía calderilla.

—¿Por qué hemos venido tan deprisa?

—Este cuadro no me pertenece. Pertenece a la tribu buyumbura y un día nos hará falta para defendernos, para hacer una universidad, para que cada uno de los niños de mi tribu pueda estudiar, para que paguemos hospitales y médicos y nadie muera ya por enfermedades que han sido eliminadas en el resto del mundo. Ahora solo tienen a un par de médicos europeos y un dispensario con monjas. —Suspiró—. Conozco bien a los gobernantes que hay en St. Juste. Sé bien la corrupción que hay. Cuando apenas te conocía y te contaba que eran héroes, lo decía porque no me fiaba de ti. A un occidental nunca hay que darle las claves de nada de lo que ocurre en África y menos en mi país. Por eso te preguntaba hace meses si habías oído algo que estuviera poniendo en peligro a mi gente. Los rumores vuelan y me alarmé. Cualquier cosa que venga de allí me provoca inquietud. Pero ahora eres mi amigo.

—Pues un consejo de amigo: vende el cuadro y dedícate a salvar a tu gente, ¿no?

—Todavía no. Tengo que esperar a poder independizarnos, nosotros, Buyumbura. No quiero tener nada que ver con Matambezi, con un Matambezi que ya no tiene nada que ver con el sueño en paz de nuestros fundadores, que se arriesga todos los días a provocar un baño de sangre en una guerra civil que me angustia. Sangre y más sangre. Conozco bien a todos aquellos héroes de pacotilla que, por un día en que arrancaron a Francia la descolonización, la de una colonia que los franceses ya no querían, se creen Aquiles y Héctor juntos. Por eso quiero separarme de ellos y para cuando podamos hacer un nuevo país, tengo que tener el dinero suficiente para hacernos respetar, hacer respetar nuestra independencia. Puede llegar a valer mucho más, ¿verdad?

Para Meneses, todo esto sonaba a música celestial. ¿Desde cuándo acá se construían países con los sueños de un iluminado? ¿Con setenta millones de dólares o cien? Y mira que Kokomo era buena gente. Un poco dandi, un sí es no es pijo, se diría en Madrid, pero lleno de bondad y buena voluntad. El hombre iba encaminado al desastre. Y, además, ¿les iban los americanos a dejar que se independizaran con el lago de petróleo que seguro que tenían debajo como todos los de la zona?

—¿Y entonces? —preguntó Meneses—. Por Dios, Atumu, vende el cuadro y pon el dinero en el banco.

—Todavía no.

—¿Por qué?

—Por un lado, porque creo que si el de hoy se ha vendido por setenta millones, dentro de un par de años puede valer el doble. Necesitamos ese dinero... Y, en segundo lugar, porque tengo un hermano que, en el mismo momento en que se entere de lo que han pagado hoy por un cuadro de Rothko, va a venir corriendo a reclamar la mitad.

—Bueno, parece razonable. Es lo que tienen las herencias.

—Esta no, Patrís. No es de ninguno de los dos: es de nuestra tribu.

—Bueno, tendrás que decirle a tu hermano que las cosas son como son.

—No puedo..., no quiero. Porque lo que pretende Usama con lo que le toque es comprarse una casa en París o en la Costa Azul, agenciarse un yate y jugarse el resto en el casino de Montecarlo. Al póquer. ¡Al póquer! No lo voy a permitir.

—Bueno, tal como me lo describes, no tiene ni idea de la cotización de un cuadro de estos. Pero ahora, amigo, ya me dirás. Como sabe que tienes el cuadro y, desde mañana cuando lea el periódico, sabrá lo que vale, ¿lee el periódico, no?, va a venir a Nueva York como el Séptimo de Caballería y te lo va a reclamar.

—No, si lo he vendido antes.

—Bueno, en el supuesto de que lo hayas vendido, ¿qué se supone que has hecho con el dinero?

—He comprado esta casa.

—Oye, una casa de setenta millones de dólares, incluso en Manhattan...

—¿En la calle 72 esquina con la Quinta avenida? —Sonrió.

Meses separó los brazos con las palmas de las manos hacia arriba.

—¿Y no sabe que la compró tu padre?

—No. A él mi padre, andando los años, le dio una cantidad importante de dinero y el manejo de las empresas de la familia. Con eso nos paga a todos los beneficios... A lo mejor, no, es probable que nos esté sisando de forma descarada. No importa. De lo demás ni sabe ni le interesa. A él solo le interesa París. Sabe vagamente que tenemos un cuadro de Rothko porque sabe que nuestro padre lo quiso por encima de todo, porque era de su amigo. Nada más. No sabe ni lo que es.

—Ahora, cuando se entere...

—Vendrá como el Séptimo de Caballería, en efecto.

—Queda el pequeño detalle de que el cuadro cuelga de esa pared y nadie

lo ha vendido.

—Me lo has comprado tú. —Meneses se quedó mudo, mirándole con los ojos muy abiertos—. Me lo has comprado tú en representación de un sindicato de compradores de arte y ahora está en una caja fuerte. Bueno, ¿qué me miras? Eres mi hermano, más hermano mío que Usama. Y me fío absolutamente de ti. Igual que hizo Mark con mi padre. Ponlo en tu salón, disfruta de él. Me lo devolverás cuando me haga falta.

—Ni hablar. Estás loco. Que venga Merveille y que te apee de este disparate.

—Merveille lo sabe y está de acuerdo. Lleva meses mirándote y decidiendo si eres de fiar...

—Ah, ¿no era por mi atractivo natural?

—... Y su decisión es firme, Patricio.

—Una condición.

—Dime.

—Firmamos un papel ante notario reconociendo que el cuadro es tuyo.

—No hace falta.

—Ya lo creo que hace falta. Si no, no hay trato.

4

TIEMPO PRESENTE

—Pasa, Meneses —dijo el subsecretario.

Meneses recorrió con calma el largo despacho con sus cuatro ventanas a la plaza de Santa Cruz y el mobiliario antiguo pero sobrio que le encantaba. Siempre le había gustado la mesa de trabajo del jefe de la carrera diplomática y, en momentos de delirio, especulaba con pedírsela a cambio de alguna de las perrerías que se veía obligado a hacer por encargo de la superioridad.

—Tú dirás —dijo, sentándose en la butaquita que había al otro lado de la mesa.

—Ya estás aquí, instalado en Madrid, ¿no? Contento, ¿no? —Huy, huy, huy. Esto se anuncia mal. Esto se anuncia muy, muy mal. Guardó silencio—. Bueno, te vamos a pedir que salgas otra vez de viaje a resolver un problemilla.

—Perdona, subsecretario, pero acabo de volver de Taskent. Estoy hecho polvo. Me vendría estupendamente una temporada de descanso.

—Después de esta misión, Patricio. Después de esta misión.

—¿Lo sabe el ministro?

—Claro. Es él quien me ha ordenado que te convocara y te explicara de lo que se trata.

—Pues perdona, subsecretario, pero me lo tiene que encargar él.

—Eso no puede ser, Meneses, joder. El ministro no puede inmiscuirse ni debe saberse que él está detrás de ello. Esto es como las películas americanas de espías. Si le descubren a usted, negaremos conocerlo y estará usted solo a merced de sus enemigos. Ya sabes, ¿no? Y tal.

—Debo insistir con todo respeto. Si no me lo ordena él, no me muevo de Madrid. Nadie tiene por qué enterarse de que el ministro está en el ajo.

El subsecretario suspiró.

—A la vuelta irás de embajador a donde quieras.

Huy, esto es peor de lo que suponía. ¿En qué lío nos metemos, Meneses?

—Me encantará ir de embajador a la India. Pero esa no es la cuestión, señor subsecretario. La cuestión es que esto tiene una pinta fatal, si puedo utilizar este lenguaje tan descarnado. Y si es lo suficientemente importante como para que lo decida el Gobierno...

—El Gobierno, no. El ministro de Asuntos Exteriores.

—Bueno, el ministro de Asuntos Exteriores. Me da igual. Está a la altura necesaria. Me lo tiene que ordenar él para que yo me vaya tranquilo. Está muy bien eso de las películas americanas, negaremos conocerlo y estará usted solo y todo eso, pero si me pasa lo que me estoy barruntando que me puede pasar, no pienso irme en silencio heroico sacrificándome por la patria. No puede ser.

—Me lo imaginaba. —Lo dijo como si estuviera desencantado por el egoísmo y la falta de patriotismo de su subordinado.

—Está bien: si me lo ordena el ministro, voy, veré si voy, y no diré nada, pero tú, subse, me tendrás que sacar las castañas del fuego si la cosa se tuerce.

El subsecretario hinchó los carrillos y luego dejó que se le escapara lentamente el aire. Descolgó el auricular del teléfono oficial.

—Ministro. ¿Estás libre? Meneses quiere hablar contigo. Muy bien. — Miró a Meneses y dijo—: Vamos.

Se levantaron y pasaron ambos detrás de la mesa del subsecretario, por una puerta disimulada por un tapiz, al vestíbulo que llevaba al despacho del ministro.

—Entiendo entonces que esto de la embajada en la India está resuelto, ¿no? Y ya que estamos, ¿no considerarías prestarme tu mesa de despacho para Nueva Delhi?

—Meneses, no me toques los cojones.

—Siéntate —dijo el ministro con sequedad. Le indicó una silla que había al lado del sofá. Vale, muy bien, firmeza ante todo. E incomodidad para el desgraciado al que se va a pedir el favor. Como si me estuviera perdonando la vida, claro.

—Ministro.

—¿Has oído hablar de Matambezi?

Meneses tuvo que reprimir un sobresalto, pero luego contestó:

—Claro. La república centroafricana.

—¿Qué sabes de ella?

—Nada, ministro. El único país con el que España ha roto relaciones en los últimos sesenta años. Pero aparte de eso, ni idea. Bueno, sí: mataron a unos médicos, a dos o tres enfermeras y a unas cuantas monjitas, todos españoles. Y a un compañero... Por eso rompimos relaciones, ¿no?

—Por eso fue. El general Wa-TuTu, héroe de la independencia, dio un golpe de Estado hace tres años. Corrieron ríos de sangre. Unos bestias.

—¿Y?

Ministro y subsecretario se miraron. Luego el primero contestó:

—Vamos a reanudar las relaciones diplomáticas con ellos.

Meneses sonrió con incredulidad.

—No es posible.

—Pues sí es posible. Mira, aquí tienes un informe —señaló una voluminosa carpeta que había sobre su mesa— bastante detallado de cómo están las cosas. Llévatelo a tu despacho y estúdialo. Ojo, que es secreto. Cuando lo termines, sabrás tanto como yo del asunto.

—Muy bien, y...

—Y comprenderás por qué te pedimos que vayas allá, bueno, por qué necesito que vayas.

—¿Es una orden?

—Es una orden.

—Y entiendo que no me vas a decir que, si no quiero ir, este es el momento de rechazarla.

El ministro suspiró.

—No te voy a decir nada de eso, Meneses. Tienes que ir. Además, no es la misión más difícil o arriesgada que te hayamos encomendado.

—Pan comido —añadió el subsecretario.

—¿Pan comido? Ahora sí que me preocupa.

—No. No debes preocuparte. Aunque cuando leas el informe comprenderás la razón por la que te mandamos a Matambezi, lo que quiero que hagas es lo siguiente: primero, recuperar la casa de la embajada y reunir al personal local.

—Perdona, ministro, si no tenemos relaciones, ¿cómo voy a poderme instalar en la residencia? Porque esa casa es del Estado y la policía me va a

preguntar qué hago allí entrando por una ventana. Yo, que no soy nadie y al que además declararéis no conocer. Me van a meter en una olla a fuego lento.

—Eso no es problema. Hay un maderero español que sigue allí y que tiene las llaves y los permisos para ocupar la casa. —Hizo con la mano un gesto impaciente—. Segundo, buscarás a los amigos y aliados y, si quieres, te apoyarás en ellos para cualquier gestión. Tercero, ¿gestiones? Husmear el ambiente, saber qué se cuece, sobornar a quien sea necesario, preparar el restablecimiento de relaciones diplomáticas sin que ni a ellos ni a nosotros se nos tengan que subir los colores.

—Vale. Fácil. ¿También tengo que matar al presidente?

—No digas tonterías. Cuarto. Lo más difícil. Verás que han descubierto unos inmensos yacimientos de crudo y de coltán. ¿Sí? —El ministro se inclinó hacia delante y bajó la voz—: Tienes que seducir al responsable, tendrán un ministro de la Minería, ¿no?, comprarlo por lo que cueste y ponerte por delante de cualquier otro candidato a untar pan en el petróleo y en el dichoso mineral. Igual, si el precio es bueno, te da para sobornar al presidente héroe de la independencia y padre de la patria.

—Ya, como si los gringos, que son los que cortan el bacalao, se dejaran hacer ante el primer mindundi recién llegado. Por cierto, ¿para qué sirve el dichoso mineral?

—Ya te enterarás. Cuando te hayas asegurado de que España está en una situación de privilegio en esta cuestión, podremos firmar la reanudación de relaciones diplomáticas sin que a nadie se le caigan los anillos. Es probable que el único precio a pagar sea que tengamos que elegir a Matambezi para el Consejo de Derechos Humanos en Ginebra. Ellos están deseando. ¿Sí? —Meneses dio un silbido—. Una vez hecho todo eso, mandaremos a un nuevo embajador muy listo y muy fino, que recogerá sin incidente los frutos de lo que hayas sembrado. Tienes que entender, no nos hagamos ilusiones, que esto no va a ser coser y cantar. Nunca se sabe qué callos se pisan ni cuánto le van a doler a quien se los pisan. Pero vas a tener que pisarlos. Te mandamos allí porque eres expeditivo, discreto y rápido. Te las vas a tener que ingeniar tú solo y por lo general te las ingenias bien.

—Eso es lo que más me gusta, ministro: en este trabajo, antes de mandar al pobre desgraciado a las galeras, le endulzáis la píldora. Pero dime una cosa. ¿No sería más sencillo acreditar a un embajador con toda la dignidad y la pompa del Estado a que haga estas gestiones? Para eso le pagáis, ¿no?

—No. No necesitamos guante blanco y condecoraciones...

—No tenéis a vuestros embajadores en muy alta estima, ¿eh?

—... Necesitamos allí a un tipo eficaz y...

—¿... Sin escrúpulos?

Se hizo un silencio espeso en el despacho.

—Mira, Meneses —dijo por fin el ministro—, porque eres mi ahijado y no quiero matar a tu madre del disgusto, pero estás con un pie sobre la línea roja, como se dice ahora. No sé si me explico.

—Vale, vale. Lo siento. Pero todo esto cuesta dinero. Por lo que deduzco, mucho dinero. —Miró a sus dos jefes, que estaban callados—. ¿Y esto quién lo sufraga? —Silencio—. Venga. No me digáis que esto lo pago yo.

—Por supuesto que no. Aunque eres rico y tienes un buen sueldo.

Meneses miró al subsecretario y después al ministro, como si ambos estuvieran más locos de lo que parecía. Por supuesto que no era verosímil, pero dejó pasar casi un minuto poniendo cara de agravio. Entonces, ministro y subsecretario se pusieron a reír con estrépito.

—Estás paranoico, Meneses —dijo el ministro.

—El dinero —añadió el subsecretario— lo obtendrás a través del maderero... Todo el que necesites.

—¿Y de dónde sale? Porque, tal como se están poniendo las cosas en España, te investigan hasta por haber comprado una ración de churros.

—No te preocupes por eso. Para eso están mis fondos reservados, vamos, los fondos reservados del ministerio. Vete a París cuanto antes, obtén un visado en la embajada de Matambezi, tómate una botella de champán en el Maxim's y que te cunda. No sé cuándo vas a volver a tener otra oportunidad.

—Le dio una palmada en el muslo y sonrió.

—Me encanta el humor negro, ministro. Ya verás la gracia que te va a hacer cuando te pida la embajada que te voy a pedir a mi vuelta.

—Si es que vuelves.

ST. JUSTE CITY

Había visto aeropuertos así por decenas. La modernidad técnica pasada por el trópico produce la mezcla de acero y sudor, de túnicas multicolores y soldados locales fieramente armados amenazando con aire incierto a no se sabe quién. Niños descalzos persiguiendo perrillos en un extremo de la pista mientras en la terminal se amontonan decenas de gentes entre las que destacan (no lo pueden evitar) occidentales con gorras de béisbol y camisas caqui con grandes manchas de sudor en los sobacos. ¿Cuántos de estos son agentes de la CIA, Meneses? Y, en medio de todo este bullicio, el Airbus 320, reluciente, recién aterrizado, con sus azafatitas en minifalda. Vuelo AF 1639 París-Dakar-St. Juste. Ya no se come como antes en Air France, pero al menos el champagne sigue siendo Moët & Chandon, ¿eh, Meneses?

Al fondo, la mancha verde intenso de la selva y la miríada de flores tropicales. Y el calor húmedo insoportable. Al bajar del avión, habían recorrido a paso bien ligero el trayecto hasta la terminal librándose de milagro de una manta de agua caída sobre la pista con una violencia que Meneses nunca había visto. Nada más escampar, del suelo empezó a subir una cortina de vapor de agua que le recordó a las alcantarillas de Nueva York.

¿Y las joyas tribales? Bueno. Veremos.

En el *hall* de la terminal del aeropuerto Général Wa-TuTu, Meneses pudo recoger su maleta del montón de equipaje que unos mozos (más negros que el carbón, compañero) habían desembarcado y amontonado en una esquina.

El maderero lo reconoció enseguida y le cogió la maleta al tiempo que le estrechaba la mano.

—Soy Javier López. Bienvenido, Patricio. En este par de días he hecho lo posible para acogerte con el mínimo de comodidades. Dentro de lo que hay, hemos acondicionado la residencia de la embajada y recuperado al personal

de servicio.

—Pues muchas gracias y bien hallado. Es mucho más de lo que esperaba.

—Si me permites, te dejaré instalado y luego me iré a hacer las maletas porque me voy de viaje de negocios a Europa mañana mismo. Me dijo el subsecretario que no hacía falta que me quedara, que tú te las arreglas bien, sin necesidad de ayuda.

—Claro, por supuesto.

—Muy bien. Si te parece y no estás cansado, luego te llevo a dar una vuelta por los garitos y *night-clubs* de la capital. Tienen gracia. St. Juste *by night*. Y no tomes hielo que no haya sido hecho en tu nevera con agua mineral. Y no se te ocurra comer verdura fresca o fruta sin pelar y lavar. Con agua mineral, claro. Y este es tu chófer, Jean Molusque.

Un tipo enorme, negrísimo, con el cráneo afeitado y un doble pliegue de grasa en la nuca, agarró la maleta y saludó a Meneses con una inclinación de cabeza nada servil. Claro que era difícil considerar servil a un tipo de dos metros de alto y casi de ancho. Ojos pequeños y vivos y, cuando la oyó, voz profunda de bajo. Anda, mira, como si estuviéramos en una sesión de jazz en Nueva Orleans.

—Molusque —dijo Meneses.

—*Bonjour, m'sieu...* eh...

—Meneses, llámeme Meneses.

—No sabe si llamarte embajador o qué.

—*M'sieu* está bien.

—Tengo la *voiture* ahí fuera —dijo Molusque, hablando con una mezcla de español y francés patois gutural. Bah, nos vamos a entender bien.

Fueron andando entre una masa de gentes vestidas de todos los colores, mujeres que llevaban a niños a caballo sobre las caderas o que portaban maletas y fardos en equilibrio sobre la cabeza o las dos cosas al tiempo, viejas desdentadas con las piernas como paréntesis dobladas hacia fuera por las rodillas, familias enteras cargando grandes bultos como si fueran a volar con todas sus pertenencias, hombretones vestidos con ropajes tribales, mira estos que no les falta más que la bata de cola. Iban chocando unos contra otros, hablando y riendo de forma sonora y, entre todos, dificultaban el paso a los españoles hasta que estos consiguieron salir de la terminal. Allí fuera hacía un calor insoportable —era la hora de la caída de la tarde—, el mismo que dentro, claro. Ojo con los mosquitos, que a esta hora son como elefantes.

Todos sudaban, los rostros y los brazos y las espaldas mojados como si hubieran tirado un cubo de agua a cada uno. Meneses pensó, mierda esto va a ser horrible. Resopló. Ay, Meneses, voy a echar de menos el piso de Castellana, yo allí tan fino con mi aire acondicionado, mi música y mi vodka y aquí, hale, como 007.

Por fin llegaron a lo que parecía un aparcamiento informal, con coches varados en todas las direcciones. Aislado de los demás había un gran Mercedes azul oscuro con el motor en marcha y, custodiándolo, un guardia armado que miraba fieramente a toda cuanta persona se acercaba.

—*Merci, Philippe*, gracias, Felipe —dijo Molusque al guardia, que se alejó enseguida sonriendo y levantando un brazo por todo saludo antes de perderse entre la gente—. Es un sobrino —explicó.

Sin soltar la maleta de Meneses, el chófer abrió la portezuela trasera del Mercedes y, dando un par de pasos, abrió el maletero, depositó la maleta dentro, cerró, fue hacia la portezuela del conductor y la abrió, todo con una fluidez que sorprendía en un hombre de ese tamaño. Le costó un esfuerzo deslizarse por el asiento hasta que quedó encajado con el volante casi apretándole el voluminoso estómago. Para alivio de Javier López y de Meneses, el aire acondicionado estaba en marcha y en el interior del coche hacía frío.

—*Ad impossibilia nemo tenetur* —dijo entonces Molusque, y arrancó.

Meneses levantó las cejas.

—Es don sentencias —explicó el maderero.

Tardaron casi una hora en llegar a la residencia de la embajada. Atravesaron St. Juste por su mismísimo centro, rodando por una avenida que había sido ancha, pero que ahora ocupaban, entre grandes charcos de lluvia reciente, centenares de tenderetes en los que se vendía de todo, ropa, comida, pollos descabezados, altavoces y transistores, patas de cabra despiezadas y colgadas de cordeles más o menos robustos que pendían del armazón del tienducho en el que se vendían, especias de mil colores montadas sobre carritos en pirámides decoradas con guindillas, bandejas de fruta tropical, de mangos, cocos, okra, pan del mono, maboque, mamones, manzana de azúcar, tomates y batatas, todo desparramándose por la calzada mientras vendedores y compradores gritaban, gesticulaban y regateaban por cualquier alpargata, por cualquier trozo de tela multicolor y hasta por una sola banana. Meneses, maravillado, giraba o inclinaba la cabeza para no perder detalle.

Pasada la aglomeración del mercado, siguieron adelante, abriéndose paso por el medio del infernal tráfico, taxis amarillos abollados, camiones cargados hasta límites inverosímiles con sacos de arpillera, mazos de bananas, enormes neumáticos, carretillas, montones de tierra y cascotes; algunos llevaban ladrillos relativamente amontonados y sacos de cemento; sobre las cabinas iban sentados jóvenes fumando y mirando a su alrededor con algo que Meneses supuso era indiferencia; llevaban puestas camisetas del Real Madrid y del Barça. Circulaban coches de todos los tamaños, aunque preferentemente pequeños utilitarios japoneses y, de vez en cuando, algún Range Rover reluciente. Ya, ya sé, dijo Meneses. Y, en medio de todo, echando humo negro y denso por los tubos de escape, una abigarrada colección de autobuses pintados de mil colorines, con telas de encaje enmarcando las ventanillas sin cristales; iban llenos a reventar de gentes que viajaban hasta colgadas de los pescantes.

Por fin llegaron a una zona más razonable, menos caótica, en la que, desaparecidos los edificios grises y destartados del centro, el espacio lo invadían grandes extensiones de zacate y arbolado. Guardando un cierto orden más o menos rectilíneo, aparecían villas separadas de sus vecinas por jardines de dos y hasta tres hectáreas. A la derecha arrancaban unas calles perpendiculares llenas de villas ordenadas a la sombra de grandes árboles y que iban a parar a una revuelta del río. Las vieron de lejos sin detenerse. «Es el barrio francés, *le quartier français*, y esta por la que deambulamos es la avenida de la Independencia, aunque todo el mundo la conoce como avenida del General de Gaulle». Y señalando una villa pintada de blanco algo más pequeña que las demás, añadió: «Y aquella es la embajada de España».

Un centenar de metros más allá, colindando jardín con jardín, podía verse a la derecha el palacio presidencial (que hasta la independencia había sido residencia del gobernador francés), un edificio blanco, rectangular y grandote con desconchones y manchas de humedad en las paredes. Una gran veranda ocupaba todo el frente de la casona en el primer piso. El palacio estaba construido en medio de un enorme jardín que había visto tiempos mejores, pero con grandes árboles aquí y allá, «cocobolo», aclaró López con el tono nostálgico de cualquier maderero al que se le escapa una buena fuente de dinero por no aserrar a tiempo, palmeras y macizos de flores tropicales. Frente a la escalinata de entrada al edificio estaba plantada una tanqueta pintada de camuflaje con un cañón apuntando amenazadoramente hacia el

resto de los mortales que deambulaban al otro lado de la verja. En una garita, unos soldados vestidos muy marcialmente de caqui custodiaban el portalón de entrada. Kalashnikov en ristre, tenían, con sus botas de campaña, un aire decididamente más aguerrido que sus compañeros del aeropuerto.

—Son las fuerzas de élite de Wa-TuTu —aclaró el maderero.

El enorme río que discurría hacia el puerto delimitaba el parque presidencial por detrás y podía verse una gran *pelouse* que iba de la casa hasta el agua, descendiendo suavemente hacia la orilla.

Molusque detuvo el coche delante de la verja del jardín de la embajada española, se bajó y empujó las dos hojas del portalón del que arrancaba un camino asfaltado. A los setenta u ochenta metros, el camino moría en una rotonda dentro de la que había una gran fuente y macizos de flores de tonos vivos. Allí mismo arrancaba la escalinata delantera de la casa. Detrás de la residencia, el jardín descendía hacia el río.

Molusque volvió a subirse al coche.

—*Perpetuum non extat* —farfulló, y con un suave acelerón, el Mercedes se puso de nuevo en marcha.

—¿Va a llover más?

—No, hoy ya no. Ahí tienes el cuerpo de casa —dijo el maderero con sorna. Se había abierto la puerta principal para que desfilaran seis personajes de opereta; se pusieron más o menos firmes para saludar a Meneses. Este y el maderero, que haría las presentaciones, se apearon del coche y subieron la escalinata.

—Tú no necesitas presentación, Patricio. Ellos solo saben que eres un tío muy importante y amo y señor de sus vidas y haciendas.

—Coño, Javier. No hacía falta.

—Lo que yo te diga. El único que habla un poco de español es el chófer. Mira, esta es Resurrección, el ama de llaves —Meneses, joder, es lo más feo que he visto en mi vida—, que es la mujer del cocinero, Abu Dada. —Otro que tal baila, vaya tío espantoso, ¿y este me va a dar de comer?, sopa de corazón de lagarto, seguro—. Esta es Virginaly, la doncella más joven, diecisiete años. —Flaca, piernas interminables, pechos que parecían colgados de las clavículas y nariz recta, ¿qué espera para irse a París a hacer de modelo?—. Me parece que Abu Dada, por cómo la mira, tiene designios sobre ella y se la quiere ventilar. Como se entere Resurrección, lo troceará con el cuchillo de trinchar. Bueno. La segunda doncella, Acropole Marie...

—Venga, no me jodas, Javier.

—Se llama así.

—¡Pero si es más fea que pegar a un pobre!

—Y los dos restantes son Julien y Dieudonné, los jardineros.

Todos hicieron a la vez una profunda reverencia.

—Whiskypon, ¿eh? —gritó Meneses al oído del maderero para hacerse oír en medio del estrépito.

—Pues, sí. Esto es el Studio 54 de aquí, el sitio menos recomendable de la ciudad, pero el bar al que uno acude para ser visto. Igual que en Manhattan.

—¿Visto por quién?

—Por los políticos, los correveidiles oficiales y oficiosos, por los periodistas y los que cobran las mordidas, por la policía secreta de Wa-TuTu, las putas y los drogatas, y no te digo por el obispo porque ese se lo monta de otra manera...

—¡Venga!

—Lo que yo te diga... Un consejo: algunas putas —señaló con la barbilla— son guapísimas. No te fíes: aquí el sida hace estragos, es una epidemia mala, mala... El porcentaje de infectados es altísimo... Vete con cuidado, ¿eh? ¿Qué bebes?

—Vodka si no es de garrafón.

—No. Aquí es bueno..., de contrabando. Lo traen los rusos.

—¿Qué rusos?

—Los que están aquí en las prospecciones del crudo y del gas. Trabajan para las compañías americanas. Hombre, mira —dijo, fijándose en un dandi que se acercaba—, te voy a presentar al dueño del chiringuito... Viene hacia acá, pero no por mi cara bonita, sino porque quiere comprobar de quién es esta cara nueva. ¡Dupont! Te presento a mi amigo Patricio Meneses.

Era un tipo más bien pequeño, bastante atildado, vestido de blanco, con un finísimo bigote negro, el pelo planchado con gomina y un fular de seda al cuello. Llegó hasta donde se encontraban los dos en el extremo de la barra. Sonreía y para hablar se quitó la boquilla que tenía apretada entre los dientes.

—¡Ah! —exclamó—. Bienvenido al Whiskypon. Soy Dupont Duhamel, dueño de este establecimiento. No es el Rick's Café, pero esto tampoco es Casablanca ni estamos en guerra con los alemanes... —Rieron todos. A este

no le compraba yo un coche de segunda mano ni a punta de pistola—. ¿Y qué le trae por aquí, amigo? Oye —le espetó al barman—. A ver, estos señores son mis invitados. Sírveles lo que quieran.

—Muchas gracias, Dupont. Bueno, Patricio ha venido en un viaje de negocios.

—¿Sí?

—Pues sí —intervino Meneses—. Un viaje de contacto para comprobar las perspectivas de negocio que hay en Matambezi.

—Ah. Muy bien. En este momento, las perspectivas financieras y comerciales con el descubrimiento del crudo y del gas y con el desembarco de los bancos americanos y franceses son fabulosas, fa-bu-lo-sas. Esto está que arde. Las oportunidades de negocio son tremendas. El olor a dinero vibra en el aire. Ha llegado usted justo a tiempo, amigo mío. Las misiones comerciales pululan por St. Juste y, con los contactos adecuados —se interrumpió un momento y miró a los dos—, las oportunidades son excelentes para un hombre que sabe lo que quiere. ¿En qué hotel está alojado? ¿Hilton? ¿Mövenpick?

—No. Estoy en la antigua embajada española. El ministro de Comercio español es buen amigo y ya que la embajada está cerrada, me ha invitado a hospedarme allí. Para que no se pudran los muebles con la humedad, vamos.

—Si este se cree esta machada, es que es tonto de baba.

Dupont Duhamel entrecerró los ojos.

—¿En misión oficial?

—No, no —contestó Meneses, riendo—. ¡Qué va! Vengo por mi cuenta, a ver si, de paso que cierro algún negocio caído de las migajas que dejen los grandes, compro algunas cosas, ya sabe, joyas, antigüedades, la corona de algún rey tribal...

Javier López abrió mucho los ojos y Duhamel se calló de golpe. Se había puesto rígido. Estuvo así interminables segundos. Hasta que, de pronto, empezó a sonreír y luego a reír con estrépito.

—¡Coronas de reyes tribales! —dijo por fin, secándose las lágrimas con el dorso de una mano—. Coronas, sí señor, sí. Son patrimonio nacional, sí señor, y si consiguiera llevarse una, el propio rey de la tribu se quedaría con sus atributos masculinos antes de que usted embarcara en el avión. Las coronas son la encarnación, el símbolo mismo del país.

Este me está mirando para ver si soy moneda falsa o un sinvergüenza

cabrón. No tiene ni idea.

—Era solo una broma, pero viniendo del aeropuerto he visto un mercado grande lleno de cosas. Había por lo menos dos tenderetes cubiertos de piedras preciosas. Vaya, como íbamos despacio, pude ver muchas malaquitas, me encantan las malaquitas desde siempre, ya lo creo...

—La malaquita es una piedra muy venerada en Matambezi, amigo mío. Muy poderosa, sí. Ahuyenta los malos sueños y el dolor de cabeza. Cosa muy seria: algunos brujos de las tribus del centro la engarzan en la corona del rey; otros la pulverizan, la mezclan con licor de palmito y la convierten en un brebaje, un elixir potente que, se dice, es un afrodisíaco infalible. Pero yo no me lo creo... casi nunca. —Rieron.

—¿No ha probado ya sus efectos, Dupont? —preguntó Meneses—. Aunque me parece que no le hace falta: tiene aspecto de conquistador de señoras..., de que las deja muertas...

—¿Un donjuán, yo? —contestó Duhamel, atusándose el bigotito.

—En St. Juste es un conocido *coureur* de faldas, un tipo que se tiene que quitar a las mujeres de encima —intervino el maderero.

Como este tío se infle un poco más, va a acabar pegándose al techo del establecimiento, como un globo de helio. ¿Has visto cuánta vanidad hay en el hombre? Pronto, Meneses, fino observador de la realidad, se vería obligado a revisar su opinión sobre Duhamel.

—Ten cuidado, no se te vaya a notar la coña —dijo el maderero en español. Y dirigiéndose al petimetre, añadió—: Le acabo de decir a Patricio que, si se hacen amigos, usted le presentará a alguna señorita —dijo *mademoiselle*— que valga la pena, que sea cariñosa o, tal vez, severa. Creo que le gustan así, ¿eh, tú, Meneses?

—Soy muy particular, Javier.

—¿Ah? —dijo Duhamel. Y ahí quedó la cosa. De momento, pensó Meneses; engréidos o no, estos tíos no dan puntada sin hilo. Va a resultar que Duhamel es menos petimetre de lo que parece.

Dupont los llevó a una mesa algo apartada. No lejos del bullicio porque eso era imposible, pero al menos en una esquina por la que no pasaba continuamente la gente. Como por ensalmo, aparecieron tres copas y una cubitera llena de hielo con una botella de champagne. Mientras bebían la segunda, estuvieron los tres hablando de las cosas de la ciudad, de las anécdotas de los americanos (¿sabéis que se casan con las locales y se las

llevan a Nueva York o a Texas?), de cómo había cambiado el país después del golpe de Estado con la inesperada riqueza del petróleo. Como los saudíes, ¿eh? Todo para unos cuantos y nada para el vulgo miserable. Dicho lo cual, Dupont no se quejaba del negocio, no señor.

—Por cierto, Dupont, a usted, que probablemente es la persona mejor informada de St. Juste, ¿a quién le parece que debo contactar para plantear algunas cosas, alguna relación de negocios? Ya me entiende.

Duhamel sacó con gran cuidado un cigarrillo americano de una pitillera de plata que guardaba en un bolsillo de su chaqueta, lo encajó en su boquilla y lo encendió con un mechero de oro. Exhaló una gran nube de humo (es Winston seguro, colega). Estuvo un buen rato mirando a los dos, de uno a otro, sopesando la seriedad de lo que decían y al maderero en especial preguntándole mudamente si Meneses era de fiar. De fiar de verdad.

Cuando Duhamel volvió a hablar, lo hizo en tono bajo, casi en un susurro nada fácil de oír por encima de los gritos, las risotadas y la música que provenía de una terraza elegante, llena de luces y estrobos. Y mujeres africanas vestidas o desvestidas, según se mire, contorsionándose y girando al ritmo de la percusión ensordecedora que salía de los altavoces Bose colocados en cada esquina.

—Depende.

—¿De qué?

—De dos cosas. Una, del tamaño del negocio que pretenda realizar, y dos, la más importante, de la cantidad de dinero que esté dispuesto a gastarse para engrasar la maquinaria. Estas cosas son caras.

—Javier sabe que soy un tipo serio y decidido y que no me cuesta nada gastarme el dinero que sea necesario, el dinero que sea, si vale la pena.

Dupont Duhamel no pudo reprimir una expresión de interés amable. Amable, sí, pero interés indisimulado. Abrió mucho los ojos.

—En ese caso, amigo mío, y contando con el apadrinamiento de Javier López... Pero ¿seguro que nos entendemos, verdad? No pueden cometerse errores. Matambezi parece un país de locos, pero le aseguro que...

—No, no, así me tomo la advertencia —contestó Meneses con una blandura engañosa que cualquier avisado que supiera leer entre líneas no se tomaría muy en serio. Es más, le pareció que el francés captaba el mensaje.

—¿Usted juega al póquer? —dijo este de pronto.

—Desde luego.

—Se lo digo, y Javier lo sabe, porque en la embajada de España precisamente, había una partida regular una noche por semana...

—Perdón, ¿con conocimiento del embajador? No me lo creo.

—Sin conocimiento del embajador, Patricio, sin conocimiento del embajador. —Sonrió—. Con conocimiento del cocinero, Abu Dada, en cuya vivienda al fondo del jardín se jugaban las partidas.

—¡No es posible!

—Sí que lo es. Una partida muy seria y muy dura...

—... En la que volaban los dólares como si fueran dinero del Monopoly —intervino el maderero—. Yo jugaba a veces, pero el nivel era con frecuencia demasiado alto para mí.

Meneses lo miró y dio un silbido silencioso.

—Esa partida, claro, tuvo que trasladarse a otro garito cuando su país rompió relaciones con el mío... de adopción. Y no era lo mismo. Por eso se lo pregunto ahora: ya que vive en la embajada y supongo que la cosa depende de usted, no hay nadie más que mande, ¿no?, ¿estaría dispuesto a que se reanudaran las partidas allí?

—Es una tentación que me resulta difícil de resistir.

—¿Lo haría?

—¿Quiénes?

—El cocinero Abu Dada, naturalmente, David Hockansmith, que es uno de los gringos del petróleo y que, al parecer, una vez ganó un millón de dólares en una partida en Las Vegas. Luego un policía de la brigada de lo social que siempre va a todas partes. Se llama Daniel Wolowolo y me parece que... no, no me parece: juega con dinero de un sindicato de gánsteres de por aquí. No da la sensación de tener límite en los dólares que maneja. Juega bien. Yo también. Es peligroso.

—¿Quién más?

—Bueno, ya le ha dicho Javier que él juega de vez en cuando... —Sonrió y le dio una palmada afectuosa en el brazo al maderero—, pero no mucho.

—¿Quién más?

Duhamel miró algo dramáticamente a su alrededor.

—Bueno, el ministro de la Minería, eh..., Usama Kokomo —añadió, bajando la voz.

—¿Quién? —preguntó Meneses amablemente.

—Usama Kokomo.

El imperialismo americano tiene ventajas técnicas impagables. Si es conveniente que compañías tipo Crudco y bancos tipo Morgan y embajadas en zonas ecuatoriales tipo St. Juste estén comunicados con el resto del mundo (civilizado), colocan un satélite en órbita, lo ponen a dar vueltas y, hale, conexión para teléfonos móviles en África. Claro que hay que comprarse un aparato caro de verdad. Que era el que había adquirido Meneses a través de unos contactos suyos antes de marcharse de Madrid, justo dos días antes de intentar hablar desde París con Atumu Kokomo en Nueva York. Seis horas menos.

Había contestado Merveille.

—Ah, Patrís, qué alegría oír tu voz. ¿De dónde llamas?

—De Madrid, Sopita de Corazón... —Merveille rio. A Meneses le encantaba provocar esa risa—. Dime, ¿está Atumu?

—No, no está. —Lo dijo en voz baja, como hablando con prudencia, sugiriendo un secreto. A Meneses le dio un vuelco el corazón.

—¿Ha pasado algo, Merveille?

—No. No ha pasado nada. Ay, por Dios, no te asustes. —Rio de nuevo—. Atumu se fue ayer a Matambezi... Lo necesitaban en Buyumbura. Las cosas allí se están torciendo un poco y son peligrosas. —Se quedó callada un momento y luego añadió—: Buyumbura nuestro pueblo no es lo mismo que Buyumbura, capital de Burundi, que está al otro lado del lago Tanganika. Pero sí es lo mismo.

—¿En qué quedamos?

—Bueno, Patrís, en esa región, Buyumbura es la etnia común a un lado y a otro de la frontera, pero el centro de la tribu está de este lado, del lado de Matambezi. De allí era nuestro rey, el padre de Atumu. Pero los belgas que se quedaron con todo al final de la Primera Guerra Mundial hicieron un reparto como les dio la gana y que nada tenía que ver con la tierra de nuestra tribu. Nos separaron con un lago y una frontera.

—¿Por qué no te has ido con Atumu?

—Quería irme con él, pero no me dejó. Además, Bijou no puede dejar el colegio aquí. Atumu necesita resolver las cosas sin tener que preocuparse por nosotras, ¿sabes? Y aquello está peligroso.

—¿No le convenciste de que no fuera?

—Ya sabes cómo es, Patrís. Tiene que ayudar a su gente y... —su voz sonó desmayada, casi con poca esperanza—... y, bueno, la tribu es lo principal..., lo único, en realidad. Ya sabes que Buyumbura es el legado de su padre y eso es sagrado.

—Pero... pero...

—No me lo digas, que ya lo sé.

—Mira, Merveille, voy a ir a St. Juste...

—¿Qué?

—Que voy mañana.

—Estás loco, Patrís.

—Qué va. Iba a ir de todos modos. Lo que son las casualidades, me mandan mis jefes a ver si arreglo el lío que hay entre Matambezi y España. Nada, una estupidez.

—Tendrás cuidado. Están las cosas muy mal allí.

—No me lo digas más, que me está entrando miedo y soy muy cobardica. Tendré cuidado, no te preocupes. ¿Tienes alguna manera de contactar con él?

—Sí, claro. Es su número de siempre, pero ahora se ha llevado un móvil muy potente y puede hablar con el mundo entero por satélite. En África es más complicado porque la tecnología está bastante atrasada. De modo que lo que se hace para andar por casa, me explicó Atumu, es comprar un móvil de los antiguos, un Nokia viejo por ejemplo, y pagar a una de las pequeñas compañías locales el enganche: la tecnología es primitiva, pero las comunicaciones funcionan... mientras no pretendas almacenar fotos o jugar al Candy Crush. —Rio de nuevo.

—Dios mío, me asombra tu ciencia, Merveille.

—Es la ciencia que me explicó ayer Atumu. Búscate un Nokia antiguo y, cuando llegues a St. Juste, firma un contrato con cualquiera de las operadoras locales, ¿sabías que se llaman *startups*? Yo hasta ayer no tenía ni idea.

—¿Cuál te aconsejó Atumu?

—Una que se llama Safaricom, que opera desde Kenia, pero que tiene una oficina en Matambezi. Con eso se puede hablar con todo el país. De todos modos, llévate un teléfono por satélite por si acaso.

—¿Y el número?

—El de los dos teléfonos es el mismo. Pero, por Dios, Patrís, tened cuidado, que solo de pensar que mis dos hombres están lejos jugándose la vida... no duermo.

—No te angusties. No nos pasará nada. Bueno. Si hablas con él antes que yo, dile que voy. Dile que lo veré allí. ¿Sí? Dile que lo protegeré. —Vaya idiotez que acabo de decir.

Pero Merveille se lo tomó en serio.

—Ya lo sé. Tienes que protegerlo.

—Claro.

Ya en el avión, Meneses recordó de pronto que se había dejado un Erikson y dos Nokia viejos en el cajón de la mesilla en Madrid. Maldijo su despiste.

Cuando volvió a la residencia de la embajada en St. Juste, Meneses subió a su habitación (decorada tipo parador nacional, como toda la casa, por cierto, y oliendo a humedad), cogió su teléfono carísimo que había dejado encima de la cama y marcó el número de Atumu. Lo había intentado tres veces antes sin éxito. Fuera de cobertura o apagado, lo de siempre, solo que en inglés (fuera de cobertura, no: para eso tenía el teléfono carísimo). Tampoco esta vez pudo comunicar. ¿Hora de preocuparse? No, aún no. Estos estarán en la selva bailando alrededor de la hoguera y así no hay quien oiga el teléfono.

Estaba francamente cansado y quería meterse en la cama después de una buena ducha fría. El aire acondicionado no iba mal, pero hacía ruido. Lo apagó para ver si aguantaba el calor y conseguía dormirse antes de que le resultara insoportable. Y la ducha estaba templada tirando a caliente. Volvió a encender el aire. De su maletín sacó uno de los tomos de Marcel Proust para retomar su lectura. Pero a los pocos minutos cerró el libro sobre su dedo índice para no perder la página y miró al techo.

Usama Kokomo, ministro de la Minería, ¿eh?

6

PÓQUER EN LA EMBAJADA

El café era bueno y la leche en polvo, reconstituida con agua, ojalá que no del grifo. Había una *baguette* fresca y tres *croissants* (en cualquier lugar del mundo que haya sido colonia francesa, hay *baguettes* y *croissants* que saben a París). Mantequilla danesa y mermeladas inglesas en potecitos de cristal con etiquetas. No se privan de nada. Pero lo mejor era la fruta, dulce y sabrosa: mangos, bananas, naranjas, papayas, *sweetsops*, manzanas de azúcar y qué sé yo qué más.

Vigilada de cerca por Resurrección, la niña Virginaly, vestida con una bata blanca más bien justa que revelaba el esplendor de lo que había debajo, se ocupaba de cambiar platos, servir café, traer y ofrecer el frutero y, en general, poner cara de terror. Olía a limpio por contraposición al ama de llaves, que apestaba a un sudor percibido desde el umbral de la puerta en el que había aparcado su voluminosa presencia hasta la cabecera de la mesa del comedor a la que se había sentado Meneses.

—Tranquila, que no te voy a comer —dijo Meneses cuando Virginaly, temblándole las manos, rellenó su taza de café.

—*Oui, m'sieu l'amb...*, sí, señor emb... —contestó ella, instruida por Resurrección de que no utilizara títulos que al señor de Madrid no le gustaban nada.

—Resurrección, dígale a Molusque que prepare el coche, que vamos a salir.

—*Oui, m'sieu l'amb... Monsieur.*

Llevaba lloviendo con furia desde la mañana temprano. De pronto, la cortina de agua dejó de caer, lució bruscamente el sol y solo siguieron desprendiéndose de los aleros goterones como moscas pesadas. Luego, la naturaleza guardó silencio, empezó a subir del suelo la cortina de vapor y regresó el calor con renovada violencia.

Meneses, sudando y vestido con lo más ligero que encontró en su maleta, se subió al Mercedes, cuya portezuela sostenía Dieudonné en posición algo patosa de firmes. Apretado contra el volante, Jean Molusque parecía dispuesto a salir camino asfaltado abajo a la velocidad no excesiva que requería la ocasión.

—Buenos días, *m'sieu*.

—Un momento, Molusque. ¿Por qué llevamos el banderín oficial de la embajada? —preguntó, señalando la enseña nacional que ondeaba sobre el guardabarros izquierdo—. Quítelo, por favor.

—*M'sieu* —dijo Molusque, bajándose del coche con cierta dificultad. En dos pasos llegó al guardabarros, quitó el banderín, lo enrolló y lo guardó en el maletero—. *Voilà*.

—Pues vámonos.

—*Dura lex sed lex* —masculló el chófer mientras arrancaba con suavidad.

—Molusque, quiero que me enseñe toda la ciudad, los barrios de las embajadas, los ministerios, la universidad, el puerto, el centro, aunque vimos mucho de él ayer, el barrio francés por el que pasamos sin detenernos, la catedral..., todo. Pero lo primero que vamos a hacer es ir a la compañía de teléfonos móviles Safaricom para que yo me compre uno.

La Safaricom estaba instalada en un local bien visible al lado de dos bancos, uno francés, la BNP, y otro americano, el Citi. El trámite fue rápido y, a los diez minutos, Meneses salió de la tienda con un flamante Nokia que, ciertamente, había visto tiempos mejores. La operación había sido costosa por culpa del teléfono viejo olvidado en Madrid.

Pasaron toda la mañana dando vueltas por St. Juste. De vez en cuando, Molusque paraba el coche y se bajaban para que pudiera enseñarle algún detalle, alguna corrala escondida (estos sitios malolientes me dan mala espina, ni siquiera por típicos inspiran confianza), el gran mercado del centro, el zoco, que olía poderosamente a carne, especias, pescado, legumbres y fruta, todo junto; las villas francesas de cuando la colonia, apenas percibidas el día antes, pequeños chalés trasladados tal cual desde una ciudad de provincias del sur de Francia, con aceras bordeadas por grandes árboles, castaños y eucaliptos y acacias. La misma sombra, el mismo aire provenzal que en Hanoi, en Phnom Penh, en Vientiane, en toda la Cochinchina y en Dakar. Siguiendo el cauce del río bajaron hasta el puerto, algo destartado, de cuando la colonia, aunque a la izquierda había un nuevo muelle, reluciente

de cemento con cuatro grandes grúas para contenedores y, a lo lejos, una estación para la carga del crudo. El mar lucía verde oscuro, pesado.

Cada vez que Molusque detenía el Mercedes para que se bajaran de él a visitar cualquier monumento (a cualquier cosa le llaman monumento) aparecía como por ensalmo un sobrino o un primo vestido de policía, que se quedaba de guardia protegiendo el coche. Se ve que aquí te descuidas y te desguazan el haiga en menos que canta un gallo.

—¿Y ese edificio tan grande? Parece un cuartel o una prisión, qué cosa tan fea. No, fea no: es siniestra. ¿Qué es?

—La *police* y la cárcel de dentro de la ciudad, *m'sieu*. Era la cárcel ya en tiempos de los franceses.

—Vaya.

—Hay un patio, *m'sieu*, y en una esquina, un cadalso... —dijo *échafaud* con un escalofrío de horror.

A Meneses le pareció que, para ser tan grande, había en Molusque un punto excesivo de angustia, pero... Bueno, es la Dirección General de Seguridad de aquí. Vale, ¿no? Toda policía secreta o brigada de la social, o como se llame, reúne a la mayor concentración de hijos de puta de un país. Pues más aquí en Matambezi, en donde son unos bestias, ¿no? Bien pensado, también yo tendría miedo.

—¿Qué pasa, que ajustician a mucha gente?

—Antes no, *m'sieu*, pero desde que están los militares, es peor. Siempre andan deteniendo... —Miró a todos lados con los ojos muy abiertos—. ¿Puedo decirle una cosa? Wa-TuTu persigue a las tribus porque si detiene a uno de los jefes o a uno de los guerreros más importantes, acaba controlándola. Con la única con la que no se atreve es con la buyumbura: es la más fuerte y la más alejada en el este del país. Es difícil llegar hasta allí, en la frontera de Burundi.

—¿Sí, eh?

—El ministro de la Minería, Usama Kokomo, es un buyumbura. A lo mejor es por eso que Wa-TuTu los deja en paz.

—¿Sí, eh? A lo mejor es que tampoco le apetece meterse en líos con Burundi. Digo yo... Tendremos que hacer un viaje, un paseo turístico... para ver cómo es aquello. ¿Hay caza? Ya sabes, leones, cocodrilos, todo eso.

—¡Huy no, *m'sieu*! Está muy lejos, los caminos son horribles..., es peligroso...

—Sí, ¿eh?

—Sí, *m'sieu*. Allí fue donde mataron a los médicos españoles, a las hermanas y a las enfermeras... Y a un millón de tutsis en el noventa y cuatro en Burundi, al otro lado de la frontera y el lago. No, no, mejor no. No hay que ir allí.

—¿Tú sabes por qué los mataron?

—¿A los españoles? Ah, no —dijo entonces Molusque con tono alterado—. No sé nada, *m'sieu*. —Tragó saliva.

—Ya.

—Allí, la catedral de Saint Juste —soltó Molusque con algo de precipitación, por cambiar de tema.

La catedral católica era una iglesia construida en cemento gris. Una única torre terminada en punta hacía las veces de campanario. Dos ventanales por lado con vidrieras más bien toscas de vivos colores, rojo, verde, transparente esmerilado, confirmaban el ambiente sacro del lugar. Un verdadero horror, decidió Meneses.

—Hay un obispo, ¿no?

—Monseñor André Kualungu.

—¿Vive allí? —Señaló con la barbilla.

—No, *m'sieu*. El obispado está en un parque fuera de la capital.

—Ya veo. Tendré que ir a visitarlo. Vamos.

Pasaron delante del Whisky pont que, de día y con los neones apagados, tenía un aspecto sucio y destartado que las luces brillantes de la noche disimulaban. Un poco más allá, un edificio de dos alturas con una terraza cubierta por grandes velas triangulares se anunciaba con una placa de latón muy necesitada de Sidol que le volviera a sacar el brillo original. No se distinguía el nombre, solo una Torre Eiffel grabada en el metal, pero Molusque dijo:

—La Tour Eiffel, el mejor restaurante de St. Juste. El dueño y el cocinero son franceses.

—Un día iré a comer sin falta. Vamos a volver a la embajada, Molusque.

—*M'sieu l'amb... Monsieur* —dijo Abu Dada, el cocinero, asomándose con cuidado desde la puerta del salón—. ¿Podría hablar con su excelencia?

—¿Qué pasa, Abu Dada?

El cocinero carraspeó.

—Creo que *monsieur* López le ha explicado ya...

—No, Abu Dada, no me ha dicho nada. ¿Qué pasa?

El cocinero volvió a carraspear, acobardado. Detrás de él se adivinaba la presencia de Resurrección. Esta víbora está en todos lados. Boa constrictor, más bien.

—Bueno, *m'sieu*, cuando el señor embajador estaba aquí, quiso organizar una partida de cartas porque le gustaba mucho el póquer. Había oído que yo conocía a personas importantes a quienes también les gustaba jugar y me pidió que reuniera a jugadores para hacer una partida aquí, en su casa...

Meneses jamás había oído mayor sarta de trolas en su vida, pero decidió que era justo la introducción que le convenía para montar la timba.

—¿Ah, sí? —preguntó.

La primera partida se celebró aquella misma noche.

Dos horas antes, Meneses había conseguido hablar por fin con Atumu. La conexión era mala, con interferencias y estática llenando la llamada de grillos.

—Por Dios, Atumu, ¿qué haces aquí?

—Lo mismo debería preguntarte a ti. Me contó Merveille que habíais hablado antes de ayer...

—Sí, porque quería decirte que venía a St. Juste.

—¿A qué?

—A resolver unos asuntillos de mi Gobierno con el de aquí. Ya sabes que rompimos relaciones cuando Wa-TuTu tomó el poder...

—Ya me acuerdo. Fue por los médicos españoles a los que mataron. El muy cínico dijo que habían sido los de mi tribu. Espero que no se lo creyeran los tuyos...

—Ni por un momento, hermano. Ni por un momento. Pero tengo que averiguar lo que pasó de verdad. ¿Me ayudarás?

—Naturalmente.

—¿Cuándo nos vemos? Hoy no puede ser. Tengo una partida de póquer a la que viene tu hermano.

Hubo un largo silencio y después:

—Ah, ya veo —dijo Atumu—, ya veo. Pero me lo tienes que contar en

detalle.

—¿Dónde duermes?

—Con mi gente de aquí.

—Bueno, pues mañana te espero aquí en casa, por la mañana. Me tienes que explicar qué haces en Matambezi.

—Muy bien, muy bien. Me apetece mucho verte, «compañero», como tú dices.

A la mesa de cartas en la biblioteca (¿biblioteca? Bah, poco más de cuatro librotos encuadernados en cuero rojo más unos cuantos volúmenes de fotografías de lugares turísticos de España y seis litografías de Durero enmarcadas en madera oscura —si eso son Dureros, yo soy arzobispo de Jodaida, república del Yemen), se sentó el ministro de la Minería, Usama Kokomo (carajo, es clavado a su hermano, un poco más gordo, un poco más calvo y con un enorme anillo de oro en su anular izquierdo), Meneses lo saludó efusivamente y le dio la bienvenida.

—Usted estuvo en Nueva York en la ONU y conoció a mi hermano Atumu, ¿no?

—Sí, señor. Nos hicimos buenos amigos. Sigue viviendo en Nueva York, ¿verdad?

—Sí. Hace pocos días hablamos de cosas de la familia y me dijo que pensaba venir para resolverlas.

—Ah, muy bien. Me encantará volverlo a ver.

David Hockansmith, el tejano de la Crudco, triunfador de Las Vegas, un tipo enorme, rubio y patoso, con grandes manos de dedos rollizos, sonrió e hizo un saludo medio militar tocándose la frente con dos dedos. Dupont Duhamel, repeinado, impecablemente afeitado, con un fular de Hermès al cuello y un cigarrillo encendido siempre encajado en la boquilla que sujetaba entre los dientes, hizo una ligera inclinación de cabeza. Daniel Wolowolo, el pequeño agente de la secreta, con un diente de oro sustituyendo el primer incisivo de la izquierda, desvió la mirada hacia el suelo; Abu Dada el cocinero, reluciente y con la mirada encendida de excitación, llevaba puesta una camisa hawaiana de colores chillones y no dijo nada. Y el anfitrión, que en este caso era Meneses.

—Caballeros, bienvenidos —les saludó—. Jugaremos Texas hold'em con

restos de quinientos dólares, que podrán ser regados con sucesivos restos de la misma cantidad, pero que no podrán ser solicitados en el transcurso de una mano. Las apuestas son sin límite. —Todos asintieron—. Y ahora, antes de que empecemos, en aquella bandeja tienen hielo, whisky y agua. Sírvanse, por favor.

Mientras lo hacían, Meneses se puso a observarlos uno a uno por decidir cuál o cuáles eran los jugadores más peligrosos. No era ningún tonto y además había mamado las cartas, el póquer sobre todo, desde la infancia. Recordaba perfectamente el momento en que, a sus nueve años, su padre le dio la primera lección de póquer: «El póquer de siete cartas, que es el que juegan los buenos, Patri, consiste en que cada jugador, generalmente son seis, recibe dos cartas tapadas que solo él ve. El que reparte pone otras tres bocarriba sobre la mesa y cada jugador mira de combinar sus dos cartas con las de la mesa. Nadie dice nada; solo apuesta para dar la impresión de que su mano es imbatible. Cuando todos han apostado (a lo mejor alguno no lo hace y se ha retirado de esa mano), se añade otra carta destapada. Todos apuestan. Y otra más y todos apuestan. Es sencillo. Lo difícil es convencer a los demás de que llevas más que ellos sin enseñar las cartas: si igualan tu apuesta, tendrás que mostrarlas y si se retiran acojonados, ganas sin destaparlas. En realidad, el póquer consiste en mentir, en engañar. Es lo que se llama ir de farol. Pan comido, hijo».

Luego, su padre, el del pan comido, había conseguido arruinar a la familia en una célebre timba que tenía lugar en un chalé de la colonia de El Viso de Madrid. Bueno, arruinar es mucho decir: las naranjas de Valencia son las naranjas de Valencia, fuente inagotable de ingresos. Al padre de Meneses, sus hermanos le quitaron cualquier manejo de fondos familiares y lo mandaron a administrar una de las huertas en el interior de la provincia. Allí montó una partida con los jornaleros.

Meneses sacudió la cabeza para no dejarse distraer y volvió al análisis silencioso de sus adversarios.

Hockansmith tenía pinta de bonachón simpático... hasta que se le miraba a los ojos, dos canicas de implacable hielo azul. Hasta la sonrisa, que era espontánea y fácil, le pareció falsa a Meneses. Este es el más peligroso de todos ellos, decidió. Cuidado.

Wolowolo, el poli traidor, no había más que mirarlo, era un gusano escurridizo, más peligroso por sus desquites fuera de la partida que con las

cartas. El hombre sabía lo que se hacía con los naipes y contaba, además, con fondos ilimitados provenientes de mandos del ejército (¿de Wa-TuTu?), de ricachones locales y de matones, que, habiendo esquilado al populacho, no se atrevían a sentarse a la partida o preferían que no se supiera: querían ganar dinero, pero no sabían jugar. Como una lotería garantizada. Por lo que Meneses había oído, unas cuantas manos con Wolowolo los había convencido de estar en la ganancia, pero no en el riesgo. Este miserable debe de jugar bien. Y ganar. Si no, no volvería a la mesa. Para él, la timba de hoy es de tanteo y se jugará barato. Seguro.

Duhamel. Un jugador elegante y sinvergüenza. El que mejor va al farol. Jugará con una indolencia calculada y simpática. ¿Trampas? No sé. Si las hace, las hace muy bien: que lo pillaran aquí sería el fin de su vida de negocios y, probablemente, de su vida, punto. Me parece que, si hace trampa, la esconde tras la nube de humo de su boquilla. Su mirada es amistosa. Posiblemente un buen aliado, pero nunca de fiar.

Abu Dada, el cocinero. Tiene mal perder y complejo de inferioridad. Le gusta estar en la timba y eso lo hace vulnerable. ¿De dónde sacará el dinero?

Usama Kokomo. El pichón: cree que juega bien, pero le pierde su vanidad. A este lo voy a desplumar.

Meneses. El mejor de todos, compañeros, porque soy el más malo.

Se sentaron a la mesa en círculo. Meneses dejó que cada cual escogiera su sitio, Wolowolo se puso inmediatamente a su izquierda, Hockansmith, entre este y Usama Kokomo, sentado enfrente de Meneses; a la izquierda del ministro, Abu Dada; luego, Duhamel y, cerrando el redondel de fieltro verde, el dueño de la casa (a cualquier cosa llaman dueño de la casa, aunque sea yo).

En medio de la mesa había sido colocada una gran bandeja con dos barajas nuevas con el envoltorio de celofán sin romper y un montón de fichas ordenadas por valores y colores: blancas las de cinco dólares, igualmente blancas, aunque mucho más grandes, las de diez dólares; redondas naranja, de cincuenta dólares; azules, de cien; rectangulares de color amarillo, de quinientos; rectangulares más grandes y marrón, las de mil; y, finalmente, unos ladrillos color rojo, de cinco mil. Meneses repartió a cada jugador diez fichas de cinco dólares, diez fichas de diez, tres de cincuenta y dos de cien.

—Aquí están sus restos, caballeros. Quinientos dólares contra papel

moneda, muchas gracias —dijo, recogiendo los billetes y guardándolos en una caja metálica con una ranura en el centro de la tapa—. Si alguno de ustedes quiere otro resto, este es el momento de pedirlo.

Wolowolo pidió y pagó dos más de mil. Hockansmith, también (y ya tiene delante dos mil quinientos pavos, peligro, peligro), Kokomo, otros dos (pero este es un inútil), el cocinero no quiso más restos y Duhamel, tampoco. (En esta mesa hay siete mil dólares; ¿cuántos son del pueblo llano y explotado? Panda de bandidos).

—¿Ciega? —dijo Meneses a Wolowolo, que inmediatamente lanzó una ficha de cinco dólares al centro de la mesa. Los demás completaron la ciega grande con diez dólares cada uno y Wolowolo añadió ficha de cinco.

Meneses ofreció una de las barajas a Hockansmith, que desgarró el celofán y se puso a barajar las cartas repetidamente y con habilidad. Nadie perdió de vista sus manos. Cuando estuvo satisfecho, el tejano entregó la baraja a Meneses, que, siendo *dealer* de la primera mano, dio dos cartas tapadas a cada uno. El policía miró rápidamente sus dos cartas y las guardó en su mano, manoseándolas sin parar. El tejano, por el contrario, no las levantó: imperturbable, miró a todos los jugadores uno por uno mientras recogían las suyas. Usama se las puso delante de la cara como si fuera un avaro contando su dinero una y otra vez, mira el tío Gilito. Abu Dada estaba nervioso y recogió sus dos naipes con brusquedad. Duhamel alargó una mano con parsimonia y levantó delicadamente los suyos, como si le desagradara mancharse los dedos; con la otra mano se quitó la boquilla de la boca y apagó su cigarrillo en el cenicero. Meneses cogió la carta de arriba y la deslizó debajo de la otra; entonces levantó las dos por una esquina y las miró brevemente. Alzó la mirada directamente a los ojos del tejano, que lo contemplaba con indiferencia. Enarcó las cejas con una media sonrisa; acababa de darse cuenta de que Hockansmith lo consideraba el único adversario digno de él.

Meneses miró a su izquierda y esperó.

—Cinco —dijo Wolowolo. Y con displicencia, echó al montón del centro la ficha correspondiente.

El tejano se limitó a poner sus cinco. Usama dijo: «Cinco y cinco más». Abu Dada igualó la puesta sin decir más; lo mismo hizo Duhamel. Meneses, en cambio, por tantear el terreno, subió la puesta en diez dólares más. Los cinco jugadores restantes fueron.

Meneses puso entonces tres cartas descubiertas sobre la mesa: el as de picas, el diez de corazones y el nueve de tréboles. Wolowolo pasó, el tejano también. Usama dudó un momento, miró de nuevo sus cartas y dijo: «Subo cincuenta». Duhamel lanzó sus cartas al centro y dijo: «Ah, no voy». Meneses igualó la apuesta, el policía, el tejano y el cocinero también.

El *dealer* añadió una carta más a las tres descubiertas, el tres de corazones. De pronto, Hockansmith dijo: «Doscientos», y añadió dos fichas de cien al montón. Usama lo pensó durante un buen rato, hasta que el tejano giró lentamente la cabeza para mirarlo. «Paso», dijo Kokomo por fin; «Paso», dijo el cocinero; «Veó», dijo Meneses; «Veó», dijo Wolowolo.

Una carta más, la llamada Cuarta Calle. El seis de diamantes. Esta vez, el tejano subió trescientos (este tío está probando a ver hasta dónde puede pujar sin calentar demasiado la partida; quiere cazar al ministro y al poli para sacudirles duro dentro de un par de horas. Menudo cabrón). Meneses puso sus trescientos sin decir nada y Wolowolo depositó las cartas sobre la mesa y se frotó las manos. Sudaba; sacó un pañuelo y se secó la frente. Después, puso sus trescientos.

«River», dijo Meneses descubriendo la quinta carta, el rey de picas. Mierda, pensó, con dos reyes que tengo en la mano me van a sacudir. Mi trío de monarcas es bueno, pero no lo bastante. Me va a sacudir el gringo ese y me tengo que dejar. Lleva una escalera, lo sé, pero la quiero ver. Si voy a lo que apueste, me la tiene que enseñar. Si no voy, no tiene por qué mostrar su juego y no sabré cómo, cuándo y con cuánto va de farol. «Cien», dijo el tejano, conservador para que los otros dos no se echaran para atrás. Meneses le miró a los ojos durante un buen rato. «Voy», dijo. Wolowolo tiró las cartas.

Hockansmith destapó sus dos cartas: una reina y un valet. Con el as, el rey y el diez de la mesa, escalera. Meneses no enseñó sus dos reyes porque no estaba obligado si se rendía. Con el de la mesa, trío. Un buen trío, pero no suficiente. El tejano le devolvió la mirada. Lo sabe, pensó Meneses.

Tres horas más tarde, solo Wolowolo se había retirado de la partida perdiendo trescientos ochenta dólares. «Me voy —dijo, tirando las cartas de mala manera—, no es mi noche». No era mucho lo que perdía, pero una retirada a tiempo acaba ahorrando mucho dinero. Sabia decisión, compañero.

Duhamel se había mantenido ganando y perdiendo, sin demasiada suerte y enfrentado a dos fieras, el tejano y Meneses. En ese momento, se estaba dejando ochocientos dólares en la mesa y se le notaba jugando con ganas de dejarlo, aunque, siempre bien educado, lo disimulaba encendiendo un cigarrillo tras otro y sonriendo continuamente. Pero ochocientos dólares son ochocientos dólares, un montón de dinero para alguien que no disponía de los fondos reservados del Ministerio de Asuntos Exteriores español.

Kokomo, el ministro, estaba siendo el gran perdedor de la noche: cuatro mil dólares —de los que seis restos, añadidos a tres pagados contantes y sonantes, habían sido entregados por la caja a cambio de notas firmadas—. Sobre la mesa, Usama tenía dos mil dólares. Meneses ganaba tres mil trescientos y el tejano, tres mil doscientos cincuenta (lo tuyo y lo mío queda para otra noche, amigo, y lo sabes). Abu Dada ganaba ciento treinta. Bah. Aguantaba por lo mucho que le divertía el póquer y seguro que por lo que le gustaba la compañía para sentirse importante.

«Última mano», había dicho Meneses, consultando a todos con la mirada. Nadie dijo nada. Solo Usama pidió tres restos más a cambio de notas firmadas por él y guardadas en la caja, como las anteriores (huy, huy, huy, llevas sacados siete mil quinientos dólares y solo te quedan tres mil quinientos. Vaya por Dios).

Meneses, con el dedo índice apoyado en sus dos cartas para sujetarlas contra el tapete miró a los cuatro jugadores que quedaban, uno por uno. Hockansmith había consultado sus naipes, apenas un vistazo, y no se le había movido un músculo. Kokomo, en cambio, las agarró como había hecho toda la noche, solo que esta vez, tras verlas, le saltó un tic debajo de su ojo derecho, una contracción apenas visible. Abu Dada llevaba tan poco que ya decidió darse por vencido. Duhamel se lo pensó un momento y decidió no perder más dinero.

Última mano, toda la carne en el asador: en la primera apuesta, el tejano puso quinientos dólares, inmediatamente superados por el ministro, que lanzó una ficha de mil al centro de la mesa. El cocinero y Duhamel doblaron las cartas y se retiraron de la partida.

Meneses puso sus mil. El tejano, sin decir palabra ni alterar el gesto, igualó la puesta con quinientos. Al ministro de la Minería le temblaban un poco las manos, sobre todo la izquierda que sostenía sus dos cartas; sopesó sus fichas, contándolas una y otra vez (seguro que no porque no está convencido de lo

buenas que son sus cartas, sino porque quiere refrenar su impaciencia; este pavo pretende rehacerse en esta última mano y no quiere asustarnos: despacio, despacio, que llevo mucho, se está diciendo). Meneses puso bocarriba las tres cartas que tocaban: el rey de diamantes, el as de corazones y el siete de tréboles. —Bueno, compañero, tenemos lo que tenemos, pero me juego lo que quieras a que Usama lleva dos ases, tres con el de la mesa—.

El tejano debió de comprenderlo también y supo que con la excitación del ministro y lo caliente que estaba, no habría farol que valiera. Dobló las cartas con cuidado, las puso sobre el tapete, se echó para atrás y dijo «paso». Y mirando a Meneses, sonrió. Él había hecho lo necesario para calentar la mesa y ponérsela en bandeja a Meneses. Ya le cobraría el favor otro día.

Usama colocó setecientos dólares en el centro. Meneses puso mil.

«Igualo», dijo Usama.

Aquí en el bote hay cinco mil del ala; le vendrían de miedo al compañero ministro para salir ganando.

Meneses puso la cuarta carta destapada: el dos de tréboles. Usama apostó mil dólares que Meneses igualó (y van siete mil los que hay ahí).

Meneses destapó entonces la quinta carta e hizo un gesto de fatalidad.

El rey de tréboles.

—Me gustaría sacar dos restos más —dijo Kokomo de pronto, antes de que su contrincante hubiera hablado.

—La regla establecida al principio era que no se permitía sacar restos durante la mano.

—Bueno —intervino el tejano—, como ustedes son los dos jugadores que quedan, si Patricio acepta, no veo inconveniente. Y, por una vez, que gane el mejor. —Miró a Meneses sonriendo.

—Ok —dijo este, con un ruidoso suspiro.

Kokomo sonrió. «Mi resto», dijo entonces y empujó todas sus fichas hacia el centro de la mesa: dos mil quinientos dólares.

—Muy bien —contestó Meneses, poniendo la cantidad requerida.

Entonces, Kokomo, con un gesto triunfante, destapó sus dos cartas. Dos ases, en efecto, como había calculado Meneses. «Full de ases y reyes». Y alargó las manos para barrer el dinero del centro del tapete.

Meneses chasqueó su lengua y levantó despacio sus cartas. Las deslizó sobre el tapete. Eran dos reyes. «Póquer de reyes. Yo gano».

7

¿TÍTULO?

—Si lo hubieras visto, fue como en una película del Oeste —dijo Meneses, riendo—. La mano ganadora en el último suspiro, todos los presentes inmóviles como estatuas de sal, no faltaban más que John Wayne y el tramposo..., bueno, el tramposo estaba, pero no intervino en la última mano.

—¿Qué tramposo?

—Duhamel, el dueño del Whiskypont. No hay más que verlo: es muy fino, pero robaría a su propia madre. En cualquier caso, se echó para atrás. Tendrías que haber visto la cara de tu hermano...

—¿Qué tal juega?

—¿Tu hermano? Mal. Es un pichón desplumable. De hecho, le saqué todo lo que tenía y más. Me debe once restos de quinientos dólares que le voy a ir a reclamar hoy mismo. Encima es un ludópata, lo que lo hace doblemente desplumable, ya ves. Hiciste bien en no repartir el Rothko con él.

—¿Cuánto perdió Usama?

—Unos diez mil dólares.

Atumu abrió mucho la boca. Luego puso los labios como para silbar y finalmente exclamó:

—¡Pero es mucho dinero! En mi familia somos ricos, pero tirar esa cantidad a la basura... A ese chico no... Cuidado con él.

—No te preocupes, sé cómo defenderme. Además, no ha tirado nada a la basura: todo ha ido a mi bolsillo.

—Sabrás cómo defenderte, pero te aseguro que, simpático o no, es un tipo peligroso, un niño petulante. Le has herido en su orgullo y eso en un vanidoso es malo.

—Ya, pero tengo un plan.

—Tienes un plan.

—Pues sí. ¿Y tú qué has venido a hacer, Atumu? No me dirás que echabas

de menos los aires de St. Juste...

—Ese es un comentario típico tuyo, tú que no tienes apego a nada...

—Cómo que no. A las joyas indígenas, a Marcel Proust y a Rothko. La Santísima Trinidad.

Virginaly entró en ese momento en el salón. Llevaba una bandeja de plata con un servicio de café e iba vestida del mismo modo que la mañana anterior. Atumu la miró, fascinado de pronto, sin perder ni uno de sus movimientos, y Virginaly, mientras ponía la bandeja sobre la mesa, se ruborizó y se le oscurecieron las mejillas y la frente. Le temblaban los labios. Meneses miró a una y al otro. Le asomó una mínima sonrisa (vaya, estos dos, como nos descuidemos, ya verás... No, ni hablar, esta chica nos seduce a todos, pero Merveille es Merveille). Sacudió la cabeza.

—¿Cómo quieres el café? —preguntó Virginaly a Atumu, dejando que su mirada se arrastrara sobre la de él. A Meneses le pareció un momento terriblemente sensual, como si pudiera mascarse, con sabor a menta y ombligo. Pero no: allí había mucha ingenuidad adolescente. Virginaly es una niña, por muy buena que esté. ¿A qué edad se meten en líos las chicas de aquí?

—Solo, gracias, hermana.

—¿Y usted, *m'sieu*?

—Igual que antes —dijo Meneses con aire indiferente, para recalcar la familiaridad: aquí el patrón soy yo y no será este negrazo quien seduzca a la chica, a la que además tiene prohibido seducir—. Bueno, Atumu, cuéntame. ¿Qué se te ha perdido en Matambezi? —Sonrió—. Ya sé que es tu patria, pero me daba la sensación de que tú de Nueva York no te ibas por un quítame allá esas pajas. Y menos sin Merveille y Bijou. —En inglés añadió—: Y deja de mirar a Virginaly, que me va a tirar el café encima.

—Podría ser mi hija, Patrís.

—Ya, pero no lo es. ¿En tu tribu practican la poligamia?

—No digas tonterías —contestó Atumu con sequedad.

Meneses sonrió.

—Venga, hermano, cuéntame qué haces aquí.

Atumu, impecablemente vestido como siempre, solo que esta vez llevaba una guayabera de lino que contrastaba con lo oscuro de su piel, un pantalón de seda negra y unos mocasines azules de piel de ante, contestó:

—¿Has oído hablar del genocidio de Ruanda?

—Claro: los hutus y los tutsis. En un año de absoluta bestialidad, 1994, ¿no?, fueron asesinados ochocientos mil tutsis...

—En cinco meses, Patrís. Cinco meses. Solo cinco meses. Y no fueron únicamente tutsis, sino también muchísimos hutus moderados. A machetazos, a palos, a ráfagas de ametralladora, desmembrados, decapitados, lanzados a ríos llenos de cocodrilos, el corazón arrancado, el hígado sacado con las manos de cuerpos aún vivos... Lo que llamáis una orgía de sangre, de una crueldad sin límites. Eso fue. —Kokomo había dejado de mirar a Virginaly. Sus facciones se habían endurecido y le temblaba la barbilla de pura violencia contenida. Bajó la mirada.

—Hablamos muy poco de esto en Nueva York. Yo a veces te pinchaba para que me contaras cosas de tu país y de la región, pero no decías nada. Y, con tanta vida en Manhattan y el empeño en que leyeras a Proust —sonrió—, se me acababa pasando la curiosidad. Nunca dijiste nada. Ni siquiera en el comité de descolonización. Quiero decir, sabíamos lo que estaba pasando, pero...

—Era nuestra tragedia, la tragedia del África negra —hablaba en un susurro—. ¿Y en la cuarta comisión, qué iba a decir? Ruanda era un país libre y democrático, ya no era una colonia. ¿Qué podíamos hacer? Bastante teníamos con evitar que la guerra se saltara las fronteras y acabara sacudiéndonos a nosotros. Ahora, por lo menos Wa-TuTu los tiene contenidos; es una bestia, pero mantiene a Ruanda y a todos los demás a raya. Y yo le dejo. El menor de los males, Patrís.

—Pero vamos a ver. Los tutsis...

—... Pueblo guerrero...

—... Eran menos que los hutus...

—... Campesinos y ganaderos...

—¿Cómo diablos, si eran muchos menos, habían conseguido controlar el país y explotar a los hutus?

—Bueno, precisamente porque eran guerreros. Empezaron siendo iguales a los hutus y, a base de palos, acabaron haciéndolos sus esclavos. Luego llegaron los alemanes y los colonizaron a todos, pero sin acabar con el odio mutuo, solo para sacar provecho. Y cuando perdieron la Primera Guerra Mundial, vinieron los belgas y se quedaron con Ruanda, Ruanda Burundi se llamaba entonces. Hicieron lo que siempre habían hecho los belgas: esquilmar al país. Y cuando se hartaron, les dieron la independencia y, hale, a

matarse entre ellos. En Nueva York te decía que los teníamos contenidos para evitar que violaran nuestras fronteras.

—¿Y?

—No siempre nos resulta fácil. —Kokomo desvió la mirada (¿Y qué me esconde este?). Y murmuró—: La Radio Televisión Libre de las Mil Colinas.

—¿Cómo?

—Era la radio ruandesa de los hutus que, empujada por los misioneros católicos, se puso a lanzar mensajes llamando a exterminar a los tutsis.

—¿Los misioneros?

—Sí. Les parecía que la división entre hutus y tutsis no respetaba el mandato divino de la igualdad de los hombres —dijo con sarcasmo—. ¿Sabes que el obispo de St. Juste, monseñor Kualungu, es un hutu?

—No me digas. Me he propuesto irlo a visitar, por verle la cara. Los obispos nunca defraudan. Vaya, al fisco sí...

—André Kualungu. Te va a gustar —dijo Atumu, riendo.

—Venga, termina de contar.

—Ahora el jefe de todo es Paul Kagame, un tutsi que ya peleó en Uganda para echar a Idi Amin y que luego montó una guerrilla para echar a los hutus de Ruanda. Había habido cascos azules, eran belgas, cómo no, que garantizaban la paz en Ruanda, pero, en cuanto vieron que las cosas se ponían feas, hicieron las maletas y se fueron, como los holandeses en Srebrenica, cascos azules les iba yo a dar... Luego Kagame se puso a negociar con el dictador ruandés de turno. Y cuando lo tuvo de acuerdo y decidido a pactar para repartirse el poder, le metió un misil al avión en el que volaba para firmar y lo mató. De paso, mató al presidente de Burundi, que iba con él. Y la guardia personal de la primera ministra la asesinó a la mañana siguiente y con ella a diez belgas cascos azules. Ese fue el principio del genocidio de 1994. Se volvieron locos..., todos locos.

—¡Qué barbaridad!

—Pues sí. En julio del noventa y cuatro, las fuerzas de Kagame entraron en Kigali y se acabó el genocidio... Ya ves qué fácil... Bueno, siguieron muriendo gentes durante meses, pero ahí terminó la cosa oficialmente, aunque la verdad es que no terminó porque dos millones de hutus huyeron al Zaire, al sur de Matambezi...

—¡Me acuerdo! —exclamó Meneses—. ¡Claro!, el campamento de refugiados de Goma, el mayor de la historia. ¡Dos millones de refugiados,

santo cielo!

—La ciudad de los muertos, sí.

—¿Cómo habéis conseguido libraros?

—No creas que nos hemos librado. Todavía no. Es verdad que estamos mucho más al norte, pero en las zonas fronterizas, en el lago y más arriba, hay muchos guerrilleros hutus a los que Kagame, hoy presidente democrático de Ruanda, no deja volver. Son todos unos asesinos y nos tienen muchas ganas. No descartaría que los azuzaran contra nosotros.

—¿Por qué?

Atumu suspiró.

—Somos tutsis, ¿sabes?

—¡Venga!

—Somos tutsis —repitió, como si eso lo explicara todo y les fuera a librar de la responsabilidad—. Dile a la niña que me traiga más café. Está bueno. —Cerró los ojos un momento—. A principio de siglo, mi bisabuelo decidió cruzar el lago Tanganika con sus ancianos y toda la tribu los siguió: al otro lado de la frontera había grandes llanuras muy fértiles y muy despobladas en las que podría instalarse la tribu buyumbura. Nos llaman así porque en Ruanda estábamos instalados precisamente en Buyumbura, en la orilla oriental del lago. Cuando Matambezi logró la independencia, hicimos un acuerdo con los líderes. Bueno, mi padre era uno de ellos y aportaba una región lejana y fértil, un colchón contra las aspiraciones de Ruanda. Mi padre era el rey y no perdió su condición: siguió siéndolo. Esto no funciona como en Occidente: aquí nos integramos en el país sin perder la corona, por conveniencia, porque la lealtad es a la tribu, no al conjunto de las tribus. Y funciona. En Matambezi funciona. Por eso la corona es un símbolo, símbolo de que estamos porque queremos, no porque nos hayan conquistado.

—No está mal, ¿no?

—Ya. Solo que ahora, Wa-TuTu, fuerte con el petróleo y el apoyo de los americanos, quiere controlar el este de Matambezi, nuestra zona. Para reforzar su poder y que no se le escape la minería. Y construir un país moderno. Bueno, eso dice. Aquí no hay ideologías, Patrís. Igual que en tu zona, aquí se funciona con el dólar. De modo que los buyumbura estamos entre dos fuegos.

—Y has venido aquí para apagar los dos.

—Sí. He venido para apagar los dos fuegos, Patricio. —Así, pronunciado a

la española; lo hacía solo en momentos de gran intimidad—. Y para controlar al bueno del obispo e impedirle hacer idioteces en apoyo de Wa-TuTu. Kualungu... Vaya con monseñor Kualungu. Con el ejército de aquí y los guerrilleros hutus del otro lado del lago en la mismísima frontera, ¿qué podemos hacer los tutsis de Buyumbura? Y tenemos un ejército en serio, pero metidos en una pinza, Patrís. Eso es lo que he venido a impedir.

—¿No debería hacerlo tu hermano? Para eso es ministro, ¿no?

Atumu guardó silencio. Luego alargó la mano y cogió la taza que Virginaly acababa de rellenar. No había mirado a la joven cuando le servía. Como si hubiera dejado de existir.

—No —dijo por fin—. No vale para eso. No sabría ni por dónde empezar y eso si no decide traicionar a su tribu. Además, yo soy el hermano mayor.

—Vaya, compañero, no os andáis con chiquitas, ¿eh?

—¿Y tú? ¿A qué has venido, *compañero*?

—A hacer unos trabajitos por encargo de mis jefes.

—¿Qué trabajitos?

—Lo que te dije ayer. Como sabes, habíamos roto relaciones con Matambezi cuando el general Wa-TuTu dio el golpe de Estado hace tres años y dos médicos y unas monjas y unas enfermeras, todos españoles, fueron pasados a cuchillo..., por cierto, en la selva cerca de vuestra Buyumbura. Wa-TuTu acusó a los vuestros por ejercitar no sé qué código ancestral. Tu gente se tomó la justicia por su mano. —Estuvo callado un momento. Y luego concluyó—: Los médicos habían violado a no sé cuántas mujeres de tu tribu.

—¡Qué infamia! Ya te dije que es una acusación falsa. El muy hipócrita nos responsabilizó a nosotros. Y fue él. Sus soldados, sus asesinos.

—Bueno, será, pero el caso es que, con tan fausto motivo, rompimos relaciones. Y ahora he venido a averiguar qué pasó, eh, qué pasó, por qué los mataron. Si vosotros no fuisteis y los españolitos no habían hecho nada..., ¿eh? —Se encogió de hombros—. En realidad, Atumu, nadie me ha encargado que averigüe nada de todo esto. A mi Gobierno no le interesa un carajo lo que pasó. Y no les va a gustar nada que yo pretenda escarbar un poco por ahí sin que me lo hayan ordenado. Para mis jefes, los médicos están muertos y bien muertos. Mejor dejarlos en paz bajo tierra si tu tribu no se los ha comido con patatas.

—No seas animal.

—Es un decir.

—Y entonces, ¿qué quieres?

Meneses resopló.

—Te va a parecer mentira. Es solo que mi Gobierno cristiano quiere restablecer relaciones con el tuyo a cualquier precio. Deberíamos presentarle a monseñor como se llame...

—Kualungu.

—Eso, Kualungu.

—¿Por qué?

—Petróleo, sabes. Petróleo, ¿has oído hablar? Mis autoridades quieren mojar pan en el río de crudo que tenéis en la costa. Sencillo. Y eso vale tragarnos los gestos humanitarios y tonterías por el estilo. Mi rey está dispuesto a darle un abrazo de hermano al general presidente democrático Wa-TuTu.

—¿Y tú te prestas a eso?

—Qué quieres que te diga. Es la *realpolitik*. Pero antes —insistió— quiero averiguar lo que pasó con mis dos doctores y mis tres enfermeras y las cinco monjitas, esas santas mujeres. Te invito a comer a La Tour Eiffel.

—Pago yo.

—No. Esta vez, no. Hazme un favor. Tráete a tu hermano.

8

LA TOUR EIFFEL

El reservado de La Tour Eiffel era discreto y había sido decorado con aire parisino: paredes enteladas, chimenea (eso, justo: este salón mejora con el chisporroteo de troncos en los días fríos del invierno cuando la temperatura baja apenas un poco de los treinta y cinco grados), un gran espejo sobre ella, un aparador y una mesa central de madera clara para no más de seis personas sentadas en butaquitas. Y un frío realmente gélido proveniente de una discreta tronera casi pegada al techo.

—Caramba, Atumu, este restorán quedaría de miedo en Manhattan. Aquí me parece un poco exagerado.

—¿Verdad? Comen los madereros, los del petróleo, el propio Wa-TuTu, las aventureras parisinas y sobre todo rusas, las concubinas de todos, el director de la televisión, el del *Quotidien Mazambé*, qué quieres que te diga. Todo matambiceño que se precie y que se haya enriquecido por cualquier motivo viene a este restaurante a disfrutar de su nuevo estatus. La comida te va a costar un riñón.

—Al menos no me darán sopa de corazón de lagarto...

—En La Tour Eiffel la llaman pequeño consomé claro con menudillos...

—¿De qué?

—De lagarto, naturalmente. —Y Atumu levantó entonces una mano con cuatro dedos extendidos—. Cuatro —dijo.

—¿Cómo?

—Que las enfermeras eran cuatro y no tres.

—A ver, a ver, a ver —exclamó Meneses—. Cuatro, ¿eh? ¿Y dónde está la cuarta?

En ese mismo momento entró en el reservado uno de los dueños del lugar. Llevaba puesta una camisa negra de lino con el cuello mao y un delantal, también negro.

—¡Señores! —entonó—. Sean bienvenidos a esta su casa. El príncipe Atumu Kokomo nos honra con su presencia.

—No soy príncipe —murmuró Atumu—, pero así ponemos a mi hermano a la defensiva...

—Vaya almuerzo que le vamos a dar, amigo. Tráiganos una botella de *champagne* Dom Perignon.

—Ahora mismo.

Usama entró entonces en el reservado y saludó a Atumu dándose con el puño cerrado un ligero golpe en el pecho. Y Meneses, como si no existiera.

—Hermano —dijo Usama.

—Usama. —Atumu inclinó ligeramente la cabeza.

—Señor ministro —interrumpió Meneses. Conocedor del paño, se abstuvo de ofrecer su mano. Usama lo miró como si fuera la primera vez que lo veía.

—¿*Monsieur* Meneses? ¿Es usted *monsieur* Meneses?

—Pues sí.

—Ya me han hablado de usted. Ha viajado usted con mi hermano, ¿no? ¿Qué hace en Matambezi? —preguntó el ministro con brusquedad.

—Bueno, estoy de visita de negocios... haciendo prospecciones, como si dijéramos. —Sonrió con blandura.

Atumu había estado siguiendo la escena con aire divertido.

—Te han dicho bien: Patrís me acompaña —dijo—. Somos buenos amigos desde nuestros tiempos en Nueva York. Los dos trabajábamos en la ONU.

—He oído que el Gobierno español nos enviaba un emisario para explorar las posibilidades de restablecer relaciones diplomáticas...

—¿Sí?

—Eso me dicen mis fuentes.

—Tengo entendido que la ruptura se debió a la muerte inexplicada de algunos súbditos españoles...

—... De las que el Gobierno de Matambezi no sabe nada ni se siente responsable.

—Será eso.

—¿Es usted el emisario del que me hablan?

Meneses sonrió.

—Qué va —contestó—. Emisario sería un título demasiado importante para lo que yo pueda hacer. Yo, ministro, me limito a mirar, olfatear, hacer algún negocio si puedo y, si se ofrece la ocasión, jugar una partida de cartas.

Usama se sobresaltó.

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Solo eso. —Suspiró y decidió que había llegado la hora de dejarse de finuras—. Mire, anoche tuvo usted mala suerte...

Atumu frunció el ceño.

—¿Estuvisteis jugando?

—Al póquer, sí.

—Aha. ¿Dónde?

—Bueno, en la antigua embajada de España.

—¿Eso es correcto?

—Pues sí. Estoy viviendo allí y se supone que puedo ser anfitrión de lo que quiera.

Atumu se encogió de hombros.

—Ya.

—Mire, ministro, anoche tuvo usted muy mala suerte —repitió Meneses—. Fue de esas cosas que pasan una vez en la vida, ¿sabe? Digamos que fue la conjunción de los astros. Usted juega bien y se lo dice uno que sabe de qué habla. Pero tanto Hockansmith como yo, bah, los demás no cuentan, tuvimos una brutal racha de cartas contra la que nadie podía hacer nada.

—¿Eso cree?

—Eso creo. —Este, si le pasan la mano por el lomo, se traga cualquier cosa—. El Texas hold'em funciona así. La consecuencia es que perdió usted bastante dinero y lo siento. Pero...

Usama miró a su hermano y titubeó. Luego, volviendo la cara hacia Meneses, le dijo:

—Le debo dinero y se lo devolveré. —Se le notaba furioso. Le temblaban las manos.

—No hace falta —contestó Meneses. Del bolsillo de su camisa, sacó un pequeño montón de papeles y los sopesó. Luego rompió cada papel en cuatro—. Once restos, ministro. —Los puso sobre la mesa y los empujó hacia Usama—. Considérelos una compensación por su mala suerte de anoche. No los quiero. Sería poco honrado por mi parte. Eso sí, queda pendiente una nueva partida.

Usama arqueó las cejas con sorpresa. Después, sonrió encantado.

—Le agradezco el gesto, Meneses. Claro que sí. Jugaremos una nueva partida una noche de estas, mañana o pasado.

Atumu se echó para atrás en su butaquita. Sonreía. Se le notaba contento. Esta la vas a tener que ganar tú, excelencia.

—Mañana o pasado, si le parece, ministro, me gustaría visitarlo en su despacho.

—Claro, amigo, venga cuando quiera por la mañana.

PEQUEÑAS ESCENAS COTIDIANAS

—¿Qué es eso de que eran cuatro y no tres? —preguntó Meneses cuando se hubieron quedado solos.

—¿Las enfermeras? —dijo Atumu—. Eran cuatro. Lo que pasó es que Inma, la cuarta, lo vio todo desde el piso de arriba del hospital. Escondida, acurrucada detrás de una camilla, vio cómo mataban a todos sus compañeros a machetazos, rematándolos con ráfagas de metralleta, arrancándoles los brazos, cortándoles los pechos a ellas y los penes a ellos en una orgía de sangre e histeria asesina. Pasó muchas horas sin atreverse a bajar, sin moverse. Debió de ver cómo los asesinos tiraban los cadáveres al río para que se los comieran los cocodrilos. Eso debió de ser por qué nunca los encontramos. Pero ¿por qué lo hicieron? No tengo ni idea.

—¿Y esta Inma dónde está? —Atumu sonrió y se encogió de hombros—. Venga —dijo Meneses.

—Te va a servir de poco. Desde aquel día no ha vuelto a pronunciar palabra, bueno, no, solo mantiene conversaciones anodinas. Se resiste a hablar de la matanza. Es normal, ¿no? Y rechaza cualquier contacto, cualquier comunicación... Solo parece confiada con las ancianas de la tribu...

—Vaya.

—La acogieron los míos, la curaron y la tienen ahí escondida. Nadie sabe el peligro que corre. Yo creo que mucho: volverían a por ella si lo supieran. ¿Qué vio además de la matanza?

—¿Pero no querrá volverse a España?

—No lo sé. ¿Y para qué? Al menos en mi poblado está tranquila: cuida de los niños que se ponen enfermos y les pone inyecciones, vacunas y cataplasmas. Se diría que si no mantiene el sigilo, le va en ello la vida. Y que no habla porque no le da la gana.

—O está traumatizada y muda sin remedio.

—A lo mejor.

—¿La conoces?

—Claro. Yo estaba aquí antes de que se sublevara Wa-TuTu. Queríamos montar con los españoles un hospital más grande para toda la región. Yo fui el que negociaba con ellos.

—¿Por qué lo hicieron?

—¿Liquidar a los blancos? No lo sé. Para empezar, habría que saber quién fue. Durante un tiempo pensé que tenía que ver con el control de las salvajadas en Ruanda, con algún acuerdo de Matambezi con Paul Kagame. Poner un colchón ahí y encerrar a las guerrillas hutu; la idea no era mala... Y que asesinar a los españoles hubiera sido una bestialidad que se les fuera de las manos. Cuando llegamos, no quedaba nada; todo había sido arrasado, quemado, hasta los árboles... Primero habría que saber quién fue.

—¿Por qué no me lo contaste?

Kokomo se encogió de hombros.

—Ya no estabas en Nueva York. Te habían mandado a no sé qué misión... Y, además, al principio me dio vergüenza de mi propio país.

—No me jodas, Atumu. Podrías haberme llorado en el hombro, caramba. Podríamos haber vendido el Rothko y haber caído sobre Matambezi con un ejército de mercenarios surafricanos... Podríamos...

—No, Patricio. Nada de eso. Los horrores de mi país no se remedian matando a más gente... La verdad es que tampoco te lo conté porque sabía lo que me ibas a proponer y en ese momento no estaba seguro de poder resistir la tentación. ¡Claro que quería acabar con todos! Merveille me lo quitó de la cabeza. ¿Y sabes cómo? Con el argumento de que tú no lo aprobarías. ¿Qué te parece? —Sonrió.

—Que Merveille piensa que soy mejor de lo que soy, compañero.

Atumu frunció el ceño.

—Pero tiene que haber algo más —dijo—. Fui a ver al general Wa-TuTu y se lo pregunté. Me dijo que tampoco lo sabía y que estaba convencido de que habíamos sido nosotros... Le dije que de ninguna manera. Los míos, no. Bueno, dijo, si no habían sido los buyumbura, tenía que haber sido alguna otra tribu. ¿Las guerrillas hutu? Eso pensaba él. Regresé a Nueva York medio convencido, pero decidido a volver para averiguar lo que había pasado de verdad. Y aquí estoy. Si fue Wa-TuTu, habrá que defenderse porque entonces

los buyumbura están en peligro.

—Bueno, y tú, ¿no? Pues nada como que nos vayamos para allá, majestad, príncipe o lo que seas.

—Tú no puedes ir, Patrís. Tú estás a lo que estás.

—No, no, no. Tengo que aclarar esto antes de ponerme a comprar tu país y ponerlo al servicio de España. Y lo que es más, me vas a tener que hacer un favor grande.

—Eh. La enfermera Inma habla igual que tú y que yo. —Sonrió—. ¿Y ese favor?

Más tarde, Meneses, que era un curioso irreprimible, decidió bajar al sótano de la residencia, las mazmorras, colega, vaya sitio asqueroso, para ver cómo vivía la otra mitad de la humanidad. Nada más empezar a bajar la escalera de servicio se percibía un fuerte olor, mezcla de grasa de cocina y sudor, que agredía la nariz del visitante poco acostumbrado. ¿Dónde coño me harán el café? Porque aquí no nos movemos en la pulcritud de un quirófano. ¿Y las cacerolas? Prefiero no verlas.

No se oía un ruido. Meneses dedujo que era la hora de la siesta. Mejor. Y si sorprendía a alguno haciendo lo que no debía, mejor aún. Pero no. Supuso que todos dormían.

Al pie de la escalera arrancaba un vestíbulo bastante estrecho sobre el que se abrían siete u ocho puertas: una grande a la derecha, entreabierta, que daba acceso a la cocina, una estancia amplia con una isla en el centro para cocinar, hornear y un fregadero de acero inoxidable para limpiar los cacharros y utensilios. De unas barras que, colgadas del techo, iban de parte a parte a la isla, pendían peroles y sartenes que habían visto mejores tiempos. Meneses se prometió comer lo menos posible en la embajada a partir de entonces. Claro que si esto está en este estado de mierda y es uno de los sitios pijos de St. Juste, no quiero ni pensar cómo serán las cocinas de La Tour Eiffel o del palacio presidencial.

A la izquierda había tres o cuatro puertas cerradas. Todo estaba en penumbra y no se distinguía bien lo que había al fondo del pasillo, si era una puerta o un hueco a modo de almacén o de despensa.

Cuando Meneses, satisfecha su curiosidad, ya se había dado la vuelta para volver por donde había venido, oyó un sollozo muy tenue. Se detuvo de

golpe. Se giró y, guiándose por el ruido que se le antojó como de un animal herido, se acercó a la puerta del fondo. Estaba entreabierta.

Empujó la hoja, que se abrió silenciosamente. Meneses vio que se trataba de un cuartucho diminuto en el que apenas cabían una sillita y un jergón. El único elemento decorativo era, colgada en medio del techo, una lámpara, horrible, resto de algún pasado glorioso financiado por los decoradores del Ministerio de Asuntos Exteriores español: una esfera dorada cortada por la mitad de la que salían rayos, hojas vibrantes que también imitaban el oro. Muy alto en una de las paredes, un ventanuco dejaba entrar la luz del día.

Sentada sobre el jergón, dándole la espalda, Virginaly lloraba casi en silencio, desconsolada.

Meneses tosió discretamente y Virginaly, dándose bruscamente la vuelta, se sobresaltó. Vio de quién se trataba y se cubrió la cara con las manos.

—Oh, *m'sieu* —dijo entre sollozos, con los bellos ojos color topacio arrasados en lágrimas. Intentó secarse las mejillas con las palmas de las manos—. Oh, *m'sieu* —repitió.

—Ven aquí.

—No, no —exclamó ella.

—Levántate y ven aquí, anda —repitió él, alargando la mano derecha—. Una niña como tú no debe llorar. —Vaya idiotéz acabo de decir. Virginaly se puso de pie temblando. Se la veía aterrada. Miraba a todos lados buscando una escapatoria—. No te va a pasar nada. Cuéntame qué ha ocurrido. —La niña miró detrás de Meneses como si de un momento a otro fuera a llegar el diablo. Entonces él giró la cabeza mirando al pasillo. No había nadie—. Vamos, dime qué te ha pasado.

—No, no, *m'sieu*.

—Venga —volvió a decir Meneses, hablando en voz baja con gran paciencia. Y cogió a Virginaly de la mano arrastrándola hacia la escalera. La puerta anterior a la de la niña se abrió entonces y asomó la cabeza de Resurrección, el ama de llaves, mujer de Abu Dada, el cocinero. Les asaltó un poderoso efluvio a sudor viejo.

—No pasa nada, *m'sieu l'amb...*, cosas de chiquillas...

—¿Cómo sabe usted que son cosas de chiquillas?

—No lo sé, *m'sieu*, supongo que estará echando de menos a su madre, a su tribu...

Meneses se volvió hacia Virginaly, que permanecía muda, rígida.

—Sí, ¿eh? Venga, niña, súbete conmigo a mi habitación. Vamos.

Le pareció que Resurrección la miraba con alarma y a él como si fuera un sátiro.

Virginaly subió los peldaños uno a uno, aterrada, sin que Meneses le soltara el brazo.

—Mira —dijo al cabo—. Ahí está mi cuarto de baño..., bueno, qué te voy a decir yo. Lávate la cara y las manos, sécate con una de las toallas que hay ahí. Luego vuelves y me lo cuentas todo.

Pocos minutos después regresó la niña con la cara lavada y de belleza reluciente, los pómulos rosados de tanto frotarlos y los ojos de iris morado, asombrosos. Madre mía, se dijo Meneses, madre mía.

—Muy bien. Ahora dime.

—No es nada, *m'sieu*. Es por lo que dice Resurrección...

—Ya. Seguro. No me digas que prefieres tu tribu en la selva a la vida cosmopolita y elegante de St. Juste...

Virginaly sonrió por primera vez.

—No es selva, *m'sieu*. Estamos en la bahía, al borde del mar, un poco más arriba de aquí. Y aquí, además, no hay mucha elegancia...

—Acabáramos. De modo que de añoranza, nada. —Virginaly se encogió de hombros—. ¿Entonces?

—No puedo decir nada.

—Sí que puedes. No te va a pasar nada. Yo te protegeré. ¿Crees que te puedo proteger?

Virginaly asintió. Se llevó una mano a los ojos, se secó una lágrima y sorbió. Parecía mentira que una nariz tan pequeña y armoniosa pudiera producir tanto ruido.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De mi familia, de la tribu y —suspiró— de Abu Dada y de Resurrección, que son los que me cuidan aquí y me preparan, creo que para venderme. Aunque *m'sieu* Molusque me defiende.

—Pues vaya tontería eso de que te preparan para venderte. Si no quieres, no dejes que te vendan. —Inocente de mí.

—No puedo.

—Pero, vamos a ver: ¿te preparan para que puedas trabajar y hacerte una mujer independiente o para casarte a la fuerza con algún viejo idiota o

venderte como puta en el mercado?

—¿Independiente? No entiendo.

—Sí, independiente para que puedas hacer lo que quieras en la vida.

Virginaly rio.

—¿Lo que quiera?

—Pues claro.

—¡Pero eso no es posible!

—¿Qué no es posible? Yo te voy a proteger y tú no vas a hacer nada que no quieras hacer.

—Mi padre no me lo permitiría. —Virginaly bajó la cabeza y murmuró algo.

—¿Cómo dices?

—Es —carraspeó—... Abu Dada.

—¿Qué?

—Abu Dada.

—¿Abu Dada? ¿Qué es? ¿Tu guardián?

La niña asintió.

—Es como mi padre. Él me cuida y decide cuándo me caso y con quién me caso, aunque no creo que pueda. Él manda. —Volvió a murmurar algo ininteligible.

—¿Qué?

—Me toca por las noches... Viene a la habitación y quiere meterse en la cama conmigo... Pero no le dejo y digo que voy a gritar y que vendrá Resurrección. —Se calló y luego añadió—: Me pide que le toque yo...

—¿Y tú qué haces?

—Me doy la vuelta y me aparto. Pero tengo miedo. Alguna vez he tenido que...

—Amigo... Menudo pájaro está hecho el cocinero. Abu Dada te quiere hacer lo que en mi país llamamos porquerías. Bueno, decimos guarradas. Pero para el caso... —La niña frunció el ceño y dejó escapar un suspiro, que era un medio sollozo—. Vaya por Dios. Eso es lo que quiere, ¿eh? ¿Qué edad tienes?

—Diecisiete años.

—¿Y él? —Virginaly se encogió nuevamente de hombros—. Ya. Tu Abu Dada es un criminal. Y se la ha buscado. Se va a enterar. En mi país, un hijo de puta así acaba en la cárcel por guarro. Me cago en su madre.

Aquella noche, Meneses llamó a Abu Dada el cocinero, que venía temblando y con las facciones desencajadas. Yo, como si nada.

—Quiero que me hagas un guiso de los de aquí. Cuidado, que ya me han dicho que les pones no sé qué que levanta la tapa de los sesos.

—No se preocupe, *m'sieu*. Lo haré suave.

—Más te vale porque viene a cenar el príncipe Kokomo y no te conviene que se enfade. —Bueno, si Atumu es un príncipe, yo soy el duque de Alba—. Abu Dada.

—*M'sieu*.

—Mañana partida de póquer. Organízala.

—*M'sieu*.

—Y una cosa más. ¿Sabes lo que son los cojones, *les couilles*? Lo sabes, ¿no? —El cocinero abrió mucho los ojos y asintió—. Pues si en algún mal momento, en un instante de debilidad moral, debilidad moral, ¿entiendes?, que no os enteráis de nada, se te ocurre tocar a Virginaly, aunque sea una caricia inocente en el culo, que bien bonito lo tiene y que es lo que os gusta a vosotros, almas descarriadas, con el cuchillo más grande de tu cocina te rebano los cojones y hago que te los tragues. ¿De acuerdo?

Haciendo amigos.

HACIENDO NEGOCIOS

Homines libenter quod volunt credunt, murmuró Molusque tras arrancar el motor del Mercedes y enfilarse con solemnidad el ancho camino asfaltado de la embajada, que, atravesando el jardín, llegaba hasta el portalón de entrada y desembocaba en la avenida de la Independencia, De Gaulle para los ancianos del lugar. Dieudonné, que había estado escarbando en unos matorrales por ahí cerca, dejó lo que estaba haciendo y se precipitó a abrir las pesadas hojas de la cancela.

Meneses, en el asiento de atrás, iba leyendo la prensa francesa del día anterior. Es cuestión de hacerse a la idea de que vivimos veinticuatro horas antes, tampoco es tan grave. Con no hacer caso de lo que ocurre en el resto del mundo, nos hacemos la ilusión de estar al día, sin olvidar que, en cualquier caso, las noticias que traen los periódicos de la mañana han ocurrido el día anterior. De Madrid, en cambio, ni una sola palabra: o al ministro se lo había tragado la tierra o estaba poniendo en práctica aquello de «A ese señor no lo *conosemos*» que prometía si Meneses era pillado haciendo cosas poco edificantes. Y este, mecido por el aire acondicionado del Mercedes, aislado en el mundo que había ahí fuera, se encontró de pronto muy solo. Calculó brevemente si podía permitirse embarcar aquella misma tarde en el avión de Air France y desaparecer para siempre jamás. Aj, pero no. En lo que a él hacía, las autoridades españolas podían irse a freír espárragos, pero el sino de los médicos y las monjitas y las enfermeras lo traía a mal traer: era un enigma que debía resolver para hacer justicia si se terciaba. Romántico que es uno. Y encima soy un tipo responsable y cumplidor.

El coche enfiló hacia el centro, en dirección a la plaza en la que se encontraba el Ministerio de la Minería. El edificio que lo alojaba era de los más modernos y altos de St. Juste. El ministerio ocupaba las tres plantas

superiores, del octavo al décimo. Del vestíbulo de entrada arrancaban tres ascensores modernos con las puertas de metal reluciente. El de la derecha era custodiado por dos soldados, metralleta en ristre. Había un único botón de llamada y debajo, una pequeña cerradura. Encima, una gran placa de latón rezaba en letras negras «Ministère des Mines».

Sin detenerse, el ascensor llegó al décimo piso. Sus puertas se abrieron silenciosamente a un vestíbulo bien decorado, aunque no muy limpio. Sobre la pared derecha, había una única puerta de dos hojas y a un costado, una mesa de cristal detrás de la que se sentaba una secretaria alta, delgada, verdaderamente atractiva, rubia y de piel muy blanca. Esta gente no se priva de nada.

Cuatro puertas más se abrían al vestíbulo, dos por pared. En una esquina había dos sofás de cuero negro para las visitas.

—¿*Monsieur* Meneses? Bienvenido. El señor ministro lo recibirá enseguida —dijo la secretaria. Hablaba con fuerte acento inglés—. ¿Puedo ofrecerle algo de beber? ¿Un café, Coca-Cola...?

—Agua, si tiene, *mademoiselle*.

—Enseguida.

Pero antes de que pudiera levantarse e ir hacia un voluminoso aparato dispensador de agua que se encontraba en la esquina más cercana a donde se sentaba la secretaria, la puerta principal se abrió y de ella salió, andando con paso tranquilo, el mismísimo *mister* David Hockansmith, el genio de las cartas. La misma cara afable, los mismos movimientos algo patosos, las mismas manos enormes, la misma mirada gélida.

—¡Hombre, *mister* Hockansmith!

Hockansmith se limitó a sonreír y a llevarse dos dedos a la frente, como si estuviera haciendo un saludo militar informal y tal vez amistoso. No dijo nada y, en dos zancadas, llegó a una de las puertas que ahora quedaban detrás de Meneses, la abrió y entró en lo que parecía un gran despacho lleno de la luz de la mañana.

—El señor ministro lo recibirá ahora.

El de Usama Kokomo era un despacho verdaderamente muy grande que ocupaba toda un ala de la planta. Un ventanal enorme recorría el espacio de esquina a esquina. Se veía toda la ciudad difuminada en la cortina de humedad de la mañana (no es que haya mucho que ver, tampoco es para ponerse así) y al fondo, el puerto con sus grúas y su recinto para

contenedores, todos apilados de cinco en cinco. A lo lejos, ya en el mar, un muelle que parecía flotar sobre las aguas, sobre el que había unas pequeñas torretas para la carga del crudo. A la izquierda, la sabana moteada de grandes árboles, perdida hasta donde alcanzaba la vista.

Usama Kokomo estaba sentado detrás de una mesa de caoba, también enorme. Decir que sobre lo que se sentaba era un sillón de oficina de cuero negro era como afirmar que el Empire State Building era una vulgar casa de Nueva York. El sillón era muy, muy grande y, en una esquina, a la altura de la cabeza de Usama, podía distinguirse perfectamente la H de Hermès. Ahí os habéis gastado por lo menos un mes de petróleo, amigo.

—Señor ministro —exclamó Meneses.

—Usama.

—Muy bien, Usama.

En la luz natural, sentado en ángulo con la cristalera, podía haberse tratado de Atumu, tanto era el parecido con su hermano, sin que fueran apreciables la incipiente calvicie y el ligero sobrepeso. Meneses casi se ablandó con un impulso de simpatía. Pero no. A este cabrón no le voy a perdonar nada; seguro que ha traicionado a todo lo que se mueve. A este ni la hora. Y, además, me va a sacar el dinero esta noche. Y yo se lo voy a permitir. Mierda. Menos mal que es el dinero del Estado español.

—Siéntese, Meneses.

—Gracias.

Fue hacia un sillón de buenas proporciones, aunque no tan grande, que había delante de la mesa y se sentó. Le pareció que aún estaba caliente del gran culo del genio de los naipes. Bah.

—Bueno, ¿qué le trae por aquí?

—Verá, Usama...

—¿Quiere un café? —Sonrió—. Vale la pena ver a mi secretaria cruzando el despacho. Hockansmith la contrató para mí en Londres...

Meneses también sonrió. Menudo pájaro el rey del póquer.

—No, no, gracias. Prefiero que nos reservemos para el whisky de esta noche durante la partida.

El ministro ni se inmutó. Ya se lo habían notificado. Meneses supuso que había sido el mismo Abu Dada o, lo más probable, el malo de la película, el de la secreta, Wolowolo. Bueno, y a mí qué más me da: de todos modos, a este no tengo más remedio que dejarle que me desplume... Es irritante

porque le pasa lo que a los verdaderamente soberbios: le da igual cómo se gana con tal de que se gane. La mentira propia no le afecta. En cambio, lo del príncipe del naipe es otra cosa.

—Cuénteme a qué debemos el honor de su visita, *monsieur* Meneses.

—Bueno, Usama, en realidad son varias cosas. Vengo sobre todo en representación de un grupo de inversores españoles que quieren hacer negocios en Matambezi como medio para introducirse en esta parte de África.

—¿Esta parte de África? ¿Qué es eso?

—Entendemos que Matambezi es un excelente punto de partida para extendernos por aquí, por los dos Congos, Gabón y hasta Camerún.

—Vaya, son ustedes muy ambiciosos. El área que han escogido es verdaderamente inmensa... y no siempre segura, ya sabe.

—Bueno, no pretendemos caer sobre la zona para aplastar a nadie. Es un proyecto a muy largo plazo y los medios de que disponemos son francamente poderosos.

—¿Poderosos?

—Pues sí. Hay mucho dinero y un deseo verdadero de diversificar actividades..., salir de Europa y venir a las naciones emergentes, que son las que más oportunidades ofrecen a largo plazo. —Para mí, que el bueno de Usama acaba de comprender de qué va esto, porque un proyecto así de grande no puede ser real. No, qué va. Seguro que lo sabía antes de yo sentarme en esta butaca. Seguro que desde ayer, cuando le devolví los restos que le había sacado al póquer. Como no debo de tener pinta de generoso, ha mirado más allá y el ruido de los euros cayendo a puñados sobre St. Juste le debe de sonar a música celestial.

—Ya entiendo, Meneses. ¿Y cómo quieren hacerlo? Lo digo porque ya hay mucha competencia aquí. Están los americanos, están los rusos..., todos quieren un trozo del pastel. —Sonrió—. Claro que una parte del pastel, el crudo y el gas, depende de mí en gran medida.

Bueno, vamos allá:

—No somos hermanas de la caridad. Venimos aquí a ganar dinero, pero la única manera de hacerlo es garantizando que Matambezi también se enriquece. Tenemos algunas ideas de por dónde ir. —Se calló un momento. Y después añadió como si se le hubiera ocurrido en ese momento—: Para eso estoy aquí. Con la mayor discreción posible. Para empezar, estamos dispuestos a invertir en las personas antes de iniciar los proyectos...

Entendemos que en estas economías tan volátiles, rodeados como están ustedes de situaciones explosivas, pienso en el Congo Kinshasa y los problemas que han estallado en Kasai, y también pienso en el polvorín de Ruanda en el este, y en Joseph Kony, el ugandés del Ejército de Liberación del Señor, rodeados, como digo, de conflictos, es necesario consolidar una base personal que nos permita luego expandirnos con garantías. ¿Gas y petróleo? ¡Claro! Naturalmente que nos interesa, pero no pretendemos quitarle el negocio a nadie. Somos conscientes de que llegamos un poco tarde, pero en esta tierra de minería, de maderas, de agricultura de palma, de café, hay de sobra para todos. Y esto es solo un ejemplo de lo que podemos hacer. ¿Sabía usted que el sector español de la construcción, tanto de edificios como de carreteras y ferrocarriles, es verdaderamente importante? Las tres principales empresas españolas del sector son socias nuestras para este proyecto. Y también los astilleros... —Bueno, bueno, creo que lo ha entendido—. Pero...

—¿Pero?

—Pero tenemos un pequeño problema, ministro.

—¿Un pequeño problema?

—No hay relaciones diplomáticas entre España y Matambezi...

Usama frunció el entrecejo.

—¡Menuda tontería! ¿Y qué podemos hacer? —preguntó.

—Convencer a nuestros respectivos Gobiernos de que dejen de hacer el tonto, aunque reconozco que al mío no lo puedo convencer con facilidad. Voy a serle completamente franco: tenemos un Gobierno socialista, somos muy tiquismiquis a la hora de hacer respetar la libertad, los derechos humanos, la democracia y todas esas cosas tan elevadas que nadie practica. ¿Sí? A lo mejor nos podríamos saltar algunos de los pasos previos sin que nadie se enterara. Pero, amigo, a la hora de respetar los derechos humanos, ya sabe, encarcelamientos, ejecuciones, trabajo infantil, cosas así, nos ponemos muy pesados. También eso, si me apura, podríamos obviarlo, por más que nuestro Parlamento sea muy escrupuloso con estas cuestiones. Pero ¿y la muerte de un diplomático español, de varios médicos y enfermeras y monjas, todos españoles? Nada fácil, no, señor.

—Ah, Meneses, no nos vamos a entender. —Usama se había puesto rígido y su sonrisa se había evaporado—. En este asunto, en Matambezi somos los primeros en respetar la democracia, los derechos humanos y la libertad de

nuestros connacionales. Aquí no violamos nada, ni los derechos ni a las personas. Hemos tenido que librar una lucha muy dura para asegurar nuestra independencia de injerencias exteriores. En esta parte de África, y usted lo sabe tan bien como yo, hay muchas conspiraciones contra nosotros. Y no me refiero a conspiraciones de salón; me refiero a las conspiraciones que causan muertos y desolación. ¿Cómo cree que hemos tenido que defendernos del problema de los tutsi y los hutus? ¿Qué piensa usted que hacemos con las ambiciones hegemónicas de los enormes países que nos rodean? —Levantó la mirada y luego dio un puñetazo en la mesa—. Luchar. No nos podemos permitir debilidades. ¿Cree usted que el general Wa-TuTu quería ocupar el poder para su propio beneficio? ¡No y no! Se sacrificó por el bien del pueblo al que hace años había conducido hacia la independencia. Es un verdadero padre para todos nosotros.

Vaya. Con lo bien que íbamos hasta ahora. Siempre llega un momento en que el tirano se cala la careta y se pone lírico con esto de la defensa de su pueblo y la verdadera democracia. A ver cuándo se pone este a justificar los encarcelamientos y las ejecuciones. En cuanto lo haga, no me corto un pelo y le ofrezco dinero. Pero andémonos con cuidado, que el buen hombre es un peligro público.

—No, Meneses —dijo el ministro, reanudando su parlamento después de dar un sorbo al vaso de agua que tenía a su izquierda sobre una pequeña bandeja de plata—. No, amigo mío. El presidente se ha visto obligado en ocasiones a ponerse duro con los ciudadanos para defenderlos mejor. ¿Encarcelamientos? Los menos posibles, pero los necesarios para garantizar la seguridad de la república. A nuestras cárceles no llegan más que los agentes exteriores, espías y revolucionarios o los elementos locales que roban y desmoralizan a nuestro pueblo. Y lo mismo puede decirse de las ejecuciones: inevitables y desgraciadamente necesarias para ejemplo del pueblo. Pero son muy pocas, muchas menos de las que se dicen en la prensa extranjera o de las que ocurren en Estados Unidos. Ay, Meneses, no tenemos más remedio que hacer frente a estas insidias. Y seguiremos siendo severos hasta que sean convocadas elecciones libres y el general Wa-TuTu pueda dejar el poder, que es lo único que quiere hacer.

Vaya por Dios.

—Por eso mismo —intervino Meneses—, debemos dejar el plan que le traigo perfectamente encauzado y libre de amenazas y ambiciones espurias.

La riqueza futura de Matambezi depende en gran medida de ello. Y usted será un héroe de la patria. Mi experiencia me enseña, por otra parte, que no es bueno depender de grandes compañías que se concentran de manera exclusiva sobre la principal fuente de producción, sobre la principal riqueza de un país. ¿No le parece? Me refiero naturalmente al petróleo y al gas. ¿Participan los matambiceños de esta bonanza?

—Claro que participan. No demasiado aún, pero los beneficios van llegándoles de forma constante. El proceso es lento. Inevitable.

Meneses gruñó de forma casi imperceptible y luego insistió:

—He visto al bueno de Hockansmith hace un momento saliendo de su despacho...

—Sí. Trabaja conmigo. Es una especie de delegado de las compañías petrolíferas americanas... Nos ha ayudado en la constitución de la CPM, la Compañía de Petróleos de Matambezi, y a hacer frente a muchas dificultades...

—Ah —dijo Meneses.

—Por serle sincero, es un verdadero amigo de mi país... Siempre está ahí para lo que necesitemos. Tiene gran influencia en las *majors* y, desde luego, con los bancos. Al principio, hace tres o cuatro años, lo tuvimos como asesor financiero y en verdad que nos fue muy útil. Un verdadero amigo. Por eso no queremos prescindir de él.

—Ya.

—¿Por qué dice «ya»?

—¡No, no, no! Por nada. No me parece nada mal. Al contrario. Ya me gustaría contar con alguien así como asesor internacional. Seguro que Hockansmith maneja los hilos del negocio con gran eficacia... Por eso, en el fondo..., esto..., en fin, contando con la fidelidad de nuestro amigo para con este país, puede que no sea del todo conveniente pedirle que se divida en dos y se ocupe de más cosas de peso... Ya se imagina. El que mucho abarca, poco aprieta.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que si tiene que ocuparse de muchas cosas a la vez, igual pierde algo de eficacia y dedicación. Vamos, que yo lo mantendría fuera de estos nuevos asuntos... —El ministro le miraba sin mover un músculo—. Quiero decir —insistió Meneses— que fuera de las cuestiones del petróleo y el gas, Matambezi es libre de hacer lo que quiera, ¿no?, no está ligado a las *majors*

petrolíferas y puede tomar decisiones en otras áreas económicas sin tener que consultar a nadie ni involucrar a nadie. —Hizo una pausa y levantó las cejas—. ¿No?

—Lo voy a tener que consultar con el presidente.

—¡Ah, claro! —Me parece que hemos progresado hasta donde se podía. Este negrazo es más taimado que un zorro y no mueve ni un dedo sin la bendición del capo de la mafia, nuestro adorado y desprendido presidente vitalicio, general Wa-TuTu, Dios lo bendiga. ¿Cuánto valdrá este país? Mi ministro de Asuntos Exteriores en Madrid no lo sabe todavía, pero este tema de la compra de Matambezi le va a costar varias décadas de fondos reservados del ministerio. Qué digo del ministerio: del Gobierno de España y el oro de Moscú—. Yo, si fuera usted, ministro, aún no iría pregonando el interés de mi país en penetrar en el suyo. Debemos ir paso a paso. Bueno, ya sé, es imperativo que se lo cuente a su presidente, pero tal vez a nadie más hasta que tengamos diseñado nuestro plan de acción.

¿Y Hockansmith, el rey del naipe? ¿Qué pinta él en todo esto? ¿Maneja todos los hilos? Igual está casado con su mujercita del Mid-West y pasa las tardes en el chalé haciendo los deberes con los niños. Un padrazo al que encantan las costillas de cerdo con salsa de barbacoa y la cerveza Pabst. Apuesto a que la chica es rubia y se llama Alice. Se casaron cuando iban a la universidad en Texas. El bueno de Hockansmith fue el *quarterback* estrella del equipo universitario y habría jugado en las grandes ligas profesionales americanas, en la NFL, de no haberse lesionado la rodilla derecha.

Debería escribir novelas.

¿Y me habré equivocado con el señor ministro del petróleo o de lo que sea y me va a resultar un buenazo como dice Merveille?

EL PRESIDENTE VITALICIO

—Hockansmith, ¿eh? —preguntó Dupont Duhamel, bajando la voz hasta que resultó casi imposible oírla, ensordecida como quedaba por el estrépito de música, griterío, risotadas y ruido de vasos chocando unos con otros.

A esta hora relativamente temprana del atardecer en el que todavía lucía el sol, el Whiskyponit estaba lleno de clientes que seguramente no se irían ya hasta el amanecer. El calor era insoportable, pero no parecía hacer mella en las gentes, cuyos cuerpos completamente empapados de sudor parecían haber pasado antes por la piscina municipal. Olía a una mezcla rara de sudor, excitación y humo de tabaco. A esa hora había muy pocos extranjeros.

Enfrente de la entrada, al otro lado de la calzada sobre la acera opuesta, había grupos de jóvenes locales, chicos y chicas, ellos bastante desharrapados, algunos peinados con rastas, y ellas en variados estados de desnudez y muy maquilladas, sobre todo los ojos, la frente y los labios. Todos vestían a la europea, vaqueros, camisas estampadas y chanclas, y se movían al ritmo de la brutal música disco que llegaba a la calle desde el interior del Whiskyponit. Todos habrían dado media mano por poder entrar, pero se lo impedían con la sola mirada dos tipos muy grandes, como armarios, pensó Meneses, que custodiaban la puerta con aire de suficiencia. Estos han visto muchas películas de Hollywood, tortas incluidas. A cada lado de la entrada estaban estacionados dos jeeps, cada uno con cuatro soldados a bordo, dos sentados sobre el motor, cada uno metralleta Uzi en ristre.

Dentro, algo apartados del bullicio pero no del ruido, sentados a la misma mesa que habían ocupado días antes, Meneses y Atumu hablaban con el dueño del local. ¿A este tío no le afecta el calor? Mira cómo va, que parece un figurín con su pañuelo de seda al cuello y solo un rastro de sudor deslizándose por entre el bigotito casi sin que se note.

Duhamel encajó un pitillo en su boquilla, le prendió fuego con su

encendedor de oro y luego siguió hablando:

—Bueno —dijo mirando a Atumu—, tu hermano es un hombre del que... hay que fiarse, ¿no? Vaya, es tu hermano y es ministro, o sea, a pelo y pluma. Él nos debería ayudar, sobre todo a ti. En fin..., tiene mano que le sobra. Él es el que de verdad nos puede facilitar las cosas.

—¿Sí? No me parece, Duhamel —contestó Atumu—. No sé, no lo sé aún, pero no estoy muy seguro de Usama; tendré una conversación con él y decidiré. Hombre, son dos negociados distintos y a lo mejor no debería decirlo, porque Patrís es mi hermano, pero una cosa es defender mi tribu de la voracidad del presidente y otra meterme en negocios que... en fin.

—Quiere decir —interrumpió Meneses con impaciencia, dirigiéndose a Duhamel— que Usama no es de fiar, se le mire por donde se le mire. ¡Si lo sabes mejor que nosotros, hombre! No seas ingenuo. —Luego, mirando a Atumu, continuó—: Oye, ¿estás dudando de mi honorabilidad? Porque entonces no deberías estar hablando conmigo a los compases de esta suave música. Ni elaborando complots. ¿Eh?

Atumu sonrió con su gran sonrisa cálida y dio a Meneses unas palmaditas en el hombro.

—Pero bueno, Atumu —afirmó con calor el francés—, no me digas. Sea o no sea un sinvergüenza, tu hermano está íntimamente ligado a nuestro presidente para toda la vida y también a los dueños americanos del país, y nos conviene tenerlo de nuestra parte... —Atumu puso una mueca de desagrado—. No te ofendas, pero no hace falta ser un lince para saber que los yanquis aquí lo controlan todo..., incluido a Wa-TuTu...

—... El patriota —apostilló Meneses.

—Más a mi favor para alejarme de esta gente... que es lo contrario de hacer negocios con ellos, ¿no? No quiero tener nada que ver con St. Juste ni con esta parte del país.

—Los americanos se han hecho los dueños —insistió Duhamel—. Llegaría a decirte que es probable que el descubrimiento del petróleo sea previo al golpe de Estado de Wa-TuTu... Quiero decir, vamos, que propicia su golpe con apoyo de los yanquis. —Sonrió—. O es posterior, con lo que no influye. Pero da igual, ¿no? Golpe de Estado, descubrimiento del petróleo, llegada en masa de los americanos. El orden de los factores no altera el producto. ¿Igual a?: los americanos son dueños de Matambezi. A mí me viene bien. A los yanquis les encantan el ron con Coca-Cola y el whisky *on the rocks* y las

chicas de por aquí con las que casarse. —Rio—. En el fondo, Whiskyponet es una agencia de matrimonio. —Miró a Meneses—. ¿No te quieres casar? ¿Ni por un ratito?

—Paso por una etapa de abstinencia.

—¿Atumu?

—Estoy ya casado y si hago alguna escapada, mi mujer nos castra a los tres.

—¡Eh, que yo no he intervenido en este negocio!

—Hablemos de cosas serias, Duhamel. —Meneses hizo un gesto con el dedo índice para que el francés se acercara—. Vamos a ver. La otra noche estuvimos hablando de negocios, de las oportunidades que flotan en el aire. Y, como te dije, he venido aquí para hacer negocios de dinero, mucho dinero. Bueno. ¿Sí? Hay tres elementos muy peligrosos en este asunto: uno, el Gobierno local de nuestro amado líder el general Wa-TuTu; eso incluye al hermano de aquí, mi amigo. —Miró de reajo a Atumu, cuya expresión de placidez reencontrada no se había alterado lo más mínimo—. Dos, los americanos, que son los dueños del tinglado y no van a querer que sus beneficios se reduzcan ni un dólar por culpa de la irrupción de un mísero españolito, por mucho que digas, Duhamel. Y tres, este país es inmenso y nuestros aliados potenciales, los buyumbura, están a miles de kilómetros de aquí. Para cuando los necesitáramos para defendernos de la gente de aquí, seguirían estando a miles de kilómetros y para cuando llegaran hasta St. Juste, los tres que estamos sentados juntos en este lugar, seríamos paté para perros.

—No dramaticemos, Meneses. Como hablamos la otra noche, hay un campo muy amplio para hacer negocios sin que a nadie le estorbe la competencia. Es solo cuestión de prudencia... y mucho dinero.

—Sí, pero no a la escala que yo pretendo.

—Ah. ¿Qué quieres decir?

—Es verdad que existe riesgo, no creas que no, Dupont, y hay muchas probabilidades de que las cosas salgan mal. Cierto. Pero si es así y de todos modos pretendo meterme en el fregado dispuesto a jugarme la vida, se sigue que estoy seguro de que hay mucho que ganar. La ratio riesgo-ganancias obra a nuestro favor. ¿Sí?

—Un momento, parece que estás planteando una actividad tan grande que no dejaría de levantar ampollas en este Gobierno y sus aliados. Eso no fue de

lo que hablamos. Dinero sí, pero no como si dispusiéramos de las reservas de Fort Knox. Seamos prudentes.

—Es cuestión de sopesar las alternativas del asunto, Duhamel. El primer dato a tener en cuenta es que nos haremos multimillonarios, multimillonarios en euros, ¿eh?, los tres que estamos aquí. Si salimos con vida, claro. —Hizo una mueca al acordarse de que el ministro de Asuntos Exteriores le había dicho exactamente lo mismo en Madrid cuando Meneses le había pedido ser nombrado a su vuelta embajador de España en la India a cambio de llevar a cabo la misión en Matambezi. Mierda de vida, colega. En contra de su costumbre, tuteaba a Duhamel; cuando se habla de esta clase de dinero y de los riesgos, se tutea—. ¿Qué harías con un millón de euros en una cuenta corriente a tu nombre en un banco de las Bahamas? ¿Y tú, Atumu? Bueno, no me contestes, que ya sé lo que harías: gastártelos en carreteras, escuelas y hospitales para tu gente.

Duhamel se había puesto pálido de terror.

—Me gano muy bien la vida y no estoy seguro de querer hacer esto hasta el extremo que pretendes —dijo.

—Bueno, te entiendo bien. Los imponderables son verdaderamente peligrosos. Comprendo que si alguien de las altas esferas de por aquí decide que no eres trigo limpio, es tu sentencia de muerte. No tiene gracia, aunque estoy seguro de que te conocen bien y no corres peligro. Pero mirémoslo entonces desde otro ángulo. Tú, amigo mío, no te vas a comprometer con nada. Solo te pediré dos cosas: absoluta discreción, lo que es fácil porque no tendrás ni que disimular. Tú no sabes nada, ¿eh? Y la segunda, que cuando te lo pida, me facilites acceso a gente que me interese. ¿Es de fiar? —preguntó de repente Meneses a Atumu, igual que apenas unas noches antes el propio Duhamel había consultado mudamente a Atumu sobre la fiabilidad de Meneses. Vaya, hombre, aquí la confianza reina.

—Es de fiar.

—No, no soy de fiar en absoluto, porque tengo mucho miedo. No me importa decir que tengo miedo. Tengo miedo.

—No me preocuparía demasiado porque tu papel en este juego sería de apoyo, de retaguardia, de poner parches cuando se necesiten. Hombre, eres el tipo que conoce a todo el mundo en St. Juste, que tiene acceso a todo el mundo y que seguro que conoce secretos de todo el mundo. De qué poner nerviosa a mucha gente. Si no te han matado ya, creo que no corres peligro

alguno. —Soltó una carcajada—. Al revés: eres muy útil a todo el mundo. Lo tuyo, te repito, sería ponerme a tiro a personajes que me interesen, pero de primera línea, ¿eh? Fue lo que hablamos la otra noche aquí mismo. ¿He venido a hacer negocios? Sí. ¿Me gustaría que te involucraras? Sí. Solo que pretendo dar un paso más en esto. Ya no hablamos de contratitos, de ventas de maquinaria, de participación en empresas locales... No, no. Es mucho más. A ti no te cambia porque no vas a tener que hacer nada extraordinario, solo lo mismo que has hecho siempre en este país, pero necesito que me ayudes sin que nadie se entere, entre otras cosas, para que me avises del peligro en el momento en que lo husmees, que para eso tienes bigote. Ya ves. Poca cosa.

—Yooo... —dijo Duhamel titubeando.

Meneses se puso muy serio.

—Piénsalo, porque nada es sencillo. Piénsatelo hasta mañana. Y si me dices que sí, pasado mañana te ingresaré un millón de euros en el banco que tú digas. Bueno..., quien dice pasado mañana dice dentro de un par de días.

—Duhamel abrió mucho los ojos, apretó la mandíbula con fuerza y rompió la boquilla que tenía entre los dientes—. Por ejemplo, podrías hacer circular el rumor de que España está interesada en participar en el negocio del crudo y que está dispuesta a reanudar relaciones con Matambezi a cualquier precio. ¿Qué te parece? Digo bien: cualquier precio. —Eres un mentiroso, Meneses, pero así alarmamos al bueno del ministro Kokomo a quien aconsejé esta mañana discreción total en el asunto. Yo, por crear confusión. A río revuelto—. Y ahora me voy, que tengo partida en casa. ¿Tú vienes, Duhamel?

Dupont Duhamel hizo un gesto negativo.

—No. Tengo mucho en qué pensar.

—Ya me lo imaginaba.

—¿Sabes qué, Meneses? —dijo Atumu—. Nunca me has dicho lo que has venido a hacer aquí.

—Sí que te lo he dicho.

—No. Y me lo vas a tener que contar.

La primera persona a la que Meneses vio nada más pisar la acera fue al bueno de Wolowolo, el de la social. No será la social nuestra, pero tiene la misma cara de hijo de puta. Se acercó a él.

—Qué pasa —le dijo en español—, venía yo pensando que tienes cara de hijo de puta y que no te daría la espalda de noche ni por una apuesta. — Espero que este tío no hable castellano porque, si no, me he metido en un lío. Te vas de la lengua, colega, que es que no te puedes controlar.

—*Bonsoir, m'sieu* —contestó Wolowolo en francés—. Esta noche se juega.

—Esta noche se juega.

El policía miró fijamente a Meneses durante unos segundos, algunos segundos más del límite de la amenaza.

—No le conviene andar de noche por este barrio, *m'sieu*. No es seguro.

—No, ¿eh? Me parece que no me conviene ir por ningún lugar de St. Juste, ¿no?

—Bueno, es peligroso. Los tiempos han cambiado y hay muchos elementos que no son de fiar.

—Ya me lo imagino. Pero vosotros me protegéis, ¿no?

Wolowolo no contestó.

Meneses se subió al Mercedes y Molusque arrancó suavemente mientras entonaba su mantra del día. *Di perpetuo non c'è più niente, minus miserere*. La madre de Meneses solía decir “si no pega, para cuando pegue, en el culo te pinto un loro”. Nunca supo nadie lo que quería decir; una incongruencia como cualquier otra.

La partida de póquer se ajustó a los mismos patrones que la de dos noches antes. Juego rápido, mucho dinero en la mesa, pero esta vez con mayor agresividad por parte de todos. En un momento de descanso, Meneses preguntó:

—Abu Dada, ¿te estás jugando el dinero de la compra? Porque veo que lo repartes con mucha generosidad, ¿eh?

Todos rieron la gracia. No te jode. Solo Hockansmith mantenía su sonrisa permanente, indiferente a todo. Pero no en la mirada. Este cabrón me pone de los nervios. Y en una mano de la que se había retirado Usama, Meneses, quemado, cometió una equivocación: jugó muy duro, sin piedad, y ganó al tejano cerca de diez mil dólares. Esta no me la va a perdonar; eres idiota. Pero seguro que ha sido lo único divertido de la noche. Para mí por lo menos. Y, además, le he enseñado a este que aquí nos jugamos la pasta sin bromas.

En recuerdo de mi padre.

Pero ha sido un error, sietemachos.

Aparte de ese breve incidente que le había costado diez mil dólares a la Crudco, a ver, el resto de la noche Meneses perdió continuamente, sobre todo cuando jugaba el ministro. Pensó que tanta pérdida era exagerada, pero al bueno de Usama no parecía extrañarle ni importarle su racha de ganancias. Al contrario. Daba la sensación de que le era igual la manera de ganar con tal de ganar; orgulloso que es uno.

—No es mi noche —dijo de pronto Meneses tirando las cartas sobre el tapete con cara de disgusto—. En cambio, a usted... —añadió mirando a Usama.

—Bueno —intervino Hockansmith en su mal francés—, es cuestión de perseguir la suerte. Usted esta noche ha jugado sin cuidado, atolondradamente. —dijo *étourdiment*, hale, el que no sabía francés. Y añadió—: Quien pierde en las cartas recibe otros premios, ¿verdad?

—Sí, pero en amores. No sé yo en beneficios.

—Si no fuera para beneficios futuros..., creo que no me gastarían tanto dinero. —El tejano acentuó su sonrisa. Nadie más se dio por enterado. Solo Meneses. En tres manos contra el tejano, se había dejado ocho mil dólares, casi todo lo que le había ganado; le habían devuelto la medicina. Hockansmith siguió sonriendo, imperturbable. Le sudaba el dorso de las manos.

Virginaly apareció entonces para servir las copas: iba vestida como siempre, con su bata blanca más estrecha de lo conveniente (en un hogar cristiano, carajo). Todos dejaron de hablar. Estuvieron un rato en silencio, cada uno con su vaso en la mano. Cuando la niña salió del salón, todas las miradas, menos la de Abu Dada, le siguieron el rastro de la cintura y las nalgas.

Al final de la velada, Usama Kokomo, ministro de las minerías, había ganado casi veinte mil dólares, la mayor parte procedente de los fondos reservados del Ministerio de Asuntos Exteriores español. Al levantarse de la mesa, el tejano miró a Meneses y le hizo una admonición silenciosa con el dedo índice de la mano derecha. Igual estoy exagerando, pero capaz que este gringo me malmete con Usama y fundimos el negocio.

La llamada llegó a los tres días: el presidente vitalicio general Wa-TuTu recibiría a Meneses, delegado del Gobierno español, a las siete la mañana del día siguiente.

¿Y para qué diablos quiere verme? ¿Si ya se lo he dicho todo o casi todo al ministro de la Minería? Usama le ha contado que ando por aquí enredando y las habladurías de Duhamel sobre la reanudación de relaciones también han tenido que llegarle. Seguro. El día menos pensado, Wolowolo me pasa a cuchillo, eso sí, preguntándome por mis intenciones verdaderas.

Bueno, voy.

A las siete menos veinte se instaló en el Mercedes y salieron (*Una hirundo non facit veranum*) rumbo a la colina en la que se levantaba la antigua residencia del gobernador francés, hoy reconvertida en presidencia de la república (democrática). Un edecán con uniforme de camuflaje impecablemente planchado y con discretas manchas de sudor debajo de los brazos lo esperaba al pie de la escalinata. Y, marchando marcialmente un paso delante de Meneses, lo condujo hasta un vestíbulo del que arrancaba al fondo una escalera de cierta solemnidad. En medio del vestíbulo esperaba una mujer muy grande con turbante de colores, que abrió sin llamar una puerta a la derecha. La puerta franqueaba el paso a un despacho muy grande, evidentemente el del antiguo gobernador francés. No daba la impresión de que el decorado hubiera sido cambiado desde entonces. Detrás de una mesa estilo imperio se sentaba el presidente vitalicio, que aparentaba estar trabajando en la lectura de un documento; tenía un lápiz en la mano y parecía tomar notas en un bloc. Detrás de su cabeza colgaba una enorme bandera de Matambezi. Hay que fastidiarse, parece un Rothko. A la derecha, un retrato al óleo de algún padre de la revolución, probablemente del fenecido presidente anterior.

Meneses cruzó el despacho con lentitud y se paró frente a la mesa sin decir nada. Me vas tú a *esnobear*, anda.

Al cabo de un momento, Wa-TuTu levantó la mirada y la fijó en el rostro de su visitante.

—Ah —dijo—. *Monsieur* Meneses.

—Señor presidente.

Wa-TuTu se puso de pie. Era un hombre muy alto, más alto que Meneses, de constitución atlética, de hombros anchos, pero de barriga algo voluminosa. Todo más que Meneses. También iba vestido con uniforme de campaña, solo

que en la charretera lucía seis estrellas. Seis por lo menos, pensó Meneses: este no es mariscal de campo, sino megamariscal de *Star Wars*. Tenía la cara acostumbrada a sonreír y la mirada inteligente o al menos perspicaz. Una cicatriz le bajaba de la sien izquierda a la mandíbula y le afeaba el rostro, que de otro modo habría podido resultar atractivo y ahora era meramente cruel. Con la mano hizo un gesto para que ambos fueran a sentarse en un tresillo de terciopelo algo ajado que había entre dos ventanales.

Nada más instalarse cada uno en un butacón, volvió a aparecer la mujer portando una bandeja horrorosa de metal plateado con dos tazas de porcelana y un azucarero.

—¿Un té, *monsieur* Meneses?

—Gracias. Sin azúcar, gracias. —No es que el presidente se la hubiera ofrecido, pero por si las moscas.

—¿Le gusta a usted mi país?

—Bueno, claro —contestó Meneses después de un largo silencio—. Siempre me ha atraído el trópico, la anarquía del calor, la fruta por las calles, la gente andando con ritmo de samba...

A Wa-TuTu no le gustó la respuesta.

—Claro. Nuestra civilización es más genuina, tiene menos inhibiciones sociales. Cuando yo estudiaba en Saint Cyr, me sentía atado por las convenciones, me era obligado comportarme de otra forma a lo que se espera de nosotros en Matambezi... o en cualquier otro país de la zona. —Sacudió la cabeza—. No me gustaba. Ah, pero a usted sí le gusta el ambiente de St. Juste. A veces es un poco ruidoso porque la juventud disfruta con la música y nuestra comida... ¿Ha conocido a Dupont Duhamel? ¡Ah, claro! ¿Y quién no? Whiskyponet es una cita obligada, ¿verdad? Un tipo interesante, Dupont, cómo le diría, un chismoso con muy buenos contactos en la capital. —Dio un sorbo a su taza. Levantó un dedo—. Pero no se fíe demasiado: con frecuencia las cosas en Matambezi no son lo que parecen...

—Ya lo sé, señor presidente. Por eso le agradezco que me haya puesto protección.

Wa-TuTu frunció el ceño. Tampoco le había gustado esta respuesta. Desde luego, a este no hay quien lo satisfaga.

—Me refiero a Wolowolo...

—¡Ah, ya! Espero que no le esté importunando...

—En absoluto. Es un alivio saberse protegido.

—Acláreme una cuestión, señor Meneses.

—Usted dirá.

—¿Representa usted al Estado español?

—Bueno, vivo en la embajada, lo cual debe de significar que tengo la representación de mi Gobierno, al menos oficiosa. Pero no me es fácil contestar a esa pregunta.

—¿Ah, no?

—No. Varía. La mayor parte del tiempo me represento a mí mismo. Y en momentos puntuales, represento al Gobierno español. Con frecuencia, ambas actividades se solapan. —Meneses hizo un gesto circular con la mano.

—Ya veo.

—Verá, señor presidente. Creo firmemente en las ventajas del propio provecho y lo bueno de una actividad como la mía es que ese provecho puede redundar en beneficio de mi país. No sé si me explico: ambas cosas pueden correr paralelas. Yo gano, mi país gana. Mi beneficio me lleva a desear lo mejor para España. Liberalismo puro.

—Muy bien. Y ahora dígame qué le ha traído por aquí.

—Una de esas misiones dobles de las que le acabo de hablar. Represento a un grupo muy fuerte de inversores españoles. Quieren venir a Matambezi para sumarse al desarrollo del país y, de paso, ganar mucho dinero con el petróleo. Le estoy siendo muy sincero, señor presidente. —Lo mismo que le conté a Usama.

Wa-TuTu le miró con fijeza sin decir nada. Y luego observó:

—Ya. Pero no veo en su discurso la segunda pata de su hipotética misión en St. Juste. ¿Qué pretende su Gobierno, Meneses? —Vaya, ya me apeó el tratamiento—. Pero espere antes de contestar. Venga conmigo —Se levantó del asiento y llevó a Meneses a uno de los grandes ventanales desde los que se divisaba a lo lejos el puerto de la capital con las grandes grúas relucientes, los enormes barcos de contenedores y un buen número de cargueros de todo tamaño—. ¿Ve lo que le enseño? Dígame, Meneses, ¿qué nos pueden ofrecer ustedes que no tengamos ya? ¿Financiación para la industria petrolífera? ¿Nuevas prospecciones? ¿Contratos más sólidos que los que nos ofrecen los americanos?

¿Dinero?, pensó Meneses. Y en voz alta replicó:

—Dos cosas, señor presidente.

—¿Sí? ¿Qué cosas?

—En primer lugar, restablecimiento de nuestras relaciones diplomáticas.

—¿En qué me beneficia eso? Tengo relaciones con medio mundo, con Estados Unidos, con Francia, con Inglaterra... ¿De qué me sirve tenerlas con ustedes?

—Puede que le sirviera para demostrar que Matambezi ha vuelto a ser democrático y sus ciudadanos, libres...

—¿Ha vuelto? ¿Ha vuelto? ¿Democráticos? ¿Libres? —Wa-TuTu había alzado el tono de voz; se le notaba de pronto furioso—. ¿Qué lecciones me tiene que dar? En mi país, la gente es libre y democrática. No perdemos el tiempo con falsas palabrerías... —Este me acaba cortando el cuello—. Somos como somos y nadie tiene que venir a mi despacho a impartirme lecciones de democracia. La gente aquí es bastante más feliz y libre que en los guetos de Europa.

—No he venido a darle lecciones de nada, señor presidente. Si usted piensa que lo he hecho, le pido perdón.

El general se calmó de golpe.

—¿Cuál es la segunda cosa, Meneses?

—Son tres en realidad. —El presidente esperó—. La segunda es que Matambezi sea miembro de pleno derecho del Consejo de Derechos Humanos de la ONU.

Wa-TuTu se sobresaltó y se le oscurecieron las mejillas. Te pillé, colega presidente; te vas a mear en los pantalones de puro gusto. Si hay algo que quieres por encima de todo, es entrar en el consejo; que te elijan, eso sí que te parece respeto internacional. Como si te dieran el Nobel. Harías lo que fuera. Respetabilidad y democracia. Vaya idiotez. Qué entenderás tú de respetabilidad. ¿De qué te sirve? Si todos se lo toman a coña. Y además eres un asesino reconocido. Pero la vanidad es la vanidad.

Hubo un largo silencio.

—El Consejo de Derechos Humanos, eso sí que me puede interesar.

—Bueno, España preside el consejo durante este año y el próximo. La capacidad de maniobra del presidente es grande, ya se lo imagina. —A Wa-TuTu se le escapó un pequeño gruñido—. Este año toca renovar tres de los trece asientos que tiene África en el consejo —insistió Meneses.

—Primero me eligen y después reanudamos relaciones.

—No. Primero restablecemos relaciones y luego le elegimos. No podemos hacerlo de otra manera.

—¿Qué garantías me ofrece de que será así?

—Ninguna, presidente. Lo mismo que al revés. Pero es cuestión de establecer una confianza mutua basada en el respeto y el interés.

—¿Qué quiere decir.

—Es sencillo, en realidad. Respeto: le garantizo la reapertura de la embajada en St. Juste con uno de nuestros mejores embajadores...

—Bah. No es muy interesante.

—... Con el mejor de nuestros embajadores, quiero decir...

—¿Cómo? ¿Quién?

—El rey de España vendrá a presidir con usted la reanudación de las relaciones. —El general se volvió a sobresaltar de modo muy visible. Como este se hinche más, va a acabar pegado al techo como un globo. Otro como Duhamel, solo que la vanidad de Duhamel engaña—. Primero, el ministro español de Exteriores firma aquí, en este mismo despacho, el restablecimiento de relaciones. —Hale, que se joda mi padrino—. Segundo, hacemos que Matambezi sea elegida para Consejo de Derechos Humanos de la ONU. Tercero, el rey de España viaja oficialmente a St. Juste. No se puede pedir más. —Te estás extralimitando, Meneses; como en Madrid te digan que de monarca nada, te vas a enterar. Mejor que te pille lejos.

Wa-TuTu carraspeó.

—Voy a considerarlo con mi Gobierno, *monsieur* Meneses. —Vaya, ya soy *monsieur* otra vez. Queda lo más difícil. Poquita cosa. La tercera. Pero no se la voy a contar; todavía no.

—Muy bien, señor presidente.

—También le daré respuesta a las aspiraciones económicas que me plantea. No es fácil, pero creo que hemos establecido una buena relación usted y yo y que tal vez podamos llegar a algún acuerdo.

No lo sabes tú bien.

—¿Cuándo cree que podré tener una decisión suya? Lo digo porque tengo que informar a mi Gobierno en Madrid. —No voy a informar a mi Gobierno en Madrid ni en broma: les daría un infarto colectivo.

—Pronto.

Ah, sí. Hemos hablado como dos amiguetes y hemos tomado compromisos que nadie sabe si, en mi caso, se pueden cumplir. Este tío es un cándido. Eso pensaba Meneses hasta que, en la escalinata hacia la salida en donde lo esperaba Molusque, le vino a la cabeza el hecho de que él era el que estaba en

Matambezi y el presidente vitalicio lo tenía al alcance de su propio machete para cuando le viniera bien. Vaya por Dios.

BUYUMBURA

—¿Cuándo te vas a Buyumbura? —preguntó Meneses.

Comían en un garito maloliente en pleno mercado de St. Juste. Aunque quisiera, que no, Meneses no sería capaz de volver. Atumu lo había llevado por uno de los pasillos centrales del mercado a partir de una de las decenas de entradas por las que se accedía a él desde la avenida principal. Habían andado deprisa por un dédalo de callejas, llenas de gentes ruidosas que llevaban sobre la cabeza toda clase de fardos y cestos llenos de fruta, tomates, zanahorias, batatas y hogazas de pan recién horneado. Era lo único que olía bien. Mujeres gordas, formidables con sus grandes turbantes en la cabeza, llevaban de la mano a niñas preciosas y espigadas, vestidas de mil colores. Hombres altos y flacos, hombres bajos de voluminoso estómago parecían no interesarse por las mercancías, pero, de pronto, se detenían a discutir entre sí o con los tenderos, a fuerza de gritos enfadados o de risas estrepitosas, para llevarse al fin un par de bananas o dos frutos del pan o tres o cuatro tomates. Ciegos y tullidos sentados por las esquinas o andando doblados sobre toscos bastones con la mano tendida pidiendo limosna. Tenderetes con trozos de carne despellejados y cubiertos de moscas. A Meneses no le daba la capacidad de absorción de ruidos, risotadas, olores y apretujones y pronto se limitó a seguir a Atumu sin desviar la mirada. Era, sin duda, el único blanco en todo el mercado. Aquí no entraban los expatriados.

De pronto, Kokomo había torcido a la izquierda por otro pasadizo hasta llegar a una escalera de cinco peldaños al final de la cual, tras un pequeño arco encalado y pintado de añil, había tres mesas viejas y sillas de diversa forma y procedencia. Aquí Ikea se forra, pensó Meneses. Enseguida, de otro arco protegido por una ruidosa cortina de palos de bambú, apareció un hombretón vestido con una túnica de vivos colores. Mira, un Rothko viviente. El hombre se llevó la mano derecha al corazón en señal de saludo a Atumu.

Era tan alto como este y su porte tenía su misma dignidad y apostura.

—Bangassu es de mi tribu —dijo Atumu—. Aquí es donde comerás la auténtica sopa de corazón de lagarto, Patrís. —Soltó una carcajada—. Y alguna otra cosa más que mejor no te describo. Bueno, sentémonos a esta mesa. ¿Sabes que a Merveille le encanta este lugar? Viene aquí y se siente como en su casa...

—¿... De la calle 72 de Manhattan?

—... De su tribu.

Meneses se dijo yo como lo que tú comas, compañero, y se dispuso a engullir lo que le pusieran delante. Incluida la sopa de corazón. Lo más notable fue una especie de puchero de verdura con patatas, quinoa, batatas y carne deshilachada realmente sabroso. «*Khom mayan*», explicó Bangassu.

—Esto pica que mata, Atumu.

—Es el plato nacional, pero solo se puede hacer aquí. En Nueva York no se encuentran los ingredientes necesarios. Mejor no preguntes cuáles son. A Merveille le encanta.

—No me sorprende, esa mujer tuya es muy típica. Cualquiera lo diría viéndola vestida de Chanel —contestó Meneses, dando un generoso trago a su botella de cerveza local. Le vino de golpe a la cabeza, como un relámpago, un muslo interminable y dorado de Merveille en bañador en una playa de Long Island—. ¿Cuándo te vas a Buyumbura?

—Mañana o pasado.

—Voy contigo.

—Ni hablar. Es muy peligroso.

—Atumu, estoy hasta la coronilla de que me digan que es peligroso. Todo es peligroso en este puñetero lugar. Empezando por Wolowolo, el de la social.

—Ese sí que es peligroso. Pero ¿para qué quieres tú ir a Buyumbura?

—Quiero ver tu tierra, quiero ver a tu enfermera supérstite, quiero saber qué les pasó y quiero llevarme a Virginaly para protegerla de los hombres malos. Ah, y quiero ver qué vais a hacer para crear la muy noble y leal república de Buyumbura.

Atumu frunció el ceño.

—¿Qué has venido a hacer a Matambezi, Patrís?

—Te lo acabo de decir.

—No. Que te hayan encargado reanudar las relaciones entre España y

Matambezi se da por supuesto. Que quieras hacerte con una parte de la riqueza de aquí está bien. ¿Qué más?

—Nada más. ¿Te parece poco? Son cosas sencillitas. No es el desembarco de Normandía, pero alguien tiene que hacerlo. Y mi Gobierno no se fía de los profesionales, sean embajadores o militares o espías.

—Pues vaya Gobierno el tuyo. ¿Y tú no eres espía?

—¿Espía yo? Estás de broma. Soy un tipo normalito que solo quiere averiguar lo que les pasó a unos médicos, a unas enfermeras y a unas monjitas. Lo de las monjitas me tiene muy cabreado. Voy contigo.

—No.

—O voy contigo o voy solo con Molusque en el Mercedes.

—¿Los tres mil quinientos kilómetros? ¿Seis días conduciendo sin parar? ¿En la selva y la sabana? No es posible. No hay carreteras para Mercedes. De vez en cuando, en algún pueblo perdido hay unos bidones con gasolina infecta para repostar. No llegaríais muy lejos. Son solo pistas de tierra por la sabana, que se convierten en pistas de tierra encharcada por la selva a la orilla del río.

—¿Qué río?

—El Lulonga, que es el afluente principal del río Congo.

—¿Que es donde murieron los españoles, los médicos y eso?

—Exacto.

—Pues me voy contigo sin remisión.

—No.

—Me alquilo un avión por mi cuenta.

—No te dejaría Wolowolo.

—O sea que no estamos en un país libre.

—Ahora no.

—Voy contigo.

Atumu estuvo callado durante un buen rato.

—¿Sabes? —dijo por fin—. Hablas como un negro, piensas como un negro, pero tienes la piel que no corresponde. Te va a crear problemas.

—Eso mismo digo yo.

—Está bien. Está bien. No me gusta nada que vengas. Es...

—... Peligroso, ya lo sé.

—Iremos en un avión de Buyumbura Air Lines. No pongas esa cara de susto. Si son capaces de manejar una avioneta por este país..., esos pilotos

volarían cualquier cosa por cualquier sitio. Vamos de St. Juste a Kawumu, a la orilla del lago Bukawu...

—Qué bueno. Iremos a ver orangutanes, los grandes monos escondidos en la selva. Bwana.

—No digas tonterías... El viaje es de más o menos cinco horas de vuelo y habrá que hacer una escala para repostar. He hecho el viaje muchas veces, no te alarmes. No es el vuelo lo que me preocupa. En Kawumu nos estará esperando un 4×4 para llevarnos a Buyumbura. No creas que es un viaje fácil. Son otros dos o trescientos kilómetros más. Territorio de guerrillas de unos y otros, de bandidos...

—¿De orangutanes, no?

—... Asesinos y cocodrilos. Sabana y selva sin saber qué emboscadas vamos a sufrir. Yo que tú me lo pensarías. No te pagan para eso, aunque seguro que te pagan como a un príncipe. ¿No tienes miedo?

—Pues sí, estoy aterrado.

—Estás a tiempo de no ir.

—Ya. Pero el deber es el deber. Oye, que me pagan muy bien. Y dile a tu gente que lleven un cuerpo de ejército.

—Ya lo hay. Un regimiento de Wa-TuTu. Pero no están para defendernos, sino para vigilarnos, aunque no se atreven a acercarse a Buyumbura.

—¿No son los tuyos los guerreros más fieros del África de por allí?

—Bueno, sí, pero los enemigos son más, incluidos los soldados de Wa-TuTu acampados a bastantes kilómetros de la ciudad. Hay que ser prácticos. Me encantaría llegar en avioneta hasta Buyumbura, pero la pista que hay no permite aterrizar. Está hecha una pena. La están arreglando poco a poco, pero aún no es practicable. Además, las guerrillas hutu o unos asesinos del Ejército de Liberación del Señor...

—¿De qué? Ah ya, ya sé: los nombró tu hermano.

—... De Liberación del Señor, sí, unos rebeldes ugandeses cuya misión en la vida es que se apliquen estrictamente los diez mandamientos de la Iglesia de Roma. Y, claro, cuando deciden que un poblado ha infringido un mandamiento, los pasan a cuchillo a todos. Y se quedan con los niños para hacer de ellos soldados. Unos ángeles del Señor. Cien mil muertos en treinta años.

—¿Y están en el aeropuerto esperando a que bajemos del cielo con la buena nueva?

—No. Entre unos y otros han sembrado de minas el costado este del aeropuerto.

—Tengo yo que visitar al obispo de St. Juste...

—... Kualungu.

—Eso, monseñor André Kualungu, para que me explique cómo se aplican los Evangelios en esta región.

—Bueno, el hombre tiene un ego más grande que la plaza de San Pedro. Se creará cualquier cosa que le digas si le halaga. Es un imbécil y te entrarán ganas de matarlo.

—No me tientes. O sea, que tu gente va reparando el aeropuerto a más o menos un bache por día, ¿eh?

Atumu rio con estrépito y le dio una palmada en el muslo.

—No me toques con esa manaza de negro, que está pringosa de banana y sopa de corazón de lagarto. Y encima mi pierna es blanca. Bueno, rosada.

La llamada al subsecretario en Madrid no fue cosa fácil. Pedir a un funcionario público que se desprenda de diez millones de euros de los fondos reservados de su ministerio es ciertamente comprometido, sobre todo si no se le dan razones, no hay documentos que sustancien el desembolso y además el referido funcionario público siente la mayor de las desconfianzas hacia su interlocutor. Es más, el subsecretario estaba convencido de que Meneses pensaba quedarse con todo el dinero para luego desaparecer en una isla de playas doradas y cocoteros. Pero había que hacerlo. Órdenes son órdenes. Por su parte, a Meneses le pareció un detalle simpático mandar recuerdos para su padrino. Cualquiera que hubiera interferido en la conversación telefónica habría detectado la evidente alusión a la Mafía o a la Cosa Nostra, por más que el ministro fuera su padrino de verdad. La recomendación final del subsecretario fue «No hagas tonterías», y luego no pudo resistir la tentación: «Sabemos dónde estás».

Después de hablar con Madrid a una hora temprana para molestar al subsecretario y sacarlo del sueño de los justos, Meneses se subió al Mercedes, ordenó que Molusque pusiera el banderín oficial en el guardabarros y dijo: «Vamos a la residencia del obispo».

—*Oui, m'sieu.* —Y añadió en voz baja—: *Te fabula narratur.*

Te fabula narratur, se trata también de ti. Esta... se dijo Meneses.

¿Conque se trata también de mí, eh? ¿Qué me quieres decir? *Narratur, narratur*, te voy a dar *narratur*. Me está empezando a tocar las bolas este negrazo con sus latinajos.

La villa del obispo de St. Juste tenía, como todas, un gran jardín, solo que este estaba bien cuidado, con grandes matorrales y parterres de flores. El césped de alrededor de la casa había sido cuidadosamente cortado, apuesto a que por un seminarista y además esta mañana antes de misa. La esclavitud os hará libres, compañeros santos. La avenida hasta la casa estaba plantada de palmeras a derecha e izquierda. Coño, como la embajada española en La Habana, ya ves.

Y era un seminarista con sotana negra quien esperaba al Mercedes al pie de la pequeña escalinata. Se precipitó a abrir la portezuela del coche exclamando:

—*Monsieur l'ambassadeur!*, ¡señor embajador! Sea bienvenido a la casa del Señor.

Meneses decidió no apearle el tratamiento.

—Señor diácono —contestó, seguro de que lo había elevado de rango—. Estoy contento de ser recibido en la casa del Señor.

—Monseñor Kualungu acaba de celebrar la santa misa y lo espera en su despacho. —Anda, ¿Kualungu es el Señor o se lo tiene creído? ¿O el Señor es otro?

—Muy bien.

Accedieron al vestíbulo y desde él el seminarista condujo a Meneses a una puerta que había a la izquierda. Llamó discretamente con los nudillos y desde dentro una voz dijo: «¡Adelante!».

Monseñor Kualungu se levantó del reclinatorio en el que estaba arrodillado rezando maitines, cerró el libro de oraciones —seguro que el colega estaba repasando las recetas de cocina o los extractos del banco— y se volvió hacia Meneses. Era un hombre de mediana estatura, no muy corpulento, que para la ocasión se había vestido con la sotana de seda blanca y de orlas moradas propias del episcopado. En la coronilla llevaba un solideo también morado, puesto al parecer en precario equilibrio sobre sus rizos. A Meneses le pareció típica la cara redonda de ojos saltones, nariz achatada y gruesos labios.

En el despacho hacía francamente frío. Seguro que el aire acondicionado proviene de donativos voluntarios de comunidades cristianas de por aquí alrededor. Es que por su obispo se quitan la comida de la boca. Santos, que

son todos santos.

—¡Ah, señor Meneses! —exclamó, acercándose con las manos extendidas; en el dedo anular derecho llevaba un gran anillo con una amatista engarzada.

Este espera que le bese el anillo. Va listo. Meneses extendió la mano y estrechó la del obispo con firmeza.

—¡Monseñor!

—¿Le puedo ofrecer algo? —preguntó Kualungu—. ¿Café, té helado? Yo tomo café a estas horas.

—Café estará muy bien.

El obispo hizo un gesto al seminarista, que desapareció en silencio.

—Venga a sentarse aquí conmigo, embajador... Sé que usted exige, pide que lo llamemos señor Meneses, muy discreto, sí, pero entre estas cuatro paredes podemos prescindir de delicados disimulos. ¿No?

—Como quiera. Pero de todos modos soy Meneses.

El obispo sonrió enseñando los dientes.

—Y cuénteme, embajador Meneses —preguntó, haciendo en el aire un círculo cómplice con la mano derecha—, ¿qué graves asuntos de Estado lo traen por aquí?

—Ah, monseñor. Como usted bien sabe, las relaciones entre mi país y el suyo no pasan por su mejor momento.

Kualungu asintió gravemente con la cabeza.

—Es bien cierto y es motivo de dolor que la católica España, luz de la cristiandad, tenga ciertas dificultades con Matambezi, el país africano de más acendrados sentimientos católicos de cuantos padecen en este valle de lágrimas.

Me voy a cagar en su puta madre. Y yo que creía que esta clase de lenguaje hipócrita y dulzón había desaparecido. Luz de cristiandad te voy a dar.

—Pues sí, monseñor. Así estamos, con estas pequeñas dificultades...

—Y deduzco, corrijame si me equivoco, que usted ha venido a poner la primera piedra de la reconciliación.

Me dan ganas de lavarme los dientes con tanta miel.

—Pues sí. Es exactamente eso: la primera piedra sobre la que sustentará este nuevo edificio, como Pedro, el apóstol de Roma.

—Claro, claro.

En ese momento regresó el seminarista portando una bandeja con sendos cafés.

—¿Y en qué lo puedo ayudar, señor embajador?

—Yo creo que puede, sin duda, puede. No en vano es usted la primera autoridad católica de Matambezi y su voz y su influencia llegan lejos. Sé que el presidente Wa-TuTu escucha y atiende sus consejos. Esa ayuda me sería preciosa.

—La tiene usted, sin duda. Sé que ayer se entrevistó con él y también con el ministro de la Minería, un elemento esencial en el mantenimiento del equilibrio tribal...

Carajo. Lo que me faltaba: la banda de los apandadores al completo. Qué casualidad. Y ya se lo habían contado.

—Creo que lo que necesitamos en estos momentos difíciles es que nos ayude a allanar el terreno de la reconciliación...

—Sé que usted ha propuesto al presidente un camino que facilitaría la reanudación de relaciones entre nuestros dos países.

—Desde luego, monseñor, y es indispensable que el Gobierno de Matambezi acepte el camino que he propuesto... —Oye, compañero, como si estos tíos nos estuvieran haciendo un favor aceptando incorporarse al Consejo de Derechos Humanos en Ginebra—. Estoy seguro de que usted me comprende.

—Le comprendo perfectamente, embajador.

—Me gustaría que usted actuara de facilitador de los contactos e incluso llegara a presentarse en Ginebra para dar verosimilitud a la candidatura de Matambezi ante el consejo, de tal modo que sus miembros aceptaran su presencia como garantía.

—¡Naturalmente que sí! —El entusiasmo se le escapó por los poros a Kualungu, que parecía aceptar, sin permiso de sus amos, cualquier gestión que se requiriera con tal de viajar con el boato y las comodidades debidas a un príncipe de la Iglesia.

—Excuso decirle que somos conscientes de que la Iglesia de Matambezi no es rica y que usted, monseñor, no puede andar permitiéndose viajes a Europa, con lo caro que es. Además de tener que dejar a su grey abandonada durante un tiempo más o menos largo. Sé bien que le preocuparía tener que ausentarse de su diócesis y que es un sacrificio que le cuesta mucho. Pero para mi Gobierno es esencial su participación en todos estos planes. Estoy autorizado a anunciarle que España correrá con todos los gastos del viaje y con una generosa ayuda a su obispado. —A Kualungu le brillaban los ojos.

Menudo pájaro, pensó Meneses; se traga todas estas machadas sin que se le mueva un solo pelo. Mira, le voy a dorar la píldora un poco más—. He oído, monseñor, un rumor que a lo mejor usted me puede confirmar. He oído que vuela un capelo cardenalicio en dirección a su augusta cabeza. Se dice en Roma que el papa piensa en usted para que sea uno de los seis nuevos cardenales que ha decidido crear. Su santidad busca cardenales jóvenes que impriman un nuevo ritmo a la Iglesia de Roma. —Arderé en los infiernos, pensó Meneses. El obispo se había sobresaltado violentamente y el color de su cara se había acentuado hasta un tono violeta. Le latía una vena en medio de la frente.

—No... no... no sé nada de eso —balbuceó—. Pero si su santidad me quiere conferir ese inmenso honor, lo aceptaré con humildad, con la humildad del siervo del Señor. Pero ¿usted cómo lo ha oído, señor embajador?

—Ah, usted sabe que España tiene los oídos puestos en Roma y es probablemente el Gobierno mejor informado de los asuntos de la Iglesia. Sin ir más lejos, nuestro embajador en el Vaticano dio hace pocas semanas una cena en honor del camarlengo y esa confidencia le fue hecha por el mismísimo cardenal cuando hablaban de los posibles candidatos españoles. Y, naturalmente, usted como único representante de la Iglesia africana.

—Estoy abrumado... No sé cómo agradecerle esta confidencia, amigo mío.

—No lo haga y guardemos el secreto hasta que podamos confirmarlo públicamente. Estos asuntos son muy delicados. Pero para nosotros es fundamental contar con su ayuda, monseñor. Por eso me he decidido a contarle el rumor.

El obispo se frotó las manos. Este tiene un ego tan grande que se creería cualquier cosa, incluso que por milagro brotaría hielo de las márgenes del río, ya ves.

—¿Aceptaría usted almorzar conmigo? En el fondo, sería como celebrar las buenas noticias, igual que su embajador en Roma lo hace con el camarlengo, ¿no?

—Me temo que hoy no es posible, monseñor. A final de mañana salgo de viaje hacia Buyumbura...

—¿Ah?

—Pues sí. He sido invitado por los ancianos de la tribu para visitar el lugar en que fueron muertos nuestros médicos, enfermeras y monjas hace ya tres años.

—Tenga usted muchísimo cuidado. ¡Qué asunto más trágico! Ya sabe que todas las sospechas nos conducen a pensar que lo hicieron unos cabezas locas que habían presenciado cómo los médicos habían violado a algunas jóvenes buyumburas. Una verdadera desgracia. El general Wa-TuTu intentó impedirlo, pero cuando quiso intervenir, los pobres españoles ya habían sido sacrificados.

—Sí. Mi Gobierno se lo tomó muy mal, razón, entre otras, por la que decidió romper las relaciones entre nuestros dos países.

—¡Pero el general no tuvo nada que ver en el asunto!

—Ya, pero en la confusión de aquellos momentos, con el añadido de la muerte del secretario de la embajada...

—... Un joven muy apreciado en St. Juste...

—... Mi Gobierno, fuertemente presionado por los partidos de la oposición, ya sabe cómo son estos politicastos de tres al cuarto, tuvo que tomar la decisión de romper.

—No fuimos culpables, ya se lo puede imaginar, y no pudimos hacer nada por salvar a esa pobre gente.

—Ya. —Este es tan culpable que se incluye en el saco de los culpables. ¿Quién le ha preguntado si metió sus sucios dedos en el asunto? Mira, como diría Molusque el chófer, *excusatio non petita*...

—Se lo repito, embajador Meneses, vaya usted con cuidado. La situación allá es explosiva y cualquier extranjero corre peligro y más si es de la misma nacionalidad que los asesinados... No puedo recomendarle prudencia con más ahínco. Le repito, vaya con mucho cuidado. ¿Va usted acompañado?

—Desde luego.

—¿De quién se trata si se lo puedo preguntar?

—Atumu Kokomo.

—Ah. El gran buyumbura, el hermano de nuestro ministro de la Minería. No puede usted ir en mejor compañía. —Al obispo le había cambiado la expresión y Meneses pudo ver en su mirada un momento de alarma, rápidamente reprimido—. La región de Buyumbura es muy peligrosa. Porque, además, hay escondidos en la selva terroristas...

—Hutus, ¿no?

—No exactamente. Los hutus, aunque acusados de crímenes tan brutales que uno no se los acaba de creer, tuvieron que huir de Ruanda ante el golpe militar que repuso a los tutsis en el poder...

—Los tutsis fueron salvajemente diezmados, ¿no, monseñor?

—Sí, sí, claro. Siempre me he preguntado quiénes fueron los que instigaron la terrible guerra civil.

—Bueno, en gran parte fue la radio de las Mil Colinas... según me dicen. No me haga demasiado caso. Entiendo muy poco de todo esto. Las acusaciones contra los sacerdotes católicos ruandeses de que habían instigado toda esta tragedia siempre me han parecido poco verosímiles...

—Exacto, exacto. Poco verosímiles, sí.

—Usted nunca estuvo allí, ¿verdad? —Cualquiera que conociera a Meneses habría comprendido no solo la incredulidad, sino la velada amenaza. Estas cosas, a Meneses, no se le olvidaban y se las guardaba para mejor ocasión.

—No, no, nunca.

Cuántos enemigos letales me estoy haciendo. Vas de loco por la vida, compañero. También es verdad que tengo comprados y comiéndome en la mano a los principales malos de la película. Pero eso no es garantía de nada: si cualquiera de los tres se me cabrea, yo no apostaría por la continuidad de mi salud. Estamos pisando demasiados callos.

¿Qué haces aquí, Meneses?

13

INMA

—¿Vamos a volar en eso? —preguntó Meneses, señalando un viejo bimotor aparcado al otro lado de la pista, lo más lejos posible de la terminal. El avión llevaba escrito en rojo BUYUMBURA AIR LINES a todo lo largo de su fuselaje plateado.

—Sí —contestó Atumu con gran seriedad—. Es muy seguro. Esos DC3 no se caen nunca.

—¡Pero si son de cuando la Segunda Guerra Mundial!

—Por eso.

—¿Cuántos de esos aparatos tenéis?

—Tres. Nos salieron muy baratos. Se los compramos a American Airlines.

—Seguro que os pagaron para que os los llevarais.

—No. Además, en el precio incluyeron dos viejos pilotos americanos y un mecánico canadiense.

—¡Venga! ¿Están todavía vivos?

Habían esperado dentro del coche a que dejara de llover. Por fin pudieron bajarse y dirigirse al avión.

Virginaly, escondida detrás de Meneses, temblaba como una hoja de puro terror. «*Monsieur*», decía; «*Monsieur*», repetía con los ojos casi fuera de las órbitas. Duhamel, impecable en su atuendo de cazador tropical, fumaba impertérrito. Molusque, el único que no viajaba, observaba la escena apoyado contra una portezuela del Mercedes. Había llevado el escaso equipaje de los viajeros hasta el DC3 y ahora esperaba a que subieran a él para marcharse. Se había ofrecido a acompañarlos, pero Meneses se había negado de modo categórico.

No muy lejos estaba aparcado un gran helicóptero militar, alrededor del que se afanaban mecánicos y soldados preparándolo para un viaje. Un camión cisterna terminaba de repostarlo.

—¿Y no podríamos viajar en eso? —preguntó Meneses—; es un helicóptero de transporte que hacen en Francia los de Airbus, que lo sé yo. Se llaman Caracal.

—Pues no podemos, no —dijo Atumu—; es de Wa-TuTu.

—Se lo cambiamos pelo a pelo —insistió Meneses.

—No digas tonterías.

En el interior del DC3, diez asientos que habían visto tiempos mejores estaban distribuidos de dos en dos con el pasillo por medio. Los dos restantes, delante de los demás, uno a cada lado. Entre estas dos butacas y la cabina de los pilotos había un espacio grande y vacío.

—Esto es para carga, ¿no? —preguntó Meneses. Kokomo asintió.

El piloto, un americano con la cara machacada de arrugas y de whisky, y con las clásicas gafas Ray-Ban protegiéndole los ojos, se volvió a mirar a Atumu, que, levantando el pulgar derecho, dijo: «Vamos».

—Les habla el capitán. Abróchense los cinturones. —El asiento del copiloto estaba vacío. Y no había cinturones en la cabina de pilotaje.

Meneses, que tenía a Virginaly a su lado, se inclinó sobre ella para agarrar los extremos del cinturón de seguridad. Y ella, presa del pánico, se echó violentamente hacia atrás. Meneses la sujetó con firmeza.

—Vamos, niña, que no te va a pasar nada. Es solo para que no te caigas de la silla cuando echemos a volar. No pasa nada. Cógeme de la mano, anda. —Cómo va a entender esta criatura la noción de volar como un pájaro.

Duhamel, sentado en una de las dos butacas delanteras, encendió un cigarrillo y lo encajó en la boquilla. Se reclinó contra el respaldo y suspiró de contento.

Tras un arranque algo asmático, al tercer giro de los motores del DC3 se produjo una explosión como si se estuviera acabando el mundo. Virginaly dio un grito y apretó con fuerza las manos de Meneses. Pero enseguida se normalizó el zumbido de las turbinas y, al cabo de un momento, el avión empezó a marchar por la pista de rodadura. El ruido en la cabina era ensordecedor y a Meneses le pareció que Virginaly había dejado de respirar. «Te acariciaría las tetas para tranquilizarte; con lo bonitas que las tienes, pero entonces, ¿para qué coño te he arrancado de las garras del maldito cocinero?».

El DC3 se puso a rodar cada vez más deprisa por la pista de despegue. Tardó una eternidad en alzar el vuelo. Pero por fin dejó de dar tumbos por el

macadam, se elevó muy despacio como un halcón majestuoso y terminaron por pasar por encima de las copas de los árboles. Entonces, el piloto inclinó el ala de babor para girar hacia el este. Vamos, digo yo que será el este, que es donde está Buyumbura, me parece. Virginaly permaneció rígida durante todo el vuelo; solo sus ojos se movieron constantemente. «Pues los tiene bien bonitos. Todo lo que tiene por pares es precioso, se dijo Meneses. ¿El culo es por pares? Bueno, sí». La niña miraba hacia la ventanilla sin querer ver, y luego al pasillo y hacia la cabina de pilotaje y, finalmente, hacia Meneses y Atumu, que se había sentado en el brazo de su butaca y hablaba en voz muy alta con su amigo.

Duhamel apagó su cigarrillo y se quedó inmediatamente dormido. No se movió durante las cinco horas de vuelo de la primera etapa del viaje hacia Kawumu. Para repostar aterrizaron en una extensión bastante plana y desolada de la sabana. Cuando el DC3 se detuvo y dio la vuelta sobre sí mismo, Duhamel se desperezó, sonrió a todos y encendió un cigarrillo.

—¿Esto es París-Orly? —preguntó.

Al fondo de la pista había una caseta a la que daba mala sombra una acacia, y a su costado, un camión-cisterna. Un poco más allá, a la derecha estaba detenido el helicóptero Caracal. No se veía más que a un par de soldados que hacían guardia.

—Es el momento de dar un golpe de mano, ¿no?

—No digas tonterías —repitió Atumu.

—Oye, al menos todos los que estamos metidos en este fregado, con la excepción del obispo, sabemos que somos enemigos a muerte, ¿eh? Y que sonrisa o no sonrisa, palmadita en la espalda o no, esto puede acabar como el rosario de la aurora.

—Eso sí. Por eso tenemos que ir con extrema prudencia, a ver si conseguimos ser los primeros en cargarnos a los malos, como los llamas.

—Sí, hombre, como en el OK Corral, aunque bien pensado es más probable que seamos nosotros los liquidados. Ellos son más y tienen los helicópteros.

—En la selva mandamos nosotros, Patrís.

—Ya, pero hay que llegar primero.

—Tú siempre tienes que tener la última palabra.

—Para eso soy blanco.

El resto de la escala trascurrió sin incidentes. Ningún oficial ni ninguno de

los pilotos del helicóptero aparecieron por lado alguno. «Estarán en la casamata friéndose».

Repostaron el bimotor con la ayuda del conductor del camión e inmediatamente después el DC3 despegó tan parsimoniosamente como lo había hecho para marchar de St. Juste. Virginaly parecía más tranquila; uno se hace a todo, niña. De una bolsa, también de elegante camuflaje tropical, Duhamel extrajo tres o cuatro *tuppers* en los que llevaba diversas viandas — con un gran bloque de foie incluido—, tostadas y fruta cortada. De otra bolsa refrigerada sacó una botella de vino blanco que aún estaba muy fría. Todo lo dispuso en el asiento único a su derecha y, después, con un gesto cortés de la mano dijo: «Señores, el aperitivo está servido».

Virginaly negó con la cabeza, Atumu se encogió de hombros y Meneses y Duhamel se dispusieron a comérselo todo.

Quedaban dos horas y media de vuelo. Trascurrieron sin incidentes y, por fin, cuando empezaba a declinar el sol, pudieron ver el aeropuerto de Kawumu, algo mejor mantenido con tres edificios terminales de cemento y tejado de chapa ondulada. La pista de aterrizaje era muy larga y asfaltada. En la cabecera por donde aterrizaron había un gran número, 17, pintado en blanco.

Al lado de las terminales había unos cuantos automóviles, un vetusto autobús amarillo, un Toyota 4×4 verde oscuro reluciente, dos camiones militares con camuflaje y tres autos japoneses en cuyas portezuelas ponía «Taxi». Distribuidas al buen tuntún, había cuatro o cinco avionetas de uno y dos motores.

Llovía a mares y el calor era insoportable.

A una cincuentena de metros estaba aparcado el helicóptero, que se les había adelantado. Vaya, hombre; me están empezando a caer a la patada.

—Bueno, puede ser otro. Tienen más de uno, ¿sabes?

—Ya, pero ¿cuántos tienen esa rozadura debajo de la panza y el número 002 casi borrado?

El Caracal tenía, en efecto, pelada la parte izquierda del fuselaje como si se hubiera arrastrado contra un árbol o algo de parecida contundencia. El numeral del costado era prácticamente ilegible.

—Pues es verdad —dijo Atumu—. Es el mismo de antes. No me extrañaría que nos estuvieran siguiendo.

—Siguiendo, no. Se nos han adelantado dos veces. ¿Por qué?

—Y, ¡espera, espera! Y, amigo, ese es nuestro espía favorito —dijo, señalando con el dedo no sin excitación.

Bajándose del helicóptero apareció la figurilla de Wolowolo, el de la social. Iba vestido con unos vaqueros que le estaban grandes, una camisola de colorines y unas zapatillas de deporte sucias. Llevaba una metralleta Uzi colgada del hombro. Sin mirar a su alrededor, se dirigió al edificio de la terminal, abrió la puerta y desapareció en su interior.

—¿Tú crees que el bueno de Wolowolo no ha querido que lo veamos?

—Se habría bajado del helicóptero antes de llegar nosotros.

—Eso es.

—El presidente vitalicio no quiere perdernos de vista. Y quiere que lo sepamos. Nos manda a mi compañero de póquer. El hijo de puta de la social me cae definitivamente mal. Recuérdamelo cuando lo tenga delante.

En el mismo momento, una delegación de tres guerreros buyumbura, altos y sólidos, vestidos con uniforme de campaña y armados hasta los dientes, hasta con granadas de mano en la cintura, se bajó del 4×4 y se dirigió con aire marcial y solemne hacia el DC3.

—Por fin, unas caras amigas —dijo Atumu Kokomo.

Se levantó con decisión y anduvo hacia la parte posterior del avión, más inclinada que la delantera y con una sola puerta de salida. Bajó de un salto al asfalto y se encaró con los tres guerreros. Los tres se llevaron la mano derecha al corazón, eso sí, sin soltar las metralletas que llevaban en la izquierda. Hablaron con Atumu con evidente respeto en un idioma incomprensible. Digo yo que será *boyumburu* o lo que sea. Kokomo se volvió hacia Meneses, que también había bajado del avión, igual que Duhamel y Virginaly, decidida a no despegarse de ninguno de ellos.

—Patrís, estos son mis guerreros, que han venido a recogernos. A unos kilómetros de aquí, en la selva cerca del río, nos esperan tres 4×4 como ese. Nos acompañarán durante todo el camino y nos protegerán de las guerrillas y de esos de ahí —señaló con la barbilla hacia el edificio de la terminal— con su helicóptero.

Los tres guerreros se volvieron hacia Meneses y repitieron el saludo.

—Chapurreean el francés y te entenderás bien con ellos.

—Oye, hermano, no quiero parecer pesado, pero ¿no sería el momento de quedarnos con el helicóptero? De paso, podríamos llevarnos por delante al bueno del de la social.

—No digas tonterías.

—¿Por qué?

—Venga, Patrís. No saldríamos vivos de este aeropuerto.

—Son cuatro gatos.

—Los que tú ves.

Meneses suspiró.

—En vista de lo cual, nos vamos a ir ahora por la selva hacia tu pueblo, Atumu. No sé si te has fijado, pero es ya de noche.

—No vamos a ir hacia mi pueblo, como tú lo llamas. Vamos a ir hacia el campamento que han montado mis guerreros al borde del río. Ahí es donde dormiremos tranquilos hasta el amanecer. Bien protegidos y seguros.

—¿Hay mosquitos?

—Mosquitos son los que hay en Long Island. Aquí en el río son como elefantes.

—Ah —interrumpió de pronto Duhamel—. Estoy preparado para eso con las bombas de insecticidas y las espirales de humo. Productos franceses de toda garantía.

—No esperábamos menos de tu sofisticación, Duhamel.

Sin más, después de que uno de los guerreros recogiera el escaso equipaje de los viajeros, se subieron todos al gran 4×4 y arrancaron en un convoy de aspecto formidable.

La oscuridad era total. Se veía solo el trozo de camino iluminado por los faros. Hacía mucho calor.

Al cabo de lo que Meneses calculó que eran una decena de kilómetros, se desviaron de la pista y, atravesando la maleza, llegaron a una zona despejada en la que habían sido montadas tres grandes tiendas de campaña, instaladas alrededor, aunque lejos, de un gran fuego.

—Dormiremos aquí —dijo Atumu.

—¿Aquí? —preguntó Meneses—. Esto es como las minas del rey Salomón, con leones rugiendo y unos tíos con lanzas dispuestos a atravesarnos el hígado.

—¿Tú oyes leones? Y en cuanto a los guerreros con lanzas, en primer lugar, tienen Kalashnikov y, en segundo lugar, nosotros tenemos más y además llevamos lanzagranadas.

—Está bien, está bien, era solo un símil poético. ¿Tú crees que podremos convencer a Virginaly de que baile algo delante del fuego después de cenar?

Ya sabes, como Ava Gardner...

—Virginaly dormirá sola en una de las tiendas, custodiada por dos de mis guerreros. Duhamel en otra y tú y yo en la tercera.

—De acuerdo, bah.

Cenaron el mismo potaje, el *khom mayan*, que habían comido en el chiringuito de Bangassu, en el mercado de St. Juste. Estaba tan delicioso como el anterior. Bebieron cerveza fría de la nevera de uno de los 4×4.

Luego, sentados delante de una tienda en sillas de madera y lona («No, si lo que yo te diga, las minas del rey Salomón»), Atumu, Duhamel y Meneses estuvieron charlando largo rato en voz queda. Virginaly se quedó apartada, sentada sobre un tronco con las manos en el regazo. Por orden de Meneses, se había cambiado y llevaba ahora una túnica de las de la tribu, que la envolvía desde debajo de los brazos hasta casi los tobillos.

—Si pudiera hacerle una foto y enviarla al *Time Magazine* —dijo Meneses—, podrían sacarla en portada como la imagen más bella de África: relajada, fresca, sexi, joven, arrebatadora. Pero solo lo será si me la llevo a París y la convierto en una modelo de Dior. Y será una imagen falsa de este continente dejado de la mano de Dios. ¿Qué le pasa a África, Atumu?

—Aj, Patrís, solo te puedo hablar de este trozo del continente. Esta franja del centro, oscura como la jungla, rica y podrida.

—¿Por qué?

—Ah, mi hermano, coge un país como el tuyo, por ejemplo, tenlo lejos de cualquier civilización de las vuestras durante siglos. Después, haz que os invadan los blancos desde el norte, os colonicen y se pongan a explotar las riquezas del suelo como si fuera una finca llena de aparceros sin derechos. Os esclavizan, os matan de la forma más bestial si no les parece que sois diligentes y os dejan sin nada, sin permitir siquiera que aprendáis a leer. Y por fin, os someten a una religión implacable venida de fuera, de Roma en este caso, que no respeta vuestras religiones ni vuestras costumbres ni vuestras mujeres. ¿Qué futuro crees que tiene una región así?

—Joder, Atumu...

—¿Sabes cuántos universitarios dejaron los belgas al darle la independencia al Congo Belga en 1960? ¿Cuántos de nuestros hombres fueron preparados para ponerse al frente del país? ¿Después de medio siglo de la colonización más salvaje que pudiera concebirse?

—Uno —exclamó Duhamel—. Uno solo... Un médico de la Universidad

de Lovaina, que fue el negro de muestra. Eso es lo que dejaron los belgas, sí, señor.

—¿Uno?

Atumu asintió.

—Uno solo. ¿Qué crees que puede hacer un país del tamaño de Europa con un único universitario?

—No hacemos nada nosotros con millones de ellos —rio Meneses—, piensa tú...

—¿El resultado? —dijo Atumu con amargura—. Un continente corrompido hasta el fondo, en el que la vida no tiene valor y en el que la mayoría de los gobernantes son dictadores sanguinarios, eso sí, educados en las academias militares de Francia, Inglaterra, Estados Unidos y España o aprendiendo recetas leninistas en la Universidad Lumumba de Moscú. ¿Y qué venís vosotros a hacer aquí en el siglo XXI? Venís a repetir la experiencia, a poneros de acuerdo con los sátrapas para esquilmar nuevamente el país... ¿Qué haces tú aquí, Meneses? Intentar sumarte, sumar a tu país al festín. ¿Relaciones rotas porque Wa-TuTu es un asesino? ¡Qué más da! Aquí hay petróleo, hay coltán, hay cobre... Hay que aprovechar, ¿eh? —Meneses bajó la cabeza y guardó silencio—. Te quiero como a un hermano, Patricio, pero tu país es una mierda que viene aquí a mojar pan en la sangre de mi pueblo.

Meneses no dijo nada.

Duhamel encendió un cigarrillo y exhaló una columna de humo hacia el cielo.

La noche era clara y estrellada, el silencio, absoluto, salvo por el chisporroteo de los troncos.

—Porque sé cómo eres, Meneses, y me sigo preguntando qué has venido a hacer aquí. Algo bueno será que te dignifique...

—No te hagas ilusiones.

—Pero ¿cómo es posible que toda esta zona se haya ido al garete? —preguntó Duhamel—. ¿Cómo se explica la destrucción de toda una región?

—Sencillo. La codicia e insensibilidad del hombre blanco. ¿Sabéis que en el siglo XV había aquí, en el Kongo con k, una sociedad perfectamente establecida y organizada, con un Gobierno razonable, funcionarios públicos, riqueza y clases sociales bien diferenciadas?

—No tenía ni idea.

—Pues sí. Y entonces llegaron los navegantes portugueses y lo pusieron

todo patas arriba, guerras civiles, reinos de taifas, matanzas... A los portugueses les convenía: mientras la gente se entremataba, ellos se llevaban el oro. Y, además, para la explotación de las minas, había una mano de obra local fuerte y sana que no se ponía enferma. Ideal para esclavizar. Enseguida se sumaron los ingleses con sus compañías de Indias y su flota de galeones de esclavos. Y los franceses y los belgas y luego los alemanes. Había para todo el mundo... menos para los autóctonos. ¿Quién alimentó la revolución industrial? ¿Quién puso el cobre y los diamantes? ¿De dónde salió el uranio con el que se construyó la bomba atómica de Hiroshima?

—Venga ya.

—Pues sí, amigo mío. Del Congo. El Congo ha sido maldecido con una riqueza natural inagotable. Goma, cobre, oro, diamantes, cobalto, uranio, petróleo, coltán. Todo...

—Y de todo eso acabó saliendo la famosa guerra del Congo de hace diez años. Cinco millones de muertos...

—... Casi seis.

—¿Y niños soldado?

Atumu asintió.

—Y varios ejércitos a la redonda y bandas de asesinos y ladrones y guerrillas. No queda nada del Congo. Bueno, una élite mínima que se ha enriquecido a niveles increíbles. Y la corrupción más profunda... ¿Sabes que de los ingresos por minería desaparecen más o menos cien millones de euros al año? Más aún: las compañías extranjeras pagan, se supone que al Estado, el precio de sus explotaciones. Y los locales pagan, se supone, los impuestos al fisco. Pues ese dinero no llega. Claro que el recaudador de impuestos tiene, por ley, derecho a quedarse con un porcentaje. Nadie dice qué porcentaje.

—¿No habría un puestecito de recaudador de impuestos al que yo pudiera aspirar?

—No. Eso es en el Congo.

—Pues menos mal que los elefantes estaban con Tarzán y le salvaron el pellejo. Con la cantidad de malos que hay por ahí, ¿qué podía hacer un blanquito en pelotas yendo de liana en liana?

—Tuvimos suerte —dijo Atumu sin hacerle caso—. Matambezi surgió de uno de esos arreglos de la descolonización y, por una vez, se diría que las potencias occidentales quisieron asegurarse de que se establecía un país nuevo y viable. Y aquí estamos: no muy nuevo y desde luego nada viable.

—No me jodas, compañero. Y a vosotros os pilló dentro. Hale, la provincia del este.

—Al principio fue bien. Habíamos luchado nuestra guerrita de independencia, la habíamos ganado sin demasiado esfuerzo, Matambezi fue creado por la cuarta comisión de la ONU con la garantía de todos. Mi padre fue nombrado embajador en Nueva York en reconocimiento de la importancia de los buyumbura. Le ofrecieron ser presidente, pero no quiso. Mejor así. Le habrían matado.

—Bueno, muy bien, ¿no?

—No, Patrís. Muy bien no. Porque aquí estamos, un remanso de paz en medio de una locura indescriptible. Hasta hace tres años funcionaba... más o menos. Pero después del golpe de Wa-TuTu todo se fue a pique. Wa-TuTu se puso a vender el país a las compañías multinacionales y se acabó. Perdimos. Nos dejaron solos, forzados a seguir sentados a la misma mesa que Wa-TuTu. Y no queremos ser partícipes de la mierda... si puedo expresarlo de esta manera. Matambezi se ha acabado para nosotros.

—Y queréis vuestro propio país. —Meneses torció el gesto—. No lo veo muy fácil.

—No es fácil, no. Y se requieren varios milagros y un compromiso general, como al principio de la independencia, de que nuestra paz será respetada...

—Como Suiza, ¿no? —dijo Duhamel.

—Como Suiza, sí. Si pudiéramos hacerlo, si pudiéramos conseguir que la comunidad internacional garantizara nuestra integridad...

—Y si mi abuela tuviera ruedas, sería una bicicleta. Qué va, Atumu. Tu problema no es la Unión Europea o Estados Unidos. Tu problema son los países de por aquí y las guerrillas y los tutsis y los hutus y el obispo... como se llame...

—Kualungu.

—Eso. Ya me contarás cómo piensas hacerlo.

Atumu sonrió de pronto.

—Bueno, si tú me ayudas...

—Sí, hombre, claro que sí.

Estuvieron un rato más, bebiendo cervezas y whisky y charlando de otras cosas intrascendentes, de Merveille (ah, Merveille) y Bijou, del último trabajo de Meneses en Taskent (¿Qué les has robado esta vez, Patrís?), de la

amistad de Rothko con el padre de Atumu, del padre de Meneses y su obsesión con el póquer hasta la ruina, cosas así.

—¿Has matado a alguien alguna vez? —preguntó Atumu.

Meneses estuvo callado unos segundos y luego dijo: «No digas tonterías, me voy a dormir».

Se metió en su tienda y se tumbó en el camastro sin desvestirse. Pensó en cepillarse los dientes, pero le dio pereza. Mañana. No le iba a dar tiempo.

Oyó que Atumu hablaba en voz baja con alguien de voz profunda y eso lo mantuvo despierto un rato más. Todo era quietud en el campamento, pero en el silencio de la noche hubo un despertar paulatino de sonidos, como si la selva se desperezara en la oscuridad, como si el río cambiara de murmullo y se hiciera más intenso. Un rugido lejano, un ladrido, el grito de un macaco, el roce de un cuerpo felino deslizándose por entre la maleza espesa y oscura. Se sintió inquieto, tal vez en peligro, tal vez falsamente mecido por el ritmo de la tierra húmeda y caliente.

Notó la mano de Atumu sobre su hombro y se despertó de golpe, aunque no se movió.

—Guerrillas —dijo Atumu en un murmullo. Le dio un Kalashnikov—. ¿Sabes usarlo?

—No me jodas.

Salieron de la tienda. El fuego estaba apagado. Duhamel los esperaba en cuclillas al lado de un tronco a medio quemar. También tenía un arma en las manos. Atumu hizo un gesto hacia uno de sus guerreros señalándole la tienda en la que estaba Virginaly. El guerrero levantó un pulgar. Mira estos cómo son de modernos. Pulgar, OK.

Se movieron sigilosamente hacia el río, que estaba a unos cien metros. Fueron adelantando a una decena de guerreros que estaban apostados a intervalos de diez o quince metros, fuera de la línea de tiro de cada cual. Los más cercanos al agua estaban acostados perfectamente inmóviles. Atumu se puso de rodillas e indicó a Meneses y a Duhamel que hicieran lo mismo.

El río despedía una luz tenue, reflejo de las estrellas, que hacía visibles las tres barcas que lo cruzaban a remo con absoluto sigilo desde la otra orilla.

—Estos son solo ladrones —murmuró Atumu—. Unos inútiles. Asesinos, pero inútiles. —Apoyó su mano en el hombro del guerrero que tenía delante y emitió lo que parecía una orden seca y gutural. El guerrero disparó entonces una sola vez y la proa de la embarcación delantera saltó hecha pedazos junto

con el hombre que iba en ella. Inmediatamente sonaron tres o cuatro ráfagas de ametralladora y los seis muchachos que iban en la embarcación se desplomaron y cayeron al agua. Uno de los supervivientes, malherido, levantó un brazo para pedir ayuda; fue ametrallado y desapareció en el agua.

La segunda barcaza empezó a girar para así regresar a la orilla de la que venía. Por un momento, atravesada como estaba, ofreció un blanco fácil que fue aprovechado por los guerreros buyumbura para ametrallarla y hundirla junto con sus ocho ocupantes. Solo uno que se había lanzado al agua sobrevivió. Parecía haber corrido la misma suerte, al igual que sucedió con la tercera embarcación.

Había pasado medio minuto desde el primer disparo y en el agua solo quedaba un remolino.

—Cocodrilo —dijo Atumu.

En el silencio repentino pudieron oírse los rotores del helicóptero del ejército de Wa-TuTu. Una luz brillante proveniente del aparato iluminó la escena: el río discurría apacible como si no hubiera pasado nada. Ni rastro de las barcas ni de los veinte o veinticinco desgraciados que habían navegado en ellas.

El helicóptero estuvo sobrevolando la escena unos segundos más y luego, inclinándose hacia la izquierda, desapareció a gran velocidad. El guerrero buyumbura que estaba delante de Atumu apuntó al Caracal y le miró, pero Kokomo hizo un gesto negativo.

Todos se pusieron en pie.

—Joder, Atumu —dijo Meneses.

—Es la justicia de la jungla, Patrís. —Hablaba con sequedad. Se le había transformado la cara y de pronto no era ya el personaje afable y tranquilo y civilizado de siempre, sino un hombre implacable que había hecho sin dudar lo que tenía que hacer.

—Joder, Atumu —repitió Meneses.

—En la jungla no hay supervivientes. Si los hubiera, no duraríamos ni un segundo. Los que se enfrentan a nosotros saben lo que les espera.

En ese momento, dos de los guerreros aparecieron trayendo al que se había salvado de la segunda barca. Venía con los ojos desencajados de terror y hablando muy deprisa. Claro, este pide piedad; pero, joder, si es un chaval.

—Se dice que hay que devolver a uno para que sus compañeros sepan lo que ha pasado y desistan de atacar más veces. No hace falta: sus compañeros

ya saben lo que ha pasado. No necesito recordárselo. —Atumu hizo un gesto con la barbilla y los dos buyumbura se llevaron al pobre muchacho. Al cabo de un momento, sonó un único disparo—. Se acabó.

Meneses exhaló despacio. A su lado, Duhamel permanecía rígido. Había palidecido y sudaba.

—Bienvenido a la *realpolitik*, me cago en su madre —dijo Meneses.

Alejada del grupo, Virginaly, protegida por el mismo guerrero que se había plantado ante su tienda por orden de Kokomo, contemplaba la escena con horror.

—Está amaneciendo —dijo Atumu mirando hacia el cielo—. Vámonos.

—Lo que tú mandes. Prometo no volver a desobedecer una orden tuya. Perdón —se apresuró a añadir Meneses, arrepentido de su propia broma.

—Mejor será, Patrís. Venga, nos quedan varias horas de viaje. Creo que no habrá más escaramuzas.

—No quiero más escaramuzas. He tenido bastante por hoy. Joder, Atumu.

Buyumbura City (algo pomposo esto de City, se dijo Meneses antes de entrar) no rompía ninguno de los moldes habituales de estas poblaciones africanas algo evolucionadas, salvo que aparecía limpia y bien barrida. No era un poblado indígena al uso con chozas y tierra y tipismo; era una población perfectamente dispuesta, con avenidas rectas y bien asfaltadas, farolas, aceras y papeleras y un arbolado imponente, eucaliptos y baobabs. Está hermosa; ¡qué poco le haría falta para saltar por los aires hecha pedazos! Unos guerrilleros, unos mercenarios, un dictador codicioso, un poco de corrupción y, hale, todo a la mierda. Tanta cosa bonita reducida a escombros en un momento. Y qué le vas a hacer, compañero, esto es África. Meneses miró a Atumu, tan orgulloso, tan puerilmente satisfecho con su pequeño primer mundo. Ay, hermano.

Los edificios, de dos o tres alturas como máximo, tenían tejados de chapa ondulada roja y grandes ventanales. Por doquier había niños en uniforme de camisa blanca y pantalón azul volviendo a sus casas después de clase. Y aquí y allá, edificios alargados de planta baja de cuyos alféizares colgaban cartelones en los que ponía UNICEF o WHO o SAVE THE CHILDREN. ONG que parecían bien instaladas con sus banderas ondeando. Un poco más adelante estaba, sobre la izquierda de la avenida, la redacción del periódico

The Buyumbura Daily News.

Los 4×4 habían entrado en la ciudad desde el oeste, bordeando el río. Lo primero con que se toparon fue una plaza redonda en cuyo centro había un gran monumento que representaba un botellín, tal vez de cuatro metros de altura, de cerveza Heineken. Meneses, en completo silencio hasta entonces, rio encantado.

—¡Por Dios! Un homenaje a la bebida nacional.

—Aquí instalaré mi sucursal de Whiskypon —exclamó Duhamel, riendo también.

—No os riais, que la fábrica de cerveza local, aunque no es Heineken, produce centenares de miles de botellines y latas...

—Apuesto a que se llama Buyumbeer.

—Bueno y qué. Hasta exportamos a Ruanda.

—Dame una Buyumbeer bien fría... Pues suena bien.

—¿Has visto, Patrís, para lo que sirve el dinero de un Rothko subastado? Meneses tardó un par de segundos en contestar.

—¡Pero si el cuadro está en mi salón en Madrid! ¡Qué coño subastado!

—Fue el espíritu de la venta lo que alimentó la prosperidad, Patrís...

—Espíritu o no espíritu, el cuadro está en mi casa.

—Sí, pero los beneficios bien administrados de las plantaciones de aceite de palma y debajo de ellas, de las minas de coltán han permitido todo esto. — Señaló con la mano abierta todo lo que había alrededor—. Cuando estuve seguro de lo que valía el Rothko, cuando estuve seguro de que era la mejor reserva para la riqueza de Buyumbura, el optimismo me permitió lanzarme a desarrollar mi sueño y mi país. No podía fracasar. ¡Tenía el Rothko! Era cuestión de confiar en mi pueblo. —Se interrumpió de golpe y miró a Meneses con severidad cómica—. Lo tienes todavía, ¿eh?

—Oye, colega, habiendo visto lo que haces con tus enemigos ni se me ocurriría engañarte. Lo tengo; no podría defraudar a Merveille. Pero me tendrás que explicar cómo lo has hecho, cómo has montado esto, cómo lo defiendes de los depredadores que andan por ahí fuera, cómo aseguras la viabilidad de este país.

—Te lo contaré...

—¿Por dónde sacas el aceite de palma y el coltán?

—A través de Ruanda, que es nuestro socio comercial. Tengo un buen acuerdo con Kagame, el presidente. No solo cerveza, coltán y aceite de

palma. Piña, papaya, aguacate... A cambio, él me suministra la maquinaria... —sonrió con picardía—, que paga con mi dinero. Un buen acuerdo, ya ves.

—Estás como una cabra.

—No. Tengo fe y soy consciente de que nos movemos sobre el filo de una navaja y de que todo puede irse al traste en un segundo. —Suspiró—. Lucharé por ello y moriré por ello. ¿Imaginas que esta maravilla de proyecto pueda irse al garete en un instante, pueda sumirse en el lodazal que nos rodea?

—Puedo imaginármelo perfectamente. Es más, no me pidas que apueste sobre las probabilidades de éxito. No son muy buenas. Vaya, casi inexistentes. Duhamel aquí presente, que desde ayer es millonario, podría apostar contra mí. Es un jugador nato.

—He dejado de apostar, Meneses.

—Sabia decisión.

Pasaban por delante de un modesto palacete con tejado de chapa ondulada roja, no muy diferente del resto de las casas. Lo protegía una pequeña verja y entre esta y la casa había un jardincillo de zacate y flores. Dos guerreros vestidos con camuflaje saludaron marcialmente al paso del 4×4 que iba delante y en el que viajaban Atumu y los demás.

—Oye, oye, allí hay una placa de latón grandota en la que pone Palais Royal, que tengo muy buena vista. ¿Palacio real de quién? ¿Y a ti por qué te saludan? ¿Eres el rey de este tinglado o qué?

—No digas tonterías.

—Oye, majestad, te admito todo. Vale. Ok. Pero de ahora en adelante, el modisto oficial de la reina seré yo.

Siguieron adelante y detrás de otra rotonda, ocupando uno de sus lados y toda la manzana que iba a continuación, aparecía un edificio grande de dos pisos y enormes ventanales. Un letrero colocado en lo que parecía ser la entrada rezaba «Hôpital». Una rampa de acceso tenía otro cartel, «Urgences». Y en un ala apartada al final de la calle, otro cartel más pequeño ponía «Gynécologie».

—Bueno, Atumu, voy de asombro en asombro. Vaya hospital. ¿Por qué la ginecológica está apartada del resto? Por cierto.

—Hemos montado una sucursal de Heal Africa, Curar África, la pequeña clínica que hay en Goma en la que un cirujano amigo, el doctor Lusi, opera fístulas y desastres provocados por violaciones, abortos, incontinencia,

infecciones irreparables, ablaciones de clítoris. Como le conozco, le ofrecí hacer tiempo traer a las mujeres que estén en peor situación para tratarlas aquí. No es fácil, porque vendrían a centenares y lo tenemos que limitar a los casos más graves... Pero algo ayuda.

—Te vas a ganar el cielo cuando te saquen de aquí a bombazos, hermano.

—Sí, ya ves. Edificamos el hospital poniéndole restos del instrumental de la misión española, pero todo lo demás es nuevo. Lo de utilizar cosas de la misión española fue más nostálgico que otra cosa.

—Oye, Atumu, tú que conoces bien esta tierra y sus costumbres, dime...

—Atumu esperó en silencio—. ¿Tú crees que a Virginaly la mutilaron? Ya sabes, la ablación del clítoris...

—¿Cómo quieres que lo sepa? Vaya, conociendo a su tribu del golfo, yo diría que sí. Que de pequeña probablemente la sajaron entre su madre y algunas viejas —añadió con asco—. Eso se hace, es un ritual sucio y primitivo que es muy difícil de erradicar. Las pobres niñas viven en la vergüenza... ¿Cómo corriges una práctica salvaje que es costumbre inmemorial en estas sociedades? A nosotros, en Buyumbura, nos costó gran trabajo y lo remediamos..., pero solo después de prometer pena de muerte a las infractoras.

—¿Y lo hicisteis?

—¿Ejecutar a algunas madres y sus comadres? Desde luego. —Se dio la vuelta para contemplar la fachada del hospital—. Trajimos a las monjas de Francia.

—¿Por qué?

—Después de lo ocurrido, parecía más natural. Y además hablan francés, que es el idioma que manejamos en Buyumbura. Aquí pondremos a Virginaly. Se quedará con las monjas y las viejas de la tribu una temporada, hasta que se le pasen las pesadillas. Mira, Patrís, la que sale a recibirnos es la madre superiora.

Y, en efecto, una monja rechoncha con la cara como una pasa, una gran sonrisa y vestida impecablemente de blanco, salió a la puerta a darles la bienvenida. Detrás de ella asomó la figura de una mujer alta y enjuta, con el pelo completamente cano y la mirada triste. Había sido guapa, como una vasca guapa.

—Ya sabes quién es —dijo Atumu.

—Sí que lo sé. Es Inma, la cuarta enfermera.

BAJANDO A LA REALIDAD

Se sentaron en el interior de un gran cercado próximo al palacio real, que simulaba un campamento en plena selva —o que lo había sido—. Las mesas estaban hechas con troncos y tablones de madera, las cabañas habían sido cubiertas con hoja de palma y en un gran fuego se asaba un enorme lomo de vaca. Se bebía cerveza muy fría. Mujeres y hombres iban ataviados con las túnicas tribales típicas, que a Meneses le recordaron una vez más los colores del cuadro de Rothko.

—Dime una cosa, Atumu. Además de exportar coltán y aceite, ¿estáis montando una fábrica de guacamole o una industria de turismo? Porque, compañero, me siento como si estuviéramos en una película de Hollywood. De un momento a otro van a salir Grace Kelly y Clark Gable. Detrás de esa choza está el Hilton, como si lo viera.

—No, Patrís. Esto es una ceremonia tradicional de los jefes de la tribu, los ancianos que están a nuestra derecha y nuestra izquierda. El gran consejo de los mayores. No es solo por mantener las tradiciones de Buyumbura y no olvidar que somos una tribu guerrera; es un día de fiesta. Dime una cosa: ¿vosotros no os ponéis esos ridículos vestidos llenos de luces y borlitas de muchos colores para bailar y beber vino?

—Qué va. Te parecerá ridículo, pero con esos trajes no van a la playa a beber, sino a un cercado como este y les echan un toro, no como ese que se está asando en el fuego, sino vivo y coleando, pesando media tonelada y de muy mal humor. Te gustará saber que nunca me he puesto un traje de torero ni para ligar con una sueca...

Atumu rio de buena gana.

—¿Has ligado con muchas suecas?

—Pocas. Son altas y rubias y tienen el mismo mal humor que los toros. Se pasan la vida pensando que las queremos engañar... como a los toros. No. A

mí me gustan las morenas.

El anciano que estaba a la derecha de Atumu se levantó entonces y, seguido de otros tres, se puso erguido a mirar hacia las estrellas dándole la espalda a Atumu, que permanecía rígido con las manos cruzadas sobre el regazo. Los cuatro empezaron a entonar algo parecido a una melodía de ritmo pausado y repetitivo. Tenía cierta belleza profunda y a Meneses le pareció que así debería de ser el lamento de una fiera en celo o, tal vez, de una fiera terminada la caza o, tal vez, de una fiera disponiéndose a atacar al hombre. El cántico tenía una cualidad hipnótica que prometía peligro o lucha o sangre. Algo así. Y, por una vez, Meneses fue incapaz de pronunciar palabra alguna, sobrecogido por la belleza de aquello, de aquel poema sinfónico.

Cuando los ancianos hubieron terminado, se hizo de pronto un absoluto silencio. Bajaron la cabeza y se giraron hacia Atumu. Cogieron las cuatro lanzas y los cuatro escudos que les habían acercado unos jóvenes y los fueron depositando en el suelo delante de él. Luego se llevaron la mano derecha al corazón. Atumu se puso en pie y extendió las manos. Los ancianos le pusieron encima las suyas, de dos en dos. Y así estuvieron un largo rato.

Meneses y Duhamel contemplaban la escena, boquiabiertos, sobrecogidos por su solemnidad y por su evidente significado. Sumisión, fidelidad y orgullo. De pronto, Atumu Kokomo había dejado de ser el diplomático elegante y sofisticado de Nueva York y se había convertido en un jefe tribal temible y adorado como un dios.

Los demás jefes, una treintena, se fueron levantando y, poniéndose en fila india, se aproximaron a Atumu mientras volvían a entonar el cántico con idéntica solemnidad y amenaza. Luego bailaron en círculo con lentitud a lo largo del perímetro. Trascurridos unos minutos, se callaron y volvieron a sentarse mientras seguían sonando unos tambores que ni Meneses ni Duhamel habían advertido hasta entonces.

Después, el mundo se detuvo.

—No entiendo una cosa —dijo Meneses.

Atumu levantó una mano haciéndole callar. Así estuvieron hasta que las mujeres —nada de enanas chimpancés, como pensaban en Madrid, se dijo Meneses— se acercaron al buey llevando en las manos hojas de banano, y dos hombretones cortaban grandes filetes que luego colocaban sobre las hojas. Unos chicos más jóvenes escarbaban mientras tanto con unos palos entre las brasas para sacar batatas y otras verduras y tubérculos que Meneses

no habría podido nombrar ni describir. «Zanahorias, patatas asadas y puerros salvajes», murmuró Duhamel. «Anda, vaya bobada, el tipismo tropical me tiene sorbido el seso».

—Dime ahora qué no entiendes, Patrís.

—Primero de todo: ¿desde cuándo eres el rey de esta pandilla de locos?

—Ay, Patrís, siempre de broma... Desde que murió mi padre hace ya bastantes años.

—¿No iba a ser esto una república?

—Sí.

—¿Y qué hacías en Nueva York?

—Preparaba la independencia de mi país. Buscaba el respaldo de la ONU y de las grandes potencias y al mismo tiempo consolidaba la viabilidad económica de Buyumbura.

—¿Y?

—Lo cierto es que hace tres años las cosas cambiaron de raíz.

—Wa-TuTu, ¿eh?

—Wa-TuTu. Ya te lo dije. Es un hombre peligroso, corrompido y traidor. Juego con él hasta que decida que ha llegado el momento de derrotarlo. Solo quiero la independencia de mi país, Patricio, y la tengo a mano. Y contaba con los americanos para que apoyaran mis planes hasta que Matambezi descubrió petróleo y gas. Una complicación.

—Llámala complicación.

—Pues sí. ¿Era eso lo que no entendías?

—No. No entiendo cómo puedes jugar a la magia, por un lado —señaló a los ancianos ataviados de forma tribal cantando himnos de batallas con leones—, y a la política refinada del siglo XXI, por otro. No entiendo cómo puedes hacer compatibles las dos cosas. Es pura esquizofrenia, ¿no?

—No me aceptarían como su rey de otra manera. Esos equilibrios son muy difíciles de alcanzar y para que ocurra es fundamental que los ancianos acepten entrar en el siglo XXI sin alterar sus valores tradicionales, pero incorporando, cómo te diría, la televisión a su vida cotidiana. Algún día los verás a todos con el móvil en una mano y la lanza guerrera en la otra. Eso, mientras los más jóvenes traen los Kalashnikov y los lanzagranadas colgados del cuello y los títulos universitarios en las manos.

—Pero eso está muy bien para hacer la guerra, no para disfrutar de la paz.

—Tenemos que ganar la guerra primero, ganarnos el respeto de los

enemigos. Ya viste lo que pasó ayer en el río. No habrá muchas más bandas de ladrones que quieran enfrentarse a nosotros.

—No hace falta que me lo jures. ¿Pero estás seguro de que se garantiza la paz construyendo un ejército?

—Sí. Tuvimos que crear un ejército eficaz, rápido y mortífero. Y ahora lo tenemos. Es nuestra garantía.

—Un Estado militar, ¿eh? Pero no lo hicisteis solos.

Atumu sonrió.

—No lo hicimos solos, no. Nos ayudaron los rusos, Putin, que tiene visión estratégica. No me hago ilusiones, claro. Los rusos han venido para contrarrestar a los americanos, es su objetivo primordial. Pero..., mientras tanto, aquí los tenemos.

—No los veo por ningún sitio...

—Están en los campamentos en la selva. De noche reparan el aeropuerto. Son, como dirías tú, una joya. Tienen prohibido hacerse ver. Allí tienen mujeres traídas de Rusia. Tienen absolutamente prohibido el consorcio con nuestras mujeres.

—Ya comprendo. O sea que el aeropuerto ni está en el extrarradio de por aquí ni tiene tantos baches...

—No. —Atumu sonrió—. Pero para hacerlo operativo hay que asegurarlo, montar un sistema de defensa eficaz e instalar radar e ILS que funcione. Y hay que impedir que las guerrillas lleguen a menos de cinco kilómetros de la pista.

—Ya. Los rusos, ¿eh?

—Y por mucho que digas, esto no es un Estado militar. Wa-TuTu es un Estado militar. Yo no.

—Si todo te lo gastas en cañones, no te quedará calderilla para construir escuelas...

—Durante años, desde que llegué a Nueva York, fui enviando a estudiantes nuestros, muy pocos aún, a cursar carreras de economía, de ingeniería, de medicina..., de todo. ¡Son tan pocos todavía...! Tú ya no estabas. Me habría venido bien contar con tu apoyo... Antes de mandarlos, tuve que edificar escuelas, casas para los maestros, economatos, redes eléctricas... Construir un país es caro, Patrís.

—¡No me digas! No me has pedido el Rothko todavía.

—Todavía no.

—Pues vaya. Construir un país nuevo. Vaya por Dios, hermano. ¿Y tú crees que los que te rodean, toda esa pandilla de asesinos, lo van a permitir?

Atumu Kokomo, rey de los buyumbura, se encogió de hombros no sin fatalismo.

—Intento asumir que sí.

—Pues no te traigas a Merveille todavía. Hazme ministro del Interior primero.

—Tengo que bailar con aquella que se levanta ahora.

—¿Ahora? ¿Con esa gorda?

—Pues sí. Está muy solicitada.

—Oyes ¿sabes que no está mal?

—No digas tonterías —que era la fórmula habitual cuando Meneses decía, en efecto, tonterías—. ¿Cuándo vas a hablar con Inma?

—Se lo pedí a la madre superiora. Me dijo que lo iba a consultar, pero ya me adelantó que no quiere hablar con nadie. Cree que es inútil hacerlo. Piensa que nadie la puede ayudar.

—Hablaré yo también con la superiora para ver de convencerla.

—Estaría bien. Bien pensado, puede que te fuera mejor bailar con Virginaly. Tiene las tetas más pequeñas.

—Sí, pero no es de mi tribu —contestó Atumu riendo.

—¡Vaya! Una broma a la occidental. Por cierto, ¿qué hacemos con ella?

Atumu frunció el entrecejo.

—No sé, Patrís. Puede que me haya occidentalizado demasiado, pero no veo una salida para ella en este país en este momento... ni en Matambezi en manos del cocinero. Es guapa y despierta... y tiene miedo. Merece algo más que la violación por el cocinero o su venta a un marido de su tribu. Pobre niña.

—No. Te lo dije ayer, deberíamos mandarla a París para darle una oportunidad.

—¿Sola? Acabará de la misma manera que vendida a un viejo libidinoso de los de por aquí.

—Lo que quiero decir es que debe ir interna a un colegio de monjas a aprender, hacer el bachillerato, algo así. Y después ya me encargo yo. ¿De dónde son las monjas francesas que tenéis aquí?

—Pues sí, son francesas, mira, aunque la orden fue fundada en España. Son las religiosas de Saint Joseph de Girona. En Ruanda tienen una misión

grande, en Kamatongo, pero la casa madre está en París.

—Mira qué bien. En París, ¿eh? Hablaremos con la madre superiora.

—¿Cómo que te encargas tú después? ¿Después de qué?

—Déjame a mí, que sé lo que hago.

—Bueno, mandaré recado a la superiora para que nos veamos con Inma mañana por la mañana temprano.

—Es el concepto de temprano lo que me alarma.

—Les puedo ofrecer un café —dijo la madre superiora—. Es de Uganda y lo tostamos aquí. Lo siento, pero la leche es en polvo.

Estaban sentados en el pequeño despacho de la religiosa, en una esquina de la planta baja. Esto no le llega ni al tobillo al despacho del obispo en St. Juste. La madre Geneviève, sonriente y arrugada, miraba a Meneses con curiosidad, como si quisiera calibrar sus intenciones y lo sincero de su actitud. Meneses comprendió que debía decir algo y, desterrando de su mente el irresistible deseo de rebanarle el gaznate a monseñor Kualungu, sacudió la cabeza para volver al tiempo presente.

—Perdone, reverenda madre, estaba pensando en la labor que han hecho en este hospital y no puedo dejar de admirarla.

—No nos admire mucho, señor Meneses. Me parece que hacemos menos de lo que deberíamos. Ya sabe, un hospital en un lugar como este, dejado de la mano de Dios Nuestro Señor, lucha sin desfallecer, pero sin mucha eficacia. Antes, al menos teníamos a los españoles en la selva, bien cerca, pero ahora...

Meneses miró a Atumu, que tampoco parecía muy inclinado a hablar. Al cabo de unos segundos, sin embargo, giró la cabeza hacia la religiosa y dijo:

—No se minusvalore, madre. Piense más bien en cómo se están preparando...

—¿Preparando? —preguntó Meneses.

—Bah, cosas mías.

—No, Atumu Kokomo, son cosas de todos nosotros. Después de lo que pasó con la misión española, mejor es estar ojo avizor. ¿Quieren café?

—Sí, sí, por supuesto.

—¿Y usted, Atumu Kokomo?

Atumu levantó una mano en señal de rechazo.

—Muy bien. Ustedes quieren hablar con la hermana Inma.

—¿Hermana? Tenía entendido que era solo una de las enfermeras.

—Nos hemos acostumbrado a llamarla así. Nos parece que de este modo estará mejor protegida, escondida en el resto de la congregación.

—Seguro que sí. Pues sí, querría hablar con ella. Es importante que averigüe lo que pasó. Mi Gobierno quiere saberlo para poder actuar en consecuencia...

—¿Qué consecuencia? —preguntó la superiora.

—Bueno, madre, no la engaño si digo que, en vista de los últimos acontecimientos económicos...

—... El petróleo.

—Sí, claro. En fin, que mi Gobierno querría restablecer las relaciones diplomáticas con Matambezi, pero no a cualquier precio. —Meneses, eres un mentiroso de la peor especie—. Si lo que me cuenta la hermana Inma es tan terrible como suponemos, no podremos seguir adelante.

La madre superiora lo miró con escepticismo.

—¿Usted cree?

Aquí, una mujer de mundo, colega.

—Desde luego.

—Bien. Llamaremos a la hermana Inma. Pero le advierto que no habla con facilidad. Solo con los niños pequeños. Me parece que ha decidido dejar de pertenecer al género humano. No quiere tener nada que ver con nosotros.

—Pero tengo que intentarlo.

Atumu había guardado silencio durante todo este intercambio. Ahora habló:

—Debe intentarlo, amiga mía. Tiene que saber. —Meneses le miró sorprendido; no se esperaba este apoyo moral tan definitivo—. Además...

—¡Nada de sangre! No queremos sangre ni muerte, Atumu Kokomo, no queremos represalias contra los culpables. Ha habido ya demasiada violencia. Solo queremos paz. Y cumplir nuestra misión.

—Tiene mi palabra. —Bueno, pensó Meneses, la palabra del negro vale tanto como el oro. La del blanco es una mierda. Arderé en los infiernos. Aunque ya no hay, ¿no? Miró a Atumu, que lo contemplaba impertérrito. Esta es tuya, hermano.

—Muy bien.

La madre Geneviève se puso en pie y salió del despacho con paso firme.

—No te digo lo que me parece tu doblez, Patrís.

—Pero sabes que es por las mejores razones.

—Es verdad.

A los pocos minutos regresó la superiora seguida por Inma. Era más alta y más enjuta de lo que le había parecido a Meneses el día anterior. Se quedó de pie con las manos cruzadas.

—Buenos días —dijo Meneses. Silencio—. He pedido verla para que me cuente lo que pasó, si quiere. Ojalá quiera. Necesito saber lo que ocurrió en la misión. Es importante para que mi Gobierno pueda actuar en consecuencia. Está entre amigos, no se preocupe. Hable libremente. —Error, Meneses. Así no vamos a ninguna parte. Este tono oficial no va a funcionar—. En fin, lo que le quiero decir es que ese trago horrible que usted pasó con sus desafortunados compañeros no puede, no debe quedar encerrado en un cofre. Si usted nos lo cuenta, a mí, a nosotros los que estamos en esta habitación, le prometo que mi gente obrará civilizadamente para castigar a los culpables sin venganza, pero con justicia. —Bueno, pensó, Atumu sabe cómo fue la masacre del hospital español, aunque sea por encima, porque se lo había contado la madre Geneviève, que es la que de verdad conoce los detalles. Se lo veo en los ojos.

Silencio. Inma sacudió la cabeza.

—¿De qué sirve? —preguntó.

—Bueno, lo más importante, me parece indispensable que usted se lo quite de encima, se lo saque de dentro. Mire, Inma, tengo experiencia en el manejo de la porquería humana. Mucha experiencia. Y he conseguido salir moralmente airoso de las veces en que he tenido que hacer justicia, incluso si antes tenía que bajar a los infiernos. Cómo le diría, me he limpiado, he expiado las faltas de los que habían ofendido al género humano. Como el padrenuestro, Inma: nos perdonó nuestras ofensas, todas las ofensas y nunca, ni una sola vez, he traicionado a la justicia. —Meneses, eres un mentiroso de mierda.

Silencio.

Todos miraban a Meneses sin pronunciar palabra, con expresión impasible. Él, por su parte, había agotado los argumentos, no sabía cómo proseguir. Y de pronto dijo:

—Me tengo que ir mañana. Vuelvo a St. Juste. Dentro de dos días estoy citado con Wa-TuTu para discutir los detalles de la reanudación de relaciones

entre España y Matambezi. No me apetece nada, Atumu —se volvió hacia él —, pero no puedo invocar razones por las que no hacerlo. Es un asesino y un dictador, pero así son las cosas en el mundo de la política y de la economía internacional. —Suspiró y se puso de pie—. Entiendo su dolor, Inma, y me veo obligado a marcharme sin poderlo restañar. Lo siento, lo siento mucho.

Empezó a andar hacia la puerta.

—Fue un hombre blanco —dicho en voz muy baja, muy ronca, un murmullo, como si le saliera del fondo del estómago.

Meneses se paró en seco. Estuvo quieto un instante y luego se dio la vuelta lentamente.

—¿Cómo?

—Fue un hombre blanco. Venía en la primera lancha. Era el que mandaba.

—¿La primera lancha? ¿Cuántas había?

—No sé. Veinte o veinticinco. No pude contarlas bien. Muchos eran negros... de aquí.

—¿Había más blancos?

—Sí, bastantes más.

Meneses miró a Atumu.

—¿A ti qué te parece?

—Mercenarios surafricanos o de Rodesia. —Se le había ensombrecido la expresión—. Era el golpe de Estado de Wa-TuTu. Pero ¿por qué desembarcar allí si luego no se llegaron a meter con Buyumbura? Os tenían al lado, de paso, como quien dice.

—Era... un hombre muy alto, muy fornido... Rubio, grande... Luego vi que tenía los ojos azules, fríos... Se los vi cuando miró hacia arriba buscando a alguien que se les hubiera escapado. —Se santiguó—. Gracias a Dios, no me vio a pesar del respingo que pegué hacia atrás. Pero mandó a cuatro o cinco a registrar el piso de arriba... y...

Hockansmith está muerto, se dijo Meneses. Volvió a mirar a Atumu y los dos asintieron levísimamente para que nadie pudiera verlo. Nadie menos la madre Geneviève, se entiende. Esta, mirando a los dos, negó con la cabeza como si fuera un gesto nervioso.

—... Mientras subían me deslicé hacia la habitación de las sábanas. Acabábamos de cambiar las de toda la clínica y estaban amontonadas de cualquier manera esperando a que las metiéramos en la lavadora. Teníamos una grande que funcionaba con el grupo electrógeno. Dos de las madres y yo

nos ocupábamos de eso. Eran cincuenta camas... —Se retorció las manos con angustia—. Esa noche, Dios me perdone, había treinta y dos ocupadas y de los pacientes, doce eran niños. Me escondí, rezando, debajo de uno de los montones de toallas y gasas y cubrecamillas cerca de la puerta. —Intentó reprimir un sollozo—. Eso fue lo que me salvó, ¡a mí!..., aunque... para lo que pasó después, habría preferido... Oí que uno de esos bárbaros abrió la puerta; también le oí dar un paso hacia el interior del cuarto y noté su bota muy cerca de mi cara. —Arrugó la nariz—. Estaba paralizada de miedo. Solo pensaba en mis niños, pero era incapaz de moverme para hacer algo por ellos. No estoy muy segura, pero me pareció que, con el otro pie, el soldado apartaba alguno de los montones de ropa. Pero no el mío. Estuvo quieto un momento y luego gritó aquí no hay nadie. No había buscado con mucho ahínco o sabía que de todos modos iban a quemar la clínica. Parecía evidente que la intención de sus jefes era no dejar testigos; eso es lo que he discurrido después. Ahora que lo pienso, eran unos inútiles incapaces. Tuve suerte de que fueran ellos y no subiera uno de los blancos. Oh, Dios...

—Siéntate, hija mía —dijo la superiora, cogiéndole de las manos con dulzura y empujándola hacia una de las sillas. Inma se dejó hacer—. Estarás mejor así. No has recuperado las fuerzas todavía. Y mira que han pasado meses... ¡Si no comes nada, criatura!

—De todos modos, les daba igual. Habían decidido quemar el hospital para no dejar rastro —insistió—. En realidad, sabía que debía ir al ala donde estaban mis niños. Debía cuidar de ellos, defenderlos. Al principio pensé que a mis compañeros no les iban a hacer nada. ¿Qué podían hacerles? ¿Para qué? Era tirar piedras contra su propio tejado. ¿No iba a hacerles falta un grupo de médicos? ¿No lo iban a necesitar nunca? —Se había puesto muy pálida. Se llevó a la boca un pañuelo que había sacado del bolsillo de la bata. Lo apretó con los dos puños contra los labios y, cuando separó el pañuelo para seguir hablando, quedó un pequeño reguero de saliva colgando entre la boca y la tela bordada. Tosió—. En ese momento, mal disimulada y muerta de miedo como estaba, sonó un disparo que me sobresaltó. Me revolví y salí de la habitación a cuatro patas. No sabía lo que estaba haciendo. Ahora recuerdo que fui hacia la parte trasera del hospital, al cuarto de curas de la segunda planta. Por detrás había un ventanuco estrecho que daba a la veranda posterior. Salí por él. Soy muy flaca, ¿sabe? —Todo se lo contaba a Meneses—. Me asomé a la barandilla... muy deprisa, sin pensar, en un impulso,

porque si no, no me habría decidido a saltar. —Sonrió débilmente—. El miedo da alas, ¿sabe? —Meneses asintió despacio—. Pero no esta vez. —Meneses sonrió—. Debajo, a no mucha altura, había unos matorrales espesos que me pareció que amortiguarían la caída. Oí un ruido en la escalera, a lo mejor era uno de los soldados blancos que subía a comprobar, y me tiré a los matorrales. No amortiguaron nada. Me hice mucho daño, me torcí un tobillo y luego pensé, por el dolor, que se me había roto la muñeca y era verdad, y me había hecho un corte profundo en la ceja. Poca cosa; la muñeca rota no me dolía mucho aún; la adrenalina, supongo. Tuve la presencia de ánimo de no gritar. Durante un rato me pareció que me había quedado ciega... No veía nada... hasta que me di cuenta de que la sangre que caía por mi cara me impedía ver. Las cejas son muy escandalosas cuando sangran y luego se te pegan las pestañas. De pronto me dolía muchísimo. No me moví, así un rato, tumbada en la maleza, escondida debajo de las hojas... hasta que por fin la hemorragia se detuvo... Despegué las pestañas como pude, con saliva creo, para conseguir ver un poco y de pronto recuperé el sentido. ¿Pero qué hacía yo ahí? ¿Cómo no estaba en la planta de arriba con los niños? Oí un segundo disparo. Me sobresalté. Claro que me sobresalté, por Dios. Y levanté la cabeza. Desde donde estaba, protegida por los matorrales, podía ver algo borrosa la escena, no sé, a unos cincuenta metros o así, en la explanada de delante de la clínica. ¡Dios! Vi al doctor De Carlos caído en el suelo. Sangraba mucho y no se movía. El rubio grande lo contemplaba sin moverse, como con indiferencia. Tenía una pistola en la mano. Estoy segura de que había sido él... Y entonces, un soldado negro que llevaba un machete en la mano... Me quedó grabado, era gordo y le estaba estrecho el uniforme, le sudaba la cara..., estaba al lado de sor Asunta. Sor Asunta llevaba el rosario en la mano y tenía los ojos cerrados, y el soldado levantó el machete y lo descargó sobre ella. Le hizo un corte horrible en el hombro y sor Asunta dio un grito de dolor espantoso y cayó al suelo... Sangraba muchísimo. Y el soldado tiró del machete hacia arriba y volvió a descargarlo una y otra vez, solo que ahora lo hacía sobre la cabeza de la hermana... Oh, Dios mío, la cabeza se abrió..., lo veo todavía, me dio una arcada y me vomité encima. Pero no me moví... El rubio grande miró a un pequeño tipejo local vestido con una camisa de flores que estaba a su lado. Era repulsivo. Sonreía y tenía, me parece, dientes de acero..., por lo menos brillaban como si lo fueran. Son como animales, dijo el rubio, como animales con instintos asesinos, sin

control. El hombre pequeño se encogió de hombros... —Wolowolo, pensó Meneses, estás muerto. Ni siquiera tuvo que mirar a Atumu—. No sé para qué os damos el país si esto es lo que sabéis hacer..., como los hutus en Ruanda... El gordo, lleno de sangre, soltó una carcajada y sus camaradas se le acercaron hasta rodear a mis compañeros, que se habían arrodillado. Vi que el doctor Maguregui levantaba una mano para pedir piedad. El rubio, casi sin apuntar, lo mató de un disparo en la cabeza. Y antes de que pudiera seguir disparando, los soldados de aquí se abalanzaron sobre el resto de mis compañeras, hermanas y enfermeras, y la emprendieron a machetazos con ellas en un griterío que mezclaba los aullidos de los asesinos con los lamentos de las enfermeras y las monjas. —Inma sollozó—. Entre cuatro y a turnos violaron a la enfermera que todavía estaba viva... Fue una salvajada sin nombre, una bestialidad. Entre dos o tres se iban llevando miembros cortados, piernas, brazos, qué sé yo, y los tiraban al río de los cocodrilos. No quería mirar, pero estaba fascinada por la crueldad de esos animales salvajes y no podía apartar los ojos de todo aquello. Vi que uno arrancó de la herida espantosa que tenía sor Teresa en el pecho una masa sanguinolenta y se la llevaba a la cara y se la restregaba por todo. Los soldados blancos no hacían nada; estaban en un círculo grande mirando la escena. Vi que muchos fumaban... Fue entonces cuando decidí volver a subir a la planta alta a proteger a los niños. ¡Pobrecitos! Estaban solos y aterrados, chillando y llorando... Me levanté decidida a hablar con el rubio para interceder..., no sé qué me daría..., pero solo pude dar un paso y un dolor intensísimo me hizo caer nuevamente al suelo. Me había desmayado. Luego supe que al saltar me había roto la tibia y el peroné de la pierna izquierda. Ya me ve usted coja. — Bajó la mirada al suelo y por fin rompió a llorar con desconsuelo, como si se hubiera reventado la presa de un río. Mis niños, mis niños, repetía. La madre Geneviève, inclinándose sobre la silla, la abrazó con ternura; con una mano le acariciaba la mejilla. Ni Meneses ni Atumu pronunciaron palabra. Seguían inmóviles el relato—. No sé cuánto estuve desmayada —prosiguió Inma—, allí tirada en la tierra, pero me acabó despertando el dolor y, supongo, el olor a carne quemada y a rescoldo. Oh, Dios mío. Enseguida me acordé de mis niños. Ah, mis niños —gimió—. No merezco vivir..., los había abandonado.

—Habría usted muerto, Inma —dijo Meneses—. La habrían asesinado como a los demás. No se lo reproche: no podía hacer nada.

—Sí. Morir. Morir con ellos.

—No estaría aquí contándonoslo. Y, que sepamos, lo que ocurrió es importante para que se haga justicia. Sé bien que nunca se lo perdonará. La vida es así..., pero... —Vaya estupidez que acabas de decir, Meneses. Aquí, con lecciones de filosofía barata. Genial. Solo nos falta rezar el rosario y leer un capítulo de la *Vida de santos*.

Inma siguió hablando como si no le hubiera oído.

—No podía moverme y me desmayaba a ratos. Había perdido mucha sangre. Una de las veces levanté la cabeza y vi que de mi clínica no quedaba nada más que un montón de madera quemada en la que ardían aquí y allá restos de fuego. Miraba todo aquello, todo lo que había sido mi vida en los últimos diez años, y me desesperé. No había nadie, no se oía un ruido... Me rendí. No había esperanza. Todo se había acabado. Comprendí que iba a morir allí en la selva sin ayuda de nadie y me puse a rezar para bien morir.

—Pero está usted aquí, Inma.

—Sí —dijo la madre superiora—. El hospital de los españoles estaba a unos cincuenta kilómetros de aquí. Al anoecer vimos la columna de humo y el resplandor lejano de las llamas y supimos que era el hospital y que algo horrible tenía que haber pasado. Los ancianos mandaron enseguida una columna blindada para averiguarlo, tomar posiciones y asegurar el perímetro. Creo que se dice así. Bueno..., tres de los blindados regresaron a las pocas horas trayendo a Inma. —La madre Geneviève acarició el pelo de Inma, de nuevo con dulzura—. Y así es esta historia horrible.

—Los ancianos de la tribu, ¿eh? —dijo Meneses—. Fueron ellos, ¿eh? Ellos lincharon a los médicos y a las enfermeras y a las monjitas, ¿eh? Una represalia porque los dos médicos habían violado a mujeres de aquí, ¿eh?

—Lo que me asombra, Patrís, es que tu Gobierno aceptara esta explicación sin rechistar —dijo Atumu con su voz profunda y mesurada.

—Rompieron relaciones.

—Sí, pero con la boca chica. Y en cuanto han olido el perfume del petróleo, se han precipitado a mandarte para ver si lo puedes arreglar sin que queden demasiado mal. —Y al cabo de un momento añadió—: ¿Eh?

—Son unos hijos de puta.

QUIÉN DIJO MIEDO

—¿Y a ti qué te parece esta historia?

—Bueno, verás, doctor Watson —contestó Meneses—, si no fuera por la tragedia, me parecería una coña, como a todos. ¿Qué es esto de que tuvieran que eliminar un hospital y a su gente con tal de no dejar rastro? ¿Rastro de su paso? ¿Por qué?

—No querían dejar testigos —opinó Duhamel—. Rastro de su paso quedó, desde luego, pero era a los testigos a los que había que eliminar. Nadie debía poder contar lo ocurrido...

—Lo ocurrido, no. Lo ocurrido ya se sabe. Era impedir que se supiera quiénes habían sido.

—¿Impedir que se conociera una cosa que es moneda corriente en África? —preguntó Atumu.

—El qué.

—Bueno, la entrada en la guerra de una banda de mercenarios. Lo hemos visto cada vez que se ha montado un conflicto en la región, ¿no?

Estaban sentados en la veranda del palacio real, digamos que real, Atumu, que esta mierda es más bien un chaletito, real es el de la plaza de Oriente, este no, majestad. Unos sofás de mimbre alrededor de una mesa. Por las columnas que subían desde la veranda para sustentar el segundo piso trepaban macizos de hibisco alternándose con espesas matas de buganvilla roja y blanca. En el techo, dos ventiladores de grandes aspas movían el aire girando con parsimonia. Atumu, Meneses, Duhamel, la madre Geneviève e Inma. En cuclillas, algo apartada, Virginaly. En el centro de la mesa había una gran jarra de limonada de lima con azúcar de caña, hielo y menta. En el atardecer, el ambiente era fresco, bueno, a cualquier cosa le llamas fresco y ¿cuándo llega la brigada de los mosquitos?

—Enseguida, Meneses. Ahora encenderán los fuegos con las yerbas de lo

que llamáis espliego y limón. —Atumu rio—. Y si no, Duhamel, aquí presente, viene equipado con productos franceses de primera calidad.

—Sí, pero son solo para mí.

—¿Y cómo combatís la malaria, colega? ¿A base de limonada?

—No digas tonterías, Patrís. Aquí la hemos erradicado a base de productos naturales que actúan como vacuna. Hasta vino un investigador del Instituto Pasteur para ver cómo lo hacíamos. Antiguas recetas de los brujos.

—¿Y no habéis pensado en exportar brujos? Os podríais forrar.

—Virginaly, ven aquí, por favor —dijo Atumu Kokomo. Virginaly se levantó silenciosamente y se acercó. Atumu la agarró por la muñeca muy suavemente. De nuevo, a Meneses le llegó un aroma sensual a flores y a menta madura, como de ombligo tostado por el sol. Un solo hálito, muy breve. Bajó la cabeza y carraspeó. Mierda, se dijo—. He hablado con la madre Geneviève —prosiguió Atumu— y hemos pensado que no te conviene seguir en Matambezi...

Virginaly abrió mucho los ojos.

—No entiendo —murmuró.

—Si te dijera que no te casarás con nadie si no quieres, que nadie te va a vender ni forzar, que serás libre...

—¿Libre?

—Libre de hacer lo que quieras...

—¿Libre? —Le temblaban los labios.

—¿Qué te gustaría hacer?

En los ojos inocentes de Virginaly aparecieron la confusión, primero, y luego la duda y, después, una incierta esperanza y de nuevo la confusión asustada de quien, sin comprenderlo del todo, se asomaba de pronto a una vida inimaginable. Una existencia probablemente protegida, a buen recaudo de las manos de Abu Dada o de los viejos que la comprarían para hacer de ella una esclava o de las mafias que le ofrecerían llevarla a Europa para después venderla como puta. Tan bella, tan sensual y tan inocente, hasta yo me la compraría, Meneses, viejo canalla.

—¿Hacer? ¿Puedo estudiar? ¿Hacerme monja o enfermera?

Esta niña tiene tanta vocación de monja como yo de imán yihadista.

—Lo que quieras —dijo Atumu.

—Sí, pero no aquí —interrumpió Duhamel.

—¿No en Buyumbura? —preguntó sorprendida la madre superiora.

—No, reverenda madre. Creo que la idea del señor Meneses es que la mandemos a París a la casa madre de su orden.

Virginaly se llevó las manos a la cara.

—¿A mi casa madre? ¿Para qué?

—Dos razones, madre —dijo Meneses—. Una, para darle una vida decente a una muchacha que la merece y que tiene la suerte de que, entre todos, la podamos proteger. Y dos, en París tendrá el futuro que aquí no se le alcanza.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ay, madre. Usted es una persona, me parece, llena de buen sentido. Dele una educación y déjeme a mí pensar en su futuro.

—¿Haciendo qué? ¿En París? ¡No pensará usted llevarla al mundo de la moda! Mi hermana pequeña trabaja en eso y sé que es un mundo degenerado y más que peligroso para una chica inocente...

—No más peligroso que abandonarla a su suerte en St. Juste, reverenda. ¿O es que hay menos droga en St. Juste que en el faubourg St. Honoré, más rijosos en los Campos Elíseos que en el mercado de St. Juste? No. Usted edúquemela, que yo le garantizaré la protección y el buen camino.

—Y, de paso, haré de ella una estrella. Con esas tetas y ese culo, no falla.

—¿Estás de acuerdo? —dijo Atumu—. Te puedes fiar de *monsieur* Meneses.

—¡Oh, sí! —exclamó Virginaly.

—Muy bien, asunto arreglado. Puedes volver a tu sitio.

—Vamos, Patrís, dame tu opinión sobre lo que pasó.

—Fácil: vinieron, mataron y se fueron. Lo malo, para ellos, se entiende, es que sabemos quiénes eran. Hockansmith y sus chicos. Ah, y el de la social. ¿Y qué sabemos de ellos? Guiándonos por lo ocurrido, se trataba de un ejército de mercenarios, un par de columnitas de locales y un gringo, mi compañero de póquer. Entraron en Matambezi como un elefante en una cacharrería y acabaron llevando a Wa-TuTu a la presidencia vitalicia de la república. A mi amigo le hicieron poco menos que gran chambelán y, hale, a exportar petróleo a Estados Unidos. ¿Eh?

—Y a controlar el país —añadió Duhamel—, que lo sé, que lo he visto con mis propios ojos, que tengo que pagar la mordida mensual a Wolowolo para poder seguir abriendo el WhiskyPont a diario.

—Angelitos... Estoy seguro, además, de que si escarbáramos un poquito, encontraríamos a Hockansmith de vicejefe en un despacho de la CIA en

Langley, Virginia. Y aquí estamos, hablando con toda tranquilidad como si todo esto fuera un simple juego de niños, una broma, pero, amigo, una broma que puede costarle el pellejo al primero que asome por St. Juste. Bueno, no. Que le cueste el pellejo al segundo que asome porque yo voy de primero mañana.

—Perdón —interrumpió Atumu—, al tercero porque yo voy de segundo.

—Ah, pues vale. Duhamel, date por muerto.

—¿Pero cómo es posible que estén ustedes comportándose y hablando como chiquillos bromistas, como si fuera un juego cualquiera? —dijo la madre Geneviève con irritación—. Esto es muy serio, señores.

—Es por el miedo, ¿sabe?

—Es la única manera de comportarse como un héroe sin aparentarlo —sentenció Duhamel con solemnidad.

—No digas tonterías, WhiskyPont —dijo Meneses—. ¿Tienes ahí el espray antimosquitos? Me están friendo.

—Voy a por él —respondió Duhamel, levantándose para ir a su habitación.

—Bueno —empezó Meneses, una vez que estuvieron de nuevo todos juntos y flotaba en el ambiente un desagradable olor a repelente de insectos—. Qué sabemos. ¿Estos tipos llegaron por el río y se toparon con el hospital de los españoles? Me parece increíble. Que se toparan con él, quiero decir. Tenían que saber que estaba ahí: no haces un desembarco, por tonto que sea, sin conocer a fondo el terreno. Tienes que saber lo que hay. Si no, eres un agente de la CIA de mierda, perdón, reverenda. ¿Por qué cruzaron por ahí, Inma? ¿Usted lo sabe?

—Por la represa, supongo.

—¿Qué represa?

—El hospital se construyó en un recodo del río, donde era menos profundo y más practicable. Era necesario poder operar en las dos orillas. Los indígenas eran buyumburas...

—... Que vivían algo separados de la capital —intervino Atumu.

—Mira qué bien. ¿Gente tuya?

Atumu asintió.

—¿Y tú no lo sabías, majestad?

—Claro. Creí que tú también. Seguro que te lo dije. Ahí mismo, los míos

construyeron una represa que llegaba hasta mitad del cauce y, desde la otra orilla, otra algo más corta para facilitar el descenso del agua. Unas sólidas planchas de madera hacían de puente entre las dos represas.

—¿No se te ocurrió que esa era la razón de que cruzaran por ahí quienes fueran?

—Naturalmente. Pero, acuérdate, pensábamos que eran guerrillas hutu que asesinaron a todos los que encontraron a su paso. Quinientos seis hermanos más los treinta y dos del hospital. Y luego se fueron. Es lo que hacen. Pero ¿mercenarios, ahora sabemos que lo eran, mercenarios utilizando la represa para trasladar material militar pesado de una orilla a otra? Lo dudo. En cualquier caso —se encogió de hombros—, respondimos con una acción de represalia. Fuimos, recogimos a Inma, no quedaba nadie más y ya está.

—Ya. He visto lo que son tus acciones de represalia. En fin..., hasta yo me tragué la milonga que me contó nuestro presidente vitalicio, el valeroso general Wa-TuTu. Mira, por una vez el Gobierno de España actuó correctamente y rompió relaciones con Matambezi sin estar seguro de lo que había pasado. Solo que habían muerto unos españoles y que nadie se creía que fueran ajusticiados por los guerreros buyumbura tras haber violado a unas cuantas mujeres. Más bien, Madrid pensó correctamente que todo era consecuencia del golpe de mano de Wa-TuTu.

—Muy bien. De acuerdo. No podían llegar allí por accidente y verse obligados a matar a los españoles. No. El de la CIA y los mercenarios y los indígenas tenían decidido matarlos a todos desde antes de llegar.

—¿Por qué? ¿Qué tenían que esconder? ¿Que eran ellos? ¿Y? Estamos hartos de ver guerras en África en las que intervienen mercenarios y gentes de los servicios secretos de medio mundo. Ya no causan ni escándalo. Sabemos que todos son malos y que vienen a lo que vienen: estrategia regional y dinero. De modo que no es eso. O si es eso, es de tal envergadura que sigue un plan de desestabilización y posterior control continentales que no puede ser revelado hasta que están instaladas todas las piezas del rompecabezas en los lugares desde los que darán el golpe. ¿Qué te parece, majestad?

—Ay, Patrís. No está mal pensado. Pero ¿qué plan?

—Ni idea. Pero, amigo, la idea de un plan es inocua si no se ve que va fructificando. Y, además, es posible que dé igual. Vaya, un plan. ¿Y a quién le importa? Muy bien, conspiraciones por este rincón del mundo hay muchas

y a diario. —De pronto Meneses levantó un dedo—. No, señor. Lo importante es lo que trajeron por ese puente improvisado. Eso es lo que tenemos que averiguar. Duhamel, te ha tocado meter las narices en donde nadie te manda.

—¡Ah, no! Ni en mil años.

—Claro que sí.

—No. Ni hablar.

—En eso habíamos quedado cuando te sumaste a nuestro mísero grupito de resistencia.

—No, no.

—Pero, hombre de Dios, ¿no ves que Hockansmith no sabe que lo hemos descubierto? No corres ningún peligro.

—Corro mucho peligro.

—Ni te preocupes. Te va a acompañar el embajador Meneses... —aseguró Atumu.

—Tú y tus bromitas, majestad. No tienes gracia. Pareces un occidental.

—Sí, pero te vas a St. Juste de todas formas.

—Qué va. Voy a llamar a mi ministro en Madrid para que me retire inmediatamente de aquí. He hecho lo que tenía que hacer, Atumu. Ahora os toca a vosotros. Me voy a París con Virginaly.

—Acabáramos. Lo que querías era enseñarle la Torre Eiffel a esta chica. Pues no de momento. Tienes billete en Buyumbura Air Lines para mañana. En *business*.

—Está bien, pero solo por unos días. ¿Qué hay que ver en St. Juste?

—Están todos locos —dijo la madre superiora.

—Virginaly, no te vayas a dormir todavía. —La niña levantó bruscamente la cabeza y miró a Meneses con una sombra de temor en los bellos ojos—. No te asustes que solo te voy a explicar un poquito de lo que quiero que hagas cuando lleguemos a París. No te asustes. Anda, ven, pasea conmigo por el jardín de Atumu Kokomo, que bien bonito está.

Bajaron los peldaños desde la terraza en la que se encontraban y se pusieron a andar por el jardín, entre los macizos de flores y un perfume fuerte a jazmín (casi embriagador; lo diría, pero es una cursilada). Meneses empezó a hablar muy suavemente:

—Virginaly, dime una cosa. ¿Te fías de mí?

—Oh, sí, *monsieur*.

—Sabes que quiero verte feliz y que nunca más pases miedo.

—Oh, sí, *monsieur*.

—Pues entonces quiero que me cuentes tu vida. Que no te dé vergüenza contármela. Como si fuera tu padre. —Pues vaya manera de inspirar confianza, Meneses.

—¿*Monsieur*?

—Sí, tu vida desde pequeña, ¿eh?

—No sé.

—Sí, dónde naciste, qué hiciste de pequeña...

—En la tribu del golfo, los mwanga. —Se encogió de hombros—. No sé.

—¿Cuántos erais en tu familia?

—Mi padre, mi madre. —¿Había miedo en su manera de citarlos? Y yo qué sé—. Dos hermanos y dos hermanas. Había una hermana más, pero murió.

—¿Sí? ¿De qué murió?

—No me acuerdo. Era muy pequeña. No sé, me parece que murió de sangre.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No me acuerdo. —Se calló. Y de pronto, como si se hubiera abierto una compuerta en su alma y el corazón le saliera por ella a borbotones, dijo con voz tímida pero firme—: El día antes de que me tocara a mí, le hicieron eso entre las piernas a mi hermana Amina. La oía gritar, la oí gritar durante mucho tiempo, hasta que se calló. Se había muerto, *monsieur*. Yo era muy pequeña y lo entendí y tenía mucho miedo. Esa noche, mi hermana mayor, Saína, me vino a buscar a mis mantas y me llevó corriendo lejos de la aldea. A ella también le habían hecho eso entre las piernas años antes. Corrimos y corrimos hasta llegar a St. Juste. Fuimos al zoco y me llevó a casa de un tío nuestro que nos quería mucho y que se ponía muy enfadado cuando le hablaban de eso que hacían entre las piernas. Le habíamos oído discutir con mi padre. Saína me dijo: «Te tienes que quedar aquí. Nunca tienes que volver. El tío te cuidará para que no te pase nada malo y la tía te protegerá y te enseñará como en el colegio. Acuérdate, Virginaly, nunca puedes volver».

—¿Y cómo se llama ese tío tuyo?

—Es Jean Molusque. —Acabáramos—. Viví en su casa muchos años. Me llevaron a un colegio de las madres teatinas que está lejos de mi aldea. Cuando cumplí trece años, el tío Jean me llevó a vivir a la embajada de

España, a trabajar y a aprender. Él también trabajaba allí.

—¿Y el cocinero?

—Abu Dada. Sí, estaba allí. Al principio me dijo que me quería como a una hija... Molusque me decía que tuviera cuidado. Él podía hacer poco, pero... bueno, hasta que llegó usted, *monsieur*.

ST. JUSTE ES PELIGROSO

—Mira, subsecretario. Esto va francamente fatal.

—No. Seguro que lo tienes encarrilado.

—Eso me lo dices porque tú estás allí y yo aquí. Cuando acabemos de hablar, te bajarás a la plaza Mayor a tomarte un café con churros y a pensar en tu partido de golf de esta tarde. Yo, en cambio, ya me ves, cuelgo y me voy al zoco a comprarme unos higadillos de tarántula para comérmelos con un hijo de puta de la secreta que no me pierde de vista y que quiere trincharme. Seguro.

—Vale, vale. Pero no me cuentas nada de cómo progresas en tus gestiones.

—Y encima mi bienestar te trae al fresco. Hay poco que contar, qué quieres. Está todo, como decís vosotros, en *stand by*...

—Pero ¿a quién has visto? ¿Con quién has quedado? ¿Has acordado algo? El tiempo apremia.

—Las cosas de palacio van despacio. Y en este subsuelo queda petróleo para rato. Y coltán, no digamos. No te puedo contar mucho aún...

—... Solo que me has costado ya un millón de euros.

—Bueno, eso sí. Es lo que cuesta empezar a engrasar la maquinaria en esta zona. Y aún te va a salir mucho más caro. Por abreviar: me he entrevistado con el presidente vitalicio, con el ministro de la Minería y con el obispo de St. Juste. Son todos unos sinvergüenzas redomados, y el obispo más que ninguno, alabado sea el Señor, pero me queda por decidir cuáles son sus respectivos precios. Francamente, subse, un millón de euros gastados en el engrase inicial de un país de estos me parece una inversión más que modesta. Ahora, si quieres, me cojo un billete en Air France y me voy a mi casita esta tarde. Tal como se están poniendo las cosas aquí, hasta estoy dispuesto a renunciar a mi embajada en la India...

—No digas chorradas, Meneses. Estás ahí y ahí te quedas hasta que

encarrilemos el tema. Pero te señalo que lo de Taskent nos costó bastante menos dinero.

—Eran otras circunstancias... Y qué manía esta de encarrilar las cosas. Más bien vamos camino de descarrilar y no quiero que me pille debajo del vagón correo.

—Ya. Vale. Pero estás bien, ¿no?

—Joder, subsecretario, que es que no te enteras. Estoy aterrado. El de la secreta me va a acabar rebanando las pelotas. No te rías que no es divertido.

—¿Le digo algo a tu madre?

—¿De lo de las pelotas?

—No, hombre. De cómo estás.

—Dile que le llevaré dulces de aquí. Los hacen las monjas. Y alguna joya, que están baratas.

Después de colgar, Meneses fue a darse un largo paseo con Duhamel hacia el río. Llegaron hasta el embarcadero, un muelle de gruesas planchas de madera pulida detrás del que la corriente forzaba un recodo más pronunciado en el que se escondía una pequeña rada. Una playita de arena y tierra rodeada de vegetación y de casitas de tejado ondulado rojo hacía las veces de club de baño en el que retozaban un montón de chiquillos, saltando, echándose agua a la cara y dándose ahogadillas. Un poco más al fondo de la playa brincaban las niñas riendo y coqueteando con los chicos, que no hacían caso.

Estuvieron un rato largo hablando de cosas intrascendentes, de la vida de cada uno, de París y Nueva York, de lo que había traído a Duhamel a St. Juste, tal vez un suegro con ánimo homicida, una partida de póquer mal llevada, posiblemente un pequeño desfalco en el que las presuntas víctimas tenían conexiones con la mafia corsa. ¿Y Meneses? Bueno, había empezado a coleccionar arte desde muy joven y existía algún país al que no le convenía volver; luego, el póquer, la diplomacia, la ONU y, por fin, Atumu y Merveille. Merveille, dijo Duhamel, tenía fama de haber sido la mujer más bella del África Ecuatorial. Sigue siéndolo, aseguró Meneses con calor. Duhamel lo miró con una ceja levantada y el bigotito torcido en una media sonrisa.

En el mismo muelle, algo apartada, una casa de comidas invitaba a los posibles clientes con paneles de colorines en los que figuraban peces y cocodrilos pintados al estilo *naïf*. Los dos se sentaron a una mesa y enseguida un joven espigado que olía a sudor les trajo unas cervezas. Las dejó sobre la

mesa y desapareció en el interior del chiringuito para volver al poco rato con un puchero de *khom mayan* y una bandeja de aluminio maltratado sobre la que campeaba un gran pez de río frito.

—El pez me mira, Duhamel.

—No le hagas caso. Ya ha comprendido que se lo van a comer.

—Dime una cosa. ¿Es ese tu verdadero nombre?

—No exactamente. Me pareció conveniente cambiarlo en un momento de cierta dificultad...

—Dupont Duhamel no es como para pasar desapercibido.

—Ya lo sé, pero tuve que improvisar.

—¿A ti qué te parece? El incidente del hospital de los españoles, quiero decir.

—Piensa, Patrís, que en esta parte del mundo la vida no vale nada. De modo que, ¿qué vale un hospital más o un hospital menos en la selva?

—Nada. ¿Y entonces por qué nos preocupamos tanto? Te lo voy a decir. Porque eran españoles y eso a mi Gobierno no le gusta nada. Y también porque destruir un hospital en plena selva es una estupidez además de un crimen.

—Pero eso a tu Gobierno no le importa nada.

—Pero a mí sí.

—Ya. Creo que las razones para quemarlo todo tenían que ser poderosas.

—Duhamel se quedó callado reflexionando. Luego añadió—: Es algo que traían imagino que para asegurarse del éxito del golpe de Estado. ¿Pero qué? ¿La bomba atómica? ¿Un submarino? ¿Miss Universo? Algo que no debe saberse, que nadie debe ni siquiera intuir... Por eso no debían quedar testigos. Me preocupa. No. Me asusta. Rodeados de genocidios, de asesinatos, de bestialidades a cara descubierta...

—Ya me dirás. ¿Qué escándalo puede ser peor que un genocidio como el de Ruanda?

—No lo sé, Patrís, no lo sé. Me da mucho miedo. ¿Cómo lo averiguamos?

—Mañana nos vamos tú y yo a St. Juste. De lo que no estoy muy seguro es de que salgamos con vida de esta.

En una última exhibición de *spleen*, el francés encajó un cigarrillo en la boquilla y lo encendió. Solo Meneses, con su vista de lince, pudo apreciar el ligero temblor de la mano que sujetaba el encendedor de oro.

A la hora de la siesta, Meneses extrajo de su bolsa el preciado volumen del

Du côté de chez Swann para dejarse ir, soñando, por el Pré Catelan, la finca de Swann transformada en la novela en parque de Tansonville. Acostado en la pequeña habitación de la segunda planta del palacio de Atumu, se dejó mecer por el gran ventilador del techo mientras releía las descripciones del jardín, los macizos de ninfeas, los discretos toques exóticos de las palmeras enanas. Siempre que le podían el estrés o la angustia o la inquietud, Meneses se refugiaba en uno de los volúmenes de Marcel Proust que llevaba consigo, el *Du côté...* o *À l'ombre des jeunes filles en fleurs*. Era lo que Atumu llamaba el lado cursi y pedante de Meneses, del que solo le libraba su inteligencia profana y bromista y del que el propio Meneses procuraba no revelar nada, guardando su secreto celosamente.

Sentados en la veranda unas horas después, Atumu, Meneses y Duhamel tomaban una copa, la del anochecer, compañeros, lo que los ingleses, que son unos frívolos, llaman *Planter's Punch*, mucho ron, juguitos de frutas tropicales y angostura, mi medida son tres, ya veis.

—Antes de irme a St. Juste —dijo Meneses—, quiero ver el hospital de los españoles.

—No queda nada.

—Quiero verlo.

—Para qué.

—Para cabrearme más, Atumu.

Atumu reflexionó un momento y luego claudicó:

—Pues vamos ahora.

Se volvió hacia el interior de la casa y, en voz alta, dijo algo en su idioma, algo que sonaba imperativo.

—¿No tenéis interfono? ¿Y no es un poco tarde para meternos por la jungla? ¿Hale?

—No importa. Mis guerreros conocen esta zona como la palma de la mano. Podemos ir de noche sin problema.

Cuando Meneses, Inma, Atumu y Duhamel se disponían a subir a los 4×4, se les unió un hombre blanco fornido, vestido como un cazador de leones. Este tiene que ser siberiano. Con ese pelo platino...

—Os voy a presentar al coronel Fedorov, jefe de la misión rusa en Buyumbura. Nos va a acompañar.

Meneses y Duhamel le estrecharon la mano. Inma se limitó a mirar.

—Mucho gusto en conocerlos —dijo Fedorov en buen francés, aunque con

mucho acento. Se subió al jeep al lado del conductor y no volvió a hablar hasta que llegaron a las ruinas quemadas del hospital de los españoles.

El lugar era una desolación. Por un lado, el más cercano al río, había vuelto a crecer la vegetación y los árboles volvían a ser frondosos, pero el centro del calvero estaba devastado: solo quedaban troncos calcinados cubiertos de musgo y hollín pegajoso y restos ennegrecidos de la estructura de madera del edificio. Un único trozo de pared, ventana abajo, ventana arriba, sostenido por una viga, probablemente una esquina de la clínica. Nada más. Ni rastro de sangre o de tejidos, de gasas o de frascos de cristal o de plástico. La rueda metálica de una camilla; Meneses se agachó para recogerla. Nada más. No quedaba nada. Había pasado demasiado tiempo.

—Joder, Atumu, esto es peor que nada. Esa gentuza no merece vivir.

—Mucha gente cree que los rusos somos incivilizados —afirmó Fedorov—. Se suele decir que rascas a un ruso y le sale el cosaco y el cosaco te comerá el hígado. ¿Qué habría que decir de los que hicieron esto, Atumu Kokomo?

Ninguno contestó. Duhamel empujó una piedra con la punta de su botín.

—Ahí es donde estaban los matorrales sobre los que me tiré —dijo Inma entonces, señalando a su izquierda. Estaba muy pálida—. Y allí —indicando el calvero— fue donde los mataron. Dios mío... —se le quebró la voz.

Meneses se acercó al calvero y se puso en cuclillas. Estuvo un rato inmóvil, como si esperara encontrar algún indicio revelador de cuanto había ocurrido allí. Movi6 la rueda de la camilla unas cuantas veces arrastrándola por la tierra y al cabo de un momento, miró a Inma, que estaba petrificada, con los ojos muy abiertos recordando, sin duda, la tragedia paso a paso, momento a momento.

—Hemos visto bastante —dijo Duhamel con decisión—. Volvamos a St. Juste.

—No —dijo Meneses, incorporándose—, todavía no. Nos queda por ver el río.

—Vamos a verlo, entonces —dijo Atumu.

Se internaron por el bosque hacia el norte. Había mucha maleza, ni sendero ni espacios que abrieran paso en la espesura. El suelo estaba húmedo y la tierra, resbaladiza de barro y hojarasca podrida. Olía a animal salvaje, a fiera cazando. El silencio era absoluto. Solo a lo lejos volvían los ruidos inquietantes de la noche, los animales invisibles, los gritos alarmados de las

criaturas que se escurrían entre los árboles. Meneses tuvo un escalofrío y Duhamel murmuró *Merde, mon ami*.

Ayudados por la luz de las linternas que habían cogido de los 4×4, anduvieron un centenar de metros y enseguida empezaron a oír cómo se deslizaba el río, sigiloso, rozando la orilla, burbujeando pacíficamente, como si no encerrara amenaza alguna. Más cerca del cauce, el rumor del agua se hizo intenso, como si se estrechara a la fuerza para conseguir pasar. Por fin, a la luz de las estrellas pudieron ver la inmensidad del río. Como había dicho Inma, había una represa muy ancha, casi un puente sin cerrar, que se interrumpía por el centro. Por allí pasaba con fuerza el agua.

—Pues por ahí, por anchas y sólidas que sean esas planchas, no pasa un tanque. Tampoco una tanqueta blindada ni un Humvee. Todo lo más, Miss Universo... ¿Por dónde pasaron lo que pasaron? ¿Una cosa pequeña? ¿Una cosa pequeña que justificara la destrucción del hospital y la muerte de los doctores y las enfermeras?

—Un personaje, tal vez... —sugirió Duhamel.

—No, hombre, no. Como no fuera el presidente de los Estados Unidos, no veo yo...

—No, qué va, un personaje se escamotea.

—Claro. No, Duhamel. No olvides que pasó mucha gente entre mercenarios y soldados locales. Y Hockansmith. ¿Por Hockansmith iban a armar ese genocidio? Si luego apareció triunfante en St. Juste al lado del padre de la patria. Que me aspen si lo entiendo.

—Puede que no quisieran que se conociera la intervención de los gringos en el golpe de Estado —dijo Atumu.

—Bah, eso tampoco, hermano. ¿A quién le iba a importar? No, tiene que ser algo más. Además, cruzaron el río con lanchas. ¿Para qué iban a querer el puente?

—Bueno, eso es fácil de explicar. Aprovechaban que el agua se remansa antes de la represa, con lo que es más fácil ir de una orilla a otra. Fíjate, yo creo que no usaron el puente para cruzar.

—De acuerdo —dijo Duhamel—. ¿Y ahora qué? Seguimos sin tener idea de lo que pasó por aquí, ¿no?

—Venga, vamos a secuestrar a Wolowolo el de la secreta. Le aplicamos corrientes en los cataplines y le hacemos confesar. ¿Qué os parece el plan?

—No digas tonterías, Meneses.

—No son tonterías.

—Bueno —volvió a intervenir Duhamel—, para eso tenemos que volver a St. Juste...

—St. Juste es peligroso —interrumpió Fedorov.

—No me diga.

—Aquí estarían mejor, más protegidos. Mis hombres garantizan la seguridad de todos —insistió el ruso—. Y, además, el ejército de Buyumbura es formidable, muy eficaz, estupendos soldados.

—Seguro que sí, coronel. El problema es que donde está la solución de todos nuestros males es en St. Juste. Ahí es donde tenemos que ir...

—Atumu Kokomo, ¿no le parece entonces que deberíamos alistar un pequeño cuerpo expedicionario con mis mejores hombres, dispuesto a intervenir cuando se hiciera necesario?

—¿En St. Juste?

—Desde luego. Estamos preparados para hacerlo.

—No —dijo entonces Meneses—. Sería gastar un cartucho en balde, pólvora del rey, nunca mejor dicho, además de que, manteniendo las unidades soviéticas, huy, perdón, las unidades rusas en Buyumbura, contamos con el elemento sorpresa para cuando sea necesario desvelar su presencia. Y donde será imprescindible será aquí, no en St. Juste, rodeados por el ejército de las tropas de élite de Wa-TuTu más los mercenarios, en una batalla bestial que perderíamos sin remedio...

—No —interrumpió el ruso.

—¿No, es mejor ir a St. Juste en cualquier caso, o no, no saldríamos derrotados, sino airosos del baño de sangre? En cualquier caso, me parece que no habría servido de nada desgastarnos en una confrontación inútil. Atumu, ¿no estás preparando la independencia de tu país? Es aquí donde debe concentrarse el grueso del ejército ruso y de tus guerreros. Hazme caso, es aquí. Nadie sabe lo que tienes aquí. Es tu mejor baza. Te queda mucho por hacer en un tiempo que será largo. No te distraigas. Es tu mejor baza —repitió.

Atumu titubeó.

—Supongo que sí —murmuró por fin.

—Bien dicho, Patrís —dijo Duhamel. Duhamel el estratega, no te jode.

Meneses volvió a mirar a Inma. Estaba parada de pie, rígida, con las manos cruzadas sobre el pecho. Miraba al trozo chamuscado de la pared de la

esquina de la clínica, lo único que quedaba en pie cubierto de vegetación como testimonio de la tragedia de tres años antes. Meneses comprendió de pronto que Inma no estaba petrificada por la tristeza del recuerdo; estaba petrificada de miedo, seguía petrificada de miedo todavía hoy, tanto tiempo después. Miró a Duhamel:

—Hay cosas que nunca se pasan, ¿eh?

—Si me hubiera pasado lo que a ella, yo también estaría muerto de miedo. Y tendría pesadillas.

—Te recomendaría la lectura de *À la recherche du temps perdu*. Marcel Proust tiene un efecto calmante sobre las almas torturadas.

—Soporífero —dijo Atumu—. Lo que quiere decir es que tiene un efecto soporífero.

—Como todo francés que se precie —dijo Duhamel con suficiencia—, he leído a Proust de cabo a rabo.

—Yo también quiero ir a St. Juste —exclamó de pronto Inma.

—¿Cómo?

—Debo ir a St. Juste.

—¿Para qué, alma cándida?

Inma miró fijamente a Meneses.

—Quiero ver a esos canallas con mis propios ojos. Para reconocerlos, Patricio, para que dejen de poblar mis pesadillas. Para que dejen de darme miedo.

Anda esta, ¿desde cuándo me llama Patricio?

—Pero eso no es posible, Inma. Es demasiado peligroso. No debe correr ese riesgo.

—Sí que debo. Debo hacerlo por mis compañeros asesinados... por mucho miedo que me dé.

—Es absurdo.

—No. Es lo que debo hacer. —Estaba pálida, seguramente atemorizada, pero en sus facciones se reflejaba la firmeza de la decisión que había tomado. No había marcha atrás, parecía decir.

—Pero servirá de poco que usted se arriesgue si luego no son los que creemos que son o no podemos hacer nada de lo que usted querría que hiciéramos. ¿No? —Muy bien, compañero, ¡cómo dices las cosas para que no se te entienda!

Inma no contestó, pero siguió con la mirada fija en el rostro de Meneses.

—A lo mejor deberías dejarla venir —dijo Duhamel.

—En ese caso —intervino el coronel Fedorov, levantando una mano para anticiparse a las objeciones—, también debo acompañarlos a la capital. Abren demasiados frentes contra un enemigo poderoso y notablemente indiferente cuando se enfrenta a la vida humana. Hay pocas cosas que estimulen más la crueldad del ser humano que la promesa de beneficio, que es de lo que se trata, me parece, en el tema de la destrucción del hospital español. La codicia, ¿no? Pero, claro, y no solo en cuestiones de dinero, el primer paso es eliminar la competencia. ¿No le parece? —Este tipo piensa bien.

—Pero a usted no deben verlo por sitio alguno, coronel.

Fedorov se encogió de hombros.

—En tal supuesto, por mucho que me repugne, haré de americano impasible. —Sonrió.

—¿Atumu?

—Es peligroso, pero creo que merece la pena. Nada de lo que estamos haciendo está libre de riesgo.

SERIEDAD ANTE TODO

Aterrizaron en St. Juste a media tarde. Y como en la ocasión anterior, el avión quedó aparcado lejos de la terminal, al lado de los hangares que había al fondo, en la linde del aeropuerto.

Molusque y el imponente Mercedes ya estaban allí esperando.

El primero en bajar fue Atumu. Le siguieron Inma, Fedorov, Meneses y Duhamel, cada uno de estos dos últimos con una bolsa de viaje en la mano, la mía es de Coronel Tapiocca, hale, chúpate esa. Y la mía, murmuró Duhamel, es de Louis Vuitton.

—Os invito a cenar a la embajada —dijo Meneses.

—Está bien, pero antes tengo que ducharme en la casa de mi gente en el zoco —contestó Atumu, sonriendo.

—Lo mismo yo —dijo Duhamel.

—¿Os mando el coche?

—No. Iré por mi cuenta.

—Lo mismo yo.

—Parecéis mellizos. No con el mismo color de piel, pero ya se sabe que los mellizos son de dos óvulos distintos. Nacen al mismo tiempo y no se parecen en nada. Pero hablan igual. Es una verdad científica.

—No digas tonterías.

Había un segundo automóvil, un Toyota Land Cruiser, esperando detrás del Mercedes.

—Es mi coche —explicó Atumu. Y dirigiéndose a Duhamel, preguntó—: ¿Te llevo a algún lado?

—Gracias. ¿Me dejas en Whiskypon?

—Naturalmente. Coronel, ¿usted viene conmigo, no?

—Desde luego, Atumu Kokomo.

—Inma se va contigo, Patrís.

—Claro. La alojaré en la residencia, en la habitación de huéspedes. ¿Le parece bien, Inma?

Esta asintió en silencio, como casi siempre. Se subieron al Mercedes y Meneses ordenó a Molusque que los llevara a la residencia.

—*Oui, monsieur l'amb... monsieur.* —Y al arrancar el coche, dijo—: *Non omnia possumus omnes.*

—Es una manía que tiene —explicó Meneses ante la cara de sorpresa de Inma.

Al llegar a la residencia de la embajada, Meneses convocó al cocinero y le ordenó preparar cena para cinco. También mandó que se preparara una habitación para Inma. La buena de Resurrección, el ama de llaves mujer del cocinero, que no andaba muy lejos, enseguida se asomó diciendo: *Oui, monsieur l'amb... monsieur.* Detrás de ella aleteaba Acropole Marie. Esta es la que hará la cama, porque lo que es Resurrección... Pero, caramba, mira que es fea la condenada, peor que pegar a un pobre. Se echa de menos a la supermodelo. Bueno. Terminadas las disposiciones domésticas, subió a su habitación y se dio una larga ducha. Las cañerías olían a alcantarilla, pero no prestó atención. Ya volveremos a casa, murmuró, y se puso a cantar el *Dio, mi potevi scagliar*, de *Otello*. A veces se hacía ilusiones pensando que cantaba el tercer acto como Plácido Domingo.

Una hora después llegó Duhamel.

—Me tienes que decir tu verdadero nombre. No podemos hacernos amigos si no nos conocemos con sinceridad e intercambiamos confidencias. —Este me va a mandar a la mierda con tanta cursilería.

—Georges, me llamo Georges.

—Anda, como 007, Bond, James Bond, ¿eh? Georges qué más.

—Simenon.

—Venga.

—Palabra. Mi madre se pasó el embarazo leyendo novelas del comisario Maigret y decidió que quería llamarme Georges Simenon.

—Pero tendrás un apellido de familia.

—Poulet.

—¡Eso es pollo en francés!

—Mejor que magret de pato.

—Bueno, sí.

—Y no lo uso. El apellido, quiero decir.

—Ya me imagino. Creo que me gusta más Dupont Duhamel...

En ese momento, Resurrección abrió la puerta del salón y anunció de mala gana:

—El príncipe Atumu Kokomo y *madame la princesse*.

Meneses dio un respingo, se puso de pie y se precipitó hacia la puerta.

Atumu, impecablemente vestido a la europea con una guayabera de hilo, dio dos pasos desde el umbral y se quedó quieto. Sonreía de felicidad y orgullo.

—Merveille y Bijou —dijo, y se apartó para dejarlas pasar.

En apenas un año, Bijou se había convertido en una gacela de ojos almendrados, piernas interminables y la piel color canela que Meneses recordaba tan bien. ¿Diez años, once? ¿Qué tenía? Sí, diez. Detrás de ella entró Merveille. Como siempre, a Meneses se le antojó que una diosa suave y reluciente acababa de aparecer en el salón. Estaba esplendorosa enfundada en su caftán blanco, un guante que marcaba sin pudor su vientre redondo y firme.

—Patrís —exclamó.

—Merveille —murmuró Meneses, joder, Patricio, que se te va a notar. Y fue a darle un abrazo.

—¿Cuánto hace que no nos vemos?

—Bueno, unos meses, aquella vez que pasaste unos días en París esperando a Atumu. Y antes, las Navidades en Nueva York, la semana en Bora Bora... ¡Si no hacemos otra cosa! No dejamos de vernos. Es que me vais a arruinar. Os metéis conmigo porque sustraigo algunas cosillas de los museos de por ahí, pero si no, no doy abasto. Necesito *cash*.

—Eres un bandido. Pero un bandido encantador. En París me hiciste de caballero andante y me mimaste de forma descarada.

Atumu soltó una carcajada.

—No sabes la de regalos y modelos de Dior, la de cenas en restaurantes de tres estrellas que me costaron tus cuidados. Me la devolviste completamente viciada. ¡Y en dos días!

—No la iba a abandonar sin más por una ciudad llena de pervertidos... ¿Y esta señorita?

Bijou levantó la mirada y la fijó directamente en los ojos de Meneses.

—¡Tío Patrís! —exclamó con reproche.

—Pero ¿y tú quién eres?

Bijou, sorprendida, se detuvo de golpe a medio camino entre su madre y Meneses.

—Venga, tío Patrís. Soy Bijou.

—Bijou, ¿eh? ¿Pero cómo te puedes acordar de mí? ¡Si cuando te dejé de ver hace, ¿qué, un año?, eras una pequeñaja, un ratón! Y ahora eres casi tan alta como tu madre... ¿Será posible? ¿Qué comes para crecer así?

—Sí que me acuerdo, tío Patrís —dijo la niña con gran seriedad—. La última vez corrimos por la playa y, al llegar a Manhattan, me regalaste a Teddy, no lo quería porque ya soy mayor y me compraste tarta de queso y castañas asadas.

—Tarta de queso, ¿eh? —dijo Merveille—. ¡Qué callado te lo tenías!

—Duermo con Teddy todas las noches. —Se encogió de hombros—. Y además me decías que no importaba la tarta de queso porque mamá lo sabía.

—Meneses, eres un sinvergüenza mentiroso.

—Es que a la criatura le tenías prohibidos los dulces.

—Era por los dientes.

—Los tiene preciosos, Merveille.

—Ya. Mi trabajo me ha costado.

—También la llevaba a los museos y al menos una vez al ballet. ¿Eso no cuenta? Has acabado siendo bailarina, ¿eh, Bijou? Me lo debes.

—Vale, sí. Ahora voy a clase tres veces por semana.

—Seguro que lo haces muy bien. Me apetece mucho verte bailar.

—¿Te acuerdas de cuando la llevamos a hacer las pruebas para entrar en la escuela del American Ballet del Lincoln Center? —dijo Merveille con orgullo.

—Estábamos los tres como flanes.

Merveille rio alegremente.

—Ya cree ser una estrella, pero le falta muchísimo... —Y tal como lo dijo, quedó claro que la madre sí pensaba que Bijou era ya una estrella.

—¡Mamá!

—Ajá. A ver, Margot Fonteyn, ven a darme un beso. —Meneses abrió los brazos y Bijou se abalanzó a ellos—. Ah, pequeña, el tío Patrís te ha echado mucho de menos... No te sueltes, que me tienes que contar muchas cosas. Bueno, sentémonos y bebamos un aperitivo.

—¿Como en París? —preguntó Merveille.

—No. En París intentaba seducirte con *champagne*. Aquí, delante del

príncipe, no puede ser: me manda a sus guerreros y me cortan a trocitos con sus machetes de colores.

Atumu rio de buena gana y a Merveille no le hizo ninguna gracia.

Desde el principio, la relación de los tres había sido casi equívoca; de un lado, el matrimonio de Atumu y Merveille, enamorados hasta las rodillas; de otro, Meneses en solitario, tan unido a ellos, tan íntimos los tres que se hubiera dicho que eran hermanos y amantes a la vez, tal era el grado de confianza mutua. Muchas veces ni siquiera era necesario que hablaran para comprenderse o para estar de acuerdo en todo. En todo lo sustancial, se entiende, porque, aunque pesaran poco, las diferencias de cultura, de piel naturalmente, de ambiciones, de enfoque, eran apreciables. Durante los cinco años de amistad, se hablaban regularmente por teléfono, por WhatsApp, por correo electrónico y se veían cuando era posible incluso a costa de emprender viajes alocados de un continente a otro. París, Marrakech, Roma, las islas Cícladas, Vientiane y Sri Lanka, Noruega y la Pampa... A Meneses ni se le habría pasado por la cabeza que se le pudiera notar lo enamorado que estaba de Merveille desde el primer día, la pasión que le inspiraba, la sexualidad alborotada que le quedaba cuando se dejaban. En los momentos más agitados, le parecía imposible disimularlo. Sabía que debía apartarse y, sin embargo, el delicioso sufrimiento que le provocaba la mera presencia de Merveille se lo impedía. Mejor sufrir que no verla. Es mi cruz, colega, pero nunca podré traicionar a ninguno de los dos. En mis peores sueños son mis hermanos. Ya ves. Una vez, Meneses llevó a una modelo guapísima y bien simpática y cenaron los cuatro. Fue un desastre.

Inma entró en el salón seguida del coronel ruso.

—Eres Inma —dijo Merveille—. Tenía muchas ganas de conocerte y decirte lo mucho que me apenó vuestra tragedia.

—Gracias —contestó Inma con cierto envaramiento.

—¿Y usted es...?

—Coronel Fedorov, Merveille Kokomo. —El ruso se cuadró y la saludó con ceremonia.

—Ah. Usted acompaña a mi marido.

—Sí, *madame*. Acompaño a su marido.

—No me deja ni respirar, Merveille.

—Mejor. Seguro que te saca de los atolladeros en que te metes.

Atumu se encogió de hombros.

En medio del segundo plato, un pollo en salsa más bien vulgar, Meneses alzó la mirada y, dirigiéndose a Atumu, preguntó:

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Cuándo pensaba decirte qué.

—Venga, hermano, sabes bien a qué me refiero.

—No tengo la más remota idea de lo que estás diciendo. —Sonrió para quitar hierro a la situación.

Pero de pronto, la tensión, o tal vez fuera mera curiosidad, se hizo tan palpable en el comedor que todos callaron. Merveille frunció el ceño y contempló a Meneses con preocupación. Bijou también levantó la cabeza hacia él, segura de que algo raro estaba pasando. Fedorov miró de Atumu a Meneses con los ojos entornados sin mover la cabeza, para detectar cualquier movimiento que estuviera fuera de lugar y debiera causar alarma. Duhamel dejó su tenedor en el plato y se puso a jugar con su boquilla de concha, dejada al lado de su copa de vino. Inma se enderezó bruscamente, prestando atención como si hubiera sido pillada en falta en el colegio.

Meneses miró a Acropole Marie, que estaba pasando una bandeja de patatas fritas, y le dijo:

—Te puedes marchar. —Levantando la voz, añadió—: Y tú también, Resurrección. Bajaos las dos a la cocina. Ya os llamaré. Cierra la puerta al salir.

—¿A qué viene este melodrama? —preguntó entonces el príncipe—. Ni que se nos hubiera aparecido un fantasma.

—Vamos, Atumu, vamos... ¿Cómo se explica la presencia de Merveille en Matambezi? Y más curioso todavía, ¿qué hace aquí Bijou? Y no me digas que echabais de menos esto y que por eso habéis venido de visita. Dime una cosa, Merveille. ¿Cuando hablamos por teléfono el otro día y me diste una lección de tecnología digital, ya sabías que ibas a venir? —Ella se limitó a mirar a su marido sin decir nada—. ¿Por eso me pediste que lo protegiera? Hasta que llegaras, ¿eh?

Merveille no contestó. Solo sonrió débilmente.

—Patrís, tú sabes que no tengo secretos para ti —intervino entonces Atumu con voz solemne. En otra ocasión, Meneses le habría recomendado que no se pusiera intenso, pero esta vez comprendió la importancia de lo que

estaba sucediendo y se cuidó de no interrumpirlo—. Si no hemos hablado de esto hasta ahora, hermano mío, es porque no podíamos hacerlo por un método distinto a la conversación cara a cara. Nunca se sabe quién está escuchando...

—¡Venga, Atumu! Llevamos días juntos y no se te ha ocurrido contármelo hasta ahora, y eso porque he sacado yo el tema.

Atumu sonrió.

—Ah, Patrís, desdeñas tu capacidad de convencimiento y el respeto que me inspiras. No quería ponerme en la tesitura de verme obligado a revisar mis decisiones. Desde luego, sabiendo lo que me ibas a decir, habría sido más sensato hacerte caso. Pero..., pese a todo, seguiré adelante. Ya ves, comemos pollo con patatas como si tal cosa... No está muy bueno. —Sonrió de nuevo—. Hace unos días me dijiste que no hiciera venir todavía a Merveille. Supuse que ya habías comprendido.

—¿Se puede saber lo que está pasando? —preguntó Duhamel no sin brusquedad—. Cualquiera diría que...

Meneses levantó una mano para que se callara.

—Espera, Simenon. No digas nada. ¿Atumu?

Este, sentado en su silla como si fuera un trono, miró despacio a cada uno de los comensales y suspiró. Apoyó las dos manos sobre la mesa, cerró los ojos y dijo:

—He tomado la decisión de proclamar la independencia de Buyumbura. Tú lo sabías, Patrís, desde tiempo atrás. No sabías que iba a ocurrir ahora cuando la oportunidad se presenta y a lo mejor hasta piensas que me adelanto a lo que es conveniente. ¿Habría que esperar? Tal vez, pero nunca encontraríamos el momento. En fin, asumiré provisionalmente el liderazgo de mi país y, como dicen en Estados Unidos, Merveille será la primera dama. Esa es la razón por la que la he hecho venir, en efecto..., y Bijou, naturalmente. Cuando regresemos a mi nueva capital, convocaré una rueda de prensa, nunca faltan periodistas por aquella zona turbulenta, y declararé que queda constituido el nuevo Estado.

Se había producido un silencio profundo, que solamente interrumpió la voz tranquila de Meneses:

—Y te caerán encima los mercenarios de Hockansmith y las tropas de élite del presidente vitalicio, general Wa-TuTu. Yo me pondría un casco.

EL NOBEL DE LA PAZ

—Vamos a ver. Repensemos un poco todo esto —dijo Meneses cuando, con una excusa banal, se retiró brevemente con Atumu al despacho del embajador—. Pisamos terreno resbaladizo y muy, muy peligroso. Si antes de que hagas la declaración, Wa-TuTu se entera, nos caerá encima, repito, como un saco de martillos. Si ocurre después, nos caerá encima como dos sacos de martillos. Este es un juego extremadamente delicado y la esencia está en el manejo de las oportunidades.

—Las únicas oportunidades que tenemos, Patrís, están en nuestras armas, en mis guerreros y en los rusos. Y en la corrupción e ineptitud de Wa-TuTu.

—No son suficientes.

—Mi gente es mejor que la pandilla de asesinos patosos que sirven a Wa-TuTu.

—Te olvidas de los mercenarios de Hockansmith, si es que siguen aquí, y de la CIA de Hockansmith. Este tipo está en todos lados y ya sabemos cómo opera. No. Por muy profesionales que sean los tuyos, esta gentuza puede con nosotros. Tienen más armas, supongo que aquella noche del hospital español metieron en el país hasta armamento balístico de corto alcance, ya sabes, misiles como los que usa el amado líder padre de la patria en Corea del Norte y qué sé yo qué más. Solo con eso nos destruirán.

—Yo también tengo. Son de fabricación rusa y su alcance es de dos mil quinientos kilómetros. Ya ves.

—Pues sería mejor que los usaras primero. Y además, si hay lío, entrarán los americanos a proteger al presidente vitalicio y a garantizar el mar de petróleo y coltán que hay debajo de nosotros. Son compañías petrolíferas y mineras americanas. No van a permitir que una tribu de negros, perdón, de negratas, les estropee el negocio. Vamos, Atumu. Tu esperanza sería que los países de alrededor decidieran intervenir para desensillar al líder vitalicio.

¿Pero tú los ves haciéndolo? ¿Una nueva guerra del Congo? Qué va.

—Nadie quiere una nueva guerra del Congo, Patrís. Acaba habiendo demasiados muertos, demasiada destrucción. Precisamente por eso, Buyumbura sería un factor de estabilidad. Y encima está lejos de los pozos de petróleo. No, los americanos defenderían los pozos y no otra cosa.

—Si esto fuera Luxemburgo, habría algo de racionalidad en lo que dices. Luxemburgo como factor de estabilidad no está mal. ¿Pero Buyumbura? ¿Rodeados de hutus, tutsis, guerrillas, obispos católicos y la madre que los parió a todos? Venga.

—Estoy comprometido. Me cuesta mucho trabajo echarme para atrás ahora. Hace tres días me reuní con el consejo de ancianos y decidimos que había llegado el momento. —Y como si se le ocurriera en ese instante—. La presencia de Merveille es muy significativa además.

—Para nada en absoluto. Hace falta ser adivino o conocerte demasiado bien para leer la intención que hay detrás de la venida de Merveille a St. Juste. No. Merveille ha venido a visitar a los ancianos y ancianas de la tribu para presentarles a Bijou, que ya iba siendo hora, y ese es el relato del que no nos apartamos ni un milímetro. Turismo y nada más que turismo, colega. Incluso, si es necesario, nuestras dos niñas se vuelven a París a pasarse un par de semanas en el Georges V. —Y, de paso, se llevan a Virginaly—. Eso te da margen para retrasar las decisiones que hagan posible tu declaración. Me parece que hay algunas cuestiones estratégicas que debemos plantearnos y resolver antes que nada.

—Qué cuestiones estratégicas.

—Hombre, caramba. Ahora que no nos oye nadie, ¿te has planteado seriamente lo que quiere decir que tengas al ejército ruso metido en tu casa? No es una bagatela. ¿Putin con los dos zapatones plantados en el África Ecuatorial? Eso no es que altere las coordenadas en esta mísera región. Altera las coordenadas estratégicas del mundo entero. Esto puede acabar siendo una nueva Siria. ¿Has visto lo que está pasando en Siria? Los rusos aliados con el régimen de Al Assad tirando bombas de racimo sobre las cabezas de los insurgentes. Los gringos ayudando a los rebeldes junto con los iraníes e intentando entenderse con los turcos, que se han ido a la cama con los rusos. Los locos del ISIS haciendo la guerra por su cuenta, los iraquíes zurrando al Kurdistán y peleando con los iraníes, los palestinos a ver qué sacan y los franceses bombardeando por su cuenta... Traslada el problema aquí y lo de

Siria te acabará pareciendo una verbena.

—No, Patrís. No he nacido ayer. Sé bien lo que pretenden los rusos: si me apuntalan en mi nuevo país, acabaré siendo un satélite de Putin. Eso está claro. Pero solo lo acabaré siendo en una situación de guerra. Lo que debo hacer es impedir que haya una guerra. Si conseguimos hacer que todo esto ocurra sin violencia, en Buyumbura habrá una enorme embajada rusa de doce pisos, misiones de ayuda humanitaria, hospitales, un estupendo aeropuerto...

—... Que los rusos están reparando de noche por aquello de que las guerrillas son muy puñeteras...

—... Escuelas y una misión comercial permanente a la que venderemos el coltán.

—No, el coltán es mío. Me lo tienes prometido.

—Ya veremos. —Sonrió.

—Te van a dar el Premio Nobel de la Paz.

—Hablo en serio.

—Bueno, pues el de Economía. Ya sé que hablas en serio. Ya lo sé, ya. Eso es lo que me preocupa. Venga, Atumu, tomémonos un par de días para pensar las cosas. Déjame discurrir un poco. Y mientras tanto jugaré a ser turista, que me vean visitando museos... Oye, ¿hay museos en St. Juste?

—Uno de joyas tradicionales y figuras de barro casi prehistóricas.

—Anda, eso me interesa.

—Ni se te ocurra.

—Bueno, tú déjame a mí. Tú a lo tuyo y yo a lo mío y Dios en lo de todos.

—Sí, pero no en el museo de antigüedades. Hay mucho robo en la capital.

—¿Quién ha dicho nada de robos?

—Yo me entiendo, Patrís. Mientras tanto, pensemos en resolver lo que nos ocupa. Por cierto, me gustaría incorporar a Fedorov a este *think tank*.

—Claro..., y a Duhamel. Es un sinvergüenza de ideas retorcidas, pero conoce muy bien el terreno. Nos será muy útil.

Se levantaron ambos y Atumu dio a Meneses una palmada en el hombro. Volvieron al salón. Sentadas en el sofá inmaculadamente blanco y abrazadas, Merveille y Bijou hablaban en voz baja. De vez en cuando reían y enlazaban las manos. Ya sé cómo va a acabar sonando ese gorjeo de Bijou; y los muslos. Meneses, por Dios. No seas bestia. Pero acabarán siendo como los de su madre.

—He invitado al obispo, monseñor como se llame...

—Kualungu —dijo Atumu.

—Eso, Kualungu..., a tomar un té un día de estos sin fijar fecha aquí en la embajada, que es una cosa muy fina. Está tan contento que no sé si vendrá con mitra.

—¿Por qué? —preguntó Merveille—. ¡Si es un sinvergüenza que no merece vestir los hábitos que lleva! Todo el mundo sabe en Matambezi que hospeda en el obispado a unos seminaristas muy jóvenes...

—Ya. Pero entre castrarlo por pederasta o usarlo como peón, prefiero esto último. Un príncipe de la Iglesia en la corte corrupta de Matambezi. —Dejó que se le escapara una carcajada corta y probablemente siniestra.

—No te entiendo —dijo Merveille.

—Shhh. No me desvíes de mis lucubraciones, que todavía no están redondas. Necesito saber lo que sabe Wolowolo, que es mucho. Me parece que no voy a tener más remedio que hablar con él. Y mira que no me gusta el tipo.

—No te entiendo —repitió ella.

—Tú tranquila, que estoy en plena formulación de un perfil psicológico. Veamos: entre preguntar a Wolowolo o preguntar a Hockansmith, me inclino por el primero, que me parece menos firme en sus convicciones. El bueno del tejano se me antoja más bien granítico y seguro que si le pregunto, me manda a la mierda...

—¡Tío Patrís!

—Perdona, cielo... *Ergo*, Wolowolo. Este muchacho con sus camisas de flores y sus malos olores es un típico policía represor: seguro de sí mismo mientras tiene la pistola y puede ir por ahí de chulo apoyado en la tiranía del régimen al que sirve. Pero en cuanto se le aísla y se le pregunta con firmeza, sus convicciones se derrumban. Típico. Científicamente probado.

—Estupendo, Patrís. Ya me dirás cómo se hace eso. Ya lo hablamos el otro día en la selva cuando estábamos viendo el hospital español, bueno, lo que queda de él, y ya quedamos en que no se podía hacer.

—Es sencillo. Es cuestión de preguntarle con amabilidad.

—¿Lo invitas a comer sopa de corazón de lagarto y le dices a ver cuénteme?

—Más o menos, aunque me parece que habrá que prepararlo anímicamente primero.

—Ya —dijo Merveille, riendo—. Vamos, que no sabes cómo hacerlo.

—No, la verdad es que no. Pero ya se me ocurrirá.

—Si puedo intervenir... —dijo entonces Fedorov, que, sentado en uno de los butacones, había permanecido en silencio.

—Claro, coronel —afirmó Atumu.

—Tal vez fuera bueno comprender que lo que me dispongo a sugerir no debería llegar a oídos infantiles, Atumu Kokomo.

—Entiendo. Merveille, ¿por qué no salís tú y Bijou al jardín un momento?

—Porque hace mucho calor.

—Ay, papá —interrumpió Bijou—. Ya soy mayor. No es justo que me tratéis como a un bebé.

—Bijou, hay cosas que una niña, aunque sea mayor, no debe oír. Es igual que cuando no te dejamos ver películas para adultos. ¿No?

—¡Pero no me importan nada! Las únicas que no quiero ver son las de miedo y de muertos vivientes.

—Pues esto también. No es que te vaya a dar miedo, es que es para mayores. Obedece, anda.

Bijou se levantó del sofá y ante el ademán de su madre de hacer lo mismo, exclamó:

—Déjame. Ya voy yo sola, que para eso soy mayor.

Y salió del salón con la cabeza alta y el gesto ofendido.

—Lo siento. Los niños son así y hay que respetarlos.

—Naturalmente, Merveille Kokomo. Es normal.

—Bueno, volvamos a lo nuestro —dijo Meneses.

—Muy bien, señor Meneses. Esto que usted propone, y ya propuso en la selva, torturarlo con electrodos, es fácil de llevar a la práctica. Wolowolo está siempre rondando alrededor de ustedes. Me parece que no se fía de nuestras intenciones. —Sonrió—. Nada será más sencillo que montar una pequeña operación para secuestrarlo y ponerlo a buen recaudo, de tal modo que pueda usted, señor Meneses, tener esa conversación que pretende.

—¿Estáis hablando en serio? —preguntó Merveille no sin alarma.

—No se puede evitar —contestó Atumu. Merveille frunció el ceño, sacudió la cabeza y no dijo nada.

—¿Y cómo va a hacerlo? —preguntó a su vez Meneses.

—No se preocupe. Deme unas horas.

—¿Va usted a secuestrarlo aquí, en territorio enemigo?

—Precisamente porque es inconcebible y nunca se lo esperarían. Viven del

terror, como usted dice, y se sienten intocables. En fin, tengo a dos de mis bravos hospedados en el Accorhotel...

—¡Pero...!

—No hay peligro de que sean descubiertos. Se lo garantizo. Bien, el problema no es secuestrar a Wolowolo, sino decidir dónde lo retenemos.

—Aquí no puede ser —dijo Atumu.

—No, claro que no. Dios mío, ¡en la embajada de España! —exclamó Duhamel, que parecía despertar de su letargo.

—Cabría llevárselo a Buyumbura —sugirió Meneses, pero luego hizo un gesto negativo y añadió—: No, perderíamos demasiado tiempo.

—Hay otra solución —dijo Duhamel.

—¿Ah?

—Podemos encerrarlo en el Whisky pont. Hay un doble sótano. En el primero guardamos las cajas de botellas, cervezas y refrescos, y el otro, que queda detrás, está vacío.

—No sé. ¿Está insonorizado?

—Está en el fondo, Patricio, debajo de, al menos, uno de los bancos de altavoces. Hombre, para hacerle preguntas, como tú dices, me parece que vamos a tener que limitar los interrogatorios a las horas de apertura, que de todos modos son muchas. Pero insonorización hay. A la fuerza. Los sótanos están excavados en la roca, en la poca roca que había para impedir que el río lo inundara todo allí abajo.

—No dejas de asombrarme, Duhamel. ¿Cuándo hacemos esto, coronel?

—A la mayor brevedad.

—Muy bien.

—Le enseñaré los sótanos —dijo Duhamel.

—Y si esto sale mal, siempre nos quedará el Rothko, ¿eh, Atumu?

—Cuestión de oportunidad y de poder salir a tiempo, hermano.

—No os reconozco —dijo de pronto Merveille, hablando bruscamente y con enojo. Meneses nunca la había oído expresarse con tanta vehemencia, con tan evidente disgusto—. Esto no son bromas. Habláis de secuestrar a un hombre, encerrarlo, torturarlo y hacerle confesar dios sabe qué cosas. De verdad que no os entiendo. Me parece horrible esto que decís.

Meneses —recordando la justicia somera con la que se había tratado a los ladrones que cruzaban el río silenciosamente en barcazas— miró a Atumu y luego desvió la vista. Con voz pausada, Atumu dijo:

—Lo siento, Merveille. Este es un mundo salvaje...

—Sí, pero no creí que pudieras rebajarte a su nivel, marido mío.

Atumu juntó las manos e inclinó la cabeza.

—Este es un mundo salvaje —repitió— y no nos queda más remedio que ensuciarnos en él si queremos llevar a cabo nuestra misión. Bien podría ordenar que por humanidad se dejara intocado a Wolowolo. Entonces, Merveille Kokomo. —Este recordatorio de su rango y de la responsabilidad que conllevaba hizo que Merveille diera un respingo apenas perceptible. Suspirando profundamente, miró a su marido a los ojos. Se le habían saltado las lágrimas—. Entonces, Merveille Kokomo, estaríamos traicionando a nuestra tribu, a nuestra gente, a la misión que nos une a ellos y —levantó un dedo— a lo que nos hemos comprometido a hacer en nombre de los buyumbura y de nuestros padres. Mi padre me lo hizo jurar en su lecho de muerte.

Meneses miraba a ambos como si no hubiera nadie más en la habitación. Joder, joder, joder, compañero, no quiero esto. Que lo vais a acabar pagando de la manera más horrible. ¿Qué haré yo entonces? No quiero ese dolor, no quiero quedarme con Bijou... a solas... Ah, bah. Venga, Meneses.

—Pues no quiero este mundo —protestó, abrumada por la responsabilidad que Atumu descargaba sobre ella. Después, como si hubiera adivinado el pensamiento de Meneses, insistió—: No quiero esto.

—Tiene que ser así. No puedes imaginar cuánto me duele imponértelo y cuánto me angustia imponérmelo a mí mismo. —Resopló, hinchando los carrillos.

—Pero ¿qué ha hecho? Wolowolo, ¿se llama así, no? ¿Ser policía? ¿Qué ha hecho?

—Wolowolo es un asesino de la peor especie y merece castigo. Él estaba allí, donde el hospital de los españoles, matando a gente inocente del modo más salvaje. ¡Doce niños, Merveille! Es una alimaña. No lo olvides, mi amor, porque si esa gente triunfa alguna vez, no te dejará vivir. Correrás la misma suerte que los compañeros de Inma. No. Hay que impedirselo. Deben ser eliminados de la faz de la tierra para que pueda volver la decencia.

—Dios mío, Atumu, si ese es el método para devolvernos la decencia, ¿no te arriesgas a acabar igual de mal que ellos? ¿Por qué no puede hacerlo otro? —preguntó con desesperación.

—Porque, como decía un presidente americano, *the buck stops here*, aquí

es donde se detiene la responsabilidad, no hay nadie más. Por encima de mí no hay nadie más. —No quiso ya mirar a Merveille. Se volvió hacia Fedorov —: Sigán adelante, coronel. Duhamel, contamos con tu sótano.

—Por supuesto. Lo acondicionaré hoy. —Sudaba y estaba muy pálido.

—No lo pongas muy confortable, colega. Coronel, una cosa más.

Mientras Merveille salía del salón derrotada y con cara de inmensa pena, acabados sus argumentos, Meneses se llevó a Fedorov a una esquina y, en un murmullo, le espetó:

—Usted sabe que Wolowolo no saldrá vivo del sótano.

—Desde luego —contestó con total frialdad—. Tomaremos las disposiciones necesarias para hacerlo desaparecer una vez que se haya producido su fallecimiento.

Este habla que esculpe. Joder con el zar de todas las Rusias.

—Me avisará cuando lo tengan.

—Desde luego, señor Meneses.

—E iremos a empezar el interrogatorio —dijo Atumu.

—Tú no, compañero. No debes aparecer por ningún sitio. Es más, cuando Fedorov nos avise de que la operación está dispuesta, tú y yo invitaremos a tu hermano a comer en La Tour Eiffel. Mira, hombre, sería un detalle invitar a monseñor como se llame...

—Kualungu.

—Eso, Kualungu, a sumarse al almuerzo. Seguro que bendice los manjares y luego se pone tonto de champán. Los curas es lo que tienen.

Salieron de la embajada en el Mercedes (pongamos el banderín por una vez, que para eso llevamos una princesa a bordo; esto no es serio). Molusque, *fluctuat nec mergitur*, arrancó con la solemnidad acostumbrada y se dirigió lentamente hacia la calle por la cancela que custodiaban, más o menos erguidos, los dos jardineros. Meneses se había informado de dónde se encontraba el museo arqueológico de St. Juste, próximo a la catedral, y decidió llevarse a Bijou a visitarlo. Era el antiguo Liceo Francés de cuando antes de la independencia, un edificio de cemento gris y ventanas alargadas, construido sobre pilotes para evitar la humedad del suelo. Un policía gordo y aburrido, sentado en una silla de madera frente a una mesa que había sido pupitre del colegio, cobraba un franco por visitante, al que después indicaba

la escalera por donde subir a las salas.

Salas era mucho decir: un par de aulas, en cada una de las cuales había una vitrina central, de parte a parte, y cuatro más adosadas a las paredes. Los focos de LED colocados estratégicamente sugerían que alguien, algún director, había tenido el cuidado de modernizar el museo dándole un aspecto de decidida funcionalidad. En cada sala, instaladas en un ángulo del techo con la pared, había sendas cámaras de un circuito cerrado de televisión. Meneses se movió de un lado a otro para ver si se encendía algún testigo y, en efecto, una luz roja en el costado de cada cámara iba registrando sus pasos. Vaya, hombre, esto va a ser más difícil de lo que creía. Cogió a Bijou de la mano. «Vamos a ver todo esto, niña».

—¿Qué es?

—Bueno, son cosas que se hacían en esta zona hace muchísimos años y que servían para que las mujeres se pusieran joyas, igual que ahora, o guardaran, yo qué sé, perfumes o no sé...

Bijou se encogió de hombros.

—En clase de miss Smith también hacemos cosas de barro, cacharros y ceniceros, y los pintamos, aunque miss Smith dice que solo es para aprender porque no deben hacerse ceniceros, que fumar es malo...

—Ya.

—Y entonces, ¿por qué guardan todas estas cosas en armarios?

—Solo porque son muy antiguas y parece un milagro que estén enteras. Además, para los científicos, tienen mucho valor porque les permiten saber cómo se vivía hace miles de años...

—¿Solo por una vasija?

—Pues sí.

—Qué tontería.

—Ya ves.

Solo las vitrinas centrales estaban aseguradas con unas cerraduras que parecían sofisticadas (bueno, relativamente sofisticadas) y a prueba de ladrones. Al lado de cada pieza, un pequeño cartel la describía explicando su procedencia, su antigüedad probable y el material de que estaba hecha. Solo un armario adosado a una de las paredes contenía abalorios en oro, pulseras engarzadas de esmeraldas y piedras duras, grandes pendientes y collares, todo en orfebrería algo primitiva. Meneses vio que también había un cerrojo en un costado del armario. Nada de esto me parece muy seguro, qué quieres que te

diga: pasto para ladrones. Que hay mucho ratero por ahí. Se lleva uno la vitrina y hale.

En una de las vitrinas alargadas, le llamó enseguida la atención una pequeña tableta de barro procedente del lago Kivu llena de letras en relieve. ¡En relieve! Eso sí que era extraordinario e indicativo de técnicas avanzadas de escritura y grabación. Al lado de la tableta, un pequeño cartel explicaba en francés que se trataba de un texto cuneiforme probablemente del siglo V antes de Cristo, que contaba cómo eran los meandros del río en los que estaban presentes animales-dioses a veces benevolentes y en otras ocasiones, vengativos. Al parecer, después de estas explicaciones, el relato se detenía bruscamente.

Bijou y Meneses estuvieron así, dando vueltas por el museo, mirando teteras («¿Tomaban té entonces, tío Patrís?») y riendo con las ocurrencias de cada uno, a cual más disparatada. Al cabo de quince o veinte minutos, apareció un joven casi sin aliento. Había subido las escaleras de dos en dos y tuvo que detenerse en el umbral de una de las dos salas respirando con esfuerzo. Bijou y Meneses estuvieron mirándolo con cara de cómica sorpresa hasta que el muchacho pudo hablar.

—Soy el conservador del museo. Siento no haber estado al llegar ustedes. ¡Una visita tan importante!

—No se preocupe, hombre de Dios, que le va a dar un síncope —dijo Meneses—. Estábamos aquí tranquilamente, visitando la exposición...

—Pero es que me avisaron tarde, *monsieur l'amb... monsieur*, y me he dado toda la prisa que he podido. Perdón, perdón... —El pobre chico se retorció las manos de desesperación.

—No se apure, que no pasa nada.

Hasta Bijou se sintió en la obligación de abrir mucho los ojos y decir «Hola», un saludo que tuvo la virtud de calmar al joven en el acto.

—Lo siento, lo siento.

—No, hombre, no lo sienta, no tiene importancia. Y ahora —añadió en un tono tranquilizador—, enséñenos su museo.

El joven, que enseguida les dijo llamarse Jean Jacques Dembelé, procedió a explicar, pieza por pieza, el tesoro de Matambezi.

—Es de gran valor arqueológico porque tiene piezas irrepetibles, insustituibles, sí...

—¿Dónde estudió usted, Jean Jacques?

—Ah, en la Universidad de Toulouse, sí, hice la licenciatura en la Universidad de Toulouse.

—Ah, ya. Y este museo, ¿de quién depende, quiero decir, en qué departamento está ubicado?

—Ah..., dependemos del Ministerio de Cultura, Educación y Medicina.

—¿Medicina?

Dembelé sonrió de pronto y se le iluminó la cara.

—Medicina, sí. Nadie sabe muy bien por qué. Las mentes de los gobernantes son insondables.

—Vaya, lo son en cualquier sitio en donde haya un gobierno. Insondables y muy ilógicas...

—¿Qué quiere decir inson-da-bles?

—Tontas, Bijou, quiere decir tontas.

Los tres rieron, aunque Bijou no había comprendido muy bien la broma.

—Hay una cosa que me preocupa, Jean Jacques. La seguridad aquí no parece muy exhaustiva. Quiero decir que cualquiera podría venir aquí y llevarse todas estas joyas arqueológicas, ¿no?

—Sí, claro, siempre y cuando no se topara conmigo.

Meneses dejó que se le escapara una risita.

—Va a tener usted que darse más prisa en llegar cuando le hayan avisado, porque si no, para cuando llegue no quedará nada.

—No, *monsieur l'amb... monsieur*, ¿quién se va a querer llevar unas cosas que a nadie interesan y de las que nadie conoce el valor?

—Ah, pues es verdad. Nadie va a querer hacerlo... Pero entonces, ¿para qué tienen esas cámaras encendidas? —preguntó Meneses, señalándolas con la barbilla.

—Ah, están apagadas, no filman nada.

—¿No?

—No. Están ahí como si fueran espantapájaros. Cuando se mueven y se encienden, la gente se abstiene de tocar o de coger nada.

—Mira qué bueno, ¿eh? Sencillo y eficaz.

—Sí, señor. La admonición obra milagros.

En ese preciso instante hizo su entrada Fedorov. Iba impecablemente vestido a la europea, a la europea de explorador vestido de Armani, se entiende.

—¡Señor Fedorov! Qué placer verlo. Permítame que le presente al señor

Dembelé, director del museo.

—¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias. Ha venido a visitarnos en un buen momento. Podríamos volver a realizar la visita. Es interesante, pero no muy amplia.

—Se lo agradezco muchísimo, señor Dembelé, pero vamos a tener que dejarlo para otro día. —Dembelé, confuso, alzó las cejas—. Sí, señor director. *Monsieur l'amb... monsieur* Meneses esperaba una visita importante y acaba de llegar. La hemos acomodado en el salón.

—Ah, muy bien. Siento muchísimo tener que posponer nuestra nueva visita... ¿A mañana, quizás?

LA CONFESIÓN

El olor a humedad en la cueva aquella era muy fuerte. Mezclado con el de podredumbre, de descomposición vegetal y animal (ratas, supongo), se hacía insufrible. Colgaba del techo una mísera bombilla que apenas si iluminaba la parte central del zulo. El resto estaba en oscuridad. Solo cuando Meneses o Fedorov se movían, su sombra cambiante se reflejaba débilmente en la pared, creciendo o disminuyendo cuando se acercaban o alejaban. Resultaba inquietante para Wolowolo, que, atado y maniatado sobre una silla de plástico, miraba a ambos con la cara desencajada y los ojos muy abiertos de puro terror.

—Ah, querido amigo —dijo Meneses—, me alegro de que haya podido venir. Estamos reunidos los tres para intentar que resplandezca la verdad y todos participemos de ella. Esta situación —prosiguió con calma— me trae a la memoria el mito de la caverna de Platón. ¿Has oído hablar de él? Aunque, bien pensado, lo más interesante son las explicaciones de Heráclito y de Parménides a las imágenes del maestro de filósofos. —Se acercó a Wolowolo y, repentinamente, le propinó una fuerte bofetada sobre la sien con la mano abierta—. ¡Diablo! —masculló—, duele. Quien bien te quiere te hará llorar. Eso decía mi padre cuando me castigaba, aunque yo creo que no me quería nada.

A Wolowolo se le habían saltado las lágrimas y le caía un reguero de saliva de las comisuras de la boca. Refulgía su diente de oro. Olía poderosamente a sudor.

—En fin, por volver al mito de la caverna de Platón... Él imaginaba una caverna en la que los hombres estaban sujetos con cadenas de tal modo que no podían darse la vuelta para conseguir ver el mundo real que tenían detrás; solo veían en las paredes de delante las sombras de la realidad iluminadas por una hoguera. Por hacerte la historia corta, uno de ellos conseguía zafarse,

salía al mundo real, se deslumbraba y regresaba al interior de la caverna para intentar librar a los compañeros de las cadenas. Y... no me estás escuchando. Haz el favor de atender. Ah, y siempre te lo he querido decir: lávate. — Meneses dio una nueva y violenta bofetada en la cara de Wolowolo, que gimió lastimeramente mientras su cabeza rebotaba hacia atrás y después volvía hacia delante para acabar apoyándose en su pecho—. Veo que tu resistencia es grande, amigo mío, más que la de un cubano al que tuve que interrogar hace poco en Taskent. Lo lamento porque al final me tendrás que contestar sinceramente a las preguntas que no tengo más remedio que hacerte y cuanto más tardes en hacerlo, mayor será tu dolor, mayor será el sufrimiento que soy el primero en querer ahorrarte. Coronel Fedorov, ¿sería usted tan amable de explicárselo a nuestro amigo aquí presente?

—No he hecho nada —balbució Wolowolo—. No sé qué queréis de mí, no he hecho nada —repitió con desesperación—, soy un policía y no...

—Ay, ayay, ayay —dijo Meneses con el mismo tono tranquilo—, tu situación es bastante precaria, porque tú y yo sabemos lo que has hecho y sabemos que no mereces vivir.

—No he hecho nada...

—...Y, sin embargo, te voy a dar una oportunidad de salvar tu mísera existencia... Una sola... Pero antes permíteme que termine el cuento de la caverna de Platón. Ya habíamos quedado en que cuando el que se había librado de las cadenas se dio la vuelta y pudo contemplar la realidad con sus formas y sus colores, quiso regresar al fondo de la cueva y contar a los demás lo que había visto. Quiso liberarlos, pero los encadenados no le creyeron, se rieron de él y quisieron matarlo. ¿Ves? Las sombras son la imaginación, el panorama fuera de la caverna es la realidad. Los discípulos de Platón, Heráclito y Parménides quisieron explicarlo. Para Heráclito, el mundo de la caverna era el mundo de lo mudable; para Parménides, el mundo real de fuera de la cueva era el de lo eterno. La opinión y la verdad. Eso es a lo que te enfrentas. Yo opino que vas a querer mentirme, pero la verdad es que me lo vas a contar todo.

—Para tener a un pequeño malhechor —dijo entonces el coronel en ruso— a punto de interpretar *Crimen y castigo*, se toma usted demasiadas molestias, *gaspadín* Meneses. Será mejor que me ocupe yo de las dificultades de Wolowolo con la verdad...

—¿Cómo sabe que hablo ruso, coronel?

—Por cómo ha pronunciado Taskent. Soy un cuidadoso observador de la realidad.

—En España decimos que eso no se lo cree ni usted.

Fedorov sonrió.

—En realidad, me lo dijo Atumu Kokomo. No es fácil aprender idiomas y además hablarlos sin acento. Su ruso es excelente.

—Es una de mis pocas habilidades. Y le señalo que se puede ser un idiota en muchos idiomas.

—¿Cuántos habla?

—Bah.

Fedorov se volvió hacia Wolowolo.

—Lo que queremos que nos diga usted es muy sencillo. Verá: ¿qué transportaron a través del río al lugar de emplazamiento del hospital español?

—¿Transportar? No entiendo...

—No obstante, la pregunta es sencilla: ¿qué llevaron a través del río la noche en que mataron a dos médicos, tres enfermeras y cinco monjas, además de otras treinta personas?

—No sé... No sé... No sé de qué me habla —insistió Wolowolo con voz lastimera—. No estaba allí. No he matado a nadie.

Fedorov miró a Meneses, que se había apartado unos pasos.

—Me parece que este hombre no entiende las cosas que le decimos ni lo importante que es para él contestar con veracidad. —El ruso sacó de uno de sus bolsillos una navaja de dientes de sierra y la acercó a la cara del prisionero, que se echó hacia atrás con fuerza. Sin mediar palabra, Fedorov le tocó la sien izquierda con la punta de la hoja y con el mismo gesto le cortó de arriba abajo. Wolowolo dio un grito desgarrador.

—No, no... —volvió a gemir. La herida, que al principio pareció un corte limpio y blanco como si se hubiera sajado un papel con una cuchilla, de golpe se llenó de sangre, con un borbotón instantáneo. Primero se inundó todo el lado izquierdo de la cara, la sien, el carrillo y la mandíbula, todo al tiempo. Y luego empezó a manar mansamente, con abundancia.

—Aj —dijo Fedorov, sacudiéndose la manga derecha de la camisa, salpicada de sangre.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Meneses.

En la hoja metálica de la puerta de la cueva sonaron unos golpes secos, aunque no muy ruidosos. Al menos eso le pareció a Meneses: como dados sin

ánimo de escándalo por quien estuviera pretendiendo entrar.

—¿Quién va?

—Duhamel.

—¡Hijo mío! —Entreabrió la puerta—. El día menos pensado me vas a matar de un infarto.

—¿Está todo bien?

—Sí. Todo bien. ¿Se oye algo?

—No.

—*¡Monsieur, monsieur! ¡Monsieur Dupont!* —gritó de pronto Wolowolo—. *¡Socorro! ¡Ayúdeme!* —Pero el grito se disolvió en un largo quejido cuando el coronel lo volvió a tocar con la punta de la navaja por debajo de la mandíbula.

Duhamel levantó las cejas, pero Meneses hizo un gesto negativo. A Duhamel le espantó la expresión de su cara y decidió retirarse en silencio, sin hacer más preguntas.

En la cueva no se oían más que los jadeos del policía, pero se sentía la vibración de los altavoces que había encima de donde estaban.

—Voy a volver a hacerle la pregunta —continuó por fin Fedorov. Con un pañuelo grande que traía en otro de los bolsillos de su chaqueta tropical, le secó la sangre que seguía manando mejilla abajo. Lo hizo con brusquedad, con lo que la herida quedó limpia solo durante un segundo, pero enseguida volvió a llenarse de sangre—. Es sencillo. Vayamos desde el principio, ¿sí? Usted es miembro de la policía secreta de Matambezi. —Wolowolo no contestó—. ¡Conteste, hombre! Esta pregunta es bien fácil. Y míreme cuando estoy hablando. —Fedorov le agarró la cabeza con una mano de tal modo que su pulgar quedara justo encima de la herida. Apretó con fuerza y Wolowolo dio un grito—. Diga algo... No quiero hacerle daño, hombre.

—Tengo mujer y dos hijos... Por favor, piedad.

—¿Piedad? —exclamó entonces Meneses desde el fondo de la cueva—. ¿Piedad? La misma que tuviste tú en la selva con las monjas, ¿eh?

—No sé nada...

—Sí que sabe: es usted de la secreta y su obligación es saberlo todo.

—Usted también. ¿Para qué me lo pregunta si lo sabe? Soy de la policía secreta del general, pero no tengo nada que ver con lo de la selva.

—¿Ah, no? —dijo Meneses—. Si te vieron, hombre. Te vieron allí fumando, seguro que ibas ciego de marihuana y riendo con cada tipo al que

disparabas.

—Estaba allí, pero no hice nada. Fueron el tejano y los mercenarios...

—¡Acabáramos! O sea que estabas allí como un monaguillo mientras los demás se llevaban por delante a un montón de niños y a otro montón de viejos, ¿eh?

En ese momento, Meneses vio un destello de inteligencia en la mirada de Wolowolo. Este cabrón está pensando en cómo limitar los daños.

—Este tipejo —dijo en ruso— está calculando qué es mejor para su salud: decir que estaba allí matando gente y callarse lo que estaban trasportando por el río o al revés. Lo que intuya que más le conviene. ¿No le parece, coronel? —Fedorov hizo un gesto afirmativo—. Y —continuó Meneses en francés— ¿qué hacías entonces?

—Nada..., nada. Acompañaba al tejano... —Wolowolo se retrepó en la silla viendo que Meneses se acercaba—. ¡Solo acompañaba al tejano!

—He visto que usted es diestro —observó el ruso. En su mano derecha había aparecido como por ensalmo un pesado martillo. En la otra llevaba un bloque sólido de madera—. *Monsieur* Meneses, ¿sería tan amable de echarme una mano?

—¡No, no! —gritó Wolowolo.

—Si usted sujeta esta tabla sobre la rodilla de este miserable y mantiene plana sobre la madera su mano derecha que ahora liberaré, podré darle un martillazo con mayor precisión. No quiero romperle más de lo necesario.

—¡No, no! ¡Por favor! —gritó el hombre—. ¡Se lo suplico, por favor!

El martillo cayó con fuerza sobre la mano de Wolowolo e hizo un ruido sordo al percutir sobre su dedo índice y aplastarlo rompiendo los huesos. El pobre dio un grito desgarrador, un sonido inhumano, un aullido feral que se prolongó durante un buen rato, ensordeciendo a los otros dos.

—¡Joder! —exclamó Meneses.

—Se lo voy a preguntar otra vez —dijo Fedorov—. Es muy sencillo. ¿Qué hacía allí en la selva?

Wolowolo tardó tiempo en contestar. Se movía de atrás adelante una y otra vez, quejándose, gimiendo, llorando. Moqueaba. Meneses apretó la mandíbula, asqueado. ¡Pero, coño, si se ha meado encima! ¡Por Dios!

—Todos teníamos que ejecutar a alguien, aunque fuera solo uno. Ay, ay, me duele. Si no matábamos a alguien —eructó sonoramente—, teníamos que vérnoslas con Hockansmith.

—De modo que no era un deber patriótico, sino miedo, ¿eh?, miedo al tejano. Vaya gente. Y tú, ¿a cuántos? Habla más alto que no te oigo. Vamos, coronel, un dedo más.

—¡No! A tres, solo a tres.

—A tres, ¿eh? ¿Monjas o médicos?

—De los médicos se ocupaba el tejano...

—¿Y tú de las monjas?

—No. Solo una. Yo no quería, pero el tejano iba señalando a quién debíamos disparar.

—¿Y los otros dos entonces?

—Eran enfermos a los que habían bajado de las salas de arriba.

—¿Y el incendio?

—Eso fueron los surafricanos. Quise decirles que eran hombres y niños de los pueblos de alrededor y que no habían hecho nada, pero no me hicieron caso.

—Arderás en el infierno, Wolowolo. Mira, por aquello de que eres un gusano baboso, te vamos a romper el pulgar...

—¡No!

—Es la propina, amigo. Te la has merecido.

—¡No!

Cuando le hubieron destrozado el dedo con un horrible crujido, Meneses dijo hablando a voz en grito para hacerse oír:

—Bueno. Resuelto. Hemos establecido que eres un asesino cobarde. Ahora solo nos queda por averiguar un pequeño detalle y si todo sale bien como deseamos, podrás irte tranquilo con tu mujer y tus hijos a tomarte un merecido descanso.

Wolowolo sorbió ruidosamente. Gimiendo y doliéndose, miró de reojo a Meneses; era una mirada desconfiada y torva. Quiso disimularla, pero no pudo. No con Meneses. Pese a todo, incluso con la mente nublada de dolor, su suspicacia de vieja rata era capaz de guiar un infalible instinto de autodefensa. Y, aun roto en dos, ya calculaba el tamaño de su represalia.

—¿Eh, Wolowolo? Sabías que no éramos trigo limpio, ¿eh? Y nos vigilabas sin atreverte a desafiarnos hasta comprobar si en Matambezi teníamos buenos padrinos o no. No fuera a ser que me hubiera hecho amigo de tu general, que estuviera cerrando negocios con él, ¿eh? Y que, si te atrevías conmigo, acabarías comiéndote tus propios genitales. ¿A que

acierto? Me mirabas en la partida de póquer y querías descubrir mi juego, ¿eh? Hiciste un intento aquí fuera del Whiskypony y te salió fatal. Nos seguiste por la selva para ver si descubríais mi debilidad. ¿Eh? Pues, amigo, te jodes. Pero, como soy buena persona, me conformo con que me cuentes una sola cosa más, poca cosa, y quedarás libre.

—¡Si ya te he contado lo que querías! ¡Ya he confesado!

—Claro. Si solo fuera eso, con entregarte a la justicia habríamos resuelto el problema. Pero no es así.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—¿Qué llevabais?

—¿Eh?

Fedorov se había colocado detrás de la silla y con un movimiento rápido, cortó la otra mejilla del policía, que, sorprendido, aulló como una bestia herida. Después, con otro movimiento rapidísimo, el coronel cortó las cinchas que sujetaban los brazos de Wolowolo.

—¿Por qué, por qué? —gimió este.

Se llevó las manos a la cara. Tenía la derecha horriblemente deformada por la hinchazón de los dos dedos rotos. Un instante después, las manos y los antebrazos se habían teñido de rojo.

—Joder —repitió Meneses.

—¿Qué llevabais? —preguntó el ruso nuevamente.

—No sé..., lo juro. Juro que no lo sé.

—¿Lo juras sobre la cabeza de tus hijos?

—¡Sí!

—¿Serás miserable? —dijo Meneses—. O tus hijos no te importan nada, que yo creo que es lo que es, o esperas salir de aquí e ir corriendo a protegerlos. Estás equivocado porque si nos mientes y por un misterio de la naturaleza sales de esta con vida, cuando llegues a tu casa, no te quedarán niños que proteger... Ahora, si nos dices la verdad, podrás marcharte y, como decimos en España, aquí paz y después gloria.

—Piensa un poco —interrumpió Fedorov— y así te vas preparando. Te he liberado los brazos porque, después de romperte los dedos, te amputaremos las manos... una detrás de otra.

—¡No, por Dios, no! ¡No podéis hacerme esto! No sé nada de lo que queréis... ¡Por Dios, no sé nada!

Fedorov miró a Meneses y le dijo:

—Voy a hacerle una cura para que no se desangre y luego yo diría que lo dejemos cocerse un poco en su salsa, si esto se puede llamar salsa, y usted y yo nos retiramos a descansar brevemente... como no sea que le apetezca ir a cenar alguna cosa. —Lo dijo con absoluta frialdad, como si nada de lo que estaba pasando allí dentro lo afectara lo más mínimo—. Y aquí paz y después gloria. Se dice así, ¿no?

Joder, qué tío, cenar ahora, hale, unas anquitas de rana y un postre tropical. A este no lo quiero tener de enemigo en mi vida. Me encuentro fatal.

—Hombre, coronel, tanto como cenar...

—Muy bien. Primero voy a volver a atar con firmeza a nuestro prisionero, no vaya a ser que, como en las absurdas películas americanas, sea capaz de desatarse y destruir el establecimiento en un par de minutos. ¿En menos que canta un gallo dicen ustedes? Extraordinaria expresión. —De uno de sus bolsillos sacó cinta americana ancha de color marrón claro y procedió a sujetar nuevamente a Wolowolo, rodeándolo entero con muchas vueltas de la cinta—. Y después iré a informar a Atumu Kokomo. Si le parece, nos vemos aquí dentro de dos horas.

—De acuerdo.

Todo antes que tener que ir yo a informar a Atumu... y luego sentarme con Merveille a contarle cosas de París. Una ducha, mucha agua de colonia y un cambio de ropa es lo que se impone ahora.

Dos horas después, ambos se encontraron en la barra del Whiskypont. Enseguida se les unió Duhamel, que los miraba sin atreverse a preguntar.

—Tranquilo, Duhamel, que vamos por buen camino.

—¿Eso qué quiere decir?

Meneses no contestó. Fedorov lo hizo por él:

—Avanzamos. Creo que lo tendremos resuelto en no demasiado tiempo.

—Duhamel tragó saliva.

Meneses apuró de un trago su vaso de whisky.

—Para luego es tarde, venga. —Ni que fuera Humphrey Bogart, tío.

Los tres bajaron al sótano y Meneses abrió la puerta metálica con una llave pequeña. Puso una mano en el pecho de Duhamel.

—Tú no, compañero, mejor que no.

—¿Qué quieres decir?

—Que es mejor que tú no entres. Así nadie te podrá acusar de ser testigo de nada...

Duhamel se echó hacia atrás resistiendo la tentación curiosa de mirar al interior.

—¿Qué ha dicho Atumu?

—Nada, *monsieur* Meneses. Atumu Kokomo comprende bien estas cosas cuando son inevitables.

Desde el interior de la cueva sonó, apenas perceptible, un hilo de voz, justo en el momento en que no sonaba la música de los altavoces:

—¡Socorro! Ayúdenme.

El coronel cerró la puerta con cuidado.

—Bueno —dijo a la forma casi inerte desplomada en la silla de plástico—, volvamos a empezar.

—¡No! ¡Por favor! —Wolowolo estaba hecho una piltrafa. No se había caído de la silla porque lo tenían sujeto las ataduras, pero su aspecto era lastimoso.

Fedorov suspiró.

—Eso depende de ti.

—Es fácil —intervino Meneses—. Nos cuentas lo que queremos saber y te vas a casa y no se habla más del tema.

—¡El tejano me matará!

—No llegará porque antes te habremos matado nosotros. Venga, habla.

—Un poco de agua —suplicó Wolowolo.

—Dele un poco de agua, coronel. ¿O prefieres un trago de whisky?

—No. Agua... Me matará el tejano.

—Qué va. No se va a enterar. Dime, ¿qué llevabais a través del río?

—¿Qué clase de armas eran? —preguntó Fedorov.

Wolowolo no contestó. Dios, se dijo Meneses mientras se acercaba a su prisionero. Y le propinó otra fortísima bofetada.

—¡Ay! —gritó este. El ruso tuvo que sujetar la silla para que no se cayera.

—Creo que le vamos a tener que dar otro martillazo para que se acuerde...

—¡No! ¡Por favor, no!

—¿Qué llevabais por el río? ¿Armas?

Wolowolo sacudió la cabeza.

—¿Eh?

—No..., no eran armas.

—¿Qué traíais? ¿Un bombardero? ¿Qué?

Wolowolo murmuró algo, pero no se le entendía.

—¿Qué era?

Para percibir lo que el otro susurraba, Meneses tuvo que acercar su cara a la del policía.

—Heroína.

—¡Mierda! Mierda, coronel. Droga. Era droga. —Lo repetía como si tuviera que convencerse de un contradiós—. Era droga. ¿Cuánta?

—Mucha, había mucha, eran bultos grandes...

—¿Bultos grandes de un kilo, de diez, de cien? ¿Qué?

Wolowolo carraspeó y puso una mueca extraña, mezcla de miedo y de triunfo.

—De cien, eran de cien kilos.

—Pero ¿cuántos?

—Treinta, me parece.

—¡Carajo! Eso son tres toneladas de heroína, seguro que era pura.

—¿Usted sabe cuánto vale un kilo de heroína en el mercado, *monsieur* Meneses?

—En el europeo o en el americano, sí. Aquí no tengo ni idea.

—¿Cuánto?

—Treinta y dos mil euros por kilo. Euro arriba, euro abajo.

—¿Y cómo lo sabe? Así, con tanta precisión.

—Un pequeño lío que tuve en Taskent hace poco.

—Una cantidad tan grande tiene que ser reexportada. Si no, no tiene sentido.

—No hace falta ser un genio matemático. Lo que traían esos bultos vale noventa y seis millones de euros en los Estados Unidos de América. Tiene que ser para llevárselos a América. En efecto, si no, no tiene sentido. — Meneses estuvo callado un largo momento. Menudo bandido, el tejano.

—¿Y eso cómo se hace? —preguntó Fedorov—. Me temo que no soy muy ducho en estas cuestiones.

—Un segundo —dijo Meneses, levantando una mano—, un segundo. A ver, Wolowolo, que me has contestado demasiado deprisa. Ya sabes, todo muy fácil. ¿Qué más había en el transporte?

El policía guardó silencio. Meneses amagó con darle otra bofetada.

—¡No sé, no lo sé!

—¿Qué me escondes, eh? Coronel, córtele una oreja.

—¡No, no, no!

Pero la súplica había llegado demasiado tarde: con un simple gesto de la mano, la navaja de dientes de sierra cortó la oreja de Wolowolo como si hubiera sido mantequilla. De no ser por la música atronadora que llegaba desde arriba, los gritos y gemidos, los alaridos y rugidos del pobre hombre se habrían oído perfectamente en todo el local. Fedorov aplicó una compresa sobre el muñón para detener la hemorragia.

—No te quejes, que no duele. Y ahora, dime. ¿Qué más?

—Por Dios, se lo suplico, no me peguen más, no me hagan más daño...

—¿Qué más.

—Tres toneladas de cocaína.

—¡Coño! ¡Pero si eso es todavía más caro!

—¿Cuánto? —preguntó el ruso.

—Sesenta mil euros el kilo.

—¡Ciento ochenta millones!

—Pues sí, aunque en la calle, en Nueva York, la cocaína puede valer el triple. Pero, en fin, tal como lo tenemos ahora, sumado al importe de la heroína, nos da una cifra redonda de doscientos setenta y seis millones de euros. Euro arriba, euro abajo. O, en las calles de Manhattan, trescientos seis millones solo por la cocaína.

—No es una cifra redonda. Doscientos ochenta es una cifra redonda, trescientos, cuatrocientos es una cifra redonda, doscientos setenta y seis no es una cifra redonda.

—Bueno, y qué más da. Ustedes los oficiales rusos siempre tan precisos. Una cosa más, Wolowolo, y te dejamos en paz. ¿Qué se hace en St. Juste con seis toneladas de droga? Aparte de lo que te lleves.

Traicionado el tejano, al policía ya le daba igual: mejor contarle todo para que, en efecto, lo dejaran en paz. Cualquier cosa con tal de sobrevivir. En voz casi inaudible, dijo:

—Es para mandarlo a América.

—Bueno, eso ya nos lo imaginamos, Pero ¿cómo? ¿Cómo se engaña a los aduaneros gringos, a los de la DEA con tanta cantidad de contrabando?

—Es fácil: los petroleros de la Crudco que irán de aquí a Tejas en cuanto se empiece a extraer el petróleo.

—¿Cuándo?

—No sé..., ahora..., pronto.

—Y mientras tanto, ¿dónde lo almacena? Porque se trata de un buen montón de bultos.

—En el sótano del Ministerio de Minas.

—Carajo. Mira tú, Hockansmith. Vaya negociete colateral tiene montado. ¿Quién más lo sabe?

—Nadie más.

—¿Ni siquiera el amado general Wa-TuTu?

—No.

—¿Usama Kokomo?

—No. Se lo juro.

—¿Nadie?

—Solo yo y los surafricanos.

—Por cierto, ahora que ya no está el hospital español —se preguntó Meneses—, ¿qué impide a Hockansmith meter más mercancía por allí, por la misma represa del río? —Suspiró profundamente. ¿Para qué diablos me habré metido yo en este lío? Se dio la vuelta para mirar a Fedorov de frente—. Y ahora déjeme, coronel.

—No.

—Es mi responsabilidad. Yo soy el que arrastra la furia, la venganza, la necesidad de justicia.

—No, amigo mío, no.

—Déjeme.

—No. No creo que tenga la práctica necesaria. Ni la crueldad.

Meneses se encogió de hombros. Abrió mucho la boca para respirar hondo. Se sentía mal. Mirando a Wolowolo, dijo:

—Eres responsable de la muerte de mucha gente. Todos los que murieron en el hospital..., los doctores, las monjitas, las enfermeras, los niños, los pacientes...

—¡Yo no los maté! —chilló.

—Seguro que mataste a más de tres. Pero con tres me basta. No mereces seguir viviendo, Wolowolo. Es importante que la tierra se libere de ti.

—¡No! ¡Por piedad...! ¡Tengo familia! Mis hijos... —gimió.

Fedorov puso una mano en el brazo de Meneses.

—Déjeme a mí —dijo con voz pausada—. Es sencillo. Morirá sin sufrir. Pero morirá.

Meneses lo miró sin comprender. Entonces, el coronel, con su cuchillo de sierra, hizo un corte profundo en el brazo izquierdo del policía desde el hombro hasta el antebrazo.

—Shhh —murmuró—. No te dolerá.

—Por Dios...

—¿Qué?

—Es sencillo. Le he abierto la arteria de arriba abajo. Se quedará dormido y se desangrará. —Acarició la cabeza de Wolowolo casi con ternura—. ¿Ves? No sufres.

HABLANDO DE INDEPENDENCIA

Meneses estuvo desaparecido una semana.

Duhamel fue el último en verlo cuando se marchaba después de que los dos oficiales rusos de Fedorov hubieran limpiado el sótano hasta no dejar ni rastro de lo que allí había ocurrido. Le asustó la cara desencajada y pálida de Meneses y el rictus amargo de su boca. Lo atribuyó, claro, al horrible día transcurrido en la cueva del WhiskyPont y a lo que supuso había sido la escena final, por más que él no hubiera estado dentro ni hubiera logrado ver el cadáver de Wolowolo. Ni ganas. Pero no esperaba esa reacción de espanto en un hombre curtido en mil batallas, capaz, estaba seguro, de pasar por encima de incidentes así sin que lo afectaran más de la cuenta.

Duhamel preguntó a Fedorov si Meneses le había dicho a dónde iba. La contestación fue un gesto negativo con la cabeza.

También Atumu preguntó por Patrís, cuando el coronel hubo terminado de informarle de todo, incluido el repentino giro de la situación con los nuevos y no muy patrióticos planes de Hockansmith y, sospechaba, del general Wa-TuTu.

Pero nadie sabía. Nadie conocía el paradero de Meneses, ni si se había marchado para siempre, si había vuelto a Madrid o si, para su mala fortuna, había sido detenido por los soldados del general. Atumu se preocupó seriamente. Hizo que sus buyumburas preguntaran por todo St. Juste, incluidos los más recónditos pasajes del zoco. Y los más siniestros sótanos de la cárcel central.

Nada.

Veinticuatro horas más tarde, un policía de tráfico contó a su primo Molusque que le parecía haberlo visto en el aeropuerto. Y que, desde luego, no había sido detenido o secuestrado por la policía secreta. Cosas así se sabían, sobre todo si el desaparecido era un blanco y el informante, un policía

de tráfico, primo de Molusque como todos. Molusque se lo contó a Duhamel y este se lo confirmó a Atumu.

Ese día Atumu comprendió lo importante que le resultaba la presencia de su amigo. Se había acostumbrado a contar con él para todo, a consultarle todo y a fiarse implícitamente de su buen sentido y de sus consejos indiferentes a la moralidad al uso. Por un instante se encontró perdido. Solo lo tranquilizó saber de la fidelidad de su pueblo, de la confianza total que tenían en él y, sobre todo, de su convencimiento de ser responsable del futuro de sus súbditos, una labor a la que no podía sustraerse. No se podía permitir titubeo alguno. Tal vez debería haberse inquietado más que tranquilizado.

La primera noche, Merveille, desnuda como siempre en la estrecha cama que compartían, se acurrucó junto a él a pesar del calor y le preguntó con suavidad:

—¿Dónde está Patrís, marido mío?

—Ya sabes, haciendo esas cosas misteriosas que hace...

—No. Nada misterioso, Atumu Kokomo. —Se incorporó sobre un codo—. Se ha marchado, no sabes dónde está y eso te angustia.

—No te preocupes. Volverá pronto.

—¿Cómo lo sabes? ¿Y si no vuelve? ¿Y si ha hecho una cosa tan terrible que prefiere no volver a mirarte a los ojos? Entre ese coronel ruso y él secuestraron a Wolowolo para... para interrogarlo. Sé bien lo que quiere decir eso. Sé que lo han matado porque les parecía que no tenían otra salida. Pero ¿cómo ha sido? ¿Qué clase de horror han podido cometer? Me repugna la mera idea de infligir un dolor insostenible a otro ser humano. Y la muerte. Conociendo a Patrís, a él también. ¿Se sentía un verdugo con la obligación de vengar las muertes del hospital español? No estoy muy segura. Preferiría que así fuera. A lo mejor resulta menos horrible. No creas, sé que acallo mi conciencia detrás de alguna excusa de conveniencia, pero también sé que soy una buyumbura y que debería estar acostumbrada a la crueldad de esta tierra. Pero ¿Patrís?

Atumu suspiró profundamente y permaneció inmóvil durante un buen rato. Luego pasó el brazo por detrás de la espalda de Merveille y, tirando de ella, se la colocó encima. Así estuvieron mucho tiempo, en silencio, esperando a que se acompasaran sus respiraciones. Y después se amaron callados y tristes.

Atumu se sentó con Usama en el zoco, en el comedero de Bangassu, el mismo en el que había almorzado con Meneses. Ocupaban una de las mesas; las otras dos quedaron vacías. Delante de los escalones y del pequeño arco pintado de añil, se plantaron sin mirarse dos guardaespaldas del ministro y dos guerreros buyumbura.

Usama sonrió.

—De modo que no has olvidado el sabor de nuestros guisos. No todo está perdido entonces. La cocina de Nueva York no te ha estropeado el gusto.

—Ni a ti la de París.

—No he visto a Merveille todavía. ¿Por qué no has venido aún a mi casa, hermano?

—Bueno, ya sabes que he tenido que ir a Buyumbura para ver a los ancianos... y ahora estamos comiendo, ¿no? Pero dime cuándo vamos a tu casa y acudiremos contentos.

—Pues en estos días, mañana o pasado...

—Me han dicho que es una villa del *quartier français* francamente hermosa.

—Tiene un jardín lleno de árboles, más grande que los de los vecinos, y muebles *art déco*. Nadie nos oye, ¿verdad? —Mirando a su alrededor, bajó la voz—: Ya sabes que preferiría un pisito en Montecarlo...

—Tú no preferirías un pisito en ningún sitio —contestó Atumu, riendo de buena gana—. Una casa con jardín, seguro. Pero, en fin, con lo que ganas te lo podrías permitir, ¿eh?

Usama entrecerró los ojos.

—¿Por qué lo dices?

—Ah, por nada. ¿Qué gana un ministro de Minas en Matambezi? Además del complemento de los negocios de la familia...

—Ahora no sería patriótico comprarme una casa en Mónaco, Atumu. Tenemos que enderezar el país, construir casas para todos, carreteras, universidades...

—¿Universidades?

—... Universidades, como en América, hospitales...

—Eso no se hace en dos días, Usama. Hacen falta varias décadas y mucho, mucho dinero...

—Cuando fluya el petróleo...

—Mira Qatar, por ponerte un ejemplo. Y tienen más reservas de gas y

petróleo que nadie. ¿Qué han tardado en hacerse ricos, construir rascacielos, una línea aérea, televisión y universidades? La sanidad les da igual porque, cuando se ponen enfermos, van a Londres a cuidarse. Y los trabajadores extranjeros que se mueran; hay muchos más... Eso es lo que piensan. Si no eres así de expeditivo y decidido, no te saldrán las cosas. Claro que, bien pensado, como dices, con el dinero que os entrará por el petróleo... —Atumu endureció el gesto—. ¿O es que se lo llevará alguien antes de que le llegue al pueblo?

Su hermano se sobresaltó.

—¿Cómo puedes decir eso? Me ofende que puedas sospechar de mí.

—¿Sospechar de ti? ¿Quién ha dicho que sospecho de ti? Ah, mira, voy a imitar al chófer de la embajada española, que todo lo dice en latín, como las monjas que nos enseñaban las letras: *excusatio non petita, accusatio manifesta*. No sospecho de ti si me aseguras que eres honrado. Basta con que me lo digas.

—¡Pues claro que no me quedo con nada! Una cosa es que me apetezca ser dueño de una villa en Montecarlo y otra que, para conseguirla, robe al pueblo de Matambezi.

—Pues entonces seguro que sabes que Wa-TuTu sí roba.

Usama bajó la cabeza, avergonzado. Después miró a todos lados, asustado de que alguien pudiera oírlos.

—No digas eso. Es muy arriesgado. Aquí las paredes oyen y los de la seguridad, incluidos los míos, son muy peligrosos. Tienen espías por todos lados. Los dirige un hombrecillo espantoso de una tribu del golfo. Se llama Wolowolo. Está en todos sitios. —Reflexionó un momento—. La verdad es que parece más un esbirro de David Hockansmith, el asesor que tengo en mi ministerio, que un funcionario del Estado. Están todo el día juntos...

—Aquí hoy no nos oye nadie, hermano. —Usama volvió a mirar a todos lados con los ojos muy abiertos—. Dime si tú también sabes que Wa-TuTu esquilma al pueblo.

—Yo...

—¡Dímelo!

—Bueno, no sé..., no estoy muy seguro.

—¿De dónde roba el dinero? ¿Del petróleo? ¿De los barcos? ¿Del puerto?

—No. Los americanos lo controlan mucho..., no le dejan...

—No me lo creo.

—Lo que quiero decir es que los americanos controlan el negocio del crudo. Por la cuenta que les trae. Pero robar es fácil. Sobre todo ahora que aún no ha empezado la explotación en serio..., no se han internacionalizado... Hay muchas otras cosas.

—¿Simplemente metiendo la mano en la caja o en el banco o en los impuestos como en el Congo? No debe de ser muy difícil. Si eres el sátrapa dueño de todo un país, metes la mano donde se te antoja. Lo único es decidirse a hacerlo, ¿no?

—Pues sí. Lo único es decidirse a hacerlo. Y a Wa-TuTu no lo controla nadie, Atumu —añadió por fin con franqueza.

—¿Nadie en St. Juste? No puede ser. ¿Y todos los empresarios y los jefes de las tribus, los americanos mismos?

—Están muy cómodos con esto. Ellos mismos se benefician del manantial de dinero.

—¿Hasta dónde llega la corrupción?

—A donde mires.

—Pero ¿y tú?

—Mira, Atumu Kokomo. —Por primera vez Usama utilizó el título de respeto—. Yo no. Al principio, cuando llegó el primer dinero, me pareció tan fácil cogerlo... Era como una especie de sobresueldo. No había tenido que hacer nada ni dar nada a cambio. Nadie parecía estarme comprando. Me avergüenza decírtelo, pero, claro, fue fácil. Nadie te lo reprochaba. ¡Había tanto! Pero —resopló— me remordía la conciencia, me di cuenta de que estaba robando y decidí que no podía seguir. Estamos hechos de otra pasta tú y yo. Es verdad que me puedes acusar de ligereza si quieres, de indiferencia con la suerte de nuestro pueblo. —Alargó las manos y las puso sobre las muñecas de su hermano—. Puedes decir que soy un frívolo. No, no lo niegues: sé que lo dices, sé que lo hablas con Merveille. No pongas esa cara... Ella me cuenta cosas porque me quiere y no quiere que me aparte de ti. Hace años que me habla. Y ahora que está aquí y aún no he podido verla, no le hace ni falta. Yo sé lo que piensa. Te va a parecer mentira, pero se lo debo a ella...

—¿Qué le debes a ella?

—No haberme perdido. ¿Sabes lo que te digo? —Bajó la cabeza con vergüenza—. Seguro que son sentimientos que vosotros en América llamáis burgueses... Una conciencia de blancos —sonrió con tristeza—, qué quieres

que te diga. Aquí somos más... ancestrales. Así nos llama Merveille. Más ancestrales...

—¿A dónde quieres ir a parar?

—A que no robo. Ella no me deja. Es implacable. Yo habría seguido cediendo, pero Merveille me habría matado...

—¿Y entonces rechazas el sobre todos los meses? Sí, Usama, es una figura literaria, como cuando los gánsteres de Nueva York untan a los policías, un sobre al mes. ¿Y eso en Matambezi cómo se rechaza? Porque si ven que tienen a un justo entre los podridos, no es que se vayan a contagiar de tu honradez. Es que te van a matar. Como Merveille, pero de verdad.

—Ligero, sí. Tonto, no. Lo guardo en una cuenta de banco en Suiza sin decir nada. Al final te lo entregaré todo para que lo custodies y lo inviertas en nuestro pueblo... junto con lo que acabes obteniendo del Rothko. —Atumu se sobresaltó y Usama estalló en una estrepitosa carcajada—. ¡Sí, hombre! Claro que lo sé. Bueno, una parte pequeña de mi parte irá a comprar un piso en Montecarlo.

—No, que te lo gastas en el póquer. Y me dicen que juegas fatal.

—Solo jugaré a la ruleta.

—Merveille, ¿eh? Te lo ha contado ella.

—Merveille. Sabe en quién confiar. —Vaya.

Atumu guardó silencio mirando fijamente a Usama y pensando en Merveille. ¿Me creo todo esto?, se preguntó. No. ¿Y cómo no lo ve ella? Es demasiado crédula, claro, demasiado ingenua: como se trata de la familia... Ay, Patrís, donde estarás.

Bangassu apareció entonces con dos botellas de cerveza y las puso encima de la mesa sin decir nada. Miró a los dos, de uno a otro, se tocó el corazón con la mano derecha, dio la vuelta y volvió a su cuchitril.

—¿Buyumbeer? —preguntó Usama—. ¿De dónde sale? He visto que la venden por aquí, en el mercado...

—Es una cooperativa que organicé para nuestra gente. Exportamos a Kigali y de ahí a Egipto y a Marruecos —dijo con orgullo—. Estoy pensando en diversificar y producir licor de caña. Hay mucha, no creas.

—¿Has pensado en poner un casino?

—Nunca. ¿Qué vamos a hacer con Wa-TuTu?

A Usama se le borró de golpe la sonrisa.

—¿Por qué lo dices?

—Es que se me hace difícilmente soportable que ese ladrón asesino pueda hacer y deshacer lo que le venga en gana y encima seguir mandando como si Matambezi fuera propiedad suya.

—Ten mucho cuidado con lo que hablas, es muy peligroso. Las paredes oyen... Todos oyen.

—No te preocupes. Aquí es mi gente, aquí no hay oídos traidores.

—Sí, pero ese ladrón asesino, como lo llamas —dijo en voz muy baja—, ha conseguido que el Gobierno español lo apadrine para ser elegido miembro del Consejo de Derechos Humanos de Ginebra.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha contado él mismo. Tu amigo Meneses se lo ha ofrecido a cambio de restablecer relaciones.

—No, Usama. A cambio de conseguir un contrato de crudo. A los españoles no les importa nada lo que Wa-TuTu pueda hacer con los derechos humanos. Solo a Meneses le importa lo del hospital español. ¿Pero a su Gobierno? Están dispuestos a pasar por alto los encarcelamientos, las torturas, los asesinatos con tal de conseguirlo.

—¿Y ese es tu amigo?

—¡Claro que es mi amigo! Está aquí con una misión muy específica de su Gobierno. Lo que haga después con su tiempo es cosa suya. No podemos poner remedio a lo que pasa aquí. Lo de Matambezi no tiene todavía solución. Nuestras gentes sufren, pero llegará un día en que podamos arreglarlo y castigar a los culpables. A todos los culpables, Usama. Ah, y que tire la primera piedra el que esté libre de culpa.

—¿Vas a limpiar la corrupción de este país? ¿Cómo?

—No, Usama. Aquí pagarán los culpables, pero no te equivoques. Este no es mi país. Mi país es Buyumbura, y me gustaría que también lo fuera para ti. ¿Qué quieres? ¿Que sigamos metidos en este pozo de miseria? No. Tenemos que apartarnos porque todo esto acabará saltando por los aires como en Kasai, como en Ruanda, como en las guerras del Congo. En cambio, no hay luchas intestinas en Buyumbura, no hay persecuciones, no hay rivalidades. No dejamos entrar a los refugiados. Y hay un vecindario pacífico deseoso de prosperar y enriquecerse.

—Ya, como si estuviéramos en Bélgica...

Luego Usama masculó algo.

—¿Cómo dices?

—Hockansmith.

—¿Qué?

—Digo que Hockansmith no lo va a permitir. Es un tipo verdaderamente peligroso y nunca dejará que las cosas cambien. Antes habrá un baño de sangre. Tiene un ejército, Atumu. Un ejército. No solo sus tropas de élite, sino los mercenarios de Zimbabue y los surafricanos y marines americanos. Y armamento... No lo va a permitir.

—¡Pero si yo no voy a querer inmiscuirme en las cosas de aquí! Solo quiero que me dejen en paz en Buyumbura.

—Pero ¿qué vas a hacer? ¿Proclamar la independencia? No lo va a permitir.

—No voy a proclamar nada, Usama.

—No lo va a permitir.

—Ya veremos.

21

EL REGRESO

—*Homines libenter nequapiam mulieribus amant*, dijo Molusque poniendo el coche en marcha.

El caos del aeropuerto de St. Juste había devuelto a Meneses a la escena ya familiar de la confusión abigarrada de viajeros y curiosos, de familias y soldados, de barreras y azafatas, de vendedores con sus carritos, de maletas amontonadas, bultos, mujeres vestidas con ropa multicolor y decenas de niños correteando, todo en este espacio demasiado exiguo para tanta aglomeración. Una docena de altavoces escupían información ininteligible y ensordecedora.

Mira, colega, es el set del rodaje de una peli con la familia americana intentando subirse al avión antes de que lleguen los siniestros polis a detenerlos. No consiguen escabullirse entre las gordas; solo un fotógrafo de la Magnum, sucio y lleno de cámaras colgándole del cuello, puede hacer que escapen, no sin antes entregarles unos carretes con las fotos de las atrocidades. Perderá la vida a manos del torvo policía en jefe. No, si lo que yo diga, también debería escribir guiones.

—Esta sentencia, Molusque, no quiere decir nada o yo no la entiendo, y ya es difícil que se me escape algo en latín —dijo Meneses—. ¿*Nequapiam*? Venga ya.

—*Oui, monsieur l'amb... monsieur*. Tiene usted razón. Creí que no me escuchaba.

—Ah, Molusque, mis oídos están siempre atentos a cualquier discordancia. Ya me parece raro que ande todo el día mascullando opiniones en latín, pero que además algunas sean falsas ofende mi sentido del ritmo. ¿Por qué lo hace?

—Bueno, señor, es mi modo de comprobar si usted sabe latín.

—¿Y eso de qué le sirve?

—De nada, *monsieur*. Es mi señal de respeto hacia usted.

—¿Es para decirme que reconoce mi superior intelecto? Pues vaya cosa absurda. Me podría haber preguntado directamente cuántos idiomas hablo y si el latín es uno de ellos. Nos ahorraríamos la matraca, aunque reconozco que no es muy repetitiva ni demasiado aburrida. Tiene cierto encanto. En Madrid tuve un chófer pequeño y calvo que solo sabía hablar de fútbol. Lo eché al segundo día. ¿Sabe usted algo de fútbol, Molusque?

—Soy partidario del Atlético de Madrid y también del PSG, *monsieur l'amb... monsieur* Meneses. Pero no me gusta hablar de eso. Son cosas personales que me crean dificultades en la familia. Por las discusiones durante los partidos televisados, ya sabe.

—Muy bien. No le perdonaría que me hiciera partícipe de sus problemas en el hogar, aunque yo también soy partidario del Atlético de Madrid en las raras ocasiones en que me ocupo del tema. No me vuelva a hablar de fútbol.

—*Potius sero quam nunquam*.

—Mejor será, en efecto, Molusque, mejor será.

—*Oui, monsieur*. Sé que me estoy metiendo en lo que no me importa, pero ¿puedo decirle que fue un alivio que se llevara a Virginaly a Buyumbura?

—Vaya. ¿Por qué fue un alivio?

—Bueno, esa pobre chica, si no le habían hecho la ablación primero cuando niña, que por lo que sé se libró de milagro, iba a acabar violada por el cocinero y, recosida, la entregarían en manos de un viejo que también la violaría y luego la haría su esclava, todo por una mísera cantidad de dinero de la que ella ni siquiera podría disfrutar. Mejor que se la haya llevado. Así tendrá una oportunidad de vivir...

—Ya. Dígame una cosa. ¿Qué le pasó al secretario de la embajada? ¿Cómo lo mataron?

Molusque apretó las manos sobre el volante y estuvo callado un largo rato. Después suspiró y dijo:

—Fue la noche del golpe de Estado del general Wa-TuTu. Jaime, el diplomático...

—Ya, Jaime Martínez Leal. Era un buen chico. Lo conocía de Madrid, de unas charlas que di en la escuela diplomática. Un tipo despierto...

—... Bien. Yo le había avisado...

—¿De qué?

—Él tenía..., estaba..., eh..., con la hija de uno de los coroneles de la

milicia. Dená. Era..., bueno, era. Jaime se...

—... Había enamorado, ¿no?

—Sí, señor. Había ido a pedir permiso al coronel para salir con su hija.

—No me digas más.

—La noche de la revolución, Jaime estaba con ella en su casa. En cuanto oí que las tropas se habían sublevado, cogí el coche y fui hacia allí. Había puesto el banderín oficial. Había muchos soldados por la calle, disparaban al aire y la gente huía despavorida. El coche oficial era lo único que dejaban pasar... Llegué tarde, *monsieur*. Demasiado tarde. Creo que fue el propio coronel. Disparó seis veces al pobre Jaime y una sola en el corazón a Dená. Ella estaba muerta; por milagro, Jaime aún vivía. Lo subí a este coche como pude y fui a toda la velocidad posible hacia el hospital. No hubo modo de llegar, las calles estaban bloqueadas y por mucho que hice sonar la bocina, no fue posible. Di la vuelta y fui a la embajada, pero cuando pude llegar estaba muerto. Lo siento. Era un chico bueno y valiente. Siempre andaba riendo. Lo siento.

—¿Cómo se llama ese coronel?

—Ahora es general, *monsieur*, general Monzalé.

Coño, Meneses, la lista va creciendo.

—Yo le puedo enseñar quién es —añadió Molusque—. Le puedo llevar a su cuartel general..., pero con el banderín puesto para que nos permitan pasar. Nunca será fácil. Es un militar importante. Bueno, usted sí puede llegar, naturalmente. El problema será salir con vida. El general sabrá quién es usted y creará que va a cobrarse la deuda de sangre. No debe hacerlo, *monsieur*.

—Bueno, Molusque, la deuda de sangre me la cobraré. Seguro.

—¿Dónde has estado? —preguntó Merveille.

Sentada en un sofá, sujetaba la muñeca de su marido, como si quisiera retenerlo. En otra butaca, Bijou leía un libro de aventuras. Me parece que es de Salgari, *Los piratas de la Malasia* o algo así. Habían llegado pocos minutos antes, después de un recado de Meneses enviado a través de Molusque.

—Primero fui a Kigali a visitar a Kagame, un viejo amigo... —Era mentira, claro, pero las apariencias deben guardarse y lo que uno haga debe

tener secuencia lógica.

—Eres una caja de sorpresas.

—... Luego me fui a El Cairo, la ciudad victoriosa. Siempre que voy me alojo en una suite del Mena House, al lado de las pirámides de Keops, Kefrén y Micerinos. Me encanta el lugar, sobre todo desde una habitación que da solo al desierto y a las pirámides y a los camellos para turistas. Así no tengo que ver el disparate de casas, taxis y autobuses que se amontonan hacia el centro. Un día lo paso entero en el Museo Egipcio de El Cairo en la plaza Tahrir. Me encanta. Allí estoy horas contemplando las vitrinas de oro y piedras duras, de objetos rescatados de las tumbas de los faraones. Hago planes para entrar de noche a robar la máscara dorada de Tutankamón y todas las joyas...

—¡Síííí! —exclamó Bijou—. ¿Podré ir contigo, tío Patrís?

—Desde luego. Cuando seas una estrella de ballet, tu compañía te traerá a representar *El lago de los cisnes* en la explanada de las pirámides a la luz de la luna llena. —A Bijou se le encendieron los ojos—. Y luego, ya de noche cerrada justo antes del amanecer, nos pondremos unos monos negros de seda y entraremos en el museo por una de las ventanas de la parte trasera, llegaremos a la tumba de Tutankamón, al tesoro del sarcófago, y lo despojaremos. Tú te llevarás el collar principal colgado del cuello debajo del mono negro y yo arramblaré con todo lo demás. Saldremos por la puerta principal sin que los vigilantes se den cuenta de que estábamos dentro. ¿Qué te parece?

—¡Fantástico! ¿Me podré quedar el collar?

—Por supuesto.

Bijou se puso a aplaudir con entusiasmo.

—Pero tienes que haber llegado a ser una verdadera estrella, como Margot Fonteyn o la Makarova. Cuando hayamos terminado, volveremos a descansar al hotel; esta vez estaremos en el Nile Hilton, que está cerca del museo. Y por la noche volveremos a la plaza Tahrir y de ahí al Hoda Shaarawy donde hay un restaurante estupendo, el Felfela, en el que se comen precisamente los mejores *felfelas* del mundo. Allí acudirán tus padres y sobre la misma mesa sacaremos unas cuantas de las joyas más valiosas para que tu madre pueda escoger la que más le apetezca.

—¿La que yo quiera? —preguntó Merveille.

—La que quieras.

—Oh, maravilloso.

—¿Y para mí qué habrá? —preguntó Atumu.

—Ah, algo especial. En la misma plaza Tahrir te compraremos un reloj japonés de pilas. Van muy bien.

Todos aplaudieron.

—¿Cuándo iremos, tío Patrís?

—Bueno, hay dos exigencias previas. Una, que ya seas una estrella y, dos, que hayamos resuelto unos problemillas que tenemos aquí. De todos modos, pienso llevarte a París dentro de muy poco.

—No creas que no te lo recordaré.

—¿A dónde más has ido? —preguntó Merveille.

—A Marrakech, a La Mamounia. Aunque la última reforma que le han hecho no me gusta nada, es un hotel que me encanta para descansar, cargar las baterías, reflexionar y hacer planes. Un par de días en La Mamounia tirado en la piscina y comiendo pastela de pichón y cuscús de verdura obran milagros. Y aquí estoy, pletórico de energía. ¿Te contó Fedorov las sorpresas que nos llevamos en nuestra charla con Wolowolo? —preguntó a Atumu.

—Desde luego.

—Eso cambia bastante el panorama. Me parece que me veré obligado a tener una conversación de corazón a corazón con mi amigo David Hockansmith. Yo diría que es la clave de todo.

—De acuerdo. ¿Necesitarás apoyo logístico de los rusos? —quiso saber Atumu.

—No. No serviría de nada. Ellos son más que nosotros.

—Te acompañaré.

—No. Iré solo. Estas cosas como en confesionario.

—No me gusta.

—Ni a mí, pero no hay otra salida.

—¿Y Kagame?

—Me interesaba hablar con él de la situación que tenemos planteada en Buyumbura y de cómo es probable que necesitemos su ayuda dentro de poco tiempo.

Atumu se había echado hacia delante.

—¿Y qué dijo?

—Que querrá establecer un acuerdo vinculante entre nosotros, aunque previamente quiere que lo visites para hablar de todo.

Meneses decidió pasear por el puerto y sus instalaciones para comprobar la clase de montaje que estaba siendo ultimado. *State of the art*, dicen los americanos, lo último de lo último. Todo relucía como si lo hubieran bruñado. Todavía no lo habían asaltado la humedad, el óxido, la grasa y la porquería. Las grúas, pintadas de naranja y blanco, estaban plantadas sobre unos raíles relucientes, los espacios del muelle empezaban a llenarse de contenedores todavía impolutos, sin heridas ni rayones y, al fondo, la estación de carga de crudo estaba preparada para empezar a operar. La avenida de acceso a los nuevos terminales, cuajada de adelfas blancas y rojas y bordeada de palmeras altísimas, se cerraba ante un puesto de guardia con dos barreras automáticas, una de entrada, otra de salida, como si todo el puerto fuera un inmenso Lego con pequeños soldados en miniatura custodiándolo todo. Una gloria para la vista, Meneses. Hombre, los gringos, con mi amigo el rey del póquer a la cabeza, han hecho un buen trabajo. Esfuerzo de menos para nosotros. Claro que los soldados en miniatura son unos tipos bien grandes con uniforme de camuflaje y armamento disuasorio de primera calidad. ¿O qué te creías?

Un gran Toyota 4×4 apareció de pronto. Silencioso y pintado de blanco, parecía él solito una formidable máquina de guerra. Se detuvo al lado de Meneses. La ventanilla delantera del asiento del pasajero bajó hasta la mitad. Meneses sintió una bocanada de aire helado que salía del coche. Quiso mirar al interior de la furgoneta, pero los cristales eran reflectantes y resultaba imposible discernir nada.

—*Mister* Meneses —preguntó Hockansmith amablemente—, ¿qué le trae por aquí? Este lugar está un poco alejado del centro de St. Juste y no digamos de su residencia.

—Turismo, amigo mío. Turismo.

—Bueno, aquí no hay ruinas egipcias ni oro de los hititas ni nada por el estilo.

Anda este. Me lo dice para que me entere de que lo sabe todo. Venga, Gran Hermano, que te estás jugando la vida.

—No, claro que no. Pero sí hay unas espléndidas instalaciones industriales y portuarias. No he podido resistir la tentación de venir a echar un vistazo.

—Puedo organizarle una visita completa cuando quiera. Mientras tanto, le invito a tomar una cerveza o una copa de lo que le apetezca en el bar del hotel

Hilton.

—Encantado.

—Súbase a mi coche y yo lo llevo.

—Muchas gracias, pero tengo a mi chófer y el auto de la embajada justo aquí al lado y, si no le importa, haré que me lleve al Hilton. Y así lo tendré a la salida.

—Jean Molusque, ¿eh?

—Pues sí.

—Gran tipo.

—Pues sí.

—Ok, lo espero en el bar del Hilton.

Cualquiera le dice que no.

—Allí estaré.

El Toyota giró en redondo y volvió por donde había venido en dirección a la ciudad. Y no he conseguido ver cuántos eran. Y a mí qué más me da. Dan miedo con sus gafas Ray-Ban, sean uno o doce.

—*Quousque tandem Catilina abutere patientia nostra* —dijo Molusque, arrancando.

—Hasta cuándo, en efecto.

—Ese hombre es peligroso, *monsieur* Meneses.

—No hace falta que me lo jures.

—Sí, señor.

HOCKANSMITH

Duhamel andaba con parsimonia en la noche bruscamente oscura, sin más luz que la de las pocas farolas a las que aún no habían llegado el progreso de la era digital ni la contaminación lumínica. Acudía al Whiskypon't a pie como todos los atardecidos. Iba, como siempre, impecable, fular al cuello, mocasines italianos, pantalón de shantung azul noche. En la boca, la eterna boquilla.

Como cada tarde cuando paseaba lejos del aire acondicionado, el calor era duro, húmedo y pegajoso. Caía sobre las gentes que deambulaban por las calles de la capital y las aplastaba contra el suelo como si fuera una manta mojada. Pero Duhamel, un sufridor nato frente a las inclemencias del tiempo, resistía con tranquilidad indiferente: apenas si le perlaba la frente un sudor fino, casi ligero.

Si no hubiese sido porque estaba acostumbrado al desasosiego de vivir en tiempos inquietos, en momentos de tensión o de peligro, se habría ahorrado por elemental prudencia el paseo cotidiano y habría estado más atento a los riesgos de la noche tropical llena de podredumbre y ratas, en ocasiones incluso humanas. Había cambiado de nombre varias veces, de ciudad, unas cuantas, de actividad, más de lo conveniente, siempre empujado por alguna barrabasada que lo había puesto en peligro. Pero St. Juste era otra cosa. Aquí se sentía apreciado, controlaba el cotarro. La gente, sobre todo los que mandaban, le debía favores y en ocasiones, dinero. No se lo solían devolver, pero los préstamos «dupont» (un «dupont», dos, tres y hasta cuatro, siempre contabilizados en unidades de mil dólares, «Son mis bitcoins», decía riendo) eran para él una inversión segura, una garantía. ¿Quién querría jugarse después la vida reclamándolos? Duhamel desde luego no. Era dinero bien invertido. Como si fuera una cuenta corriente en un banco seguro. Y andar por la calle en la anochecida le servía además como reafirmación de la propia

seguridad, como demostración de que era intocable. Lo protegían los dioses. Debería haberse confiado menos.

Así era Duhamel, un petimetre inofensivo en apariencia, simpático y generoso. Nada valiente, sino simplemente pragmático. Conocía sus límites, los de los demás y los de la prudencia. Bueno, St. Juste no era tan tranquilo como la campiña francesa, pero sus calles malolientes y pastosas no encerraban demasiado peligro para él. Peligro, el que corrían los nativos a todas horas. La policía secreta, la social, como la llamaba Meneses, era implacable, bestial, acostumbrada a liquidar o hacer desaparecer a gente por el mero prurito del control de la ciudadanía. Porque ¿qué secretos, qué traiciones podían esconder o revelar a gritos y gemidos esos pobres diablos torturados y agonizantes? Con excepción de la colonia blanca, nadie estaba a salvo en St. Juste. La sangre era caprichosa en Matambezi, pero siempre de color negro.

La vida de Duhamel era tranquila, acomodada, sin sobresaltos, al menos hasta la llegada de Meneses. Sonrió. Vaya con Meneses. Qué tipo más simpático y más peligroso. Mejor estar de su parte.

No. Wolowolo había sido un incordio. Para peligroso, él, el peor de todos. Siempre metiendo las narices en donde no le mandaban, siempre capaz de ordenar la desaparición de cualquiera con la impunidad sádica del que manda sin freno. Siempre llevándose botellas de licor de la bodega del Whiskyont. Ya no. Donde estás no necesitas emborracharte.

Virginaly, ah, Virginaly. Si no estuviera bajo el ala protectora de Meneses, a Duhamel no le habría importado quedársela. No la habría maltratado, él no era de esos, la habría puesto como una reina, en el pedestal de una diosa, atento a todos sus caprichos. Buf, esa grupa, esa cintura. Era la mujer más bella y más inocentemente sensual que había visto en toda su vida. Como una Merveille adolescente. Bueno, bah, Meneses.

Habían hecho bien en eliminar a Wolowolo, aunque el hecho en sí aún le producía taquicardia. No haberlo visto morir alejaba el horror. Bien muerto estaba. Y encima les había dado las claves de Hockansmith. ¿Era peligroso conocer las claves del tejano?

¿Qué sería de Buyumbura? ¿Independencia? Imposible, claro, pero si conseguían mantener la paz, le habría de tentar abrir un Whiskyont 2 en la plaza aquella con el botellín de cerveza Heineken de cuatro metros plantado en medio. ¿O un restaurante? Habría podido enseñar a Virginaly a ser la

maitre que paseara a los clientes, los llevara a su mesa y les ofreciera los primeros aperitivos. Enfundada en un caftán blanco y estrecho. ¿Y si ofreciera a Meneses ir al cincuenta por ciento en el negocio? Bueno, tal vez al cuarenta/sesenta.

Ya empezaba a oírse el ruido ensordecedor de los altavoces del Whiskypont. Apenas un par de manzanas y ya podían con la música de los bidones y los bongos que provenían del centro, cerca del zoco, de las callejas de alrededor.

A su lado se detuvo un gran 4×4 blanco. Un Toyota de los de la policía. Se abrieron las puertas de su lado y de la parte trasera se bajó un tipo enorme vestido con una camisa de flores y calzado con chanclas. Llevaba gafas reflectantes Ray-Ban, de las de aviador. Sin mediar palabra, agarró a Duhamel por el brazo y lo empujó hacia el interior del vehículo.

El bar del hotel Hilton, como todos los bares del Hilton en países tropicales, tercermundistas, vaya, tenía al frente una gran cristalera, que daba a la piscina rodeada por enormes mazos de flores y palmeras cuidadosamente mantenidas y, detrás de ellas, al inmenso río marrón que se deslizaba mansamente hacia su desembocadura en el golfo. No deben desplomarse los mosquitos al atardecer ni nada. Colega.

Hockansmith estaba sentado en una butaquita de espaldas a la cristalera. Delante de él, sobre la mesita redonda, un whisky con soda y un plato de cacahuètes. Le sobresalían de la mesa las piernas dobladas hasta mitad de las pantorrillas.

—¿Qué quiere tomar, *mister* Meneses?

—Yo, ya sabe, soy un hombre de vodka con tónica.

—Muy bien. —Hizo un gesto para que el camarero, un hombrecillo asustado, incómodo en su chaquetilla blanca con botones de latón abrochados hasta el cuello, acudiera y le encargó la bebida—. Un hombre de vodka *tonic* tiene necesariamente que ser un hombre con la conciencia tranquila y nítida. Pienso yo.

—Desde luego. Tranquila y nítida.

—¿Va encontrando los negocios que lo trajeron a Matambezi?

—Bueno, no es sencillo. —Meneses sonrió—. Se topa uno con los americanos a la vuelta de cada esquina. Son ustedes una barrera casi

infranqueable.

—Depende de para qué.

—Para hacer negocios.

—Depende de cuáles.

—Hombre, le aseguro que no es para comprar ordenadores en la IBM de por aquí.

Hockansmith rio.

—Eso me parece.

—Mire, le voy a ser franco. Usted no ignora que he venido a St. Juste comisionado por mi Gobierno para intentar la reanudación de relaciones entre los dos países...

—... Porque ustedes quieren participar de la bonanza petrolífera.

—Claro.

—No es éticamente muy defendible... Habiendo roto relaciones con este país, no parece que haya motivos para reanudarlas, así sin más... digo, desde el punto de vista de los españoles, ¿no? Según ustedes, las cosas que les llevaron a romper no parecen haberse enderezado. Nada ha cambiado. El general Wa-TuTu sigue siendo el mismo. La represión sobre el pueblo también. Corríjame si me equivoco. Estoy siendo cínico.

—Estamos en el mundo real. A mí la ética me trae sin cuidado.

—Crudco tiene firmados acuerdos para la explotación del crudo y su exportación a Estados Unidos. Lo sabe, ¿verdad?

—No soy un ingenuo.

—Dos millones de barriles diarios cuando estemos a plena producción.

—Lo sé.

—Más lo que tiene contratado Francia. Elf Aquitaine, quiero decir.

—Lo sé.

—No va a quedar crudo para ustedes.

—... Pero estoy seguro de que podemos llegar a algún tipo de acuerdo. No queremos más de medio millón de barriles diarios.

—¡Caramba! —exclamó sonriendo—. Se dan por satisfechos con poca cosa.

—Su presidente vitalicio aprecia demasiado el respeto de la comunidad internacional.

Hockansmith hizo un gesto de duda.

—Depende de cuánto dinero le cueste adquirir ese respeto. En fin, no me

parece que sea cosa fácil de conseguir ese acuerdo —dijo.

—Nada es fácil en esta vida, amigo mío. Desde luego, no estoy aquí para estropearles el negocio. Para eso han venido ustedes. Pienso que es cuestión de hablar. Por preguntar que no quede.

Hockansmith llevaba un rato jugueteando con un pequeño objeto. Lo hacía girar entre sus enormes dedos, lejos de la conciencia inmediata de Meneses, que no hacía demasiado caso, atento a la conversación para que no se le escapara detalle, interpretando los mensajes subliminales que le enviaba el tejano.

—Dígame, señor Meneses, ¿sabe usted dónde está Wolowolo?

Meneses soltó aire por la nariz. Sin dejar de mirar al tejano, cogió su vaso de la pequeña mesa que estaba entre ellos y le dio cuidadosamente un sorbo. Lo volvió a poner sobre el velador.

—¿Cómo quiere usted que lo sepa? Aunque ahora que lo dice, hace días que lo he perdido de vista. También es verdad que en la última semana he estado en El Cairo, descansando en el Mena House. Me fascinan las tres pirámides y paso horas contemplándolas. Son más agradecidas que lo que uno obtiene del comercio con los hombres.

—Me dicen que tiene invitados en su residencia a Atumu Kokomo y a su familia.

—Supongo que se lo dice su ministro, que para eso es hermano de Atumu. Pero no es exactamente así: no soy anfitrión de nadie. No voy a ofender a Kokomo y a su familia invitándolos a vivir en una residencia extranjera en su propio país. Siendo Atumu quien es... Pasamos mucho rato juntos, es cierto, charlando y contándonos historias de nuestro tiempo en Nueva York..., poniéndonos al día...

—¡Es verdad! Ustedes son amigos desde la temporada que pasaron en Naciones Unidas. Estuvieron años juntos, ¿no?

¿Y este para qué me pregunta si lo sabe de sobra? Cuidado, Patri, que hablar sin parar contándole cosas a un enemigo es peligroso. Se puede uno pasar, es más, me estoy pasando y al final se me va a notar la ansiedad, como si tuviera algo que ocultar, que lo tengo. Joder, Meneses, que este tío no es tonto. Parece mentira; estás entrando al trapo de un interrogatorio en toda regla. Bueno, se encogió de hombros, de perdidos al río. No hay marcha atrás.

—Pues sí.

—¿Y han venido juntos a St. Juste para qué exactamente, si lo puedo preguntar?

—No se lo va usted a creer, pero ha sido una coincidencia. Yo venía, como sabe, representando informalmente a mi Gobierno para hacer las gestiones de las que hablábamos hace un momento. Ya sabe cómo van, ¿o no lo sabe? —Hockansmith asintió—. Y Atumu, que yo sepa, ha venido a visitar a sus mayores en Buyumbura. ¿Conoce usted la ciudad?

—Sí, pero solo de paso un día camino de Kigali.

—Ya. —Ya lo sé, ya, bandido, que ibas a recoger los fardos de la droga—. Bonita ciudad, Buyumbura.

—Demasiado limpia y ordenada para mi gusto. Le falta color local, lo que debería ser típico de una aldea en el África tropical, ya sabe, mercados, zocos, gente por la calle, vendedores ambulantes, charcos, fruta podrida, mujeres gordas descalzas, golfillos desnudos correteando... Ya sabe, ¿no?

—Pues no, amigo Hockansmith, no lo sé. Soy nuevo en estos pagos y no tengo elementos de juicio. A mí, mis semejantes, incluso cuando son negros, me gustan civilizados y limpios. —Aquello hizo mella en Hockansmith—. Me parece que la aldea, como usted la llama, está muy bien. ¿No ha vuelto por ahí desde aquel día en que estuvo de paso?

El tejano se calló de pronto. Meneses, no sé si vas a poder con él. Luego, Hockansmith, mirándole fijamente, le espetó como si fuera un desafío:

—Hace tres años.

—Ah, Buyumbura ha cambiado mucho desde entonces. Deduzco que usted estuvo por allí más o menos cuando el general Wa-TuTu dio el golpe de Estado... —añadió, alzando las cejas con expresión cándida.

—Sí, cuando el general Wa-TuTu dio el golpe de Estado.

—Más o menos cuando ardió el hospital de los españoles en la selva...

Hockansmith entrecerró los párpados y la tonalidad de sus iris se hizo glacial, azul casi blanco como un montón de nieve gélida al atardecer, cuando deja de iluminarlo el sol. Vamos, Meneses, se dijo Meneses. Bueno, bah, ya no tiene remedio. Es la guerra.

—Sí, más o menos.

—¿Sabe usted lo que pasó en realidad? Porque no nos creemos que los ancianos de Buyumbura se tomaran la justicia por su mano y se pusieran a ejecutar a los españoles. Puestos a no creernos, no nos creemos que los médicos se dedicaran de pronto a violar a mujeres buyumburas. Llevaban

años allí y ¿se pusieron repentinamente a violar todo lo que se movía a su alrededor? ¿Un hospital que cuidaba sobre todo a gente de esa tribu? Bueno, es posible que se volvieran locos al estallar la revolución del general y que se dijeran, en una expresión que usamos en España, ancha es Castilla. Por ponérselo en inglés, un *free for all*, juega para todos. Con franqueza, amigo mío, no me lo creo. Tampoco se lo cree mi Gobierno, qué quiere que le diga.

—No sé lo que pasó en realidad. Yo no estuve involucrado.

—¿No pudieron ser soldados de Wa-TuTu?

—No, Meneses. Se estaban ocupando de cosas más importantes y, desde luego, como usted dice, matar a los españoles de la selva no tenía sentido ni utilidad, fueran o no culpables. Más bien me inclino por que fueran guerrilleros hutus... o cualquiera de los miles de bandidos que andan por ahí. Esa región es un polvorín sin ley.

—Ya. Como en el salvaje Oeste.

Hockansmith se echó hacia atrás en la butaquita. Se le va a romper con el peso y acaba en el suelo. Yo no le ayudo a levantarse. A lo mejor aprovecho y le doy una patada en la boca. Como si le hubiera adivinado el pensamiento, el tejano dejó de sonreír. Le miró de nuevo a los ojos y repitió en voz casi inaudible:

—Dígame, más bien, qué han hecho con Wolowolo.

—No lo sé. No estuve involucrado. —Joder, Meneses—. ¿Por qué piensa que he tenido algo que ver en el asunto?

—Porque nadie se atrevería a hacerlo desaparecer. Ninguno de los habitantes de Matambezi, nadie de los expatriados. Temen las consecuencias. La gente tiene miedo en St. Juste.

—Pues vaya un sistema de gobierno.

—Ah, me es indiferente. Esta es una dictadura que nos viene muy bien, por lo menos a mí. No me importa la suerte que corren los ilusos que pretenden ser respetados como si estuviéramos en una democracia...

—... Como en Estados Unidos...

—... Como en Estados Unidos. No me importa lo que puedan hacer mientras no estorben el pacífico uso de sus recursos por nuestro capital. Me da lo mismo. ¿No les gusta tanto el dólar? Pues ahí lo tienen. Solo que eso cuesta, hay que pagar el precio...

—Hombre, Hockansmith, me encantaría llevar un micrófono disimulado en la chaqueta. Podría venderle el reportaje al *New York Times*.

El tejano rio de buena gana.

—En primer lugar, lleva usted una guayabera transparente que no permite disimular un micrófono. Y, en segundo lugar, lo cierto es que me da igual. — Levantó una mano enorme con la palma abierta hacia Meneses—. Por eso, tipos como Wolowolo me son utilísimos en estas circunstancias. Es un macaco asqueroso, pero implacable con sus congéneres... Los controla por puro terror. Ya ve, estoy siendo franco con usted.

Con la mano que tenía levantada llamó la atención del camarero. El pobre chico se precipitó hacia la mesa y el tejano le hizo un gesto con el dedo, señalando ambas copas.

—Lo mismo —ordenó secamente.

—Eso de que está siendo franco conmigo me preocupa un poco, como si estuviera indicándome en una película de mafiosos que le es indiferente mi suerte, porque de todos modos me van a ametrallar sus secuaces.

—No se me ocurriría. ¡Un visitante tan ilustre! Pero no me tiente, Meneses. Me sería muy fácil subirlo a un avión, mandarlo a París y no volver a dejarlo entrar en Matambezi.

—Me está amenazando.

—No, por Dios. Solo le apercibo del peligro que corre, nada que ver con su integridad física. ¿Qué hizo con Wolowolo?

—Nada.

Estuvieron ambos callados durante un largo rato, apurando las copas de refuerzo que les había traído el camarero desde el bar.

—Tráigame más panchitos —dijo Meneses.

Pasaron al menos dos minutos. En silencio. Rumiano su animadversión. Tranquilos y amables. Volvió el camarero con un cuenco grande de madera, lleno a rebosar de cacahuets. De pronto, Meneses se fijó en el pequeño objeto con el que jugaba Hockansmith, haciéndolo rodar por entre sus dedos. Y le dio un vuelco el corazón. Era la boquilla de Duhamel, de concha, de ámbar y plata.

—¿Qué ha hecho con Duhamel, *mister* Hockansmith?

Hockansmith suspiró ruidosamente como si se estuviera resignando a lo inevitable. De pronto alargó una mano, rápido como una centella, y agarró a Meneses del cuello de la camisa. Tres de sus enormes dedazos se apoyaron contra su nuca. Meneses percibió la tremenda fuerza de aquel brazo, la violencia que encerraba el gesto. No se movió.

Al cabo de unos segundos, el tejano relajó el puño con el que sujetaba al español, cerró los ojos y se recostó de nuevo en la butaquita en la que estaba sentado, como si no hubiera sido nada. Del bolsillo de su camisa sacó un pequeño puro holandés y, poniéndoselo en la boca, le prendió fuego con un viejo Zippo lleno de rayas y esquinas abolladas. Después de la primera bocanada, sonrió. Parece un cocodrilo asentado en el barro de la orilla preparándose para asaltar a su siguiente víctima. Que se supone que soy yo.

—No vuelva a hacer eso.

—Aquí hago lo que quiero y cuando quiero. Está usted a este lado del mundo civilizado y aquí mando yo... No hay ley.

—No lo vuelva a hacer, Hockansmith.

—¿Quién me lo va a impedir? ¿Usted?

—Usted no quiere esta guerra.

—¿No?

—No, porque la va a perder.

Ambos sonrieron. Cualquier observador a cierta distancia habría pensado que intercambiaban relajadamente recuerdos de familia.

—¿Sí? ¿Usted cree que va a ganar una batalla, la única que cuenta, en mi territorio? Esta es mi finca, Meneses, y por consiguiente, está usted en situación de desventaja. Una desventaja que se me antoja insuperable. Le recomiendo que revise sus conceptos estratégicos.

—¿Sabe usted por qué no puede ganar esta batalla, amigo de Texas? —Hockansmith no movió ni un músculo. Miraba sin parpadear—. Se lo voy a decir —continuó Meneses. Le latía el corazón desbocado. Habla tú de taquicardia.

—¿Qué hizo con Wolowolo, diplomático de España?

—¿Qué hizo con Duhamel? —Hockansmith encogió los hombros—. Wolowolo está muerto —dijo Meneses. El tejano guardó silencio, esperando. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza y continuó jugando con la boquilla que tenía entre los dedos. Plata y ámbar—. No fue agradable de ver, porque murió como una rata. Me contó lo que habían transportado de una orilla a otra, justo antes de que usted, sus mercenarios y las tropas de élite, a cualquier cosa le llaman élite, mataran a todos los españoles del hospital. Eso fue una estupidez. De no haber sido por el reguero de sangre, mi Gobierno no habría roto relaciones con Wa-TuTu y yo no me habría empeñado en averiguar lo que había pasado. Ironías de la vida: fui a las ruinas del hospital

desobedeciendo las instrucciones de mi primer ministro. Y en este momento estaría mucho más cómodo en el hotel Pierre en Nueva York tomándome un mojito. Ya ve.

—¿Y qué se supone que trasporté de una orilla a otra?

—Vamos, vamos, Hockansmith.

—En cualquier caso, no tiene importancia. ¿Qué va a hacer?

—Verá, querido, aquí es donde entra la diplomacia. Partamos de una base de negociación: usted tiene la droga, usted tiene la llave de mi silencio porque puede ordenar mi muerte en cualquier momento. Es más, un gesto suyo acabaría con mi vida ahora mismo, aquí en el bar del Hilton. Siempre me ha parecido muy 007 esto de un tiroteo en un bar del Hilton, *barmen* muertos, señoras sangrando, el espejo que hay detrás de la barra hecho añicos, el malo con un agujero de bala en la frente... Solo que es un lujo que no se puede permitir.

—¿Por qué?

—Porque no sabe quién más lo sabe. Es un clásico, ¿no? Si yo muero, no sabe qué clase de mecánica pongo en marcha. ¡Si sale hasta en las películas de suspense! Si no doy señales de vida en un plazo *x*, un notario, un periódico, un policía harán lo necesario para que se conozca el lío y las autoridades americanas, sobre todo la DEA, lo detengan y se queden con la droga.

Joder, Meneses, mejor será que te des prisa porque este me pega un tiro y luego me pide explicaciones.

—Solo que usted no ha avisado a nadie.

—Se equivoca. ¿Qué cree que estuve haciendo en El Cairo?

Como si no le hubiera oído, Hockansmith, señalándolo con un dedo, prosiguió:

—Usted lo que quiere es un trozo del pastel...

—Nunca menos del cincuenta por ciento. Es lo que vale mi silencio. Pero no. No me interesa nada. Sin embargo, tengo una propuesta alternativa que hacerle. Usted me facilita el negocio, yo hago que mi Gobierno restablezca relaciones con Wa-TuTu, Matambezi entra en el Consejo de Derechos Humanos de Ginebra, lo que en sí es un monumental sarcasmo, usted se lleva su droga a Texas, a mi país le firma medio millón de barriles al día y yo me voy al Pierre. Y todos tan contentos.

—Prefiero la otra solución.

—¿Cuál?

—Le pego un tiro, me llevo la droga y todo sigue igual que siempre.

—Ya. Le voy a dar una semana, Hockansmith, y luego me contesta —dijo entonces Meneses, poniéndose en pie. ¡Por Dios, Meneses, tú dándole un ultimátum a esta bestia! Estás como una cabra. El tejano soltó una sonora carcajada—. ¿Qué ha hecho con Duhamel?

—Duhamel está muerto —contestó como si le estuviera diciendo «Se va a pasar el arroz». Lanzó la boquilla al aire y la recogió con la otra mano.

Y tú también, colega. Acabo de firmar tu sentencia. Así son las cosas en este negocio mío. Vaya mierda.

ESTRATAGEMAS

—Vamos a ver, señor subsecretario, ¿has recibido la carta que le mandé al ministro vía embajada de España en El Cairo?

—No sé de qué me hablas.

—No me fastidies, que me va en ello la vida.

—¿Te estás poniendo melodramático?

—Reclámala y verás por qué.

—Vale, vale, vale. ¿Cómo va el resto?

—Mira, uno de mis contactos, ese al que pagué un millón de euros, ha sido asesinado por la policía secreta. Lo cazaron por la calle, se lo llevaron a la cárcel, supongo que lo interrogaron y al final lo ejecutaron. ¿Entiendes lo que quiero decir? Y no me digas que hemos tirado un millón por la borda porque me voy a cabrear y te voy a mandar a paseo.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea telefónica. Después, Meneses oyó que el subsecretario hablaba con alguien y le ordenaba que localizara «una carta del embajador en El Cairo para el ministro. Ahora mismo».

—Vamos por partes, Meneses...

—... Dijo Jack el Destripador...

—... Ese al que han matado, ¿era pieza importante de tu estrategia?

—Primero de todo, era amigo, que a vosotros esas cosas os traen al paio. Un tipo cabal que no necesitaba morir por echarme una mano. ¡Y no me digas que para eso le había pagado! No pago a nadie para que se juegue la vida tontamente. Y segundo, era fundamental en los planes de llevarnos el gato al agua, ya ves. De hecho, fue en el sótano de su bar de copas donde pudimos conseguir que un cerdo de la secreta nos contara las cosas que le han costado la vida y que han abierto el melón. Lo tienes todo en la carta. Mejor será que os la leáis y después la guardéis bajo siete llaves. Ahí están tus

barriles de petróleo. ¿La tienes ya?

—Me la están trayendo ahora mismo. Aquí la tengo.

—Vale. Te llamo dentro de un par de días o tres o siete.

—¡Espera!

Meneses colgó sin más.

Era ya noche cerrada en St. Juste.

Meneses se quitó toda la ropa y la fue desperdigando por la habitación. Le encantaba hacerse el desordenado cuando estaba lejos del orden perfecto de su casa en Madrid. Manías suyas. Entró en el cuarto de baño y abrió el grifo del agua fría de la ducha. Se miró de pasada en el espejo, pero el estómago seguía igual. Bah, no estás mal, colega, a pesar de los años. Ya ves. Cogió el vaso de vodka *tonic* y le dio un largo trago. Lo colocó con cuidado sobre la encimera del lavabo y se puso debajo de la alcachofa, algo anticuada, pero al menos grande. Cerró los ojos, aj, Merveille, y dejó que le cayera el agua sobre la cabeza. Merveille, Merveille. Le habría gustado que estuviera más fría, pero bueno.

Se vistió con ropa ligera recién lavada y planchada, mira, esto lo hacen bien, me parece que se encarga Acropole Marie porque lo que es la gorda que huele a sudor, como se llame, que nunca me acuerdo, Resurrección, no pega palo al agua.

Después se roció la cabeza con colonia 4711 Kölnisch Wasser y se repeinó.

Bajó al salón y al poco llegaron sus invitados. Bueno, una bobada por darle solemnidad a la cosa: Merveille, esplendorosa en un caftán de hilo negro casi transparente; Atumu, el coronel Fedorov y Bijou, que cenaría en el despachito contiguo, vería una película del *pendrive* y luego se iría a la cama en la habitación de invitados.

Una ausencia clamorosa: Duhamel.

Sentados a la mesa, una imitación victoriana, de caoba, eso sí, Meneses levantó su copa de *champagne* y dijo:

—Por el amigo ausente, allá donde se encuentre que lo alcance la paz.

—*Prost* —dijo el ruso.

—Salud —dijeron Merveille y Atumu al unísono.

—Así son las cosas, Atumu —dijo Meneses—. Lo que hemos descubierto

del buen tejano nos ha abierto el camino, un camino que no nos esperábamos. Incluso vamos a poder ahorrarnos el dinero que mi Gobierno estaba dispuesto a gastarse para comprar del general abajo a todo el que se moviera. Hombre, el del generalote, no. Mejor tenerlo contento de cara al futuro para que no nos toque los cataplínes, si puedo usar la expresión, Merveille. —Atumu rio alegremente—. No. Lo digo en serio. Si Wa-TuTu no saca algo de todo esto, le va a parecer que no ha hecho negocio y en algún momento va a querer hacernos una barrabasada. Y Hockansmith va a estar esperándonos a la vuelta de la esquina. Vamos a ver, propongo que demos dos milloncetes al presidente vitalicio. Oye, a mí no me cuesta nada. Que sean dos o tres, qué más da. ¿Sabes lo que son fondos reservados, Merveille?

—No, no lo sé.

—Pues es un dinero que mi Gobierno da a los diferentes ministerios para que se lo gasten en lo que quieran sin rendir cuentas a nadie. Son fondos de maniobra para emergencias. Por ejemplo, dinero para espiar al adversario político o para alojar a refugiados en un momento dado o para comprar un país en determinadas circunstancias. Nadie sabe muy bien de dónde salen, de algunas partidas presupuestarias secretas o algo así. Y de vez en cuando, alguien en el Parlamento se enfada y exige claridad. Bueno, le dicen que no lo harán nunca más y siguen adelante como si tal cosa.

—Sois unos sinvergüenzas, Patrís.

—No. Es la *realpolitik*. Y además, yo no tengo nada que ver en el asunto. Me limito a gastar de una cuenta que me indican. Gasto con un buen fin. Ya me gustaría saber dónde está la madre de Duhamel, ¿sabéis que le puso Georges Simenon? Le pareció que el apellido verdadero, Poulet, era poco distinguido. El caso es que voy a intentar localizarla para hablarle de su hijo y decirle, además, que le ha tocado la lotería: WhiskyPont, el local de marcha de St. Juste, más un millón de euros. Por cierto, tenemos que buscar a alguien que lo lleve de momento. ¿Qué os parece?

—Me parece estupendo. Soy una sinvergüenza también... ¿eh? ¿Y cómo estás seguro de que vas a sacar adelante tu misión casi sin coste? Si Hockansmith ha asesinado a Duhamel, ¿qué le impide asesinarte a ti? Te tendrá más inquina que a Duhamel, ¿no?

—Por dos razones. Una, porque soy el enviado de Madrid, que tiene la llave del ingreso de Matambezi en el Consejo de Derechos Humanos de Ginebra. Y dos, la carta. La primera le puede traer sin cuidado; la segunda,

no.

—¿La carta? ¿Qué carta? —interrumpió Atumu.

—La que mandé a mi ministro desde El Cairo explicando la muerte de nuestros españoles en el hospital de la selva, el monumental contrabando de heroína y cocaína que la justifica, el sistema que va a emplear *mister* Texas para llevarlo a Estados Unidos y, amigos, proponiendo el uso de la información para denunciarlo a Washington si el tipo no se aviene. Le he dado un ultimátum de una semana. —Separó las manos con las palmas hacia arriba—. ¿Qué os parece?

—Ah, miserable —dijo Atumu—, ya me parecía que te guardabas un as en la manga. ¿Para qué ibas a ir a El Cairo si no? No me creí lo de las pirámides y tus ganas de descansar ni por un momento.

—Un seguro a todo riesgo. De hecho, la caja de seguridad personal del ministro es interesante. Está en su despacho, disimulada detrás de uno de los tapices, y puede abrirse con una combinación bastante tonta. Lo interesante es que solo contiene una cosa, dos ahora que está la carta. Lo único que había hasta ahora eran cuarenta perlas naturales cada una del tamaño de la Peregrina. —Merveille dio un silbido de admiración—. Por lo que se dice, fue un regalo, una contribución a finales de la Guerra Civil española en 1939 hecha por un entusiasta de la República para que pudieran seguir comprando aviones. Y con las perlas habrían podido comprar unos cuantos. Lo que yo os diga. Son de grandísimo valor. Lo digo porque las he tenido en mis manos. El hecho es que los funcionarios del ministerio no se atrevieron a entregárselas al Estado Mayor republicano. Total, la guerra estaba perdida... Se guardaron en la caja y ni siquiera se hizo inventario de ellas. Allí están, aunque juraría que llegaron cuarenta y ocho. No sé, me suena un número más redondo. Ocho se han perdido con el tiempo; digo yo que algún ministro codicioso se las guardó...

—¿Y tú no? —preguntó Merveille.

—¿Yo? Qué va. No haría una cosa así.

—¿Ni siquiera una?

—Ni siquiera una porque lo verdaderamente bello y equilibrado sería una pareja. —Y en tono reflexivo, añadió—: La verdad es que estarían bien en el centro de la vitrina con el oro de los hititas...

—¡Serás bandido!

—Simple deseo. No me atrevería.

—Ya.

—En fin —Meneses suspiró—, ocasiones perdidas...

—Por supuesto —intervino Fedorov—, un buen seguro a todo riesgo, pero ¿qué impide que Hockansmith nos mate a todos si ignora que está en manos de las autoridades españolas?

—Se lo dije. Le dije que había mandado la carta con la recomendación de que si nos pasaba algo a cualquiera de nosotros, se pusiera todo en manos de los americanos.

—Como en las películas de gánsteres —dijo Merveille, riendo y aplaudiendo encantada.

—Como en las películas de gánsteres. Y aprovechando que el Sena pasa por París, le hice un doble chantaje: si quiere salir sin daño de esta aventura, me va a tener que hacer un contrato de petróleo.

—¡Ha! —exclamó Atumu.

—La sopa no está mal, mira. Por una vez, el cocinero se ha esmerado —añadió Meneses, con aire modestamente triunfal—. Bien, vamos a lo nuestro. Como me va a sobrar dinero, voy a crear y financiar en Buyumbura una escuela de ingeniería de minas. La llamaremos Escuela Merveille Kokomo...

—No. Si quieres hacer una cosa así, Patrís, la llamaremos Escuela Reino de España, y te haremos presidente...

—No puedo dirigir o presidir desde Madrid una facultad de ingeniería en Buyumbura. Decisión definitiva, joven.

—Ah, no. Te quedarás aquí.

—Ni lo sueñes.

—Lo tengo ya previsto —interrumpió Atumu—. Recordarás a una bella joven buyumbura que me sacó a bailar la noche...

—¡... No sigas por ahí! Aquella gorda con el culo de barril... La recuerdo bien y no me pienso acercar a ella a menos de veinte metros. No es que pueda: me lo impide su culo.

Cuando dejaron de reír todos, Atumu añadió:

—Te hacemos un verdadero honor. Es hija de jefe.

—Razón de más para exiliarme a Madrid. Claro que si se tratara de Virginaly, estaría dispuesto a considerarlo.

—Te mato, Patrís —exclamó Merveille.

Meneses levantó una mano conciliadora.

—Vale, vale. No se hable más de ello.

—¿Qué vamos a hacer entonces con Hockansmith ahora que lo tenemos controlado? —preguntó entonces con voz queda el coronel Fedorov. Su intervención inesperada tuvo la virtud de silenciarlos de golpe.

Meneses levantó la mirada para fijarla en Atumu y lo interrogó con un gesto de la barbilla. Merveille se llevó una mano a la boca y abrió mucho los ojos.

—Ha matado a Duhamel —dijo Meneses—. No merece vivir. Ha matado a nuestros médicos, a las enfermeras y a nuestras monjitas. No merece vivir.

—Cierto —dijo Fedorov.

—Cierto —dijo Atumu—. No merece vivir.

—Entonces, ¿está decidido? —insistió el ruso.

—Eso me parece.

—A mí también.

—Un... un momento —dijo Merveille—. Estamos aquí, sentados a la mesa de un banquete, ¿y decidimos una vez más la muerte de un ser humano... como si se tratara de comernos un flan o de dar un paseo por el jardín? No, no puede ser. Somos seres racionales, dotados de conciencia y compasión...

—*Madame Kokomo*. Estamos hablando de un asesino que mata por placer y por lucrarse. Un asesino sin el que la tierra sería un lugar mejor en el que vivir.

—Solo me pregunto si, una vez más, nos vamos a poner a su altura moral, si está justificado, si tenemos derecho...

—... Tenemos derecho, Merveille. Las circunstancias son extraordinarias. En última instancia, está en peligro el destino de todo un pueblo. Estamos en guerra. Y Hockansmith tiene la llave del infierno.

—Mi amor, dile tú algo. No reconozco al Patrís al que queremos, a nuestro Patrís...

Meneses bajó la mirada al plato que tenía delante.

—¿Señor? —preguntó Fedorov.

—¿A cuánta gente necesitaría, coronel?

—A los que tengo aquí, no más. Cinco de mis mejores soldados, adiestrados, sigilosos, inmisericordes y sin miedo a nada.

—Un momento —interrumpió Meneses—. Antes de ejecutar, tenemos que esperar a que se cierre el asunto del petróleo, que para eso vine aquí, aunque os parezca mentira. Y luego debemos preparar con cuidado el finiquito de

Hockansmith. Me parece que no tenemos en cuenta lo que hay enfrente.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, el tejano no va a estar aquí en territorio hostil al que, además, se dedica a esquilmar, sin una protección de primera categoría. Y no creo que se fíe mucho de las tropas de élite de nuestro general vitalicio. Sirven para aquí, ¿pero para enfrentarse al ejército ruso? No.

—Bueno —dijo Atumu—, sabemos que tiene a los mercenarios surafricanos.

—Apuesto a que tampoco se fía de ellos. Los mercenarios, como su nombre indica, se mercenan, quiero decir que se venden al mejor postor, aunque les haya pagado con una parte de la droga. ¿No? No, Atumu, este tío tiene mejor protección que eso.

—¿Qué?

—Cada vez que me cruzo con él en su Toyota, lleva unos cristales tintados de negro que no permiten ver a quienes lo acompañan ni queriendo.

—¿Y quién va?

—Hombre, sabemos que Hockansmith es de la CIA y que además cumple una misión en nombre del Gobierno de los Estados Unidos. ¿Qué creéis? ¿Que va solo por la vida? Dentro del coche, en su despacho, en su casa, seguro que lleva con él un ramillete de marines, que apuesto que son tan bestias como él. Y menos escrupulosos. Aunque, bien pensado, no sé quién lo será menos.

—Ya.

—No, Atumu, la pregunta, como diría mi chófer Molusque, es *cui prodest*? ¿A quién beneficia su muerte? Eso es lo que tenemos que resolver.

—En realidad —dijo Fedorov—, la frase es *cui prodest scelus, is fecit*.

—Coronel, no deja de asombrarme. «Aquel a quien beneficia el crimen es el que lo cometió». ¿A quién beneficiaría la muerte de Hockansmith? O lo que es lo mismo, ¿en qué nos beneficiaría?

—Bueno, coronel, nos daría la satisfacción de una venganza cumplida, ¿no? —observó Atumu.

—Bien, eso es razonable, ¿pero serviría de algo?

—A su país, coronel, desde luego le vendría muy bien una confusión de ese calibre en el campo enemigo. Ya sabe, Putin versus Trump, ambos luchando por afirmar su hegemonía en el África Ecuatorial... —dijo Meneses.

—... Con permiso de los chinos —intervino Atumu—. Esos son los que de verdad están introducidos en la zona.

—Si usted me permite, *gaspadín* Meneses, creo que obra favorablemente para todos mantener un equilibrio ruso-americano en Matambezi. No seré yo quien se atreva a plantear intereses estratégicos alternativos. Soy un simple militar. Pero me parece que la paz es preferible en este caso. Para todos. Y eso, como dice Meneses, pasa por que Hockansmith siga vivo.

—No me convence esa solución definitiva —dijo Meneses—. Al final de la aventura, todos estaríamos mejor con una rata de menos. Sin el rey de las ratas. Hockansmith no merece vivir, coronel. Por Duhamel, aunque sea solo por Duhamel.

Merveille sacudió la cabeza con verdadero dolor, pero ya no dijo nada.

Más tarde, tomando café en el salón, Meneses preguntó a Merveille por Virginaly: necesitaba que la trajeran a St. Juste a escondidas.

—Podías haberte ahorrado el tono de misterio —contestó ella, riendo—. Está aquí desde ayer. La hice venir para equiparla con vistas al viaje a París.

—Podrías habérmelo dicho.

—Bueno, pues está aquí. ¿Cuándo quieres llevártela?

—Llévámela, no. Llevaros.

—¿Cómo es eso?

—Quiero que vengáis conmigo Bijou y tú. —Meneses miró a Atumu, que estaba muy serio—. Dime que estás de acuerdo. —Atumu no contestó—. No puedes embarcarte en la aventura más peligrosa de tu vida sin proteger a tu mujer y a tu hija. Y lo sabes...

—¡No! —exclamó Merveille—. En absoluto. Me quedo aquí, a su lado. No pienso moverme. No me lo puedes pedir. No y no.

—¿Has pensado en Bijou? —preguntó Meneses.

—¿Qué pasa con Bijou?

—Dos cosas. La primera, con la que se va a armar si este se sale con la suya, mejor que Bijou no corra riesgos.

—Bijou es una buyumbura, es mi heredera y tiene que estar a mi lado. Esta es su tierra, Patrís.

—Ya, pero si vienen a por vosotros, irán primero de todo a por la niña. Por machacaros. Y la segunda, que si estáis enredados en el lío, no os vais a poder ocupar de ella.

—Llévatela tú —dijo entonces Atumu.

—Estás de broma.

—Estás de broma —repitió Merveille.

—Es lo único que me daría tranquilidad para los primeros momentos.

—Venga, hermano, estás de la cabeza. Me llevo a las dos junto con Virginaly y esperamos en París a verlas venir. Y me llevo a las dos por las mismas razones por las que no se puede quedar Bijou.

—Patrís, no me puedo ir contigo. Si Atumu declara la independencia, ¿qué crees que les parecerá a todos que la mujer del líder se vaya unos días a descansar a París mientras aquí se está jugando el futuro de la nación? ¿Y está muriendo gente, la gente de mi tribu?

Meneses se quedó callado.

Atumu se quedó callado.

—Pero Virginaly no se puede quedar aquí —dijo por fin Meneses—. Bijou da lo mismo porque la pienso llevar atada a la cintura sin soltarla ni un minuto. Hará lo que yo haga e irá a donde yo vaya.

—Muy bien, eso me parece bien. Sabiendo que Bijou está contigo, nos quedamos tranquilos.

—Pero yo no me puedo ir dejándoos solos. Dios sabe en qué lío os meteréis. Me llevo a las niñas a París, dejo a Virginaly instalada y vuelvo para acá con Bijou.

—¿Para qué te la llevas, entonces? —preguntó Merveille.

—Es más fácil, créeme. Por Virginaly. Te lo voy a explicar...

—Entonces tarda un poco en volver.

—No. Tengo que respetar lo que dice Atumu Kokomo.

—Patrís, la esperanza de este pueblo mío está en la juventud. Si nos cuesta la vida a los mayores, habrá sido un capital bien invertido... Vete tranquilo por unos días.

—Sí, pero vuelvo enseguida...

—Y cuida de la esperanza del futuro...

—No me digas que Virginaly y Bijou son la esperanza de este pueblo porque entonces no tenéis remedio. ¡Vosotros sois la esperanza de este pueblo! Si son algo, Bijou y Virginaly son la esperanza de África en un mundo lejano, en Europa, en América. Pero no aquí. Esto es demasiado poco para ellas. Perdón, no quería decir eso...

—Pues ha sonado fatal. Deja que yo me ocupe del futuro de esta tierra.

—De acuerdo, Atumu. Perdona. Solo quiero decir que si las cosas salen

mal, y la verdad es que no tienen muy buena pinta, Virginaly y Bijou merecen vivir por encima de todo. Eso quería decir llamándolas la esperanza de África. Y si salgo con vida de todo esto, las cuidaré y las protegeré como si fueran mis hijas. En el caso de Bijou es fácil. —Sonrió—. En el caso de Virginaly, me va a costar un poco más tratarla como a una hija.

—¡Patricio! —exclamó Merveille, inclinándose para ponerle una mano en el brazo—. Eres un sinvergüenza corruptor de menores. Y encima te la llevas a París, que es insoportablemente romántica. —Se le encendieron los ojos—. ¡Ay, Patrís!

—Justamente por eso debes acompañarnos.

—Sabes que no puedo.

—Eso debes decidirlo tú —intervino Atumu.

—No tengo ninguna decisión que tomar, marido mío. Mi sitio está aquí, a tu lado.

En ese momento, Fedorov tosió discretamente. Míralo, se dijo Meneses, esto parece un vodevil: entran unos, salen otros, justo en el momento oportuno, como dirigidos por el mismísimo Georges Feydeau. El coronel dijo con su prestancia habitual:

—*Gaspadín* presidente. —Es la segunda vez que lo llama *gaspadín*. Lo dice para que no olvidemos que han venido los rusos. ¡Qué tíos! Ya digo, no dan una puntada sin hilo—. Estoy a sus órdenes.

—Un momento, por favor —dijo Meneses—. Antes de que empecéis a tomar las decisiones que veo que vais a tomar, creo que es importante que fijemos plazos. Lo que quiero decir es que conviene que nos vayamos a París en estos días que son de relativa calma. ¿Por qué no esperáis a que vuelva?

—Pero, Meneses —dijo el ruso—, me parece que estamos preparados para tomar la iniciativa. Para sorprender. Quien da primero...

—... Da dos veces, ya lo sé... A menos que quien reciba la primera bofetada sea un tipo tan grande como Hockansmith...

—... Pero eso no debe detener nuestra mano.

—Lo sé, Fedorov. Pero, primero, consideren ustedes que este momento es de tranquilidad relativa, que el presidente para siempre disfruta de su momento futuro, cuando será reconocido por la comunidad internacional, que el maná petrolífero está a punto de empezar a llenar los tanques de los petroleros rumbo a Estados Unidos, que la población está bien sujeta y atemorizada...

—... Entonces es el momento oportuno, ¿no?

—No digo que no lo sea. Digo que nos podemos permitir el lujo de una pequeña pausa de días, los suficientes para darme tiempo de volver de París y sumarme a los festejos. Como os decía antes, si reducimos esta situación a sus mínimos, y aceptando de mala gana que Merveille no venga con nosotros, mi viaje a París en realidad se limita a llevar a Virginaly al colegio para tenerla bien lejos de aquí. Bijou nos acompañará para no alarmarla y ayudarle a pasar el trago. ¿Sí? —preguntó mirando a los dos—. Luego, habiendo tenido vosotros a vuestra hija fuera de los pies durante el tiempo de los preparativos, volveré con ella y, hale, a los festejos. No creas que no te comprendo, Atumu. Sé que tu hija debe estar presente en lo que pase. Para eso es una hija de la tierra. Es la esperanza de África y eso no la libra de estar aquí en el momento más dramático. Luego, si me la tengo que llevar para siempre por lo que haya pasado, me la llevaré.

El coronel sonrió y, volviéndose hacia Atumu, preguntó:

—¿Qué le parece, señor?

—Me parece bien. Es inevitable. Que las dos niñas vayan contigo, Patrís. Y nosotros nos vamos al mismo tiempo a Buyumbura a terminar los últimos detalles.

—Me tenéis asustado. Si las cosas van bien, Bijou vuelve conmigo. Si no van bien, se queda en el convento y el colegio interno con Virginaly, donde las monjas.

—No me gusta.

—Bueno, digamos que a menos de que la situación aquí se deteriore mucho, quiero decir que esté francamente mal, volverá conmigo.

—Ok. —Mira el gringo este. Ok, Ok, dice. Venga. No sé si estas expresiones cuadran bien con el folclore tradicional de las tribus del África Ecuatorial. El mundo ya no es lo que era.

24

PARÍS

El vuelo de Air France 1640 despegaba de St. Juste a las siete de la tarde para el regreso a París con escala en Dakar. Un vuelo largo —entre unas cosas y otras, doce horas, incluida la escala en Senegal— que se soportaba con gran comodidad si se viajaba en primera clase, como Meneses, Bijou y Virginaly. Así son las cosas cuando manejas fondos reservados del Gobierno español. Meneses lo tenía claro: le encantaban las minifaldas de las azafatas, entre otras cosas porque le distraían de las piernas y el trasero de Virginaly, tal como lo llevaba todo enfundado en un vaquero más ajustado de lo que convenía a la modestia cristiana.

La chica iba asustada, naturalmente. A su lado, en la gran butaca de la izquierda, Bijou, viajera acostumbrada a volar de un sitio para otro, le hablaba sin parar para distraerla de sus terrores. A veces le contaba tales disparates de su vida en Nueva York que Virginaly la miraba incrédula con los ojos como platos y luego rompía a reír sacudiendo la cabeza. Le fascinó el torrente de palabras con que describió sus clases de ballet en la academia del American Ballet del Lincoln Center (Bijou hasta se puso de pie para enseñarle en el pasillo del avión las cinco posiciones y después un *arabesque*, un *fouetté*, que no pudo dar entero por falta de espacio, y un *écarté*) y acabó aplaudiendo con entusiasmo, olvidados sus miedos por un momento. Meneses contemplaba la escena, igual que dos de las azafatas y un pasajero más, seducidos todos por la gracia y la agilidad con que se movía Bijou. Los cuatro aplaudieron igual que Virginaly. Daría lo que fuera por seguir con vida el tiempo necesario hasta contemplar a esta crisálida transformada en una diosa grácil y seductora volando sobre el escenario del Covent Garden. Venga, Meneses, estás chocheando. Pero ¿por qué he de condenarla a pagar por los pecados y los orígenes de sus padres? ¿Por qué ha de sufrir por lo que pase en un país que no es ni remotamente suyo? ¿Matambezi? No: Nueva

York, que es de donde procede Bijou, que es donde ha crecido, donde tiene su vida. ¿Tiene que ser realojada en una cultura y en unas tradiciones que no son tuyas (no lo digas, Meneses: que son primitivas y salvajes, no lo digas, ni lo pienses)? ¿Y que, además, va a acabar como el rosario de la aurora? Ni hablar: Bijou no vuelve a menos que yo lo vea claro y que ni por un momento se rompa su cordón umbilical con América. Ni de coña. ¿Por qué debería llevarme a Virginaly escapando de un destino peor que la muerte, impuesto por una civilización destruida y sin futuro, y no hacer lo mismo con la niña a la que quiero como si fuera mía? Meneses, se te va la olla.

Después de cenar —*champagne* para mí, Coca-Cola para las niñas—, Bijou estuvo viendo un musical americano hasta que se quedó dormida y Virginaly se pasó medio vuelo hasta Dakar agarrada a los brazos de la butaca sin atreverse a hacer de ella un asiento reclinado.

—¿Tienes miedo? —preguntó Meneses.

—Sí —contestó ella con un hilo de voz.

—Pues no debes. Piensa que empiezas una nueva vida, que nunca más tendrás que pasar miedo, que podrás estudiar lo que quieras y vivir como quieras —mientras no te cacen los hijos de puta—, que yo estaré para protegerte... e impedir que hagas tonterías...

—¿Tonterías?

—Sí. Porque esa vida tan estupenda tiene malas tentaciones, mala gente que te querrá explotar y engañar..., ya sabes, para hacer bum-bum contigo, forzándote...

Virginaly se llevó las manos al vientre.

—¿Como Abu Dada?

Meneses rio.

—Como Abu Dada, solo que más guapos y más elegantes.

—Me da miedo París.

—Lo entiendo. Es una ciudad enorme, llena de peligros, pero preciosa, ¿eh?

—¿Me la enseñará, *monsieur*?

—Claro que sí. Ya verás cómo nos vamos a divertir. Os voy a enseñar a Bijou y a ti muchos sitios estupendos... Y ahora, inclina la butaca dándole a ese botón. —Resistió la tentación de pasarle un brazo por encima para enseñarle cómo se hacía. Meneses, viejo sátiro—. Así es. Duérmete un rato. Yo te despertaré.

La llegada a París, nada nuevo para Meneses y Bijou, asombró a Virginaly y por primera vez se la vio excitada, mirando a todos lados, llevándose una mano al cuello a cada descubrimiento. El aeropuerto Charles de Gaulle, pese a que para Meneses era una antigualla ineficaz, para Virginaly era un salto hacia delante de varios siglos, tal era la maravilla que le provocaban las luces, el metal pulido, las escaleras mecánicas, las tiendas de todas las cosas. Es tan inocente, discurría Meneses, que ni se da cuenta de las miradas de admiración (y de ganas, malditos) que provoca en los hombres con los que se cruza.

Una limusina negra y grandísima los esperaba a la salida. El conductor, vestido de negro, les abrió ceremoniosamente la portezuela trasera y los tres se instalaron en el amplio sillón tapizado de cuero. Sin pronunciar palabra, el chófer arrancó y los condujo hacia el centro de París. *Pas trop vite, s'il vous plait*, no demasiado deprisa, por favor, le recomendó Meneses y así fueron con parsimonia recorriendo calles y bulevares por aquella espléndida mañana de verano, todavía fresca, con el rocío dejando su rastro de gotas microscópicas sobre los bancos y los macizos de flores. De pronto, Virginaly agarró a Meneses por el brazo y con la otra mano señaló más allá de la ventanilla.

—Sí —dijo él.

—¡La Torre Eiffel! —exclamó ella, y los tres estallaron en una carcajada alegre—. Es como el restaurante de St. Juste.

—Vaya, bastante más grande, pero sí, es el monumento que todo el mundo reconoce. La Torre Eiffel.

Poco después, tras dejar atrás L'Étoile y los Campos Elíseos, recibidos por Virginaly con un ¡oooh! desmayado, giraron a la derecha por la avenida Montaigne y pasaron delante de la casa Dior y enseguida por la de Louis Vuitton —Virginaly había visto ambas tiendas y algunas más en el magazine de Air France—. Al instante torcieron una vez más a la derecha para llegar a la esquina de la rue de la Trémoille. Allí se detuvo el coche.

—Este es nuestro hotel.

Bijou aplaudió con entusiasmo.

—¡Qué bien! ¡Cómo me gusta este hotel! Estuvimos con mamá y papá. Y contigo, tío Patrís.

—¡Ah, *monsieur l'ambassadeur* Meneses! Sea bienvenido. Veo que ha

traído a su protegida, *mademoiselle* Bijou. ¿Cómo están *monsieur et madame* Kokomo?

—Están muy bien, en Matambezi. Y no es mi protegida, son mis protegidas, Bijou y *mademoiselle* Virginaly Doué, a la que traigo para dejarla en un colegio a que complete su educación.

—Muy bien, señor, tenemos sus habitaciones contiguas preparadas, una doble para las señoritas y una de cama *king size* para usted, como de costumbre. Les deseo una feliz estancia en París.

Lo que más pareció suscitar el entusiasmo de Virginaly fueron los edredones y las almohadas, y las toallas de algodón, todo blanquísimo, y el buqué de flores en la mesa frente a la ventana. Enseguida imitó a Bijou, que de un salto se había sentado en la cama. Lo hizo con un gritito y rebotó sobre el colchón tres o cuatro veces.

—Bueno, niñas, perdón, señoritas, dense un buen baño con sales cada una. Virginaly, vas a descubrir las sales de baño, y a la una de la tarde os espero en el vestíbulo para que nos vayamos a comer. ¿Sí?

—¡Sííí!

Meneses se dio una ducha larga, enjabonándose con cuidado por aquello de las miasmas (no lo digas, Meneses, las miasmas del ecuador). Se vistió e hizo tres llamadas de teléfono.

—¿*Madame* Poulet? —Había encontrado el número de teléfono en el despacho de Duhamel, en una carpeta que rezaba «papeles míos». Los idiotas de la secreta no habían rebuscado en ese cajón.

—Soy yo, dígame.

—Me llamo Patricio Meneses y soy un gran amigo de su hijo Georges Simenon. Acabo de llegar a París desde St. Juste y...

—¿Está bien? ¿Le ha pasado algo? —Ese instinto infalible de las madres...

—No, no —Meneses, cobarde—, pero traigo un recado suyo. ¿Podemos vernos?

—Vivo en Vitry, al sur de París. —Notó en la voz de la madre de Duhamel angustia, excitación e impaciencia, todo al tiempo—. Acudiré encantada a donde le parezca.

—La visitaría a usted hoy, pero no tengo más remedio que quedarme en París.

Se citaron en el hotel a las cinco de la tarde del día siguiente. Meneses tragó saliva.

La segunda llamada fue al subsecretario en Madrid.

—Oye, subse, tengo que hablar con el ministro. —El ministro no se me escaquea más veces delegando en el subsecretario: él, sobre todo él, es responsable de esta broma. Y me va a tener que escuchar.

—No está. Ha viajado a París para hablar con su homólogo francés. Vuelve mañana. Pero cuéntame.

—No, ahora no tengo tiempo. Estoy muy liado.

—Pero...

—Gracias, subse. —Colgó.

La tercera llamada, naturalmente, fue a la embajada de España en París.

—Embajada de España.

—Muy buenos días. Sé que en este momento no están ni él ni el embajador, pero necesito hablar con el señor ministro con urgencia...

—... Están reunidos en este momento...

—Lo sé. En el Quai d'Orsay. Pero mi llamada es de extrema importancia. Por favor, pásele un mensaje diciendo que Patricio Meneses necesita verlo hoy. Él sabe de qué se trata y querrá verme. Estoy en París, alojado en el hotel de la Trémoille.

—Pasaré el mensaje, señor.

—Gracias.

A la una en punto las dos niñas estaban, excitadas e impacientes, en el vestíbulo del hotel. Ambas se habían cambiado y vestían pantalones de algodón, zapatillas de tenis y blusas de algodón veraniegas. Se habría dicho que eran hermanas, de puro guapas y relucientes que iban.

—Muy bien, señoritas. Voy a tener que quitaros a los moscones de encima.

—¿Qué son moscones?

—Son unas moscas gordas, boba —dijo Bijou, riendo.

—En este caso, son los señores malos con malas intenciones de los que te hablaba antes. Bueno, vamos a comer.

A pocos metros de allí estaba el restaurante Chez Edgar, un pequeño bistró que Meneses frecuentaba cada vez que estaba en la capital francesa. El conserje del hotel les había reservado una mesa en la terraza de la acera. Al

llegar, Virginaly se quedó muda ante la bandeja de ostras que un hombre con un gran delantal verde iba abriendo con un pequeño cuchillo.

—No voy a saber qué comer —dijo en voz baja.

—No te preocupes. Os voy a pedir cosas que os van a gustar. —Y, en efecto, sin mirar siquiera la carta, pidió al *maître* lo mismo para los tres: melón *cantaloup* con jamón de Bayona, lenguado *meunière* con patatas al vapor, mantequilla y perejil, pequeñas ensaladas mixtas y para postre..., bueno, ya decidirán las señoritas. ¿Para beber? Mucha agua y una botella de Pouilly Fumé. Muy bien, *monsieur* Meneses, es un placer volverle a ver.

—Ya verás cómo te va a gustar —dijo Bijou—. ¿Nos vas a dejar que bebamos un poco de vino, tío Patrís?

—Un sorbo cada una.

El almuerzo fue una delicia y a Meneses le encantó ver cómo Virginaly descubría todos esos nuevos sabores que enseguida haría suyos. Vaya, no son exóticos, porque exóticos son los de allá, pero yo me entiendo. Y eso que tenía que resultarle difícil la adaptación a una nueva vida instantánea que rompía con toda su existencia anterior. Una especie de esquizofrenia deliciosa.

—¿Qué vamos a hacer ahora, tío Patrís? —preguntó Bijou, pasándose la lengua por los labios: las dos niñas se habían liquidado sendos suflés de chocolate y tenían restos hasta por las mejillas. Meneses tomaba un café expreso.

Vio que se aproximaba un botones del hotel.

—*Monsieur* Meneses, le acaba de llamar el señor ministro de España.

—Ah, muy bien, muchas gracias. Niñas, vamos a tener que volver al hotel un momento.

—Ministro.

—¿Cómo es que estás en París? ¿Te dedicas a la vida muelle con mi dinero?

—No. Tenía unas cosas que resolver para Atumu Kokomo. Son servicios inexcusables que le presto, Nacho, de cara al futuro del coltán, pero me vuelvo para allá pasado mañana. Tengo que proponerte una cosa que me parece importante.

—Tú dirás.

—Mejor que te lo cuente cara a cara.

—Me vuelvo esta noche a Madrid.

—Serán un par de minutos. ¿A qué hora te vas de la embajada hacia el aeropuerto?

—A las siete.

—¿A las seis?

—Vale, pero más bien a las siete menos cuarto. Solo podremos hablar unos minutos.

—Suficiente para lo que te tengo que proponer.

Meneses, Bijou y Virginaly se subieron a la limusina, que arrancó inmediatamente.

—¿A dónde vamos, tío Patrís?

—Ah, secreto. —Pero no fue fácil disimularlo en cuanto hubieron cruzado el puente de Alma.

—¡¡Vamos a la Tour Eiffel!! —exclamó Bijou, batiendo palmas. Virginaly estaba boquiabierta. Y, como siempre que se asombraba con algo, además de formar una o con la boca, abrió mucho sus ojos almendrados de color topacio. Esos ojos le van a causar muchos problemas.

Pudieron pasar sin esperar ni hacer cola entre la masa de turistas japoneses: el chófer había estado antes, durante el almuerzo, sacando los billetes. Las dos niñas miraron hacia arriba intentando asumir el tremendo desnivel de lo que les esperaba tras subir en los ascensores. Primero, a la segunda planta y, luego, a la cima, allá a trescientos metros de altura, en otro ascensor directo.

Cuando alcanzaron la segunda planta y se bajaron para cambiar de elevador, Virginaly se agarró con las dos manos del brazo derecho de Meneses y ya no se soltó hasta que llegaron arriba. Jadeaba aterrada. Al desembarcar, los tres se acercaron hasta donde lo permitía la estructura. Mientras Bijou iba muy despacio y en completo silencio, Virginaly cerró los ojos y apoyó su cara contra el brazo de Meneses.

Este carraspeó.

—Tienes que abrir los ojos y mirar. Se ve todo París...

—Me da mucho miedo —dijo en un susurro.

—No te va a pasar nada. Agárrate bien.

Virginaly se pegó a él. Santa madre de la misericordia. Meneses le pasó el brazo por la cintura; era la primera vez que rodeaba ese talle liviano tan elástico. Tragó saliva. Venga, Meneses, esto es demasiado, viejo verde.

—¿Puedes ver?

—Sí —confirmó tras un suspiro largo.

—Mirad, niñas, vamos a dar la vuelta hasta donde nos dejen y os digo lo que vamos viendo. ¿Sí? —Agarró a Bijou de la mano y fue empujando a Virginaly hacia la derecha, mientras les explicaba la historia de cada cosa, el Sena, los jardines del Trocadero, los Campos Elíseos —¿sabéis que elíseo quiere decir lugar delicioso para el descanso?—, la Concorde, el Museo del Louvre, a lo lejos el Moulin Rouge que casi no se distingue, el Sagrado Corazón y, más cerca, Notre Dame en su isla en el río, el Panteón...—. Mañana pasaremos por todo para que lo veáis de cerca.

—¿Todo? —preguntó Bijou—. Nos van a doler los pies de tanto andar.

—Pues sí. Pero os llevaré a comer a un sitito italiano en el que dan la mejor *pizza* del mundo, bueno, casi.

Cuando por fin volvieron al nivel de la calle, Virginaly se soltó, aunque se dejó una mano apoyada en el brazo de Meneses.

—Y ahora, señoritas, para prepararnos para lo que vamos a hacer esta noche, visitaremos la boutique Christian Dior en la avenida Montaigne.

—¡La hemos visto antes al llegar! —exclamó Virginaly.

—Wow —dijo Bijou.

—Vamos a ver qué nos venden.

Entraron en la famosa boutique de la fachada de madera azul claro. Olía bien, a perfume suave. Inmediatamente, se les acercó una dependienta a preguntar qué deseaban.

—Pues, *mademoiselle*, queremos un conjunto ligero de tarde-noche para cada una de estas señoritas.

—¡Oooh! —exclamaron ambas al unísono.

—Muy bien, señor, acompañenme, por favor. ¿Tienen alguna idea de lo que prefieren?

—Bueno, mi ahijada pequeña tiene diez años, aunque, como ve, es muy alta. Para ella quiero algo muy sencillo, creo que en rosa, si le parece. En cuanto a *mademoiselle*, lo dejo a su criterio.

—Muchas gracias, señor.

Enseguida se pusieron de acuerdo sobre el vestido de Bijou, un camisero rosa con botones y un cinturón muy ligero azul noche.

—Le sienta maravillosamente, señor. Realza el cuello interminable de *mademoiselle*. Está muy, muy guapa.

Bijou sonrió con el rostro encendido.

—Necesitará unas bailarinas.

—Muy bien. Justo lo que le pega.

La dependienta llamó a una asistente, que se llevó a Bijou para buscarle unos zapatos.

Para Virginaly acertaron a la segunda: una falda azul marino con una abertura de costado, un gran cinturón a juego y una blusa de seda blanca escotada y cruzada en pliegues sobre el pecho. Al menos eso le pareció entender a Meneses. Y yo qué sé; solo sé que está arrebatadora. Mientras Virginaly giraba sobre sí misma como una peonza mirándose incrédula en los espejos, apareció una mujer muy elegante que se detuvo al lado de Meneses.

—¿Puedo preguntarle una cosa, *monsieur*?

—Usted dirá.

—¿*Mademoiselle* es modelo? Me sorprende no haberla visto antes.

—No. No es modelo, no.

—Pues tiene una gracia, una *allure*, un porte y una belleza que hacen de ella sencillamente una modelo perfecta. Completamente natural. ¿Qué edad tiene, si me permite preguntarlo?

—Es una niña: diecisiete años.

—Le edad perfecta, señor, la edad perfecta.

—Pues, en mi opinión es demasiado joven y no llegará a este mundo de la moda hasta dentro de un tiempo largo.

—Le voy a pedir dos favores. Que permita que nuestro fotógrafo de la boutique le haga una foto y que acepte usted mi tarjeta para cuando la necesite. Esa niña, como usted la llama, es una estrella, no hay más que mirarla, una perla rara en una concha apenas entreabierta. —Jesús.

—*Madame*, no le vamos a sacar ninguna foto todavía, pero déjeme su tarjeta.

—Muy bien. No se olvide de nosotros. Espero que acepte un detalle de parte de Dior: unas bailarinas de charol conjuntadas con la *tenue* que se lleva ahora. Como es muy alta, no necesita tacones. ¿Ha visto que tampoco requiere el más mínimo ajuste? Tiene las medidas perfectas... Y un pequeño consejo, *monsieur*, compre para ella algo de ropa interior, blanca, le sugiero, para llevarla con el vestido.

—No sabría qué decirle. —Mierda, sí sabría, lo sabría perfectamente. No voy a saber.

—Bueno, entonces, si me lo permite, me la llevo al fondo de la tienda.

—Muy bien.

Al final, la cuenta fue de cinco mil doscientos euros. Los fondos reservados nunca lo comprenderían. Jolín, Meneses, es una obra de caridad para el resto del género humano.

Bijou le dio un sonoro beso en una mejilla y Virginaly, otro más delicado y cálido en la otra.

—Bueno, volvemos al hotel, que tengo que salir un momento. Y así os bañáis y os arregláis para que salgamos a las siete y media.

—¿A dónde vamos, tío Patrís?

—Ah.

—Anda, por favor.

—No. Es una sorpresa.

Las dejó en el hotel y siguió en la limusina hacia la embajada de España en la avenida Georges V, a dos pasos de la Trémouille. Meneses y el ministro López-Navarrete estuvieron sentados en uno de los salones de la residencia hablando a solas en voz baja durante tres cuartos de hora. Y después:

—Muy bien, nos vemos pronto, Patricio.

—Nos vemos pronto, Nacho.

—Pórtate bien.

—Hago lo que puedo.

—No siempre. Me preocupas.

—Tú resérvame la embajada en Nueva Delhi.

—Si sales de esta.

A las siete y media en punto, las dos niñas estaban en el vestíbulo del hotel esperándole.

—Bueno, bueno, bueno, qué visión celestial. Sois las chicas más guapas de París. Una de cada brazo, por favor. Vamos.

Se montaron en el coche, que como siempre arrancó con gran suavidad. A los pocos minutos se detuvo en la entrada principal de la Ópera, el Palais Garnier. *Voilà*, dijo el chófer.

—¿Vamos a la ópera, tío Patrís?

—No. Vamos al ballet.

—Me desmayo, acabo de ver el anuncio en la puerta. ¡*El lago de los*

cisnes! Dios mío, tío Patrís, con Isabella Boylston y Roberto Bolle. ¡He bailado con ellos en una clase en el Lincoln!

—¿*El lago de los cisnes*? —preguntó Virginaly.

—No te lo voy a contar, Virgy. Lo tienes que ver. Vamos, vamos, que llegamos tarde.

Las butacas estaban en el centro de la tercera fila. El hotel se ha lucido, colega. Y en cuanto empezó a sonar la obertura de Tchaikovski, desapareció todo del mundo y los tres se dejaron mecer por el cuento triste de *El lago de los cisnes*. Bijou, sentada recta sin apoyar la espalda contra el asiento, siguió la representación como en trance. A Virginaly, durante el *grand pas de deux* del tercer acto, empezó a rodarle un hilo de lágrimas por las mejillas, tal y tan evidente era la emoción que sentía. No había visto nunca nada igual y recordaría esa noche como la noche en que había descubierto la magia. Nunca lo olvidaría.

Estaban tan cansadas las dos que Meneses se saltó la cena prometiéndola para el día siguiente, las llevó al hotel, pidió al servicio de habitaciones que les subieran un vaso de leche con cacao y las mandó a desvestirse y meterse en la cama. «Y lavaos los dientes».

Cuando las tuvo acurrucadas debajo de los edredones, fue primero al lado de Bijou y se inclinó sobre ella.

—Gracias, tío Patrís. Ha sido mi mejor día de toda mi vida.

Y Meneses le dio un beso en la punta de la nariz.

—A dormir, que mañana tenemos otro día muy largo.

Se acercó a la otra cama, se sentó en ella y cogió una mano de Virginaly entre las suyas.

—¿Te ha gustado?

—Oh, *monsieur*...

—No, no. Llámame tío Patrís.

—Oh, tío Patrís —sonrió—, ha sido mi mejor día de toda mi vida. Gracias. —Se le inundaron los ojos de lágrimas y en ese instante tan inocente pareció haber vuelto a la infancia—. Gracias, gracias. Me ha gustado el ballet lo que más... y el vestido.

—Ibais muy guapas las dos. Anda, ahora toca dormir, si con tanta excitación sois capaces de dormir. Hasta mañana, que ya sabes que mañana tenemos un día largo...

Se inclinó como había hecho con Bijou y le dio un beso en la nariz. Dios

mío. Virginaly alargó una mano y le acarició la mejilla. Gracias, murmuró.

Todo el día siguiente lo pasaron dando vueltas, un rato en coche y otro andando. Vieron lugares y museos y el Louvre y la plaza del Tertre, donde habían vivido los impresionistas muertos de hambre, y la catedral de Notre Dame y la pizzería recóndita en el barrio de la Sorbona. Cuando regresaron al hotel, las dos niñas cayeron derrengadas en sendos sofás del vestíbulo, hablando excitadamente de lo que había sido la mañana. A Virginaly le había gustado lo que más sentarse en la terraza del Fouquet's en los Campos Elíseos a tomar una Coca-Cola viendo pasar gente y gente, elegante o estrafalaria, con perros o con flores en la mano, con grandes paquetes o fumando en boquilla. A Bijou, en cambio, le había encantado Montmartre, de todo, de todo, bueno, también la plaza des Vosges y los *bouquinistes*, los libreros de viejo en los bordes del Sena y, bueno, el faubourg Saint-Honoré con todas las tiendas de moda y, vaya, la plaza de la Concorde con todas las joyerías y qué sé yo.

Cerca de las cinco de la tarde, Meneses mandó a las niñas provistas de un plano de la zona a dar un paseo por los alrededores.

Y a las cinco en punto apareció preguntando por él una señora de cierta edad, bien arreglada aunque de forma modesta. Su porte era distinguido, pero no podía negar sus orígenes digamos que pequeñoburgueses. Meneses, eres un esnob. Bueno, de todos modos, le pareció una mujer sencilla y atractiva. Tragó nuevamente saliva.

—Señora Poulet, le agradezco que haya venido a visitarme. ¿Le puedo ofrecer algo, un té u otra cosa?

—Un té estará bien, *monsieur* Meneses.

—¿Hace mucho que no veía usted a su hijo?

—Cuatro años. —De pronto, su expresión amable y curiosa cambió. Se puso pálida, las comisuras de la boca se torcieron hacia abajo y dejó las manos quietas en el regazo. Esta mujer está acostumbrada a sufrir—. ¿Qué me quiere decir?

Meneses carraspeó.

—No le traigo muy buenas noticias. —La señora Poulet se enderezó en la butaquita y esperó—. Me temo que murió hace pocos días en un accidente de tráfico en St. Juste.

—¿Cuándo?

—Hace cinco días por la noche, a las once.

De pronto, a la pobre mujer se le llenaron los ojos de lágrimas. Sin emitir sonido alguno, quiso ponerse de pie, pero la derrotó la tristeza y hubo de quedarse sentada.

—No sé cómo explicarle cuánto lo siento, señora Poulet. Fue un accidente estúpido y fortuito y solo se me ocurre que yo también debería haber ido en el coche. Fue una mala casualidad que no lo acompañara...

—No, para usted fue una buena casualidad.

—Lo que quiero decir es que éramos muy amigos y que...

—¿Qué debo hacer?

—Me temo que ya nada. Enterramos a Georges en el cementerio católico de St. Juste. Era mejor así. No nos dio tiempo de avisarle a usted. Tardamos dos días en encontrar su número de teléfono y fue entonces cuando decidí venir a París.

—Me hubiera gustado verle, estar con él. Siempre vivimos alejados, ya sabe que tuvo una vida muy agitada —sonrió—, me parece que cambiaba de nombre con cierta frecuencia. Ahora creo que se llamaba Dupont Duhamel. Pero nos veíamos poco. Yo tenía que trabajar en Vitry y no podía viajar. Tampoco tenía mucho dinero para hacerlo, especialmente a aquellos lugares tan alejados. Mi marido enfermó y pasó los últimos dos años de vida sentado en una silla de ruedas.

Meneses alzó las cejas. Y con resignación, dijo:

—Al menos, Duhamel o Georges ha dejado una fortuna muy respetable, que le ha de tocar a usted. No estaba casado ni tenía descendencia.

La señora Poulet se encogió de hombros.

—No me interesa mucho, la verdad sea dicha. Tengo que trabajar, pero vivo bien, sin apreturas...

—Hereda usted un poco más de un millón de euros...

Ella se quedó paralizada. Durante un rato largo, no acertó a decir nada.

—¿Cuánto dice?

—Un millón de euros, un poco más, tal vez.

—¿Cómo es posible?

—Negocios que él tenía allí. De hecho, uno de los problemas que va a tener usted es que también hereda un local nocturno, el de más éxito de la capital. Tendrá usted que decidir lo que quiere hacer con él.

La pobre *madame Poulet* estaba totalmente confusa.

—No sé de esas cosas. Regento un pequeño bar en Vitry, pero esto que me anuncia me sobrepasa. Me parece que la opción mejor será venderlo.

—No será difícil porque ya le digo que es un local muy célebre.

—Pues véndalo, señor Meneses.

—Muy bien, eso haré. Tiene usted que darme el número de su cuenta bancaria para que yo le haga el ingreso del dinero que Duhamel tenía en su banco, el BNP...

—... Ese es el mío también.

—Entonces será fácil.

—¿Necesitará usted percibir algún porcentaje de esa cantidad?

—No necesito nada.

—¿De verdad?

—De verdad que no necesito ni quiero nada. Su hijo era mi amigo. Con eso basta.

De su bolso, ella sacó un pequeño pañuelo, una cartilla de ahorros y unas gafas. Se las puso y le dictó el número de su cuenta.

—El director de su sucursal se va a llevar un buen susto cuando le llegue la transferencia.

—Sí, eso me parece —contestó ella justo antes de secarse los ojos con el pañuelo enrollado en el dedo índice de la mano derecha—. Ha sido usted muy amable conmigo.

—No, no. Hubiera preferido mil veces no darle esa noticia, pero...

—Ya, no hay mal que por bien no venga. Me habría quedado gustosa con el mal.

—Lo siento.

—De todos, yo debería haberme muerto la primera. Siempre he tenido mala salud, ya ve. Gracias por todo, señor Meneses.

Hacía una noche espléndida, cálida y limpia, con una luna llena que iluminaba todo París de una luz blanca tan fuerte que hasta era posible leer un periódico con su solo resplandor. Hombre, con buena vista, claro, que la mía ya no es lo que era.

Embarcaron en un *bateau mouche* a bordo del que cenarían. Manteles rojos, velas en todas las mesas y en los bordes de la gran chalupa. El Sena se

deslizaba suavemente a su alrededor arrastrándolos con apenas un gorjeo tenue y en el silencio iban desfilando monumentos y puentes e iglesias y palacios como si todo fuera un sueño, el decorado para un cuento de hadas.

Esta vez Meneses permitió que sus niñas bebieran casi media copa de *champagne* para celebrar el París romántico de los enamorados. Fue una cena deliciosa, hablada en voz baja, solo con risas calladas, como cuando se les subieron las burbujas cosquilleándoles la nariz. Hasta Bijou, que normalmente era un terremoto de vitalidad, moderó su entusiasmo natural para contarles sus ensoñaciones de gran estrella bailando frente a la reina de Inglaterra el *pas de deux* de *Giselle* con alguien que se pareciera a Barishnikov o a Ivan Nagy. Y luego viajaría a El Cairo para robar en el museo la máscara de Tutankamón y sus joyas y sería detenida por un oficial inglés que se pareciera a Brad Pitt. «Lo siento, tío Patrís, tú escaparías y no llegarías a salvarme».

Virginaly, en cambio, no supo qué imaginar y Meneses le ofreció los sueños que aún no existían: pasarelas de moda, viajes en barco a través del Atlántico, veleros hacia Bora-Bora y su laguna y, finalmente, Hollywood, en donde se convertiría en una estrella rutilante del cine. Virginaly se ruborizó una y otra vez.

Una velada mágica.

Cuando ambas estuvieron metidas en la cama, Meneses repitió el ritual de la noche anterior con un beso ligero en la nariz de cada una. «Mañana hay que levantarse temprano».

—Y tú, Bijou, te lo iba a contar ahora, pero sabes que también te quedas, ¿verdad?

—Sí, tío. Lo comprendí en el avión cuando volábamos hacia acá. ¿Para qué iba a acompañaros si no? Pero papá y mamá no lo saben. —Esta niña es casi demasiado madura.

—No lo saben, no. ¿Sabes por qué te quedas?

—Por Virginaly, para que no esté sola al principio. Esta mañana me dijo que tenía un miedo horroroso a quedarse aquí sin nadie.

—¿Es cierto eso, Virginaly?

Virginaly que, hasta ese momento, había permanecido callada sin atreverse a pronunciar palabra, no fuera a estropearse este nuevo milagro, dijo por fin:

—Sí.

—Voy a ir al mismo convento con ella, ¿no? —preguntó Bijou—. ¿Cuánto

tiempo? No, si no me importa...

—No más de un mes, que luego tienes que volver a Nueva York al colegio y al ballet. Dentro de un mes, mamá vendrá a buscarte y si no puede, vendré yo. Tenéis suerte de que sea verano: os pasaréis el día en las piscinas del Sena y las tardes en el cine o comiendo helados por las avenidas. Pero tenéis que ser respetuosas y obedientes con las monjas. Os darán clase y tendréis que estudiar. Nada de tonterías.

—Nada de tonterías —dijeron las dos al unísono y estallaron en risas incontenibles.

Por la mañana, las chicas ya habían preparado sus maletas y, mientras Bijou bajaba impaciente al vestíbulo del hotel para comprobar si había llegado el coche, Virginaly se volvió hacia Meneses y, de nuevo en voz muy baja, repitió: gracias, tío Patrís. Y con un gesto imparable le rodeó el cuello con los brazos, se puso de puntillas y le dio un beso en los labios. Fue muy ligero, pero bastó para alterar todos los esquemas de Meneses. Y, casi, su firmeza moral. Casi.

El convento-escuela de Saint Joseph de Girona está en la calle des Saints Pères, en pleno barrio de la Universidad de la Sorbona.

—Difícil será que no aprendáis algo de provecho, rodeadas de saber. Ya veremos.

Meneses llamó al timbre y al poco se abrió el portalón. Una hermana tan negra como Virginaly y algo más que Bijou los recibió con una gran sonrisa.

—Pasen, pasen. Los estábamos esperando. Soy la hermana Agathe y una de vosotras es Virginaly y la otra, Bijou. Bienvenidas. La madre superiora os está esperando.

—Bueno —dijo la superiora cuando se hubieron sentado en su minúsculo despacho—. Sé todo de vosotras dos, entre lo que me ha contado *monsieur* Meneses y lo que me ha dicho la superiora de Buyumbura. Estoy encantada con la generosidad de Bijou. ¡Mira que quedarse para hacerle compañía a su amiga! En cuanto a Virginaly —alargó la mano para coger la muñeca izquierda de esta—, todas sabemos que ha venido huyendo de un peligro y de una vida que no merece. Nadie merece un castigo así. Aquí estarás segura, hija mía...

—... Segura y feliz, madre, segura y feliz —recomendó Meneses.

—Claro que sí. Segura y feliz. Esto no es una cárcel y aunque mientras estén en casa, seguirán el régimen de vida de las novicias, disfrutarán de mucha libertad mientras respeten los horarios.

—Yo, madre, vendré una vez al mes a pasar un par de días y comprobar los progresos de esta niña. Si le parece bien, cuando venga, me la llevaré conmigo para que se sienta en familia...

La superiora dudó un momento y finalmente dijo: «Muy bien».

—Como habrá visto, he proveído financieramente la estancia de ambas chicas.

—Ha sido más que generoso, señor Meneses.

—La mitad de todo lo que he ingresado es para que ustedes lo administren en ayuda a sus misiones africanas y vietnamitas.

—Así se hará.

Agradézcaselo al ministro español de Asuntos Exteriores, compañera superiora.

—Bien, niñas, tengo un avión que coger para volver a St. Juste. De modo que nos despedimos aquí... ¡Nada de lágrimas! Es por poco tiempo. Enseguida vuelvo y estaréis tan felices que no os querréis marchar conmigo.

—No te lo crees ni tú, compañero.

Las besó de nuevo y las abrazó. Que seáis buenas.

TODOS LOS CAMINOS SON MALOS (Y SEMBRADOS DE PELIGRO)

—*Carpe diem, quam minimum credula postero* —dijo Molusque, arrancando con suavidad.

—El problema con estos latinajos —apuntó Meneses— es que su cita a destiempo y comprimida suele alterar su significado verdadero. Seguro que Horacio se revuelve en su tumba cada vez que alguien dice *carpe diem* sin saber lo que dice ni por qué.

—*Oui, monsieur* Meneses. Es la simplificación de los conceptos merced a su reiteración mecánica. Una lástima.

Meneses suspiró. Este tío debería estar dando clases en la Sorbona.

—Bueno, visitemos a *mister* Hockansmith.

No quería hacerlo, pero ¿y qué remedio quedaba? Vencer el agarrotamiento en el estómago y el sudor en las palmas de las manos. ¿Era suficiente el resorte de la carta? ¿Una mísera cartita en la caja fuerte del ministro? ¿Se la habrían tomado en serio los idiotas de Madrid? Eh, amigo, Hockansmith es un bruto sin refinamiento y eso lo mantiene al margen de cualquier medida. Este es como su presidente, primitivo e ignorante. O tal vez no y su barniz pulido esconde una mente más ordenada, más puntillosa y más feroz en el castigo y la venganza. Es el tipo que mató a Duhamel, recuerdas, es el tipo que se llevó por delante a los médicos y a las monjitas, a las enfermeras y a los treinta y tantos pobres inocentes que estaban siendo cuidados en el hospital de la selva. Se cargó a toda esa gente sin pestañear porque era expeditivo hacerlo en aras de la eficacia, ¿y yo tengo que perdonarle la vida porque es lo más práctico? ¿Por unos fardos de droga? ¿Porque el sacrosanto Estado español lleve a buen término sus sucios intereses? Venga, Meneses. ¿Sabes por qué estás asustado? Porque te lo va a

notar en cuanto te mire a la cara. Si alguna vez has jugado al póquer, colega, este es el momento de disimular. Porque si no, no solo te va a notar el miedo, también te va a notar la sentencia de muerte, la diana que le has dibujado en la cabeza. ¿Y de qué te asustas si se supone que tienes la garantía de que no te puede tocar? ¿De que no te va a tocar? ¿Estás seguro? Este tío es impredecible.

Suspiró profundamente.

Su regreso a St. Juste no había sido particularmente fácil: Atumu se había sentido engañado porque Bijou se hubiera quedado en París sin previo aviso.

—Oye, Patrís, no me gusta que manejes a mi hija en cuestiones importantes sin consultármelo antes. No te di permiso ni consentimiento para esto.

—Pero, Atumu, ¡si esa niña, menos en el pequeño detalle de la producción, es tan mía como tuya! Alguien tiene que ser sensato en este lío. Y, desde luego, ese no eres tú.

—No digas tonterías.

Menos mal que, en el fondo, Merveille estaba contenta de que así hubiera sido. Venían tiempos difíciles en Matambezi y nada mejor que Bijou estuviera bajo el ala protectora de Meneses y bien lejos hasta que todo se aclarara. Si es que se aclaraba, santo cielo. Merveille sonrió y le apretó el brazo y luego retuvo su mano en la mano.

—Vamos.

Con Molusque al volante, salieron a la avenida en dirección al centro. A Meneses enseguida le volvieron a cautivar el bullicio de la ciudad, los puestos de fruta y carne, los carritos de dos ruedas cubiertos de legumbres y verduras, los tenderetes llenos de especias multicolores organizadas por montículos, planicies y torres redondeadas, pimentón, curry, harina de garbanzos y de maíz, guindillas rojas y verdes, cacahuetes amontonados en cazuelas de barro, pelados aquí, con cáscara allá, tomates secos, mamones abiertos por la mitad y balanzas primitivas de latón. Recordó cómo se había burlado del tejano, cuando él en realidad apreciaba la confusión y la suciedad del trópico tanto como el gringo. Sonrió. Y mira que le sentó mal la tomadura

de pelo.

Los matambiceños del mercado callejero andaban descalzos, se los veía increíblemente pobres, irremisiblemente pobres, le parecía a Meneses. Cubiertos de moscas, los niños correteaban desnudos y llenos de mocos por entre las faldas de sus madres y estas llevaban sobre la cabeza fardos inverosímiles llenos de colorido. Carros otrora blancos, con grandes ruedas de madera y chapas anunciando Coca-Cola, 7UP y Mirinda, vendían brebajes de cola y cerveza Buyumbeer. Un verdadero caos mientras el Mercedes se abría paso con lentitud por entre la muchedumbre ayudado por algún policía de tráfico, sin duda primo de Molusque.

Tanto petróleo y tanto derecho humano. Menuda pandilla, Meneses.

—¿Dónde encontraremos al valiente general Monzalé? Si salgo con vida de esta, quiero hacerle una visita para que conversemos relajadamente sobre su concepto de las relaciones internacionales y su expeditivo método de negociación con los diplomáticos extranjeros. También le quiero consultar su opinión sobre los matrimonios interraciales.

—Jaime y Dená quiere usted decir, *monsieur*.

—Jaime y Dená, sí. Seguro que aquí los criminales no pagan por sus crímenes. Pero este sí. Este sí paga.

Molusque guardó silencio durante unos segundos.

—Será difícil llegar hasta él. Está muy protegido. Es un cargo importante del régimen. Ya le dije que le llevaría, pero no será fácil alcanzarlo. Habrá que planearlo cuidadosamente y contar con fuerza armada. A lo mejor, los rusos.

—Pues lo planearemos, Molusque. Se lo debo a Merveille y a la madre de Jaime, herida de tristeza en Madrid.

—*Oui, monsieur l'ambassadeur*. —Esta vez sí. Esta vez sí merecía el título que le otorgaba Molusque y no lo iba a rechazar, no cuando nada tenía que ver con los oropeles. Solo con la justicia.

La espléndida secretaria del culo respingón, melena rubia y piernas interminables, estaba sentada en el mismo lugar que en la visita anterior de Meneses al Ministerio de Minas, en el gran vestíbulo del piso que compartían el ministro Usama Kokomo y *mister* David Hockansmith, factótum y agente de la CIA. Dios confunda a ambos. Tal vez, pero la secretaria del acento

británico llevaba hoy, por debajo de la hoja de grueso cristal que era su mesa de trabajo, una falda mucho más corta. Que también la confunda Dios porque esto es la antesala de la muerte y nadie le ha dado a ese bombonazo el derecho de ser el ángel de perdición.

—Ah, *mister* Meneses, buenos días. El señor Hockansmith lo está esperando. ¿Quiere usted un café, agua o algo más fuerte antes de pasar?

—No, nada, muchas gracias.

La puerta que conducía al despacho de Hockansmith se abrió entonces y aparecieron dos gigantes al menos tan grandes como el tejano e igual de rubios. Iban vestidos con el uniforme de campaña verde de los marines americanos. Se acercaron a Meneses. Sin pronunciar palabra, uno de ellos lo cacheó sin miramientos, de arriba abajo, de tal modo que nada escapara a la inspección. Señaló los botines de ante de Meneses y este se los quitó para que pudiera comprobar que no llevaba nada en los talones o debajo de las plantillas.

Los dos americanos se apartaron y, poniéndose uno a cada lado, le franquearon el paso al despacho. Antes de entrar, Meneses volvió la cabeza y le guiñó un ojo a la secretaria. Por ganar un segundo y reducir los latidos de su corazón.

En el despacho olía a violencia y hostilidad. Se percibía en el ambiente una mezcla de sudor y colonia barata con un rastro de linimento. Un movimiento en falso, pensó Meneses, y salgo por la ventana. Eran diez pisos, ¿no?

Hockansmith estaba sentado detrás de su mesa de trabajo, un mueble tan enorme que incluso empequeñecía a su dueño.

—Ah, *mister* Meneses —exclamó, poniéndose de pie—. Espero que mis ayudantes no le hayan incomodado demasiado.

—No, no. Estoy acostumbrado. Gajes del oficio. Solo me duele detectar en usted algo de desconfianza hacia mi persona.

—En absoluto. Es simplemente que tenemos una política de que los edificios públicos en St. Juste estén libres de armas... de particulares, claro, y de elementos electrónicos de escucha...

—Claro...

El tejano señaló un sofá de dos plazas en el que podían caber cómodamente cuatro personas, pero no se sentaron en él; Meneses dijo que prefería seguir como estaban por si era necesario tomar notas sobre la mesa. Era más práctico. Los dos guardaespaldas se retiraron hacia el vestíbulo sin

hacer ruido, cerrando la puerta detrás de ellos.

—Usted me planteó hace una semana un ultimátum que en el fondo equivale a un chantaje —dijo Hockansmith con una sonrisa.

—Qué va. Solo fue una proposición... Nada más.

—Los compromisos a largo plazo me ponen nervioso, Meneses. Y usted pretende que Matambezi les suministre medio millón de barriles de crudo al día...

—... Cuando la extracción esté a pleno rendimiento...

—... A pleno rendimiento, sí. Una cantidad enorme que no resulta fácilmente justificable en el mercado. Al fin y al cabo, su país es un explotador medio y su irrupción en un mercado nuevo, así de golpe, es cuando menos sorprendente.

—Sí, pero justificable. Ya me doy cuenta.

—¿Qué lo justifica frente a la comunidad financiera internacional y a la OPEP? Que gane usted un contrato así cuando la explotación y los clientes están ya definidos...

—¿Y a mí qué me importa lo que diga la comunidad financiera internacional? Ambos sabemos cómo se explica y nos importa un rábano, a mí por lo menos. —Meneses iba respirando más pausadamente, poquito a poco. Pero no te confíes, que estos son unos hijos de puta—. Se trata de un *quid pro quo*, que diría mi chófer. Un *do ut des*, en otras palabras. Usted me da el petróleo, yo hago que Matambezi entre en el Consejo de Derechos Humanos en Ginebra. Todos contentos. Con una pequeña garantía añadida, como sabemos.

—Porque a mí, el Consejo de Derechos Humanos de Ginebra me deja absolutamente indiferente. Es más, lo haría saltar por los aires con gran placer. Lo que lo mantiene a usted con vida, amigo mío —sonó como si en vez de amigo mío le estuviera llamando perro sarnoso—, y al negocio funcionando es esa garantía depositada en una caja fuerte de su Gobierno. Nada más —añadió en voz baja; la amenaza que contenían esas dos palabras pesaba como una losa de granito. Levantó un dedo índice enorme—. Nunca revele lo que contiene porque, aunque fuera lo último que hiciera, le cortaría a usted en dos con una ametralladora. Amigo mío.

—Bueno, esa es la razón de la garantía, ¿no? —Meneses carraspeó—. Usted no cumple el trato y yo le denuncio a la DEA. Les encantará ver de cerca seis toneladas de droga. —Claro, a lo mejor estamos en un terreno en el

que ni garantías ni historias: si el tejano se lo quería llevar por delante, cartita o no cartita, cedería a su impulso asesino. Y mañana será otro día aunque tenga que refugiarme en Shangrila. ¿Diez pisos? ¿O eran doce?

—Toda esta historia a quien perjudica es a mí. Al mercado americano de la droga, al consumo, le es indiferente. Hay mucho más de donde viene esta partida de cocaína y heroína. Todo lo más, subirán los precios en las calles de Nueva York y Los Ángeles..., pero solo de forma temporal. Este mercado es bastante rígido y se rehace enseguida. Pero es a mis doscientos cincuenta millones de dólares...

—... Habla en términos generales, ¿verdad? Son doscientos setenta y seis para ser exactos, vaya, dependiendo del mercado. Y, además, no son dólares, sino euros, como usted sabe mejor que yo, una moneda mucho más segura que el dólar, fácilmente depositable en Suiza... por el precio de lo que usted tiene, que es el equivalente de doscientos setenta y seis millones de euros, que al cambio de hoy son trescientos treinta y cuatro millones de dólares exactamente, dólar arriba dólar abajo.

—Muy divertido. Una pequeña confusión verbal de monedas que al final tiene que ver con lo que es mi parte del negocio. Lo demás se va en comisiones, ya sabe. —Al tejano le latía una vena en la sien y sus ojos se habían oscurecido. O puesto gélidos. Una cosa u otra, no sé—. Está bien. Acepto el trato —dijo, escupiéndolo como si fuera un mal veneno—. No me gusta, no me gusta ceder, igual que no me gusta que en una mesa de póquer me quiten un resto con un farol.

—No es un farol y además no le insultaré diciendo que son cosas que pasan. Lo siento, así son las cosas. Dicho lo cual, que usted acepte el trato me alegra. No sabe cuánto, Hockansmith. Hay una pequeña condición inevitable: este negocio debe ser firmado por el general Wa-TuTu en nombre del Estado de Matambezi. Hombre, propongo que firmemos una serie de acuerdos como consecuencia del restablecimiento de relaciones hispano-matambiceñas y que el del petróleo sea uno de ellos. —El tejano guardó silencio—. Ya sé lo que está pensando —añadió Meneses.

—¿Sí?

—Está pensando que el día en que haya enviado todo el cargamento de droga a Galveston, Texas, o a donde sea que lo manden, nada le impedirá ajustarme las cuentas y mandarme a esos guardaespaldas a complicarme la salud...

—¿Cómo lo ha adivinado? —preguntó el tejano con ironía.

Meneses alzó las cejas con aparente resignación.

—Soy muy perspicaz.

—Pues sí que me tienta. ¿Qué me impide hacerlo ahora?

—Ah, amigo mío, soy su única garantía. Si usted me mata ahora, su negocio se va al garete.

—No hay que exagerar. Me preocupa poco la posibilidad de que el negocio se vaya al garete o que su temprana muerte me complique la existencia, aunque dudo que la DEA quiera venir a buscarme hasta aquí. Pero, dicho lo cual, puedo esperar, Meneses.

—Se lo agradezco. Y, por supuesto, el día en que haya mandado toda su droga a casa, no me encontrará aquí.

—Le encontraré, no se preocupe.

—Estoy seguro, pero le conviene mucho más dar por perdido lo que hay que dar por perdido. Mi vida en este caso. Déjelo correr. Solo así podrá seguir trayendo droga aquí de camino a los Estados Unidos. Su garantía es mi silencio. Olvidemos este negocio de pretender matarnos el uno al otro, por muchas ganas que tengamos. Al fin y al cabo, como ha dicho hace un momento, a usted las relaciones diplomáticas y los derechos humanos le traen al paio. ¿No? Usted a lo que va es a hacerse millonario. —Joder, Meneses, tienes más huevos que el caballo de Espartero. Hazte el héroe, anda. No sé si voy a salir hoy, ahora, de esta. Con el cabreo que lleva mi amigo, no estoy muy seguro de que sea capaz de controlarse. Y yo haciéndome el valiente. Por Dios, que no me tiemblen las manos.

Hockansmith se puso de pie y apoyó las enormes manos sobre la mesa. Se inclinó hacia delante casi hasta ponerse a un palmo de la nariz de Meneses, que no movió ni un músculo. Al tejano le olía el aliento a algo ácido, a salsa picante y cebolla o ajo o algo así. Meneses tuvo que hacer un esfuerzo para no desviar la cara y permanecer impassible.

Hockansmith sonrió de pronto.

—¿Está usted suplicando por su vida? —preguntó—. Porque es a lo que me suena esta garantía de silencio que me ofrece. —Soltó una carcajada breve y seca—. Le voy a hacer una proposición, *mister* Meneses. Únase a mí, trabajemos juntos y olvidemos nuestras diferencias. Un poco de confianza mutua es lo que hace falta aquí. Dejamos de lado cartas y amenazas y nos ponemos a colaborar. Todos saldremos ganando.

—¿Todos? ¿Cuántos somos todos?

El tejano dudó un momento.

—No se preocupe por ello. Lo que importa es que usted ganará tal cantidad de dinero, en dólares o euros, qué más da, que los próximos viajes los podrá hacer a bordo de su jet personal. Y en su casa, donde quiera que esté, tendrá un aeropuerto privado. Esa es la clase de dinero que se gana en este negocio.

—Sonrió—. Dólar arriba, dólar abajo.

—Tengo que pensármelo.

Hockansmith arrugó los ojos: no le creyó ni por un segundo. Meneses comprendió que lo importante en ese momento era marcharse de allí.

—Piénseselo. Pero no se vaya muy lejos.

—No.

EL MINISTRO

De hecho, fue a hablar con la espléndida secretaria, la del culo respingón, de Usama Kokomo, el ministro de Minas. Parecía no haberse movido de su mesa de trabajo, pero por alguna dinámica inexplicable, la falda había subido un poco más muslo arriba, apenas unos centímetros, qué se le va a hacer...

—¿Ya se va? —preguntó ella.

—Sí, aunque prefiero charlar con usted que con cualquiera de sus dos jefes.

La secretaria sonrió.

—¿Qué más puedo hacer por usted?

—Decirle al ministro que estoy aquí y que me gustaría hablar con él unos minutos.

—Un momento. Voy a ver si está disponible. —Descolgó el teléfono y murmuró unas palabras. Este es el tono con el que me gustaría que me hablara mi secretaria de Madrid, pensó Meneses, pero es de León, tiene sesenta años y le gustan las alubias—. El señor ministro lo recibirá ahora.

La secretaria se levantó y precedió a Meneses hasta la gran puerta del despacho de Usama. La abrió y le franqueó el paso.

—¡Patrís! Bienvenido, bienvenido —dijo Usama, levantándose de su enorme butaca—. Sé que ha visto a David y que han hablado de contratos y cosas así.

—Pues sí.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Se lo voy a explicar. Tengo pocos interlocutores en St. Juste, en el Gobierno, quiero decir, y necesito dar un recado que estoy seguro de que usted podrá transmitir al presidente vitalicio. Acudiría a su ministro de Relaciones Exteriores, pero, lamentablemente, habría que esperar a que me examinaran las credenciales y el asunto es algo urgente.

—Usted dirá. ¿Quiere un café?

—No, no, gracias. Verá, Usama. Esta tarde, mi ministro de Asuntos Exteriores, Ignacio López-Navarrete, aterrizará en St. Juste. —Kokomo dio un respingo—. No ha habido tiempo de preparar el viaje y necesito que se lo diga al general Wa-TuTu y a las autoridades para que lo reciban y no le pongan pegás.

—¡Pero, pero...! —exclamó Usama.

—Es un viaje privado de dos o tres días... No es necesario ningún protocolo.

—Para ser un viaje privado, venirse desde Madrid sin anunciarlo no es una bagatela —dijo *bagatelle*, así, en francés, hale, otro culturizado.

—No, no. No ha venido expresamente desde Madrid. Está de visita oficial en Guinea Ecuatorial y, antes de volver a España, ha decidido venir hasta aquí. No pretende nada especial, puesto que no tenemos relaciones... aún, pero sí quiere comprobar cómo está el asunto, si hay buena voluntad en Matambezi, si puede establecer una buena relación con el presidente. Nada especial. Mi ministro es muy poco formalista. No le gusta la solemnidad y, si puede saltarse el reglamento, ya me entiende, las formalidades, prefiere ir derecho al grano. Estoy seguro de que el presidente, hombre directo y, como buen militar, sobrio y marcial —venga, Meneses, que te estás pasando—, entenderá esta forma de obrar.

—Estoy seguro de que sí, Meneses. Déjeme que lo consulte. Le llamaré a la embajada en cuanto tenga noticias. España tiene la fortuna de contar con un representante muy eficaz. Ha sabido usted granjearse la complicidad y simpatía de todo Matambezi.

—Bah, no hay que exagerar, Usama, por Dios. En fin, espero que las noticias que me dé sean buenas. No quiero dejar a mi jefe dando vueltas por el espacio aéreo de Matambezi.

Usama rio.

—¡No, claro que no! En todo caso, podría aterrizar, repostar y reemprender vuelo hacia España.

—Uf, me quita un buen peso de encima —contestó Meneses, riendo a su vez.

—Me alegro. Y ahora, si hay que resolver este pequeño problema, déjeme, que tengo que ir al palacio presidencial.

Vete, vete, que no dejáis que se os escape esta oportunidad ni de broma.

Al aeropuerto solo acudió Meneses. Anochecería media hora más tarde y como siempre la humedad era brutal, arrastrada por la lluvia de mediodía y los aguaceros de la tarde. La hierba, los macizos de orquídea, las acacias y los eucaliptos humeaban como si estuviesen ardiendo. Apenas unos kilómetros más arriba cambiaba el panorama y esperaba la sabana tropical, tierra de arbustos y praderas interminables. Allí solo llovía en invierno, todos los días durante unas horas. Pero en aquella región, el clima seguía el capricho de los meandros del gran río.

A las cinco y treinta y tres de la tarde aterrizó en St. Juste el avión en el que viajaba el ministro español, un pequeño reactor de la Fuerza Aérea, un Falcon 900 bastante nuevo con autonomía suficiente para realizar viajes largos sin repostar. No quiero ni pensar lo que ha debido de costar esta broma. Más la gasolina.

Molusque llevó el Mercedes hasta el pie del avión. Meneses se apeó y esperó a que el piloto bajara la escalerilla. Un minuto después asomó la familiar silueta de Nacho López-Navarrete (con la misma corbata que tres días antes en París) y detrás, la del consabido secretario de embajada, segundo jefe del gabinete del ministro.

—Eres un cachondo, ministro —dijo Meneses, estrechando su mano—. ¿Cómo se te ocurre venir a Matambezi sin contárselo a nadie? —Sonrió con complicidad.

—¡Si me lo propusiste tú en París! No te quites de en medio. Vamos, Patri. Y además, lo sabe la presidenta.

—¡Pero es que estas cosas no se hacen en la vida diplomática tan precipitadamente! Habíamos quedado en que esperarías unos días a que te diera luz verde. ¿Y si a estos bestias les hubiera dado por secuestrarte o por pegarte un tiro? Avisarme así, a última hora...

—¿Estos tíos, impedir mi viaje cuando les voy a dar reconocimiento internacional? Venga hombre.

—Me habrías dado tiempo a asegurarme de que todo iría bien.

—Qué va. ¿Para qué te tengo a ti? No va a pasar nada. Tu generalito se va a mear en los pantalones del gusto que le va a dar su reunión secreta conmigo. Oye, ¿no podemos hablar de esto en un sitio con aire acondicionado?

—Vamos al coche. ¿Tu secretario viene con nosotros?

—Claro. Es Gustavo Puerto. Tiene pinta de pijo, pero es un tío muy listo.

—Hola. Vas a tener que quitarte la corbata y la chaqueta, Gustavo, antes de morir abrasado. Que vas más peripuesto que Beau Brummell.

—Qué tal, embajador.

Meneses se volvió a mirar al ministro.

—¿Quién le ha dicho a este que soy embajador?

—No te preocupes. Es por facilitar las cosas.

—Bueno, Gustavo, pues no soy embajador. ¡Qué manía!

—Venga, Patricio, subámonos al coche y me cuentas las últimas novedades.

—Un segundo.

En aquel momento, un gran Toyota negro avanzaba velozmente hacia donde estaban. Se detuvo al lado del Mercedes, se abrió la portezuela y se bajó el coronel Fedorov. Saludó al ministro con cierta solemnidad elegante.

—Luego te cuento, ministro. Fedorov ha venido a llevarse a la tripulación y a tu seguridad al hotel Hilton.

Montaron en el Mercedes, ministro y Meneses detrás y Gustavo Puerto delante al lado de Molusque, que antes de arrancar, dijo con voz profunda: *Per aspera ad astra*.

López-Navarrete levantó las cejas y preguntó:

—¿Y este?

—Ni caso. Dice cosas en latín. Es de cuando iba a parvulitos al colegio de las monjas de aquí.

Meneses se pasó todo el viaje hasta la residencia contándole a su ministro en detalle lo que solo le había resumido en su charla de París: Wa-TuTu, Usama Kokomo, Hockansmith, el lío de Buyumbura, la probable y muy peligrosa declaración de independencia de Atumu, los contactos con el obispo monseñor lo que sea, como se llame el sinvergüenza ese, y, sobre todo, las complicaciones que surgían de la presencia rusa en el país.

—Repíteme lo del hospital español, la droga, tu chantaje al tejano, lo del poli —dijo el ministro con un escalofrío, enfrentado probablemente por primera vez en su vida con las miserias del submundo de la corrupción, la suciedad y la muerte— y el *merdé* de la carta que tengo guardada en mi caja fuerte. ¿Te das cuenta de la cantidad de mierda en que me has metido y de cuántos crímenes me has hecho cómplice? Y luego me llamas cachondo.

—Joder, sí, Nacho, pero me lo encargaste tú y encima el que se juega la vida soy yo. Mañana te coges tu avioncito y, hale, pies para qué os quiero. Y yo me quedo aquí cerrando lo que llamáis flecos...

—Es la vida del funcionario.

—Anda y que te den. Y vete preparándome la embajada en la India...

—... Si sales de esta. Repito.

—Si salgo de esta. Te repito que sigo instrucciones tuyas... El fin justifica los medios, ¿no?

Gustavo Puerto había seguido toda la conversación con los ojos abiertos como platos.

—Esto, Gustavo —dijo el ministro—, es alto secreto..., probablemente, lo más secreto que oirás en tu vida...

—A tus órdenes, ministro.

—¿Tienes novia, Puerto? —intervino Meneses.

—Sí, embajador.

—Pues no se lo puedes contar ni al calor de un polvo.

—Joder, Patricio.

—Bueno, las cosas claras, ¿eh? Un secreto de Estado es un secreto de Estado aquí y en Sebastopol. Mejor una vez colorado que ciento amarillo. Es lo que dice mi madre antes de soltar una inconveniencia.

—No me hables de tu madre, que me tiene frito. Que si se va a enganchar lo que no tiene, la fiebre amarilla o cualquier cosa de esas, que si lo van a hervir en un caldero, que si se lo va a zampar un cocodrilo, ¡por Dios, qué lata da!

—Bueno, a mí qué me cuentas. Es tu hermana.

—Este guiso está muy bueno —dijo el ministro—. Pica.

—Es muy típico de aquí —dijo Merveille, a quien López-Navarrete no perdía ojo, completamente subyugado por su belleza. Lo mismo le pasaba a Puerto, pero el pobre estaba rojo como un tomate y sudaba copiosamente y eso le impedía concentrarse seriamente en mirarla.

—Bueno, no es obligatorio que te guste, ministro. A Bijou, la hija de Atumu y Merveille, le horroriza. —Meneses sonrió—. Nacida y educada en Estados Unidos. Ya se sabe, solo le gustan las hamburguesas y la Coca-Cola.

—Intentamos llevarla por la buena vía —intervino Atumu—, pero...

—Hombre, Atumu, si la alternativa a la hamburguesa es la sopa de corazón de lagarto, la entiendo bien.

—¿Sería posible —preguntó de pronto López-Navarrete— visitar las ruinas del hospital español?

—Está lejos de aquí, Nacho. No es fácil llegar hasta allí. Entre unas cosas y otras, es un viaje de al menos cinco días hasta que estemos de vuelta.

—No me importa. Tengo tiempo. El subsecretario conoce mis planes y se ocupará de todo en Madrid. Y encima, para la presidenta del Gobierno, en este momento no hay nada más importante...

—En realidad, aquí creo que hemos terminado, ministro, y podemos irnos. Como diría aquel llorado líder, todo está atado y bien atado. Además, del hospital en la selva no queda gran cosa, ¿sabes? No te vas a hacer idea de lo que pasó allí.

—Oye, Patri, no tengo que ver esas ruinas para hacerme una idea. Tengo que estar allí para comprenderlo... La política no me ha atrofiado la sensibilidad. Tengo que verlo.

—Vale, vale.

En ese momento, Resurrección se asomó tímidamente por la puerta del comedor y dijo:

—*Monsieur l'ambassadeur*, el ministro de las Minas quiere hablar con usted.

Menos de un día después, el ministro español salía del despacho del presidente vitalicio habiendo llegado a un acuerdo tácito con él sobre el proceso que inauguraban en ese momento: relaciones diplomáticas, Consejo de Derechos Humanos de Ginebra, visita del rey, firma de los acuerdos comerciales. Por consejo de Meneses, López-Navarrete no suscitó el tema del coltán. «Ya me dirás por qué». «No te preocupes, ministro, luego te lo cuento».

A la reunión habían asistido Usama Kokomo y el propio Meneses, que era el que manejaba todos los datos del asunto.

—Nos queda visitar al obispo Kualungu.

—¿Hace falta?

—Sí, hombre, es por redondear el tema.

—¿De verdad hay que hacerle cardenal?

—Me temo que sí. Vaya, una vez que esté todo cerrado siempre podemos echarnos para atrás...

—Somos una punta de cabrones, pero no se puede hacer. Si ponemos en marcha la maquinaria del Vaticano, comprometemos a nuestro embajador allí, al cardenal camerlengo, al colegio cardenalicio, al papa cuando se lo contemos y...

—... Al Espíritu Santo, ya sé, que es el que maneja estas cosas.

—No blasfemes, Meneses. ¿Tú sabes lo que es sugerirle al papa el nombre de un obispo para que lo cree cardenal, así porque nos gusta?

—Pues no. Tiene que ser difícil. No sabría. Yo me limito al petróleo.

—De modo que —continuó López-Navarrete como si no hubiera oído— tienes que estar muy seguro de que es una maniobra importante que nos conviene y sin la que a lo mejor fracasamos. Si no, no meto a mi Gobierno en el lío.

—Vamos a visitar a Kualungu y tú decides, ministro. Tú mismo.

—Y después quiero que vayamos al hospital español. —Lo dijo con el tono de quien no está dispuesto a admitir discusión alguna—. ¿Sabes? Anoche, mientras andabas haciendo no sé qué, estuve hablando con Atumu Kokomo...

—... Apuesto que sobre todo con su señora...

—... Está bien. Me pareció una mujer inteligente..., de acuerdo, de acuerdo, además de guapa, pero me impresionó la claridad con que ve los problemas de este país, cómo los analiza y saca las conclusiones inevitables...

—... Que son las de su marido, es decir, lo lógico que resulta declarar la independencia de una Buyumbura libre y democrática, fuera de Matambezi y de sus militarotes.

—¡Exacto! Eso me pareció a mí también. Además, Atumu se me antoja un tipo listo, civilizado y decidido.

—Civilizado en un lugar incivilizado tiene sus problemas de logística. Un solo inconveniente además, ministro: como Atumu declare la independencia de su tierra, que, dicho sea de paso, es tan grande como la península ibérica, le van a caer encima los rusos, que dicen defenderlo de las injerencias exteriores y los americanos, que se fuman un puro de todo lo que no sea el petróleo y que pensarán que un país más en la región es una amenaza para sus intereses. Al guateque se unirán todos los demás, hutus, tutsis, guerrillas y la

madre que los parió..., hasta el obispo, ese santo. Atumu lo tiene crudísimo, la verdad sea dicha, y no me canso de decirle que lo mejor que puede hacer es coger a su mujer y a Bijou y volver a Nueva York a vivir en paz.

—No me parece que te vaya a hacer caso, Patri.

—No me va a hacer caso, no. Es lo que pasa con los idealistas, que nunca saben dónde se meten y siempre acaban recibiendo todas las tortas.

—No es que vaya a recomendar que nos metamos en el lío, pero ganas no me faltan. Oye, ¿y qué es eso de que me hablarías del coltán en otro momento?

—Bueno, el coltán lo controla Atumu en toda la zona sur de Buyumbura. Por eso no quiere que nadie se meta y ya estamos de acuerdo en que España canalizará la mitad del mineral a través de una compañía importadora con sede en Madrid.

—Meneses, eres un genio. Hagas lo que hagas a partir de ahora, no olvides que no vamos a intervenir ni por asomo. Tenemos que quedar al margen, pero al mismo tiempo tenemos que hacer negocio con el coltán.

—Hombre, si el país de Atumu desaparece, adiós coltán.

—Ya te las compondrás. Tenemos fe ilimitada en ti. Venga, vamos a visitar a tu obispo. Por cierto, ¿no podemos hacer el viaje a la selva y a Buyumbura en el Falcon?

—No, ministro, qué va. El aeropuerto está machacado y encima andan por ahí las guerrillas. ¿Y cómo le digo yo a tu hermana que te han dejado seco de un tiro? ¿Y al rey? No, mejor hacerlo como Atumu: DC3 en dos etapas y Toyotas por la selva hasta la ciudad.

—Qué espanto.

—Estás demasiado acostumbrado a la vida muelle. Te va a encantar un monumento-escultura que hay a la entrada de la ciudad según se llega desde la selva en coche.

—Venga, vamos a por el obispo, Meneses.

Esta vez Molusque no dijo nada al arrancar en dirección al obispado a cuyo parque accedió llevando el Mercedes con lentitud solemne. Mira, hombre, como si estuviéramos llevando al rey a una ceremonia en el Congreso en la carrera de San Jerónimo.

El obispo Kualungu los esperaba en la puerta al final de la escalinata.

—*Ah, monsieur le ministre, ah, monsieur l'ambassadeur!* —exclamó precipitándose escalones abajo. Vestía una inmaculada sotana blanca con el

cuello y los puños ribeteados de morado, y lucía una gran cruz en el pecho, justo por encima de la faja de seda morada. En el anular de la mano derecha llevaba un anillo de oro con una gran amatista engarzada. Míralo cómo va, el obispo de los pobres; no le faltan más que los zarcillos en las orejas.

El ministro López-Navarrete puso la sonrisa que le había hecho justamente famoso, especialmente entre las mujeres. Sonrisa Profidén le llamaban en el mundo político.

—¡Monseñor! —exclamó a su vez, agarrando la mano de Kualungu con las dos suyas—. No sabe cuánto me enorgullece estrechar la mano de una de las grandes personalidades de la Iglesia africana. Hay esperanza para este mundo tan abandonado de la mano de Dios.

Meneses miraba a su ministro con verdadero asombro. ¡Tendrá cara! Este hombre es insuperable. Joder, ya entiendo por qué está donde está. Porque además es un cabrón con pintas. Si no, no se sobrevive en ese mundo de piratas.

—¡Pasen, pasen a esta humilde morada de Dios nuestro Señor! Nos instalaremos en la veranda posterior. Hay una maravillosa vista hacia el parque. ¡Bueno, parque! —dijo con modestia—, jardín más bien, como otros tantos de esta tierra nuestra. He pedido a mis hermanos que prepararan una limonada bien fría para tan ilustres huéspedes.

Los hermanos eran los mismos seminaristas de días antes, con las mismas caras de susto y miedo reverencial.

—Bueno, *monsieur le ministre*, han venido a visitarme como si se tratara de una visita *ad limina* —dijo riendo—. Vienen a comprobar si soy digno de su apoyo para acceder al cardenalato...

—Nada de eso. Yo no puedo dar credenciales de santidad a un futuro príncipe de la Iglesia y menos aún influir en el ánimo del papa. He oído que su santidad ve con buenos ojos elevarlo a usted a la dignidad cardenalicia para así poder tener a un hombre santo y respetado en el centro de este continente.

—Me llena usted de confusión y orgullo solo por sugerir que merezco la mirada benevolente de su santidad.

—No, no. No soy yo quien lo dice.

—No, monseñor. El proceso es largo. —A Meneses le habría encantado decir: «No vendamos la piel del oso», pero le pareció poco respetuoso—. Siempre es largo, pero llegará a su término y seremos los primeros en

felicitarlo y felicitarnos. —Coño, Meneses, tú tampoco te quedas atrás con tanta miel.

—En fin, creo que convendrá a Matambezi que un cardenal tan joven, un teólogo de su calibre trabaje activamente en la candidatura al Consejo de los Derechos Humanos de Ginebra. La situación no es fácil porque el golpe de Estado del general Wa-TuTu desencadenó momentos de cierta dureza que, afortunadamente, parece que van disminuyendo. Pero, aun así, no le resultará sencillo. De todos modos, quiero asegurarle que cuentan con el apoyo de España, que, como sabe, preside el consejo en estos momentos.

Al arrancar en el viaje de vuelta a la residencia española, Molusque dijo:

—*Ite, missa est.*

Y Meneses añadió:

—Nacho, tienes los huevos cuadrados.

AQUÍ PAZ Y DESPUÉS GLORIA

Durante el trayecto, López-Navarrete recibió una llamada en su teléfono móvil de satélite.

—Tapaos las orejas —dijo antes de contestar—. Dime, presidenta... No. Ha ido bien. Ya te contaré cuando llegue, pero ha ido bien... Bueno, pensaba quedarme tres o cuatro días más para cerrar flecos... Sí. Meneses está conmigo... Muy bien, presidenta, como quieras. Mañana hablamos.

El ministro estuvo un rato contemplando el teléfono con desagrado, como si le fuera a estallar entre las manos. Finalmente, lo apagó y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Pasa algo? —preguntó Meneses.

—No —contestó el ministro con sequedad.

—Vaya, te tienes que volver a Madrid.

—Pues sí.

—Nada como ser un tío hecho y derecho y que te manden hacer cosas que no te apetecen —murmuró Meneses.

—No he pedido tu opinión —gruñó—. Pasado mañana tengo que ir a Bruselas. De modo que nos vamos esta tarde.

—Muy bien. Me parece lo más sensato. Has hecho tu visita privada y te vas. Es lo correcto, ¿no?

—¿He pedido tu parecer?

—No, pero sigue siendo lo correcto.

—Me quedo sin ver el hospital español.

—Mala suerte. Si quieres voy allí y saco fotos...

—Venga, vamos a visitar a Atumu. Tengo que impedir que haga una locura.

—¿Como declarar la independencia?

—Algo así.

—No le vas a convencer, por mucho que te convenga que las cosas sigan como ahora.

No le convenció, claro. Guiados por Molusque, anduvieron por los callejones del zoco hasta que en una revuelta toparon con un fondo ciego en el que hacía de chaflán una casa baja y alargada, encalada y con dos ventanas cuyas molduras y alfeizares estaban pintados de añil. Tres hombretones, evidentemente guerreros buyumbura con ropa de camuflaje, hacían como que no vigilaban. Enfrente, al otro lado del callejón principal, estaban apostados cuatro soldados llenos de metralletas, granadas de mano y *walkie talkies*, vigilando claramente a los otros. Uno de estos, en cuanto vio a Meneses, dio con los nudillos en una de las contraventanas. Al poco, se abrió la única puerta, de madera y también enmarcada en azul, que daba a la calle y asomó Merveille. Sonreía. Iba vestida con un caftán rosa que le llegaba hasta los pies desnudos.

—Madre mía —murmuró el ministro.

—Sí, ya sé, pero yo estoy antes —dijo Meneses—. Merveille, hola. ¿Está Atumu? El ministro quiere hablar con él.

—Claro que sí. Pasad. Está terminando una reunión y enseguida os verá. ¿Queréis un té de menta?

—¿No os ibais a Buyumbura?

—Pues sí, Patrís. Mañana muy temprano. Y tú te vienes con nosotros, ¿no?

—Claro. Creí que nunca me lo pedirías.

Y ahí acabó la parte positiva de la visita. Porque, usara los argumentos que usara, el ministro español fue incapaz de hacer que Atumu renunciara a la declaración de independencia o que simplemente la retrasara unos meses. No hubo modo. La fe del idealista: mañana, desde Buyumbura, nos declararemos pueblo libre e independiente. Un país nuevo. Usted no lo entiende, ministro, y cree que no pasa nada por esperar: cada día que esperamos, abrimos una herida nueva. ¿Ha visto usted lo que está sucediendo en Kasai, la provincia de la República Democrática del Congo que tenemos a las puertas? Millones de muertos, ¡millones!, epidemias, SIDA, genocidio, niños soldado... No quiero eso para Buyumbura. Y ocurrirá si no me independizo, si no consigo que me respeten las potencias mundiales, Estados Unidos y Rusia. Los he ido preparando para esto. De lo que se trata es de conseguir que la rivalidad entre los dos lleve a un equilibrio, el equilibrio de no te hago daño si tú no me haces daño. Con el apoyo de China... Tengo la riqueza, una parte del crudo,

los minerales, el coltán sobre todo, para conseguirlo. Es la única garantía posible, señor ministro, la única. La tardanza llama a la muerte.

Este hombre es un iluso.

Lo que yo te diga, Nacho, la fe del carbonero no atiende a las razones de la lógica o de la oportunidad política. Y eso que Atumu se ha rebozado en los valores democráticos y la hipocresía de Occidente. Vivir en Nueva York es lo que tiene: descubres la civilización, vale, pero luego resulta que esta cree en la Naturaleza con mayúscula y en su manera bondadosa de proceder, sobre todo si queda lejos y se ignoran las atrocidades de que es capaz el hombre blanco. Como Jean Jacques Rousseau, vamos.

Meneses, eres un cínico. Ya, pero yo sé, no me olvido de Frank Carlucci, el agente de la CIA en Kinshasa encargado en los sesenta de asesinar a Patricio Lumumba, líder congoleño. ¿Qué crees? ¿Que me olvido del superagente de la CIA *mister* David Hockansmith?

Seré un cínico, pero al menos no pronuncié palabra para hacer gala de ello en toda la entrevista. Oiga, soy hermano de Atumu y no seré yo quien lo distraiga de la misión en la que cree con pasión. Al fin y al cabo, me va a costar la vida, igual que a él. Nota a pie de página: Merveille tiene que salir zumbando de aquí y volar a París antes de que se arme.

Al final, cuando el ministro se hubo despedido anunciando que esa misma tarde regresaba a España y que Buyumbura tenía el respaldo incondicional de su Gobierno, Meneses dijo a Atumu:

—Venid a cenar esta noche y hablamos un poco más. —Y, mirando a Merveille, añadió en voz baja—... En confianza. Y así nos vamos mañana tranquilos a Buyumbura... sin flecos, como decimos en España.

—¿Flecos?

—Exacto.

—Te toca —dijo el ministro cuando ya estaban sentados en el coche.

—No lo veo nada claro.

—¿No eras el genio de la manipulación?

Me encanta lo de «eras».

—Haré lo que pueda, Nacho, pero me parece que la decisión de Atumu es bastante firme. Te tengo que dar otra cosita para tu caja fuerte.

—No me digas. Me alarma.

—Qué va. Es una nueva garantía de seguridad. Mi última entrevista con el tejano.

—¿Y cómo la tienes? Si es tan de la CIA como dices, no me creo que no te cachearan en busca de algún aparato de grabación.

—Ya lo creo que me cachearon. Pero estos pavos no están a la altura de la nanotecnología, por muy americanos que sean.

—¿De qué me hablas?

—En el MIT de Boston hay un genio matemático, un ingeniero español que me debe un favor, bueno, me debía. Se lo he cobrado en un aparatito experimental que cabe en un agujero del cinturón; en el primero, de hecho. No te hagas ilusiones, que se lo tengo que devolver... Y tú, Gustavo, como después del polvo.

—Muy bien, embajador.

—Vete a freír puñetas. Encima con coñas.

—¿Qué querías? —preguntó el ministro. Y después, llevándose dos dedos a los ojos y girándolos para apuntar a los ojos de Meneses, añadió—: En contacto permanente, ¿eh?

—¿Tú o mi madre?

Cenaron los tres, Merveille, Atumu y Meneses, apaciblemente en la residencia española. Cenaron es un decir: una botella de Beaujolais (un tinto ácido y joven del que los franceses alardean como si fuera la madre del cordero), pistachos bien tostados, croquetas de jamón previamente descongeladas, igual que el jabugo, queso manchego de la despensa, *baguette* y tortilla a la francesa. Es lo único que hace bien Abu Dada, dijo Meneses. Hombre, no exageres, apostilló Merveille, es un buen cocinero. Ya, pero le tengo manía.

—¿Cómo lo tienes dispuesto en Buyumbura? —preguntó Meneses.

—Sencillo, Patrís. Una rueda de prensa en el palacio...

—¿... Y los periodistas?

—Ya he hecho venir a unos cuantos desde Kigali, pero, además, en el avión de mañana nos llevamos al corresponsal de la CNN. Es el único periodista que nos interesa.

—¡Ah sí! Lo he visto un par de veces en el Whiskypont. Parece un tipo despierto. ¿Y? ¿Cómo va a ser la ceremonia? Porque digo yo que habrá una

ceremonia con una declaración solemne, reparto de cascos y chalecos antibalas y rueda de prensa.

—Eres un payaso. No soy el presidente de Francia hablando al mundo desde el palacio del Elíseo. Soy un salvaje que solo quiere la felicidad de su pueblo. Somos gente modesta, Patrís. Y el uniforme de gala de granaderos no pega en la selva.

—Si quieres, te presto unas condecoraciones para que te las cuelgues de la chaqueta. Me tocaron en un reparto gratis. Ahora en serio: ¿estáis preparados para hacer frente a un ataque inmediato de las fuerzas de Wa-TuTu? ¿Sabes ya cómo maniobrarás con los americanos? ¿Y con los rusos? ¿Y con los europeos? Tienes que hacerlos cómplices, invitarlos a que vengan a cualquier ceremonia de independencia que se te ocurra. Una cualquiera con mucha pompa y mucha declaración de derechos humanos y mucha democracia y libertad. Y, para que vengan, tienes que asegurarte de que consigues unas cuantas semanas de paz y calma. No es fácil.

—Lo sé. Para eso, cuento con mi hermano en St. Juste...

—¿Sí? —interrumpió Meneses incrédulo.

—Claro que sí. Usama funciona con la lealtad de Hockansmith..., bueno, lealtad, más bien interés. Yo creo que el americano se quedará muy tranquilo sabiendo que un problema grave en el este del país puede ser un no problema. Tienen un problema aún mayor en Kasai. La amenaza es esa, no Buyumbura. Además, mi hermano sabe manejar al general. Con un poco de suerte, los mantendremos a raya durante unas semanas, como dices.

—Tu optimismo me da escalofríos.

—Te juro que conozco a mi gente.

Meneses alzó las cejas.

—Bueno, si tú lo dices...

—Y además están los rusos —dijo Merveille.

—Ah, bueno, entonces estamos salvados. Ay, hermanos míos.

—Dime, más bien, cómo quedó mi Bijou en París. Te la llevas a la ciudad más pecadora y más romántica del mundo, ¿y la dejas allí sola?

—Ya te veo angustiada. Será por eso que has tardado un par de días en preguntarme por ella. Angustias a mí, venga. ¿Crees que la abandonaría? ¿A Bijou? La pobrecita lleva vida de novicia en el convento de las monjas de St. Joseph. Nada de romances ni pecados. Además de su brutal rutina diaria para el ballet, que la he visto ejercitando en la habitación del hotel y me han

entrado sudores fríos, hasta que yo vuelva, cada día saldrán acompañadas por una carabina, *soeur* Agathe, especial para espantar moscones. Tiene bigote.

—¿Tú crees?

—Desde luego. Paseo o no paseo, no ignores su pasión por el baile y su decisión de acabar siendo una estrella de la danza. Y, por si las moscas, llevé a las dos a ver *El lago de los cisnes* en el teatro de la Ópera. No había más que ver a Bijou para comprender que pocas cosas la distraerán de su vocación. Bueno, dentro de tres o cuatro años, un compañero lleno de músculos, feromonas y olor a pies..., pero ¿ahora? Qué va. Cuanto más tiempo pasa, más contento me pongo de habérmela dejado atrás. Hale, venga, que luego hay que madrugar.

Justo antes de que amaneciera, Meneses se despertó sobresaltado. ¿Disparos? ¿El ruido de un animal cualquiera sobre el tejado? ¿Sirenas? ¿Una explosión? No supo decirlo.

Se incorporó de golpe en la cama y fue descalzo hasta la ventana. Había luces, sí, pero eran, le pareció, las normales de la madrugada. ¿Tal vez el resplandor de un fogonazo hacia el centro de la ciudad? Ni idea: no estaba aún lo suficientemente despierto como para reaccionar ante unos ruidos, ante unas luces de los que ni siquiera tenía costumbre inconsciente.

Y fue entonces cuando oyó una prolongada ráfaga de ametralladora y vio como los disparos trazaban cintas de luz por el cielo. ¡Coño!, exclamó, se armó la de Dios. ¡Pero si nadie sabe lo de Buyumbura todavía ni Atumu ha dado señales de lo que pretende hacer! Tiene que ser otra cosa o que alguien nos ha traicionado. ¿Usama? Vio que el retén de guardia de la soldadesca de Wa-TuTu, cuatro muchachos armados que custodiaban la cancela de la calle, corría hacia la casa. Mejor que no se pongan a jugar con sus subfusiles, no les vaya a dar gloriosa y se lleven a alguno de nosotros por delante.

Fue al baño y se lavó la cara con agua fría para despejarse. Sin siquiera secarse, se puso una camisa de manga corta y unos pantalones de lino. Calzado con unas zapatillas náuticas, salió al pasillo, se inclinó sobre la barandilla para intentar averiguar lo que estaba pasando (como si la respuesta estuviera en el vestíbulo desierto) y bajó velozmente las escaleras. Desde el primer rellano vio que se abría una de las puertas y que asomaba Abu Dada. Tenía cara de terror.

—¿Qué pasa? —gritó Meneses.

—No sé, *monsieur*. Hay muchos tiros y me parece que bombas. Hace un rato he visto pasar camiones llenos de soldados.

—¿Hacia dónde iban?

—Me parece que al palacio del gobernador.

—¿Qué gobernador, hombre de Dios?

—No, no. Del presidente *à vie*, vitalicio.

—Vamos a subir a la azotea...

—Es peligroso, *monsieur*...

—No me jodas —dijo Meneses mientras subía los escalones de dos en dos.

En la azotea estaba Molusque, asomada su gran mole a la barandilla de cemento y yeso. Miraba hacia el palacio del presidente. A Meneses le sorprendió que no estuviera asustado, por lo menos en apariencia. Abu Dada, en cambio, se quedó semiescondido en la puerta de salida a la terraza.

—¡Molusque! Quítese de ahí. Lo van a matar.

—Están lejos, *monsieur l'ambassadeur*, y no saben disparar.

—Pues por eso... Cualquiera bala perdida, hombre de Dios...

—No me preocupa. ¡Abu Dada, ven aquí!

—¿Qué diablos está pasando, Molusque?

—No lo sé, no lo sé...

Empezaba a amanecer, pero en la claridad incipiente eran tan visibles los trazos luminosos de las descargas de ametralladora y de los bazucas antitanques como en la noche oscura. Las ráfagas se habían intensificado, igual que los relámpagos y estallidos del armamento pesado, de los cañones de las tanquetas y de la artillería móvil. En la distancia podía apreciarse el palacio de Wa-TuTu iluminado por los fogonazos y ¿las llamas? ¿Llamaradas? ¿Ardía el edificio? No era fácil distinguirlo.

De pronto estalló en la azotea un proyectil precedido de un poderoso y amenazador silbido. Fue un gran fogonazo con chispas y rayos y colores como si fuera pirotecnia, fuegos artificiales en fallas. El trueno simultáneo fue ensordecedor. Tuvieron suerte: la caseta de salida a la terraza en donde se refugiaba el cocinero voló en pedazos hacia el otro lado de la azotea. Fue suerte en el sentido de que Meneses y Molusque salieron ilesos, aunque sordos y cubiertos de escombros.

—¿Abu Dada? —gritó Meneses. Debió de ser a voz en cuello, por más que a él le retumbara atenuado y con un eco extraño, como si estuviera dando

alaridos en el interior de una caja de metal.

—¿Abu Dada? —gritó Molusque a su vez. Meneses no lo oyó. Se limpió el polvo de la ropa y se dio cuenta de que estaba sentado en el suelo. Molusque también, pero la onda expansiva lo había desplazado un par de metros. Anda que desplazar eso. Luego recordó que los dos se habían tirado al suelo justo antes de que cayera el bombazo.

Meneses, bastante aturdido, hizo un esfuerzo por levantarse. Vio que Molusque le hablaba y le hacía gestos con las manos para que se quedara sentado.

—¿Eh?

Pero se levantó de todos modos y se tambaleó hacia donde debía de estar Abu Dada. Joder, se dijo, no está. Se sintió mareado y volvió a sentarse. Vio que Molusque venía hacia él a cuatro patas. También vio una mano debajo de un cascote. Estuvo un rato contemplándola sin comprender. No había brazo. Coño, Abu Dada. El brazo estaba más abajo, en el descansillo, y seguía pegado al tronco. La cabeza del cocinero había desaparecido. Meneses sintió una arcada ácida que le subía del estómago. Apenas tuvo tiempo de echarse hacia delante y sujetarse con ambas manos al borde del agujero. Vomitó bilis y líquido a grandes hipos que parecían capaces de arrancarle el esófago. Tosió y tosió sin parar; le ardía ferozmente la garganta. Molusque le puso una mano en el hombro y tiró de él hacia atrás.

Poco a poco, escondidos por elemental prudencia en la azotea detrás de la baranda, los dos fueron recuperando el oído, mezclados en el tímpano voces, estallidos y acúfenos ensordecedores, tan brutales como el rugir de un terremoto. Y ambos empezaron a oírse gritando allá a lo lejos.

—¡Pobre Abu Dada! ¿Por qué no se escondió?

—Ah, *monsieur*. No le veo...

—¡Dios!

—Está muerto... *Requiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua...*

—Sacudió la cabeza como si estuviera pidiendo perdón—. *Requiescat in pace*
—añadió, santiguándose.

—Aquí no nos podemos quedar. Tenemos que pensar en bajar.

Los dos se movieron hasta quedar sentados con las piernas colgando en el hueco dejado por la caseta destruida, procurando no ver lo que quedaba de Abu Dada. A medio metro estaba el primer escalón que había quedado entero: debían alcanzarlo para bajar hacia el interior de la casa.

—Molusque, ¿va usted a poder?

—Creo que sí.

—Tenemos que irnos. Donde ha caído una bomba, caerán más. —Volvió a toser.

—*Oui, monsieur.*

Como de costumbre, a Meneses le pareció extraordinario que una mole tan grande como la del chófer pudiera moverse con tanta agilidad. Pero lo hizo y al minuto se encontraron en el primer piso de la residencia. Mirando hacia arriba por donde habían venido, pudieron ver en la pared una gran mancha de sangre justo encima de donde estaba Abu Dada; bueno, lo que quedaba de Abu Dada. Había trozos de tela incrustados en el yeso.

—Abu Dada, *bon Dieu*, Dios mío —dijo Molusque con voz tranquila, como comprobando un hecho evidente y poco discutible.

—Pues sí. Tendríamos que encontrar el resto —contestó Meneses sin alterarse, la cosa más normal del mundo. No quiso pensar más.

Siguieron hasta la planta baja. Resurrección estaba allí, en el umbral de la puerta que conducía al sótano. Pálida y con la cara brillante de sudor, se retorció las manos.

—*Mon mari?* ¿Mi marido?

Meneses hizo con la cabeza un gesto negativo.

—Está muerto, Resurrección —dijo Molusque—. Lo siento. No hemos podido hacer nada.

Y Resurrección lanzó un grito largo y desgarrador. Apoyada en la pared, se deslizó hasta el suelo y se quedó allí con la cabeza agachada, un muñeco gordo y grotesco. Meneses resopló y Molusque guardó silencio.

—Conque tiran mal, ¿eh?

El chófer frunció el entrecejo.

Meneses notó entonces algo húmedo en la espalda, algo que le pegaba la camisa al cuerpo. No le dolía.

—Molusque, creo que estoy herido. No es nada, pero me parece que estoy sangrando un poco. —Se quitó despacio la camisa.

—Déjeme ver.

Dándole la vuelta, el chófer lo sujetó por los hombros. Con la misma voz tranquila de antes —lo mismo da un muerto que un herido, pensó Meneses. *Sic transit gloria mundi*, murmuró; vaya, se me está pegando esta manía del latinajo— dijo:

—Tiene una herida entre el omoplato y la columna. —Mira este, también médico. Muy mal no debo de estar si me vuelve la coña—. No es muy grande ni muy profunda por lo que puedo ver, pero es un desgarró de unos centímetros y sangra bastante. Acropole —dijo, dirigiéndose a la doncella, que acababa de aparecer con cara de terror—, en el baño de invitados hay un botiquín. Es una caja blanca y tiene una cruz roja en la tapa. Tráelo. ¡Corre!

En ese momento, cayó con gran estruendo en la azotea una segunda bomba. Tembló toda la casa y enseguida bajó por la escalera una nube de polvo blanco. Todos se agacharon para protegerse como si les sirviera de algo.

—Vamos abajo a la cocina... Mejor, a la despensa. Allí estaremos a salvo. ¿Molusque?

—Creo que es lo más razonable. Vamos, Acropole, a por el botiquín. Te esperamos en la escalera de servicio. Date prisa. ¡Vamos! Es aquella puerta, corre. Son solo dos pasos.

En la despensa, que por suerte era bastante grande, cupieron los cuatro. No era el mejor espacio para estar sometido al olor corporal de una catatónica Resurrección, pero no había más remedio. Y además, oler, oler, olía a patatas podridas.

Con manos sorprendentemente cuidadosas y hábiles, el chófer lavó y desinfectó la herida con iodina. Esperó unos minutos secando el desgarró con algodón impregnado también en iodina, apretando fuerte, hasta que a Meneses le pareció que poco a poco dejaba de sangrar. Eran imaginaciones, ¿cómo iba a saber si sangraba o no? Si te quejas, eres una nenaza.

—Es poca cosa. ¿Le duele?

—No.

—A lo mejor habría que darle dos o tres puntos de sutura... Como no lo podemos hacer, cuando deje de sangrar del todo, le pondré uno de estos apósitos médicos bien sujeto y, si no se mueve demasiado, empezará a cicatrizar.

—Justo el día para quedarse quieto.

—*Oui, monsieur.*

—En el planchero —dijo Acropole— hay unas camisas limpias de *monsieur* y unos pantalones de hilo. A lo mejor le vendría bien cambiarse...

—Ah, muy bien. Tráelos. —Ya me dirás dónde me cambio. Como no sea en el cuarto de Virginaly... Tonterías, Meneses.

La batalla parecía haberse recrudecido: ahora los disparos y las explosiones eran continuos, muy intensos. Olía a gasolina y a pólvora y a yeso húmedo. Por la calle, al otro lado de la verja, aunque ellos no lo veían, la gente corría enloquecida huyendo de la escena de guerra en torno al palacio presidencial. Todo retumbaba y temblaba amenazando ruina.

Las paredes no pueden resistir tanto, pensó Meneses con angustia. De pronto se apagó la luz y al mismo tiempo los aparatos de aire acondicionado dejaron de ronronear.

—Ha tenido que caer una bomba sobre el generador —dijo Molusque—. Tenemos que salir de aquí. ¿No cree usted, *monsieur l'ambassadeur*?

—Me pica la espalda... Sí que tenemos que irnos antes de que nos caiga un bombazo y nos entierren los escombros —dijo Meneses a gritos. El ruido de las armas era verdaderamente brutal—. Pero no sé hacia dónde hay que ir... Una batalla en toda regla, Molusque, por todos lados. ¿Amigos o enemigos? ¿Y qué sé yo? Debemos intentar salir por la parte trasera de la casa, por la puerta de servicio y a través del jardín de atrás, ¿eh? A ver si hay suerte. Vamos. ¡Vamos!

Por el hueco de la escalera de servicio oyeron voces que les llegaban desde el vestíbulo principal.

—Un momento. ¿Eso es ruso?

—No sabría decirle.

—Es ruso. Subamos.

Se oyó una larga ráfaga de metralleta y después, silencio. Un minuto más tarde, una enorme explosión encima de sus cabezas. Meneses, Molusque y las dos mujeres habían empezado a subir la escalera de servicio y, sobrecogidos, tuvieron que volver a bajarla. Acropole Marie gritaba sin parar y a Resurrección fue necesario empujarla para que se moviera. Gemía y su cuerpo flácido era un peso muerto para los dos hombres, que intentaban arrastrarla. A Meneses le dolía la espalda y le pareció que la herida sangraba de nuevo. Otra explosión muy violenta y cercana los decidió a moverse hacia arriba con un impulso histérico. Salir de allí, por Dios.

—Tiene que haber sido aquí mismo —gritó Meneses—, pero como no se nos ha caído la casa encima, me parece que ha sido en el jardín delantero. Vamos, digo yo.

—Sí, *monsieur*, eso es.

Terminaron de subir. En el vestíbulo los esperaban, atrincherados detrás de

una mesa de mármol con pocas probabilidades de terminar el día de una sola pieza, cuatro soldados rusos armados hasta los dientes. El primero que los saludó militarmente era un sargento que Meneses reconoció como uno de los que habían participado en el asunto de Wolowolo. Soltó una rápida parrafada en ruso. Algo muy urgente, seguro, pero nadie le entendió, excepto Meneses, a quien le pareció que decía tonterías sin sentido, pero, eso sí, muy marciales. Entonces señaló hacia la puerta principal de la casa, indicando con gestos decididos que debían seguirle. Antes de que se movieran, uno de los soldados les entregó unos chalecos antibalas.

—¿Solo tres? —preguntó levantando tres dedos.

—*Da*.

—Molusque, tenemos que levantar a Resurrección a peso...

—... Y sin chaleco.

—No se hable más —concordó Meneses.

Con gran prudencia, el sargento entornó la puerta principal de la residencia y miró al exterior. Del retén de soldados locales que defendían la embajada no quedaba ni rastro. La situación parecía más tranquila que unos minutos antes, como si la batalla se hubiera alejado para concentrarse en el palacio presidencial, ahora crudamente iluminado por las llamas. No parecía que estuviera ardiendo entero. Más bien, la mole oscura del edificio quedaba apartada de las llamas que, se diría, se habían ensañado con el complejo en el que se alojaban los soldados de élite, la guardia del presidente. Allí se luchaba en serio. Podían distinguirse sombras que crecían y disminuían al albur de los movimientos de la soldadesca y del resplandor del fuego. No sonaban cañonazos y sí ráfagas de ametralladora. Amanecía muy deprisa, como ocurre en el ecuador.

Delante de la puerta principal de la residencia española y entre la escalinata y la fuente redonda ahora destruida por el proyectil que había caído cuando Meneses y sus acompañantes salían de la despensa, había un gran camión blindado, un jeep enorme de grandes ruedas y neumáticos espesos, con el motor en marcha.

El sargento ruso los fue empujando sin ceremonia para que se subieran al vehículo. Costó encaramar a Resurrección y, sin que estuvieran siquiera cerradas las puertas, el camión arrancó. Al llegar a la avenida, atravesando la cancela abierta de par en par, torció hacia la izquierda en dirección al centro de St. Juste, alejándose así del frente de batalla en la vieja mansión

presidencial.

Empezó a llover pesadamente, con verdadera furia. El sargento soltó una imprecación que a Meneses le sonó como un ¡me cago en su madre!, o algo así. Pero siguieron avanzando por la calzada ahora vacía. Había mucha gente en los soportales de las calles. Se cruzaron con un convoy de camiones llenos de soldados. Ni un solo blanco. ¿Y dónde están los famosos marines? ¿Y los mercenarios? Seguro que andan por ahí llevándose gente por delante con la excusa de la defensa de los intereses americanos o chinos o rusos. Mierda. ¿Y esto por qué está pasando? A Meneses le dolía la espalda y más con los grandes baches por encima de los cuales el sargento pasaba sin contemplaciones. Desde la cabina abierta en la parte trasera del camión, los tres soldados rusos disparaban ráfagas de ametralladora apuntando hacia lo alto, hacia las azoteas del edificio que les quedaba a la derecha. A Meneses le dio la sensación de que allá arriba se desplomaban dos o tres personas, pero no habría podido asegurarlo; al menos una quedó doblada sobre la baranda del altillo. Eso te pasa por mirar, compañero.

El camión frenó bruscamente frente a un pasadizo. Meneses reconoció una de las entradas al mercado. La tarde antes, el ministro y él habían salido de ese mismo lugar rumbo a la embajada tras hablar con Atumu.

—*Dabai, dabai!* ¡Deprisa, deprisa! —gritó el sargento. Se bajaron del vehículo y, protegidos por los soldados rusos, que, marchando de espaldas, los cubrían, entraron en el pasadizo que llevaba al interior del zoco.

Parecía vacío y el ruido de batalla quedaba lejano, atenuado por calles y edificios interpuestos. Las tiendas y los puestos de bebidas, de té y comida, los despachos de pan y los pequeños establecimientos de venta de cachivaches, tabaco y telas estaban aún cerrados. Hoy no abrirían muy pronto porque, a juzgar por la hora, en cualquier día normal ya estarían levantando las persianas del cierre y ya olería a horno y a trigo tostado.

Apretujados entre los soldados rusos, avanzaron con rapidez, casi a la carrera, por las callejas del mercado. A Resurrección la llevaban prácticamente en volandas entre Molusque y Meneses. Boquiabierta, jadeaba y se le hacía difícil respirar.

En pocos minutos llegaron al callejón en el que se encontraba la casa encalada y azul de Atumu. Se hubiera dicho que lo ocupaba un cuerpo entero del ejército, entre rusos y buyumburas, todos armados como para una expedición a tierras lejanas y hostiles. Tuvieron que abrirse paso en fila india

hasta la puerta, que estaba abierta.

El primero al que vio Meneses fue Fedorov, que lo esperaba en posición de firmes en el pequeño vestíbulo de la casa.

—Señor embajador —dijo—, bienvenido. Nos ha tenido preocupados. Me alegro de verlo. Si no le importa, pase a la salita, justo detrás de esa puerta azul. Me uniré a ustedes en un instante.

Meneses estrechó su mano con calor.

—No sabe cuánto me gusta encontrarme entre ustedes. No puede imaginar la sensación de seguridad...

Entró en el pequeño salón, el mismo en el que se habían reunido el día antes con López-Navarrete. No había nadie, pero enseguida se abrió la puerta del fondo con estrépito y apareció Merveille, que se lanzó a los brazos de Meneses. Tenía los ojos brillantes de lágrimas.

—¡Patrís! ¡Oh, Patrís! —No dijo nada más. Pegó todo su cuerpo al de él como si quisiera protegerlo y amarlo al mismo tiempo. Le pasó los brazos por detrás del cuello, tiró con fuerza y le dio el beso más profundo, más largo y más intenso que nunca había recibido Meneses. Le habría gustado derretirse en ese incendio. No: habría *querido* derretirse. Lo pensó después. Había imaginado esa boca, el sabor de esos labios, el calor de la garganta, muchas veces. Muchas veces.

Merveille se apartó y jadeando puso sus dos manos en los antebrazos de Meneses.

—No... —dijo—. No.

—Ya sé —dijo él—. Ya sé.

Entonces ella lo volvió a abrazar.

—Nos tenías angustiados... No sabíamos de ti, pensábamos que te podía haber pasado algo... y luego..., luego Fedorov nos dijo que tu residencia estaba prácticamente en el suelo. ¡Oh, Patrís! Pensé que una bomba te había matado... ¡Oh, Patricio! Me habría muerto... Pero Atumu decidió que el coronel saliera a buscarte...

—Y Fedorov se negó —dijo entonces Atumu, apareciendo desde el fondo de la casa. Sonreía. Alargó un brazo y puso la mano sobre el hombro de Meneses. Se abrazaron los tres—. Dijo que no, ¿sabes? Dijo que su obligación era quedarse a mi lado...

—Hizo bien. Me mandó a los marineros del *Acorazado Potemkin*. Nada, ningún problema. —Le temblaban los brazos—. Pero, Atumu, por Dios, ¿qué

está pasando?

—Si lo supiera, te lo diría. Así, de pronto..., te puedo asegurar que esto no va contra nosotros.

—¿Y cómo lo sabes? —Le temblaban los hombros. A Merveille le temblaban las manos sobre los brazos de Meneses.

—Pues porque aquí no ha venido nadie, no nos han asaltado y el zoco está intacto. No va contra nosotros. ¿Verdad, coronel? —preguntó a Fedorov, que acababa de entrar. Este asintió.

—¿Entonces? —A Meneses le estaba costando volver a la realidad.

—La otra explicación plausible es que se trata de un levantamiento contra Wa-TuTu, un golpe de Estado... El ejército...

—Pero..., pero ¿tú sabías que había descontento, lucha entre facciones, animosidad...? —Cerró los ojos un momento más, un momento solo.

—Ay, Patrís, en África siempre hay descontento, siempre hay facciones, siempre hay un general, un político, con ganas de hacerse con el poder. ¿Entiendes por qué quería que nos fuéramos a Buyumbura a apartarnos de esta locura? Lo mismo de siempre...

—¿Pero tú sabías de algo?

—No... Había oído cosas, pero no parecía que hubiera que preocuparse. Ahora voy a salir con Fedorov a ver qué averiguamos. Esta es una locura que tenemos que parar a costa de lo que sea. ¡No más derramamientos de sangre!

—No, Atumu Kokomo —interrumpió bruscamente Fedorov—. Usted no va a ningún sitio. Usted no debe moverse de aquí. No puedo permitir que arriesgue su vida. Cualquier soldado enloquecido, cualquier oficial de gatillo fácil, cualquier resentido podría reconocerlo y decidir tomarse la justicia por su mano.

—¡De ninguna manera, coronel!

—Absolutamente, sí. Usted será mañana el presidente de la república de Buyumbura y no podemos comprometer el futuro de este país arriesgándolo todo a una carta equivocada. De ninguna manera, Kokomo. Con todo respeto, pero de ninguna manera. No adelantemos el riesgo sin necesidad.

—Tiene razón —intervino Merveille—, no dejaré que ahora salgas de esta casa. —Se agarró con fuerza al brazo derecho de Atumu—. De ninguna manera —repitió.

—Es muy sencillo —dijo entonces Meneses. Carraspeó. Ya, venga—. Es conocido que tú y yo somos uña y carne. Iré yo en tu lugar. Confías en mi

criterio, ¿no?

—Claro. Por supuesto. Pero eso no tiene nada que ver. Tú no vas a jugarle la vida en mi nombre. Hasta ahí podíamos llegar. No.

Meneses se volvió hacia Fedorov.

—¿Coronel?

—Me parece lo más sensato, señor embajador. No puedo acompañarlo tampoco puesto que mis instrucciones y la lógica más elemental me obligan a quedarme aquí. Y lo lamento, créame. Pero es indispensable que averigüemos qué está pasando. Así podremos actuar con conocimiento de causa. Debemos saber quién es el enemigo y por qué razón está ocurriendo esto.

—Muy bien, está decidido. Voy para allá. Molusque vendrá conmigo, aparte de la escolta que usted considere necesaria.

—No, no puede ser —dijo Atumu—. Soy responsable de lo que está ocurriendo y de lo que te puede ocurrir a ti. O por lo menos es a mí a quien afecta más directamente.

—No —dijo Merveille—, nos afecta a todos.

—Bueno, es cierto, pero para bien o para mal yo soy la cabeza visible de todo esto. —Hizo un gesto circular con el brazo izquierdo, como si «todo esto», el zoco, el pasadizo y la casa blanca y azul fueran en realidad Buyumbura, todo el proyecto, todo el futuro.

—De acuerdo, y por eso debemos cuidar de que no te pase nada. Vamos, Molusque —dijo Meneses, al divisar al chófer al fondo de la habitación contigua. El otro levantó una mano en señal de aquiescencia.

—Me parece que, antes de nada —dijo Fedorov—, será preciso que atendamos la herida que tiene usted en la espalda. Está sangrando. Voy a llamar al médico para que le haga una cura.

—¡Patrís! Estás herido —gritó Merveille—. Lo sabía. Sabía que no teníamos que dejarte solo... Déjame que te vea. —Se colocó detrás de él—. ¡Pero si tienes la camisa empapada de sangre!

—Bah —dijo Meneses, haciéndose el héroe.

Le hicieron pasar al interior de la casa. En un cuarto de baño diminuto construido seguro que muy recientemente —no hay váter o ducha o paredes de baldosín en las casas del zoco—, esperaba otro ruso, también vestido de campaña. Estaba lavándose las manos.

—El doctor Kornílov le curará —dijo Fedorov a modo de presentación.

Le quitaron la camisa. Merveille también se puso detrás de él. «Oh,

Patrís», repitió.

—Es una herida fea, un desgarró bastante extenso, pero no es nada grave —sentenció Kornílov—. Le voy a tener que dar unos puntos...

—Muy bien, ya me lo había anunciado Molusque.

—¿Molusque?

—Un medio médico que me acompaña.

—¡No te muevas, Patrís!

—Si no me muevo. ¿Conoces la historia de uno que fue detenido por decir una blasfemia horrible? Cuando le preguntó el juez, contestó que estaba trabajando debajo de un soldador y que se había limitado a decir: Oye, Pedro, perdona, pero me está cayendo plomo fundido sobre el cuello...

—Eres un payaso.

—Bueno. —Y cuando el médico hubo terminado y Meneses quedó bien vendado, sólidamente sujeto, preguntó—: ¿Cuántos puntos han sido al final?

—Seis, y procure no mover mucho los brazos o se le volverá a abrir la herida.

Después pudo ponerse la ropa limpia que había traído Acropole.

—No hagáis tonterías —conminó Merveille—. Por favor. —Meneses la miró sonriendo y Fedorov se llevó la mano derecha a la frente en un saludo militar. Luego le entregó una de las dos partes de un *walkie talkie*.

—Iremos en su ayuda si usted lo considera necesario. Tiene un alcance de diez kilómetros, señor embajador.

—No soy embajador.

—Merece serlo.

Meneses miró a Atumu y a Merveille y se despidió de ellos mudamente. Chasqueó la lengua, se dio la vuelta y salió de la casa seguido de Molusque, que iba canturreando el *Adeste fideles*.

Recorrieron deprisa los pasadizos del zoco y pronto llegaron a la entrada de la avenida, la misma que habían utilizado antes. Subieron al camión, también el mismo jeep blindado; en la parte trasera ya estaban instalados diez soldados con los Kalashnikov listos para entrar en acción. El teniente que iba con ellos hablaba un francés bastante correcto. Molusque se puso al volante.

Las calles seguían desiertas, sin tráfico, sin gente. Todo estaba en silencio. Incluso las armas callaban.

—Me parece que esto se ha terminado —dijo Meneses—. Unos han ganado, otros han perdido. Vayamos a averiguar quién.

—Sería importante que fueran amigos —contestó Molusque.

—Sí, pero ese no suele ser el caso.

Recorrieron el trayecto que los separaba del palacio presidencial en pocos minutos. Cuando llegaron a la verja de entrada, despanzurrada en el suelo, la franquearon sin que nadie se lo impidiera. De hecho, no había nadie en todo el camino, en todo el recinto al parecer, hasta el palacio: solo una tanqueta volcada y un soldado muerto caído a su lado.

Aún ardía el cuartel de la guardia presidencial, pero con llamas que apenas si chisporroteaban lánguidamente, casi apagadas por la lluvia de la mañana: un espectáculo desolador de la batalla. Delante, el palacio estaba en silencio. Pese a que era de día, aún lucían antorchas o potentes linternas en algunas ventanas de la planta baja.

Molusque detuvo el jeep a la derecha de la escalinata de acceso y todos se bajaron. Los soldados tomaron rápidamente posiciones de defensa abriéndose en abanico. La veranda de madera que ocupaba toda la fachada parecía desierta. Meneses y Molusque se dispusieron a subir los escalones de piedra con extrema prudencia.

—No sigan subiendo —dijo Hockansmith, invisible detrás de la columnata de la veranda llena de flores crecidas, sobre todo si uno no esperaba verlo allí. Instintivamente, Meneses dio un paso atrás. El tejano estaba sentado en uno de los bancos de piedra que había a derecha e izquierda del portalón principal. Levantó una mano agitándola en un superfluo esfuerzo por hacerse ver—. No estoy muy seguro de quién ha ganado ahí dentro y es posible que los reciban mal, probablemente muy mal. A mí me han descerrajado un tiro, afortunadamente sin consecuencias, apenas un rasguño. —A Meneses le pareció que la herida del tejano en el brazo izquierdo cerca del hombro era más seria de lo que decía, pero bueno, para sietemachos, este. La había taponado con un pañuelo; oye, que sufra—. *Mister* Meneses, venga a sentarse a mi lado hasta que se aclare la situación y sepamos a qué atenernos.

—No es que me disguste verlo sufrir, que lo tiene bien merecido, pero ¿no debería hacérselo ver? Los rusos van con médico; de hecho, es el que me ha curado una herida que me he hecho en la espalda.

Hockansmith se echó hacia atrás para verla. Seguro que piensa lo que yo: oye, que sufra.

—Bah, no tiene importancia. Ya nos ocuparemos. A lo que voy. Allí dentro hay una verdadera merienda de negros, nunca mejor dicho, y, pese al

silencio momentáneo, no nos conviene entrar por ahora, ni a usted que es amigo de los negros, pero no de todos, ni a mí que soy un racista del sur. Ya veremos cómo se resuelve todo y decidiremos qué hacer. En lo que a mí respecta, amigo Meneses, me gustaría pegarle un tiro y acabar con esta farsa de una vez. No me lo tome a mal, pero me ha causado usted muchos quebraderos de cabeza. Si estuviera sentado aquí con una metralleta, no lo habría dudado. Pero, ya ve, tuve que salir del salón precipitadamente y me dejé el armamento. Diga a sus soldados que se abstengan de hacerse los héroes. —Hablaba con voz tranquila—. Como le he contado, allá dentro hay gran confusión y no parece que se estén poniendo de acuerdo. Me he venido aquí fuera a esperar el resultado de la partida. A usted le gusta esto; le gusta el riesgo, Patricio, ¿le puedo llamar Patricio? Pues esta vez conviene no ir de farol. Mejor doblar las cartas y esperar una ocasión mejor. De hecho, si no estoy equivocado, su padre arruinó a toda su familia en una partida de póquer en Valencia. Por dos míseros faroles. Sí, Meneses, en la CIA estamos bien informados.

—No. No están bien informados. Fueron cuatro faroles en cuatro manos seguidas, no dos. —Meneses se sentó al lado de Hockansmith, a contemplar el panorama del jardín, la verja y la avenida, desde la que unos cuantos curiosos estaban de pie mirando. Por prudencia se habían colocado al otro lado de la calle, más o menos escondidos entre los matorrales—. ¿Me puede usted explicar lo que ha ocurrido? ¿Un golpe de Estado, una rebelión, una lucha entre tribus?

—Ha sido un poco de todo. Un golpe de Estado contra el general Wa-TuTu, desde luego. Una rebelión de los comerciantes del zoco, como ocurrió con el sha de Persia cuando llegó Jomeini a Teherán en los años setenta, por supuesto, aunque pocos se lo esperaban, incluidos mis propios jefes en Washington. ¿Una lucha tribal? Habría que estar ciego para no verlo. Esta es una región de luchas tribales: mire las guerras del Congo, millones de muertos, genocidios mutuos, qué le voy a contar. Debería darse un paseo por las carreteras de Kasai. Los niños se mueren de hambre en los hombros de sus padres, que van huyendo no se sabe a dónde. Ya se lo he dicho me parece, pero este continente no tiene remedio y lo mejor que podemos hacer es esquilmarlo, sacar provecho, si puede usted perdonarme el lenguaje, y salir corriendo. Ya ve.

—Nobles propósitos, Hockansmith.

—Tan nobles como los suyos, Meneses. ¿O me quiere hacer creer que su amistad con Atumu Kokomo lo limpia todo?

—¿Y sus marines?

—Están acuartelados en el puerto con órdenes de no intervenir y de asegurarse de que no sufren daño las instalaciones que hemos pagado nosotros. Por lo demás, Estados Unidos no se inmiscuye, como usted sabe, en conflictos internos de otros países. Es una posición acrisolada que hemos mantenido desde siempre contra viento y marea.

—Me impresiona su visión de la *pax americana*.

Desde dentro del palacio de pronto sonó un disparo seguido de una ráfaga de ametralladora.

—¡Joder! —exclamó Meneses, poniéndose en pie de un salto—. ¿Qué ha sido eso?

—Una negociación que ha salido mal —contestó Hockansmith en tono apacible.

El *walkie talkie* hizo un ruido de estática en el bolsillo de Meneses. Lo sacó y al momento una voz distorsionada preguntó:

—¿Meneses? Meneses, cambio.

—¿Coronel?

—Tendrá usted que apretar el botón de contestar y luego decir cambio —intervino Hockansmith.

—Coronel, cambio...

—¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos.

—¿Cómo?

—Estamos fuera del palacio.

—¿Se combate? Desde aquí solo hemos oído una ametralladora...

—Ha sido en el interior. No sabemos qué ha podido ocurrir. Íbamos a entrar... Vamos a entrar.

—¿Me necesita? Podemos estar allí en unos minutos. Ya sabe usted cuáles son las órdenes que tengo. Solo si la situación es altamente comprometida, acudiremos. Cambio.

—No será necesario, coronel, cambio...

—Y corto —sugirió el tejano.

Y AL FINAL...

Con precaución extrema, Molusque empujó con una mano la pesada hoja de madera del portalón de entrada. Lo único que procedía del interior del edificio era un espeso silencio y un fuerte olor a cordita. Se apartó para guarecerse detrás de la pared y dejar pasar a los diez soldados rusos, que entraron en tromba abriéndose en abanico por el gran vestíbulo. Se quedaron en sus sitios con las armas apuntadas hacia el interior, arriba, abajo y a los lados, en un continuo movimiento circular, alertas, preparados para entrar en acción.

Completamente desierto. De gente viva, se entiende. Tirados por el suelo había decenas de cadáveres, cuarenta o cincuenta. Se hubiera dicho que muchos de ellos habían sido someramente ejecutados. La escena era de una ferocidad sin límite. ¿Cómo es posible que haya tal cantidad de muertos en un espacio relativamente tan exiguo? Solo se entiende si, al final, la lucha concluyó con enfrentamientos de gran crueldad cuerpo a cuerpo. Un vistazo horrorizado bastaba para comprobar las mutilaciones, las laceraciones, las tremendas heridas producidas por adversarios implacables, a machetazos y puñaladas más que a disparos. A Meneses se le revolvió el estómago porque, a medida que iban accediendo al vestíbulo, por debajo del olor a cordita podía percibirse una peste extrema a sangre, excrementos y orina, a sudor y miedo.

—*Oh, mon Dieu* —oyó Meneses que decía Molusque con voz ahogada y no pudo contener el vómito. Solo le dio tiempo a volver la cabeza hacia la derecha e inclinarse agarrotado por una violenta arcada. Lo único que pensó al final fue que se le habrían saltado los puntos de la espalda. No, a lo mejor no: notó que le seguían tirando igual que antes. Se secó la boca con el pañuelo de bolsillo y ya no lo guardó.

Apenas un mínimo ruido de cristales que provenía de la derecha, del

despacho del presidente perpetuo. Bueno, perpetuo no hay nadie; vitalicio, sí, pensó Meneses, este sobre todo. Precedido de Molusque, que en la otra mano de pronto llevaba un pistolón enorme, estaba justo en el interior del vestíbulo, traspasado el umbral del portalón. Los rusos se habían girado hacia la puerta del despacho. ¡Cuánta destrucción! Haciendo un esfuerzo por dejar de mirar a los cadáveres, en el desorden desolador de la estancia se apreciaban montones de cascotes, vigas, muebles volcados, la mayor parte destruidos, sofás desvencijados con las tripas al aire, uno de ellos con una metralleta asomando por el respaldo, y potentes linternas encendidas apuntando inútilmente y sin precisión aquí y allá. De vez en cuando, volando como plumas, se desprendían de lo que quedaba del techo pedazos de yeso blanco que caían con estrépito sobre el parqué. Una araña de grandes dimensiones, que Meneses no recordaba haber visto en sus dos visitas anteriores al palacio presidencial, había caído al centro del vestíbulo sobre tres muchachos uniformados, aplastándolos sin remedio. En una esquina a la derecha, todo estaba muy destruido, completamente ennegrecido. «Granadas de mano», dijo Molusque.

Al fondo, en los primeros peldaños de la escalera principal que, truncada a la mitad, ya no subía a ninguna parte, casi invisible detrás de la mole del lampadario y de la miriada de cegadores cristales desprendidos, había un cuerpo más, aislado de todo, elevado por encima de la escena de destrucción, caído en posición antinatural. Parecía un muñeco roto. Era el único que daba la impresión de haber querido subir, tal vez para escapar, tal vez para seguir luchando. No había arma alguna cerca de él. Un hilo de sangre se deslizaba por los escalones desde debajo de su pecho y se confundía con un charco de agua, resto de la lluvia de esa madrugada.

Alzando la vista, podía verse que el piso superior del edificio había desaparecido casi por completo, volatilizado; solo quedaban las ruinas de los muros de carga y tres o cuatro vigas que habían resistido el embate de la artillería de los asaltantes. El resto había volado hacia el parque o estaba calcinado contra las paredes. Lo único que quedaba intacto era el muro principal de la casa con la veranda que la recorría de parte a parte. Se hubiera dicho, exagerando un poco, que parecía un decorado exterior sin nada detrás, preparado para rodar una película. Todo lo demás era una ruina inservible. Aquí y allá, en los laterales quedaban restos de mamparas o trozos de pared y una visión incoherente: un único óleo representando un paisaje nevado, que

colgaba torcido.

—¿Qué ha pasado aquí? —se preguntó Meneses—. ¿Dónde están todos? ¿Dónde ha sido la batalla?

—Al final, en el parque —dijo Hockansmith jadeando un poco—. Yo llegué tarde a esta guerra y, tras asomarme al interior y recibir un disparo sin importancia, me abstuve de intervenir, siguiendo las órdenes de mis superiores. La más elemental prudencia me aconsejó quedarme fuera y esperar acontecimientos. —Hablaba desde detrás de la puerta—. Y así estamos.

El teniente ruso dio a sus hombres una orden gutural y toda el ala izquierda del batallón se desplegó en círculo hacia la escalera. Cuatro hombres pertrechados con el uniforme de campaña del regimiento de élite de Wa-TuTu salieron entonces de detrás de ella con las manos en alto. Con gran cuidado, dejaron las armas en el suelo y después se arrodillaron sin que nadie se lo ordenara.

—Carajo —dijo Meneses.

Los dos rusos del extremo recogieron las armas y las empujaron hacia sus compañeros. Luego se colocaron detrás de los cuatro. Un tercer ruso se acercó a ellos, les dijo algo y fue a inspeccionar lo que había detrás de la escalinata. Volvió al instante haciendo un gesto negativo. Pero enseguida sonaron tres o cuatro disparos y el soldado se desplomó, muerto ya en el aire con el cráneo destrozado. Tres de sus compañeros se abalanzaron a pasar por detrás de la escalinata. Y una ráfaga de ametralladora acabó sin más con las vidas de quienes estuvieran allí.

—¡Dios! —exclamó Meneses. Y luego levantó una mano y gritó—: ¡No, eso no!

Demasiado tarde. Los dos soldados colocados detrás de los cuatro que acababan de rendirse los ejecutaron sin contemplaciones.

—¡Pero por Dios! ¡Coño con los cosacos!

Detrás de Meneses, Hockansmith se apoyó contra la pared y se deslizó lentamente hacia el suelo. Estaba muy pálido. No me jodas que se va a morir este antes de que yo lo mate.

Sacó el *walkie talkie* de su bolsillo y apretó el botón de comunicación.

—Fedorov, ¿me oye? Fedorov, esto..., cambio...

—Meneses, aquí estoy, cambio...

—Va a tener que mandar al doctor...

—¿Qué ha pasado?

—Hockansmith está herido. Me parece que está grave...

—Enseguida mando al doctor Kornílov. ¿Necesita protección para llegar hasta allá?

—Lo estrictamente necesario, coronel, el conductor que lo traiga y un retén de dos o tres soldados... Las calles hasta aquí están tranquilas...

—¿Cómo están las cosas allí?

—Confusas, pero diría que bajo control... Lo que no sé es bajo el control de quién... Pero todo está tranquilo. Tampoco sé si es la calma que precede a la tormenta y si se va a armar otra vez la de dios...

—¿Corren algún peligro?

—¿Nosotros? No. No me parece...

—Me refiero a los nuestros...

—No, no... Estamos bien. Vamos a intentar localizar al general Wa-TuTu. Creo que por el momento es lo único que podemos hacer. Además de rezar un triduo a la Virgen del Carmen...

—¿Cómo dice?

—No es nada...

—Muy bien. Estamos dispuestos a acudir en cuanto sea necesario...

—De acuerdo. De acuerdo, coronel, pero impida que Atumu Kokomo venga para acá hasta que yo no les dé luz verde. Cambio y... y corto.

Desde el otro lado del vestíbulo, al pie de la escalinata, Molusque llamó:

—*Monsieur l'ambassadeur!* ¿Puede venir aquí, por favor?

—¿Qué pasa?

—Por favor, venga.

A Meneses le pareció que atravesar el vestíbulo pisando cadáveres y sin saber cuántos enemigos quedaban ni dónde estaban era francamente aventurado. Miró a derecha e izquierda, echó un último vistazo a Hockansmith, que no se había movido y que, jadeando, parecía sangrar bastante, y anduvo hacia donde se encontraba el chófer. Bueno, chófer... Como pueda lo hago presidente de la Buyumbeer.

Molusque estaba quieto mirando a la forma inerte desplomada sobre la escalera.

—¡Dios del cielo, Molusque! Es Usama...

—Es Usama, *monsieur*.

—Vamos a darle la vuelta. Veamos si le late el corazón... ¡Rápido!

—Es inútil, *monsieur*.

—Un momento. No ha sangrado mucho, pero, sí, ¡Dios! No tiene pulso... Nunca sé lo que quiere decir sangrar poco o mucho. No tengo ni idea. Vaya por Dios. Usama. ¡Pero si está totalmente muerto! Tengo que decírselo a Atumu...

Apretó el botón del *walkie talkie*.

—Coronel...

—Le escucho...

—¿Está usted solo?

—Sí, por el momento, sí.

—Usama ha muerto. Está aquí en el vestíbulo con varios disparos en el pecho, bueno, en la espalda.

—Vaya, lo lamento. ¿Cómo ha sido?

—No lo sabemos, pero aquí ha habido una batalla seria. Me temo que ha muerto también uno de sus hombres...

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea.

—Enseguida iremos, señor. Antes debo poner a Atumu Kokomo al tanto. Estoy seguro de que querrá venir conmigo.

—A lo mejor debería impedirselo. No sé. Aquí todavía hay mucho peligro. Y debería decírselo yo.

—No. Ya lo explicará con detalle cuando lleguemos... Cambio y corto...

Meneses resopló. Se dio la vuelta y miró hacia donde estaba Hockansmith.

—O se dan prisa o aquel también se muere. Debe de tener un tiro en el pulmón. Mierda, vaya jornada de mierda.

Todo volvió al silencio del principio, solo interrumpido por la respiración sibilante y la débil pero continuo tos del herido.

Meneses se acercó a él y se puso en cuclillas a mirarlo. ¿Cómo va?, preguntó. Pero el tejano no abrió los ojos. Debajo de su nalga se había formado un pequeño charco de sangre. En su frente latía una vena, único testimonio de su continuada presencia en este mundo.

Desde detrás de la puerta del despacho del presidente, sonó una voz profunda y firme:

—Soy el general Monzalé, jefe del ejército de Matambezi. ¿Quién hay ahí?

—Somos ciudadanos extranjeros —contestó Meneses en voz muy alta—.

No estamos involucrados.

—Muy bien. Voy a abrir esta puerta y voy a salir desarmado. No disparen.

—¡Carajo! —exclamó Meneses en voz baja. Miró a Molusque—. Este es un inconsciente...

—¿No quería verlo? ¿Al asesino de Jaime? Monzalé, general Monzalé. Pues ahí lo tiene.

—Puede usted salir, general —dijo entonces Meneses—. No le pasará nada. —A Molusque le dijo—: Deme la pistola.

—No, *monsieur*.

—Deme la pistola.

—No, si le doy el arma, ninguno de nosotros sale con vida de aquí. Vale usted mucho más que la vida de Monzalé.

Meneses sacudió la cabeza con indignación.

La doble hoja del despacho del presidente se abrió y apareció un militar vestido de campaña con ropa de camuflaje y una triple ristra de condecoraciones en la pechera de la camisa. Un cinturón de cartuchera vacío con su correspondiente funda, también vacía. Y botas elásticas de media caña. Era muy alto y delgado y su porte resultaba francamente distinguido. No podía negarse: apuesto, con el pelo muy corto, tenía ojos inteligentes y la barbilla cuadrada y firme. Me cago en su padre, tenía que salirnos guapo. Supongo que, con estos antecedentes, la hija era una especie de Merveille bis.

El general dio un paso hacia delante y paseó su mirada por el escenario de la batalla. No movió un músculo. Luego contempló a los rusos, que le apuntaban sin excepción con no muy buenas intenciones. Y por fin se giró hacia Meneses.

—Señores —dijo—, aquí ha habido una lucha sin cuartel entre las fuerzas del general Wa-TuTu y las leales al Gobierno que están a mis órdenes. Inútil explicarles que mi bando, si es que a un ejército leal puede denominársele así, ha salido triunfante del envite. Ha sido duro, pero han ganado la libertad, la democracia y la honradez de espíritu. —Huy, huy, huy, pensó Meneses, esto empieza fatal—. Se lo digo a ustedes, señores, porque los veo armados y fuertes. Aunque no sepa a quiénes representan, y me lo imagino, estaban ustedes detrás de la puerta dispuestos a entablar lucha. Pero es mi deseo ahorrarnos más muerte y desolación. Son ustedes un grupo armado que no es

originario de Matambezi y quiero asegurarles que respetaré todos los compromisos adoptados por la república de Matambezi hacia Occidente. — Su mirada se detuvo en los rusos uniformados que sin duda pertenecían a un cuerpo militar extranjero. Luego vio a Hockansmith tumbado en el suelo—. Ese hombre está herido y se le debe cuidar. Sé muy bien quién es. David Hockansmith. —Meneses no acabó de decidir si había hostilidad o amistad en la referencia al tejano.

—Está viniendo hacia acá un médico que lo va a atender, general — contestó Meneses—. ¿Puedo preguntarle lo que ha ocurrido?

—He tomado el poder para proteger al pueblo matambiceño de los desmanes y rapiñas del anterior presidente —declaró con solemnidad. Guárdatelo para el paripé en televisión, colega general. Qué cansancio, Dios mío—. Esta madrugada, mis tropas vinieron hacia aquí para ocupar el palacio y destituir al general Wa-TuTu. Lamentablemente, pese a mi generosa oferta de negociación de las condiciones de su rendición, se atrincheró en esta casa del pueblo de Matambezi y resistió con extrema violencia el asalto de mis tropas. Ha habido muchas víctimas, hijos todos de este pueblo. Espero que podamos restablecer la paz en el país con patriotismo y grandeza de miras.

Huy. Huy. Huy, se repitió Meneses. No vamos a querer estar en el país cuando este noble general se ponga a restablecer la paz y la convivencia con grandeza de miras. Y, sobre todo, patriotismo. Madre mía.

En aquel instante pudo oírse ruido de gente en la puerta del palacio. Y entraron en el vestíbulo sucesivamente, el coronel Fedorov en disposición de combate, Atumu y luego Merveille, a quien evidentemente no había sido posible dejar atrás. Venían fieramente protegidos por el contingente ruso. El doctor Kornílov, que llegaba el último, se agachó al lado de Hockansmith y abrió una pesada cartera en la que llevaba los instrumentos, pócimas y gasas típicos de un médico. A ver si se lo carga, hombre.

Y de pronto, el general Monzalé se puso firme y, llevándose la mano derecha al corazón, dijo:

—Atumu Kokomo, te saludo.

—Hama Monzalé, te saludo —contestó Atumu.

—No comprendo nada —murmuró Meneses.

—Es un buyumbura —dijo Molusque en voz igualmente baja, como si eso lo explicara todo.

—Ha sido una larga batalla, Hama.

—Tenía que ser así, Atumu Kokomo.

—¿Y Wa-TuTu?

El general giró la cabeza para señalar el interior del despacho.

—Prefirió morir luchando.

—No quiero más muertes.

—No las habrá.

—Atumu —interrumpió entonces Meneses—, ¿puedes venir conmigo hasta la escalera?

Su amigo se giró hacia él como sorprendido de verlo:

—¿Qué?

—Me tienes que acompañar hasta allí, al pie de la escalera.

Atumu frunció el ceño.

—¿Es indispensable ahora?

—Sí.

—Vamos. ¿Qué me quieres enseñar que es tan urgente? —Y se calló bruscamente cuando vio a su hermano Usama caído en los primeros peldaños, acostado de espaldas como lo habían puesto Meneses y Molusque.

—¿Patrís? —preguntó Merveille desde la puerta de entrada. Meneses se volvió a mirarla e hizo un gesto negativo.

—Murió noblemente —aseguró el general, acercándose a su vez. Ya, muy noblemente, colega, con cuatro tiros por la espalda—. Merveille Kokomo —dijo Monzalé, alzando la voz—, te respeto. —E inclinó ligeramente la cabeza.

Pues para respetar a las mujeres, se las lleva por delante por un quítame allá esas pajas. Su propia hija.

—Hama —contestó ella secamente—, Atumu, ¿quién es ese caído en el suelo? ¿Está muerto? ¿Patrís?

Meneses se dio la vuelta y fue despacio hacia Merveille, a quien Fedorov impedía moverse y tapaba la visión del resto del vestíbulo.

—¿Patrís? —repitió.

Este le agarró la muñeca con suavidad.

—Es Usama. —Merveille aspiró bruscamente y abrió mucho los ojos.

—¿Usama?

—Sí. Murió peleando por lo que creía.

—Déjame que vaya hasta él.

—No, ahora no. Espera a que Kornílov lo arregle un poco...

—¡No! —Se zafó de él y fue hacia donde estaba Atumu. Se abrazó a su marido y miró con un titubeo atemorizado a donde estaba caído Usama. Se le escapó un sollozo.

Atumu, con expresión de gran tristeza, le pasó el brazo por encima del hombro.

—Coronel, ¿se ocupa de mi hermano? —Fedorov asintió—. Hama —prosiguió Atumu—, pasemos al despacho. Cuéntame lo que ha ocurrido. —Sin llegar a entrar, ambos se detuvieron en el umbral de la estancia, la única que quedaba con las paredes en pie en todo el palacio. La escena ante sus ojos era todavía más espantosa que la que dejaban atrás. Hasta la gran bandera de Matambezi colgada detrás de la mesa de despacho del presidente estaba reducida a jirones. El estado de destrucción era indescriptible: ventanas caídas o colgando precariamente de sus goznes, cortinas despedazadas, todos los muebles volcados, los teléfonos arrancados y cristales por todo. Y pocos muertos para cuanto había tenido que ocurrir allí. Solo la mesa del presidente estaba intacta. Sentado en su butaca con aire ausente, el presidente vitalicio general Wa-TuTu había muerto de un único disparo al corazón. Estaba en pijama.

Atumu ordenó a Merveille que no llegara a entrar en la sala, para así evitarle el espectáculo. Cuando Atumu la apartó, ella dio dos pasos hacia atrás sin mirar y se topó con Meneses, que la cogió de una mano. Ambos callaron.

Monzalé empezó a hablar:

—A las cuatro de la mañana salí del cuartel general al frente de una columna de vehículos acorazados y camiones de transporte. Delante, en los camiones punteros, iban dos de los cuatro cañones automáticos Bushmaster de 25 mm. Los otros dos iban en los camiones que cerraban la marcha. Me acompañaba una dotación de quinientos hombres, mis soldados de élite. Cuando llegamos a la primera esquina del palacio del gobernador, quiero decir del presidente, nos estaban esperando. Alguien había anunciado nuestra llegada. —Puso una mueca irónica—. No era muy difícil de prever. Hacíamos bastante ruido. Allí mismo intercambiamos el primer fuego. Claro, mis Bushmaster son de repetición, muy superiores a las ametralladoras de las tropas de Wa-TuTu. El cañón posterior de la columna lanzó una serie muy rápida de disparos. Cuatro impactaron en la residencia de la embajada de España; es lamentable, pero así son las operaciones bélicas.

Lamentable, compañero, pero me sacudisteis y os llevasteis por delante a Abu Dada, que era un inocente obeso e hipersexuado, pero inocente. Y, además, me habéis dejado la casa hecha unos zorros. Y eso que la embajada está en dirección contraria a donde atacabais. Mira que si todavía nos guarda rencor por lo de Jaime y su hija...

—Al principio la resistencia fue muy violenta y para vencerla, mis soldados tuvieron que batallar duramente por el parque. Cuando conseguimos acorralar al enemigo, se refugiaron en el interior del palacio. Hubo que luchar cuerpo a cuerpo en el vestíbulo hasta llegar al despacho de Wa-TuTu. Se había encerrado ahí con sus mejores soldados, dispuesto a resistir. Le ordené que se rindiera y le prometí un salvoconducto. No quiso. En ese momento, por la puerta principal, por donde habíamos entrado nosotros, asomó Hockansmith. Uno de mis hombres perdió los nervios y le disparó. Lo vi tambalearse y salir del vestíbulo. Ordené a los míos que no le siguieran. Estaba seguro de que los marines americanos estaban fuera dispuestos a acabar con la rebelión, es decir, como siempre hacen los americanos, a quedarse con el país y con nuestro petróleo. Su armamento es muy superior al nuestro, Atumu, y supuse que si estaban en la entrada del palacio, por fuerza controlaban el parque y nuestra artillería. Mandé a la mitad de mis fuerzas acantonadas en la parte trasera de la casa que, al mando de Usama Kokomo —¿Usama? Venga ya. Te va a crecer la nariz como a Pinocho—, dieran un rodeo para volver a la avenida y así encerrar a los enemigos, incluidos los americanos, mientras yo dirigía el asalto al puesto de mando de Wa-TuTu. Cuando Usama subía la escalera para hacerse cargo de la operación, alguien, no sé quién, tal vez un marine, lo mató con un disparo de un rifle de largo alcance. No tengo otra explicación. Mi siguiente contacto con el exterior fue la llegada de los tuyos, unos disparos y al menos una ráfaga de ametralladora. Fue cuando decidí salir del despacho y enfrentarme a ellos. Era preciso resolver la situación de una vez por todas.

—Hiciste bien, Hama —dijo Atumu.

—Una cosa más —interrumpió Meneses—. Sabemos por Hockansmith que los marines están acuartelados en el puerto. Dicen que no van a entrar en la batalla, pero, por si acaso, controlan todas las instalaciones. Pueden recibir refuerzos y lanzarse en serio a conquistar Matambezi. No nos hagamos ilusiones.

—Por eso —dijo Atumu—, es importante tener a su jefe controlado.

Herido o no, nos es de gran utilidad.

Mira este. Pensando ya como un político, ¿eh?

—¿Cuántos marines más hay atrincherados en la embajada americana? El embajador no ha dicho ni pío.

—Nada, no os preocupéis. La presencia militar en la embajada es para defensa, no para ataque. Siempre es igual. Se equivocan cada vez. Cuando deciden defender el recinto diplomático, les queman el chiringuito. Y cuando deciden salir a pelear..., es Vietnam, Afganistán, Irak: dinero, vidas americanas y, al final, derrota.

—¿Y esta vez?

—Defensa de la propiedad americana... y de los documentos secretos que tienen en la caja fuerte. Pasa como en las películas: entran unos cuantos salvajes, abren la caja y se llevan los papeles. Para qué se los llevarán si no saben leer y menos, en inglés. —Meneses, me parece que esta vez te has pasado.

—En fin, Atumu Kokomo, la situación está controlada. Vuelven la paz y la libertad a Matambezi.

Atumu no respondió. Meneses también se ahorró el comentario. Paz y libertad, ¿eh? Ya verás como anuncia el fin de la corrupción, la censura temporal de la prensa para que no se difundan noticias dañinas para la moral del pueblo, la suspensión también temporal de los partidos políticos, el control de la televisión estatal para lo mismo y la convocatoria de elecciones dentro de unos meses para dar tiempo a que el dichoso pueblo soberano se calme. Pues vaya. Miró a Atumu, que permanecía impasible. Apretó la mano de Merveille, que suspiró profundamente. Y se dijo aquí se termina mi misión; me vuelvo a París a llevarme a Virginaly de parranda.

Y encima resulta que no puedo hacer justicia: condenados a muerte mis dos reos preferidos tras juicio sumarísimo por este magistrado que suscribe, uno, el tejano, es la garantía del negocio que me trajo aquí; el otro es garantía de que mi ministro puede seguir con sus tejemanajes con total impunidad. Y David Hockansmith, contrabandista de droga y asesino de Poulet-Georges-Simenon-Dupont-Duhamel, mi amigo, se libra injustamente por ello de recibir su merecido. Y Hama Monzalé, hábil y ambicioso general, reo de los asesinatos de su hija y de un inocente secretario de embajada que creía en el amor, se libra de la horca porque es un héroe respetado por Atumu Kokomo. Pero los vigilo a los dos. Aunque un escritor amigo mío defiende lo contrario,

la venganza es un plato que se sirve frío.

Meneses buscó con la mirada a Molusque, que meneó lentamente su cabeza de derecha a izquierda.

Esta noche no voy a tener más remedio que leerme unos capítulos de Proust para calmarme y volver a creer en la bondad del género humano.

—Atumu Kokomo, ¿me acompañarás a la emisora de televisión para presenciar cómo me dirijo al pueblo? Solo tú puedes ser testigo de la sinceridad y el compromiso que encierren mis palabras.

—No, Hama. No puedo hacerlo. Me debo a mi pueblo y a mi país, Buyumbura, y podría acusármese de interferir en los asuntos de otra nación, por muy amiga que sea. No. Te veremos por televisión y si luego quieres que garantice la seriedad de tus propósitos dando mi opinión sobre lo que ha ocurrido aquí y lo que prometes que ha de pasar en el futuro, mándame a los periodistas. Daré una rueda de prensa y al mismo tiempo anunciaré mi intención de declarar la independencia de Buyumbura contando con la amistad de este renovado país que es Matambezi.

—Muy bien, si ese es tu deseo.

—Ese es mi deseo, Hama.

29

CODA

«Soy el general Hama Monzalé. —Leía un texto preparado. Levantó la vista—. Hace pocas horas he tomado el poder de la república y destituido al general Wa-TuTu de su cargo de presidente vitalicio. Lamento tener que informaros de que el presidente destituido decidió suicidarse cuando se vio perdido. Celebraremos un funeral de Estado en memoria suya. Nunca podremos olvidar que Wa-TuTu fue un héroe de la guerra de independencia frente a Francia. Su memoria merece respeto.

»Habría preferido hacer esta alocución en el Parlamento ante los representantes del pueblo. No ha sido posible porque la Cámara lleva tres años cerrada, suspendida por el depuesto presidente cuando comprobó que los diputados se oponían a él y querían por encima de todo mantener el sistema democrático y de libertades que habíamos conquistado al obtener la independencia. Wa-TuTu pisoteó estos derechos, castigó las legítimas aspiraciones de vosotros, los matambiceños, e instauró un régimen de corrupción, amiguismo y violencia que pronto se hizo intolerable. Era preciso acabar con este sistema que os tenía prisioneros en vuestro propio país. Se acabó».

—Como me descuide, este tío me pasa a cuchillo por haber sobornado a Wa-TuTu —apostilló Meneses, sentado en uno de los pequeños sofás de la casa de Atumu en el zoco—. ¿Tú crees que este también es sobornable?

—No digas tonterías, Patrís.

«Debemos dar gracias a Dios porque el alzamiento ha causado muy pocas víctimas y la población civil apenas ha sido consciente de que había un golpe de Estado en marcha resuelto en muy pocas horas.

»Os ruego que mantengáis la calma, ese bien tanpreciado de nuestro

pueblo.

»Aunque no es a mí a quien corresponde tomar decisiones políticas porque solo soy un soldado, sí quiero proponer que a la mayor brevedad posible se reúna el Parlamento para preparar unas elecciones generales que consagren el regreso de Matambezi a la vida democrática»...

—¡No me lo creo! —exclamó Meneses—. Esto no estaba en el guion. ¿Pero qué pretende este tío?

—No lo sé, Patrís. Calla y escucha.

«... restablecer la plena libertad de prensa y volver a los valores de nuestras tribus, intentar que se casen los principios que hicieron grande a esta tierra con los del siglo XXI. No queremos parecernos a los países que nos rodean, llenos de guerra y genocidio, hambre y refugiados. Seremos generosos, pero no hasta el punto de comprometer nuestra paz social. Dios nos ha bendecido con una extraordinaria abundancia, hablo del petróleo, y no debemos desaprovecharla. Se acabaron la riqueza millonaria de unos cuantos explotadores corrompidos y la pobreza degradante de los más».

—Pero ¿qué dice?

—Shhh —dijo Merveille. Le puso una mano en el brazo—. He comprendido por dónde va. Y vosotros dos estáis en la luna.

—¿Qué...?

—Shhh, calla.

«... Soy solo un soldado que ama su tierra y sus costumbres. Nada más. Mi misión era devolverle la libertad. Lo he hecho. No ambiciono nada más para mí. Ahora le toca a otro más cualificado que yo liderar Matambezi...».

Atumu se incorporó bruscamente en el asiento.

—¿Qué diablos...?

«... La historia de este país está íntimamente ligada a una familia y, sobre todo, a su líder. Sobre él recae la pesada carga de transformarlo, de establecer su posición en el concierto de las naciones, en pocas palabras, de llevarlo al lugar que merece».

—¡Llama a la televisión y di que corten la transmisión!

—Llegas tarde, compañero.

—Callaos los dos.

«... Me refiero a Atumu Kokomo, el líder de Buyumbura que ha hecho de esa región un paraíso de paz y estabilidad. Ahora le toca asumir la presidencia de Matambezi y repetir la hazaña. Le pido de todo corazón, no, le exijo como deber patriótico, que tome las riendas de todo el país. Él determinará, con su prudencia, los pasos que deben seguirse en los próximos días y meses».

—¡Está de broma! —Atumu parecía realmente enfadado—. No es posible tanto desvarío. Le dije claramente que no. ¿Cómo se atreve? ¡Sin consultarme, sin proponérmelo! No, no, no, no. Voy a rechazar, claro está. ¡Merveille! Ayúdame.

—No, marido mío. Sabes que no lo haré. Solo marcaré la senda, pero no tienes obligación de seguirla. Una vez que hayas escogido, te daré mi opinión.

—¡Patricio!

—No, Atumu, este *merdé* es tuyo en exclusiva. A mí me contrataron para otra cosa. Pero esto tuyo... Te puedo decir qué haría yo en tu lugar.

—¿Qué harías?

—Volverme a Nueva York con mis dos nenas y tal día hace un año. — Antes de que Atumu pudiera interrumpirle, levantó un dedo—. Pero, claro, no soy un negrata sentado sobre un billón de dólares. Si me lo hubieran propuesto a mí, que soy blanco y medio idiota, ya estaría reclinado en el dormitorio principal del palacio poniéndome la banda de presidente. No, tampoco es posible, puesto que no queda dormitorio. Lo bombardeó tu mentor, el de la tele.

—Patrís, exageras y esta vez no es gracioso. Estoy preguntándoos cómo hago para rechazar...

—De ninguna manera, amigo mío. No puedes rechazar. Monzalé te ha hecho una buena encerrona. No tienes más remedio que aceptar, reconstruirte el palacio y convocar elecciones. Ah, y disolver la social..., la policía torturadora, ya sabes, los Wolowolos. ¿Cuántos parlamentarios hay en la

cárcel? Claro que también puedes rechazar; solo te costaría un montón de explicaciones públicas, algún sonrojo, pero a vosotros se os nota menos, y quedar como un tipo que rehúye sus obligaciones patrióticas. Pero se puede hacer. Hacer, hacer, se puede.

—Aj, basta de tonterías. ¿Qué hago, Merveille?

—Seguir el consejo de Patrís. Que yo recuerde, nunca te ha dado uno equivocado.

Llamaron discretamente a la puerta del pequeño salón.

—¡Adelante!

Asomó la cabeza de Fedorov.

—Señor presidente... Tenemos preparado el avión para irnos a Buyumbura cuando lo ordene. Las cosas se han calmado en St. Juste.

—Tengo que resolver algo antes. Que sus fuerzas protejan el avión y garanticen su seguridad.

—Así ha sido hecho, Atumu Kokomo.

—¿Ha oído la alocución de Monzalé? ¿Usted qué haría, coronel? No, perdone, como no dicho. A veces me tienta conocer la opinión de un hombre sensato cuando solo oigo ruidos insensatos a mi alrededor. Pero no debe ser así.

—Como mande, señor. —Fedorov se retiró tan discretamente como había llegado.

Merveille se puso entonces de pie y alargó la mano. Atumu se la cogió para levantarse.

—Llega tu hora, marido mío. No lo puedes evitar. ¿Recuerdas lo que dijo tu padre pocos días antes de morir?

—Sí.

—El destino marca nuestro camino. Cuando lo hace, puedes actuar de otra forma y desviarte de él, pero entonces debes aceptar las consecuencias. En este caso, Atumu, las consecuencias no solo te afectarán a ti, sino a todo tu pueblo.

Atumu la abrazó con fuerza y después la besó en la boca, un beso tan intenso, pensó Meneses, que..., bueno, déjalo, es igual. ¿Te vas a poner celoso ahora?

—No sabía que Monzalé fuera de Buyumbura —interrumpió, por ganar un poco de tiempo.

Atumu soltó a Merveille. Se miraron como si volvieran de un lugar cerca

de las estrellas. Lejano, cálido. Tardó un tiempo en contestar.

—¿Eh?

—Monzalé. De dónde sale.

—No exactamente de Buyumbura. Es de un poblado que se llama Msitu Wa Tembo, el lugar de los elefantes, al norte. Un hombre valiente que se toma la vida muy en serio.

—No solo eso. También se toma la justicia por su mano.

—¿Cómo es eso? ¿Qué quieres decir?

—¿Tú te crees lo del suicidio de Wa-TuTu? ¿Desde cuándo se suicida la gente pegándose un tiro en el corazón? Además, no sé si te pudiste fijar. No había una sola arma en dos o tres metros alrededor de Wa-TuTu... Me pareció más bien una ejecución.

—Bueno. —Se encogió de hombros—. Estas acciones de guerra causan víctimas inesperadas.

—A veces me asombras, Atumu. Pero hay más.

—¿Hay más? —preguntó Merveille con la voz ronca.

—Cuando vi a Monzalé ayer en el palacio, mi intención era matarlo. Pegarle dos tiros.

—¿Qué?

—Cuando Wa-TuTu dio el golpe de Estado hace tres años, Monzalé era un coronel de la milicia. Su hija, Dená, vivía una historia de amor, es la forma más romántica que tengo de describirla, con Jaime Martínez Leal, el joven secretario de la embajada española, un tipo guapo y simpático recién desempollado de la escuela diplomática de Madrid. Yo había dado un curso allí y me había fijado en el chaval... Un día cometió un error: fue a visitar al entonces coronel Monzalé para pedirle permiso para salir con su hija. No sé lo que se dirían, pero, amigo, el día del levantamiento, lo primero que hizo Monzalé fue ir a casa de Jaime. Allí mató a Dená de un disparo en el corazón, disparo en el corazón, ¿os suena?, y a Jaime le metió cuatro tiros y lo dejó seco. Bueno, seco, no. Molusque, que pese a lo grande que es, tiene el olfato de un zorro, se barruntaba lo que iba a ocurrir. Le dio tiempo a recoger a Jaime, pero se le murió en el coche. —Meneses meneó la cabeza.

—¡Dios mío! —exclamó Merveille.

—Pues sí. Razón por la cual se la tengo jurada. Y por la cual estoy aquí, en St. Juste, para restablecer las relaciones entre España y Matambezi, rotas después de este incidente y de la otra tontería del hospital español.

—¿Y qué vas a hacer?

—Y yo qué sé.

—En esta parte del mundo, Patrís, estas cuestiones de honor y sangre se resuelven de manera drástica y salvaje. No seré yo quien te impida tomarte la venganza, hermano. Ya sabes que para mí es más importante mi lealtad a ti que a este país.

—No, no lo es. No digas tonterías, que es tu expresión favorita. No puedo destruir vuestro futuro, no puedo desequilibrar este país por una venganza, aunque sea por una cuestión de justicia. Este tipo no es un golpista... Es solo un machista.

Merveille se había vuelto hacia Meneses. Dio un paso y se abrazó a él. Lo que me faltaba, colega.

—¿Por qué los mató? —preguntó.

—¿Por qué se practica la ablación del clítoris en las mujeres? —preguntó Atumu—. ¿Por qué se dirimen las peleas entre los pueblos a base de machetazos? ¿Por qué se deja morir de hambre a los niños en brazos de sus padres? ¿Y la esclavitud? La historia de esta región está llena de crueldad despiadada, Patrís —dijo con pasión—. Este continente es así. ¿Has leído *El corazón de las tinieblas*, la novela de Joseph Conrad? Pues ahí lo tienes todo. El problema no es lo que pasó, sino cuál debe ser el futuro, qué podemos hacer con él. El sueño de la civilidad es bello y seguramente irrealizable. ¿Seré uno más de los que se sacrifican para dar un solo paso, uno solo? Pues seguramente sí. Por desgracia, los baremos de Manhattan no se aplican aquí. Aquí es la tierra de la violencia. Hay que contar con todos, buenos, malos y sádicos, sin pensar cuál es su trayectoria, sino pensando en lo que te pueden dar, en el mínimo paso que pueden dar en la buena dirección. ¿Vale la pena? ¿Vale la pena aceptar ese mínimo paso que un sanguinario va a dar a riesgo de sacrificar mis valores y los tuyos? A tus dos amantes, Patrís, los mató por orgullo, por soberbia, por supremacismo negro. No hay otra explicación.

—Joder, Atumu, no voy a tener más remedio que irme deprisa de aquí para no tener que verle el careto a diario. Y Monzalé no es más que uno de dos ajusticiables.

—¿Hockansmith?

—Hockansmith. Lo sabes bien, Atumu.

—Lo sé.

—Es estupendo: mi amigo el tejano es tu conexión con Estados Unidos.

Debe ser mantenida por el mayor bien de la riqueza de Matambezi. Así estamos. Bueno, con un poco de suerte, se muere de la herida en el pulmón.

Se oyó una conmoción en el vestíbulo de la casa y enseguida se asomó Fedorov.

—El general Monzalé está aquí y pide verle.

—Que pase.

Monzalé entró en la salita y con la misma voz profunda y mesurada que recordaba Meneses de cuando se había asomado al vestíbulo del palacio, dijo:

—Señor presidente. —Se cuadró y saludó militarmente.

—General...

Meneses y Merveille salieron al vestíbulo.

—No quiero presenciar esto, señora presidenta.

—No seas gamberro, Patrís.

—¿Qué crees que va a hacer?

—Aceptar. No le queda más remedio. El peso de todo Matambezi está a punto de caerle sobre los hombros.

Merveille rio alegremente.

El móvil de Meneses se puso a vibrar.

—Dime, ministro.

—¿Qué ha pasado, Patri?

—Un carajal.

—Cuenta.

Meneses detalló para el ministro todo lo que había pasado, c por b. Al cabo de quince minutos, con interrupciones y caídas de línea incluidas, le había hecho un resumen bastante completo de cómo estaba la situación, omitiendo, eso sí, sus problemas personales con Monzalé y con Hockansmith.

—Espera, espera, ¿crees que Atumu Kokomo va a aceptar la presidencia?

—Eso me parece.

—Carajo. ¿El contrato de petróleo está asegurado entonces?

—Creo que sí.

—¿Y no necesitamos gastar un cartucho para que ese país tuyo entre en el Consejo de Derechos Humanos de Ginebra?

—No parece.

—Entonces, ¿tampoco hay que hacer cardenal al obispo ese, como se llame?

—No, señor.

—Meneses, siempre negaré que lo he dicho, pero eres un genio.

—Para servir a Dios y al rey y a vucencia. Espero marcharme dentro de unos días para tomarme unas merecidas vacaciones en París y luego caeré sobre ti para que cumplas con tu compromiso; yo, a Nueva Delhi de embajador; y conmigo, la mesa del subsecretario.

El ministro rio.

—Ya verás cuando se entere el subsecretario. —Colgó.

Merveille le tiró de la manga.

—Ha llegado el embajador americano. También han venido un montón de periodistas.

—Me voy a dormir. ¿Te vienes conmigo?

—No digas tonterías, Patrís.

—Muy bien, invitaré a Virginaly.

—Te mato.

Dos días después, Meneses asistió, desde un lugar destacado de la catedral, a la jura de Atumu como presidente de la república de Matambezi.

Y dos horas antes había tenido una muy molesta conversación telefónica con el ministro de Exteriores de España.

—Patri, no tengo muy buenas noticias. La presidenta se niega a darte la embajada en la India...

—¡Me cago en la mar, Nacho! ¡Me has traicionado! Ya no hay nada sagrado en este mundo. La palabra de un miembro del Gobierno no vale nada.

—¿No me dijiste en St. Juste que donde manda patrón no manda marinero? Pues eso.

—¿Se lo vas a contar a mi madre, que lo único que quiere es visitar el Taj Mahal?

—En realidad, tengo otra propuesta para ti, Patri.

—Será una engañifa, como todas las tuyas. No quiero ni oírlo.

—Te voy a hacer embajador en St. Juste.

—¿Qué? ¿Cómo? No, ni hablar. ¿Pero a quién se le ocurre una machada semejante?

—Es lo que hay. Tómate tu tiempo. Te doy una hora.

Justo antes de que Atumu, vestido con la ropa tradicional de un jefe buyumbura, saliera en dirección a la catedral a bordo del Mercedes de la embajada española conducido por Molusque, puso sus dos manos sobre los hombros de Meneses. Con una gran sonrisa, le dijo:

—Hermano mío, te debo la vida y la sensatez, como siempre. Quiero que te quedes aquí, junto a nosotros.

—Atumu, ya sabes lo que te quiero. Pero soy un urbanita, más concretamente un habitante de Nueva York y París. No me lo pidas.

—No te lo pido. Se lo he pedido a tu ministro esta mañana. Te van a nombrar embajador aquí.

—Pero... Ya me lo ha dicho y le he contestado lo que me parece.

—¿No te atreverás a estropear una vez más las relaciones entre nuestros dos países?

—No, no, pero...

—Pero nada. Está decidido. Es más, si te niegas, exigiré que me devuelvas el Rothko. Y lo traeremos aquí a que se pudra con la humedad.

—¡No, eso no!

Por el rabillo del ojo, vio que Merveille sonreía.

—¡Esto es una conspiración!

—No tienes más remedio.

—Desvalijaré el Museo Nacional y os quedaréis sin joyas ancestrales.

—No puedes.

—Iré a París, prohiaré a Bijou y desapareceré con ella. Y no os invitaremos a su estreno como estrella del American Ballet.

—No puedes. Te denunciaré a UNICEF.

—Haré contrabando de whisky.

—Te meteré en la cárcel.

—Venderé cocaína y heroína por las calles. Tengo mucha de la de Hockansmith.

—Te haré ahorcar en la plaza pública.

Habían tenido discusiones así por decenas. Era un juego de reducción al absurdo que siempre acababa en un ataque de risa. Como esta vez.

—Ah, Patrís, ¿aceptas, no?

—Y qué remedio. Me siento estafado.

—Señor presidente —dijo Fedorov—. Es la hora.

—Vamos, entonces. Patrís, monseñor Kualungu te tiene reservado un lugar en el lado de los evangelios.

Se dirigió hacia el Mercedes, que esta vez, prestado para la ocasión por el Gobierno español, llevaba un banderín con la enseña de Matambezi. Molusque, reluciente en su uniforme nuevo, tenía la portezuela abierta.

—*Monsieur le président, finis coronat opus.*

En el último momento, con un pie ya dentro del coche, Atumu se volvió hacia Meneses y le dijo:

—Por cierto, esta mañana, muy de madrugada, el director del museo ha venido apuradísimo a decirme que, de la vitrina principal, faltaba una de las piezas más valiosas de la colección, un engarce de esmeraldas encontrado en un yacimiento cercano a la costa por donde estaban las casamatas de esclavos. ¡El tesoro nacional! ¿No sabrás tú nada de eso?

—No sé de qué me hablas, señor presidente. Han debido de ser los marines de Hockansmith.

Monseñor Kualungu ofició una ceremonia multiconfesional de gran sobriedad. Atumu resplandecía con su solemne atuendo, rodeado de sus ancianos y de los jefes de las otras tribus, todos entonando cantos ancestrales de batalla y caza.

Merveille, sentada delante de Meneses, cerca del altar, estaba arrebatadora. Dios mío, y voy a tener que aguantar esto durante yo qué sé cuánto tiempo.

Un año después, el papa creó cardenal a *monsignor* Kualungu y Matambezi fue elegida miembro del Consejo de Derechos Humanos en Ginebra.

Que vaya Meneses
Fernando Schwartz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Stuart McLachlan

© Fernando Schwartz, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Espasa Libros, sello editorial

de Editorial Planeta, S.A

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

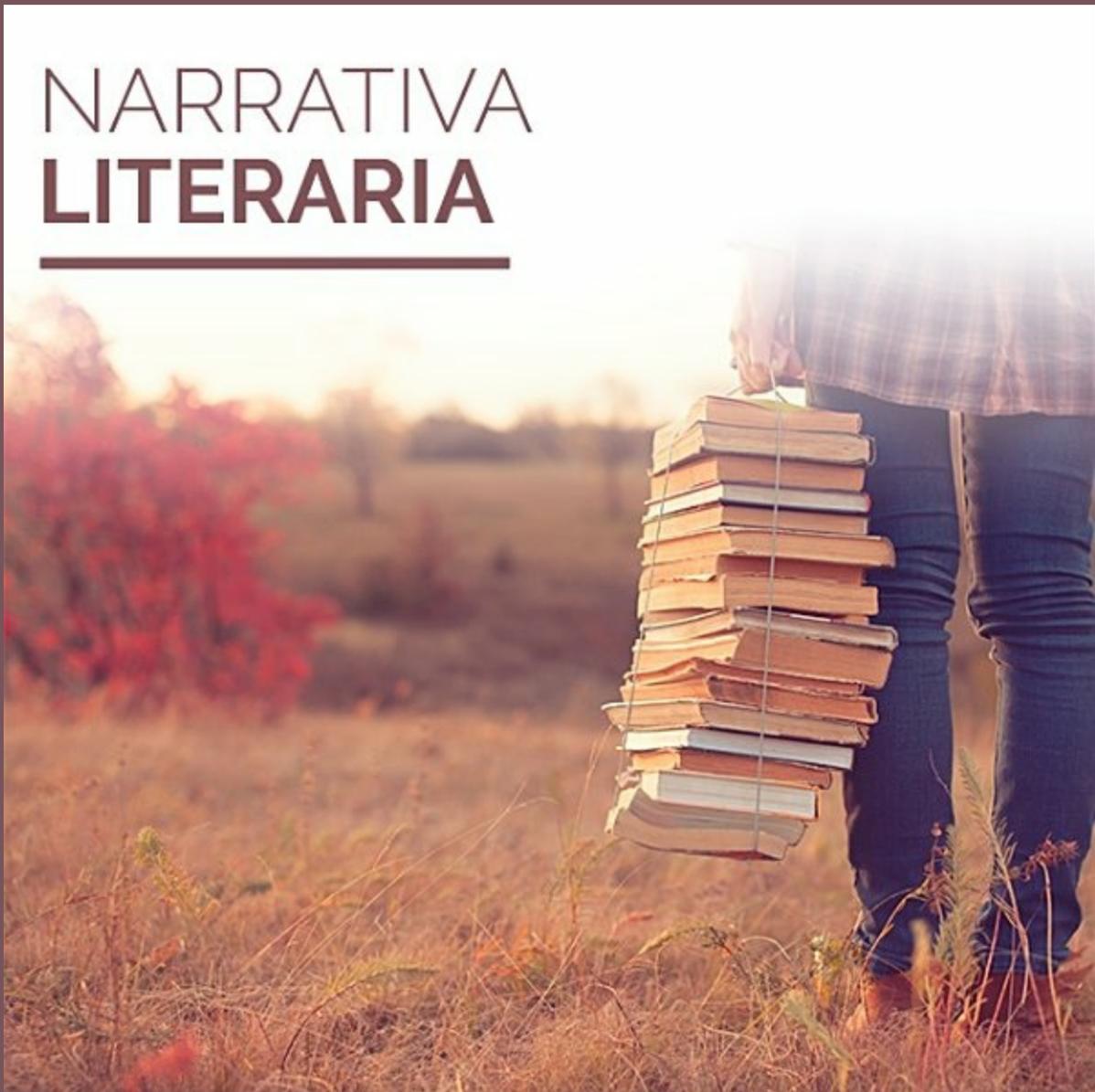
Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-670-5529-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!



